



*Enganchada
a ti*



ROSE B. LOREN



Enganchada a ti

Rose B. Loren

Todos los derechos reservados

Twitter: @rosebloren

Correo electrónico: rosebloren@gmail.com

www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721

Imagen: 123RF

Maquetación: Valerie Miller

Corrección: Violeta M. Triviño

Copyright © 2017 Safe Creative: 1711064756459

*El amor verdadero empieza
cuando no se espera nada
a cambio.*

Antoine De Saint Exupery

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Notas de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras novelas de la autora](#)

Prólogo

Se iban de casa. A través de la ventanilla del coche, los paisajes de su infancia transcurrían rápidamente, alejándose y quedando atrás.

—¿Por qué tenemos que mudarnos de nuevo? —preguntó Susana.

—Porque a papá le han destinado a otra ciudad.

—¡Pero yo no quiero irme de aquí!

—Lo sé, cielo, pero no nos queda más remedio. Este seguramente será su último destino, ya lo verás.

Pero no lo fue. Durante varios años la familia Ladreda Piñeiro se desplazó por varios puntos de la geografía española. Los viejos árboles, el rumor del mar, la colina y los acantilados se marchitaron poco a poco en sus recuerdos y se difuminaron junto con los aromas y los sabores de la niñez.

Y entonces, inesperadamente, cuando Susana contaba con la edad de doce años regresaron a Santoña, cerca de sus raíces, pues ellos eran nacidos en Santander. Su padre había conseguido una plaza como instructor en la Residencia Militar «Virgen del Puerto» sita en ese municipio. Para Susana, volver a la tierra que la vio nacer fue como recuperar una parte de sí misma.

En un primer momento la familia se instaló en la residencia militar pero al cabo de un mes compraron una vivienda en una zona residencial en la que vivían la mayoría de los compañeros de trabajo.

Era junio, el curso en la academia preparatoria había terminado hasta septiembre, pero Luis, el padre de Susana, pasaba todas las mañanas de ese verano en su trabajo, poniéndose al día para recibir a sus nuevos alumnos. Mientras tanto, Susana y su madre, Piedad, iban a la playa y por las tardes

elegían la decoración de su nuevo hogar.

Durante todo el verano, Susana disfrutó de la playa y de algunos de sus nuevos amigos, entre ellos Héctor, su vecino. Era tres años mayor que ella, pero desde el primer momento en que le vio sintió algo especial por él.

Era moreno, muy guapo, y tenía unos ojos verdes, intensos y misteriosos que parecían embrujarla cada vez que él la miraba.

Héctor se mostró muy amable siempre con ella y la acogió en su grupo de amigos pese a la diferencia de edad. Piedad sabía por Clara, la madre de Héctor, que su hijo era un chico muy responsable, hijo también de padre militar. Estudiaba en el instituto, por lo que cuando llegó el mes de septiembre ayudó a Susana en su primer curso en el mismo. Se convirtió en el hermano mayor para Su, así era como él la llamaba desde que se conocieron. Aunque a ella no le molestaba tenerlo siempre cerca como su protector, lo único que no le gustaba era cuando tonteaba con otras chicas, mayores que ella.

Susana tenía que reconocer que aún tenía el cuerpo de una niña, mientras algunas de sus compañeras y amigas del grupo de Héctor, lucían cuerpos de adolescentes.

—Mamá, ¿por qué yo aún no tengo pecho?

—Cariño, ya lo tendrás, deja que la naturaleza siga su curso.

—Pero es que ningún chico se fija en mí.

—¿Ninguno? Pues yo diría que tienes a Héctor loquito.

—No digas tonterías, él solo me ve como a una hermana. Me protege de los chicos que se meten conmigo por ser la más bajita y menos estilizada, pero nada más.

—Es guapo, ¿verdad?

—Sí lo es, mamá. Demasiado guapo.

—Cariño..., algún día se fijará en ti.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, estoy totalmente segura de que así será.

Capítulo 1

Seis años más tarde

Susana ya estaba preparándose para ir a la Universidad y estaba alterada. Aunque ya no era una niña, seguía sintiendo los mismos nervios que cuando comenzó el instituto seis años atrás.

No es que no sirviera para estudiar, era una chica muy inteligente que había sacado unos buenos resultados durante los últimos años, pero era un gran cambio. Lo único bueno era que estaría cerca de Héctor otra vez. Él ya llevaba tres años en la facultad. Estudiaba medicina, la misma carrera que Susana iba a comenzar, y tenía unas calificaciones excelentes.

Durante la marcha de Héctor a Santander para cursar la carrera se habían distanciado un poco, no se veían con tanta asiduidad, pero al menos los fines de semana que él regresaba a Santoña, que no eran muchos, podían compartir unas risas y alguna que otra fiesta.

Pero ahora iba a ser diferente, porque Héctor había alquilado un piso ese año. Los anteriores había estado en la residencia universitaria, pero se había cansado de compartir casa con compañeros que eran un desastre. De modo que había estado trabajando ese verano para poder pagar un piso de alquiler. Siempre contaba con la ayuda de sus padres y aunque el piso no era gran cosa, tenía tres pequeñas habitaciones, pero era lo suficiente para independizarse de la vida universitaria y vivir un poco aislado del campus.

Todas sus buenas ideas para el piso se habían visto truncadas cuando los padres de ambos habían convencido a Héctor de que Susana se fuera a vivir con él. Para ella era todo un sueño hecho realidad: convivir con el chico del que llevaba enamorada toda la vida. Para Héctor no era algo alentador. Susana era «su chica», como él la llamaba, su mejor amiga, pero vivir con ella le coartaba un poco y él quería libertad. Por eso se había independizado.

El día que Susana llegó a Santander con sus padres, una semana antes de comenzar las clases, ella suspiró, un poco agobiada. Comenzaba su vida de verdad, una en la que no estaría atada a las faldas de su madre. Tendría que estudiar muchísimo más si quería estar a la altura de su carrera y compañeros. Además, tenía que compaginar las tareas del hogar con Héctor y no sabía si se lo pondría fácil, pero tendría que aceptarlo.

Pasada la semana desde que sus padres la dejaron en Santander, había descubierto a un Héctor muy diferente al que ella conocía. Era muy organizado, un poco exigente con las tareas del hogar y bastante reservado. No es que se hubiera desencantado del muchacho, simplemente había visto que muchas veces la gente se enamoraba solo del exterior y ya se sabía que de fiesta todo el mundo era estupendo, aunque si hacía caso a su corazón seguía sintiendo lo mismo por él desde que le conoció: un cosquilleo en el estómago cuando él la miraba con esos tiernos e intensos ojos verdes que hacían que todo su cuerpo se convirtiera en una masa parecida a la plastilina y estuviera a punto de derretirse de un momento a otro.

Cuando el despertador sonó el lunes a las siete de la mañana, Susana respiró hondo tomando aliento y se levantó decidida a que sería un buen día, pero se encontró con el primer impedimento al llegar al único baño de la casa: Héctor se estaba duchando y durante más de quince minutos permaneció esperando, sin poder hacer nada más que el desayuno para ahorrar tiempo.

Al salir, con una toalla anudada a la cintura, sus manos le temblaron al contemplar su cuerpo. No estaba totalmente musculado, pero sí tenía un cuerpo bien torneado.

—Buenos días, Su. ¿Estás preparada para tu debut?

—Buenos días —titubeó—. No mucho, pero no queda otra. Si no te importa voy a ducharme, he preparado el desayuno.

—Gracias...

Héctor se dirigió a su habitación y ella le siguió con la mirada hasta que desapareció.

«Deberías ir a por la fregona para limpiar el reguero de babas que has dejado a su paso», le dijo su graciosa conciencia.

Se metió en la ducha. Como no tenía mucho tiempo ni siquiera se lavó el pelo. Se lo recogió en un moño rápido, enjabonando su cuerpo con rapidez y sin muchas contemplaciones. Una vez concluida dicha tarea, salió directa a su cuarto para vestirse. Tenía un serio dilema. Sabía que el primer día los veteranos solían hacer gamberradas a los nuevos, por eso no tenía claro si ir muy arreglada o por el contrario más normal. Al final se decidió por unos vaqueros y una camiseta. Precavida, metió unas mallas y otra camiseta en una mochila por si las novatadas eran húmedas.

Cuando salió de su habitación, Héctor la esperaba en la cocina ya preparado. Se tomó el café ya frío y cogió la tostada para irse a la facultad. Él tenía coche, por lo que no tardaron más de quince minutos en llegar.

Tocaba presentación y conocer a gente nueva, pues ninguno de sus mejores amigos había conseguido la nota para entrar en medicina, solo tenía algún conocido, pero nadie cercano.

—Bueno, novata, comienza el primer día... espero que te vaya bien —le dijo cuándo aparcó el coche.

—Gracias. Igualmente.

Los dos bajaron del vehículo, pero Héctor se adelantó, dejando sola a Susana. Ella sabía que tenía que volar libre y eso hizo. Miró la clase donde estaba apuntada y se dirigió a ella. Se sentó al lado de una chica que le pareció simpática. No se equivocó. Se llamaba Lara y enseguida comenzaron a entablar conversación.

Tras las presentaciones de los profesores y el temario a seguir, concluyó la mañana tranquila. Lo que los novatos no sabían era lo que les esperaba a la salida.

Los alumnos de otros cursos, incluido Héctor comenzaron una guerra de comida contra ellos: huevos podridos, verduras, harina y todo amenizado con agua para que el desastre fuera mayor.

Entre risas, Héctor se acercó a Lara, luego a Susana y, comenzó a embadurnarlas de harina para después tirarles una botella de agua encima. La cara de Susana era un poema, lo que menos se esperaba es que su mejor amigo arremetiera contra ella.

Harta del comportamiento de su amigo, a punto estuvo de darle un empujón y marcharse, pero aguantó el chaparrón como pudo y cuando los veteranos se cansaron de las bromas, tras más de una hora, Lara y Susana se dirigieron al baño para cambiarse. A ambas se les había ocurrido la idea de traer ropa de repuesto.

—¿Estás bien? —le preguntó Lara a su nueva amiga.

—Sí, bueno, es solo que el chico que se ha ensañado con nosotras es amigo mío. No entiendo su comportamiento.

—Es un veterano, es su trabajo con los novatos. No se lo tengas en cuenta. Eso sí, ¡está de muerte!

Ambas rieron por el tono de la exclamación de Lara suavizando un poco el ambiente. Una vez que se cambiaron de ropa, ambas decidieron conocerse mejor. Susana se quedó con ella comiendo. Lara era de Santander, vivía con

sus padres así que después de compartir una estupenda comida y toda la tarde juntas, ambas cogieron el autobús, cada una el que le correspondía, para dirigirse a sus respectivas casas. Eso sí, se pasaron todo el camino intercambiando wasaps para amenizarlo.

Al llegar a casa, casi a las nueve de la noche, Héctor estaba tumbado en el sofá viendo la tele.

—¿Dónde has estado? —le preguntó en tono hostil.

—¿Acaso mi vida es de tu incumbencia? —inquirió molesta.

—Les prometí a tus padres que cuidaría de ti.

—Si querías saber dónde estaba solo tenías que llamarme. Además, gracias por ponernos perdidas a mí y a mi amiga.

—¿Estás enfadada? Es una broma por la que todos hemos tenido que pasar, Su..., es normal...

—Si es tan normal, ¿por qué no elegiste a otras chicas o chicos?

—No lo sé... Fue algo espontáneo... Venga... no te enfades... —dijo agarrándola por los hombros, estrechándola entre sus brazos.

Esas muestras de cariño derrotaban las barreras de Susana. Sabía que no podía estar enfadada aunque quisiera, su amor por él era tan intenso que cualquier cosa que hiciera la olvidaba cuando él se acercaba a ella.

—Dejémoslo estar. Voy a preparar la cena.

—Perfecto, ¿te ayudo?

—Vale...

Los dos se dirigieron a la cocina y comenzaron a preparar una ensalada y algo de embutido para acompañar. Cuando ya lo tenían todo listo, ambos se sentaron en la pequeña mesa de la estancia y compartieron ese rato en silencio, escuchándose solo el ruido de sus mandíbulas masticando.

Después de recoger y fregar los platos, se dirigieron a sus respectivas habitaciones. En el pasillo, se despidieron.

—Descansa, Su. Mañana será un día intenso.

—Gracias, tú también, Héctor.

Susana se metió en la cama. Al comprobar el móvil vio que tenía varios wasaps de Lara pidiéndole alguna foto comprometida de Héctor, a lo que ella contestó que no se las daría aunque las tuviera, que era su chico. Tras los emoticonos de todo tipo al respecto, se despidieron hasta el día siguiente.

Como aún no era muy tarde, Susana decidió llamar a sus padres.

—Buenas noches, mamá —dijo cuando su madre descolgó el teléfono.

—Buenas noches, hija. ¿Qué tal el primer día? ¿Fueron muy duros con las novatas?

—No me hables de eso, prefiero olvidarlo. El resto del día bien, he conocido a una chica, Lara. Es muy simpática. Hemos comido y pasado la tarde juntas.

—Cariño, ¡cuánto me alegro!

—Gracias, mamá. ¿Y vosotros qué tal?

—Te echamos mucho de menos, pero bueno, ya queda poco para el fin de semana.

—¡Ja, ja! Toda la semana menos un día —rió Susana.

—Cielo, es para motivarme. Llevamos más de una semana sin verte...

—¡Mamá! —la reprendió—. ¡Ya no soy una niña!

—Lo sé, cariño. Pero para mí siempre lo serás.

Un bostezo salió de la boca de Susana.

—Bueno, mamá... dale un beso a papá de mi parte, mañana os llamo antes y así hablamos más tiempo. Te quiero. Un beso.

—Buenas noches, cariño. Descansa. Yo también te quiero. Un beso.

Ambas cortaron la comunicación. Susana se tumbó en la cama, pensando en que tenía al hombre de sus sueños a escasos metros. ¿Cómo sería dormir a su lado? Seguro que sería la mejor experiencia del mundo. Por el momento,

tenía que conformarse con compartir casa. Esperaba que algún día, él se fijara en ella. Aunque si no lo había hecho en esos seis años, estaba completamente segura de que no lo haría nunca.

«La esperanza es lo último que se pierde», le dijo su sabia conciencia. Y, con ese pensamiento y la imagen de Héctor atesorada en su corazón se quedó dormida, agotada por el largo día.

Él por su parte, estuvo leyendo un poco, durante al menos unas horas. No pensó para nada en Su, pero sí en su nueva amiga, Lara. Le había parecido interesante. No es que fuera su tipo, pero quién sabía, quizás si la conocía algo mejor podría tener una oportunidad de llevársela a la cama. Porque tenía que ser justo consigo mismo. Hacía unos meses que no tenía sexo con ninguna mujer y eso a veces le frustraba. Desde que dejó la universidad en junio, había estado trabajando en un bar y no había tenido apenas tiempo de salir mucho de fiesta, por lo que no había conocido a nadie interesante con la que compartir una noche. Lo tenía claro: Lara sería su siguiente conquista. Se encargaría de que Su le ayudara con ella. Con ese pensamiento, se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Susana se despertó más temprano para ocupar el baño antes que Héctor, cosa que no le sentó demasiado bien al susodicho.

Tras una cara un poco larga, desayunaron y se fueron a la universidad, ambos en silencio. Se despidieron, pero al ver a Lara, Héctor se paró a esperarlas.

—Hola, Susi, buenos días —le dijo Lara a Susana.

—Hola, guapa, buenos días. ¿Todo bien?

—Mejor que bien, el morenazo de ojos verdes intensos viene hacia nosotras.

—¿Quién? ¿Héctor?

—¡Ajá!

Ella suspiró un poco enfadada. Pero esperó a ver el resultado.

—Hola, soy Héctor —dijo presentándose a Lara.

—Un placer, Héctor. Yo soy Lara.

Se dieron los respectivos besos y comenzaron a hablar ignorando a Susana. Esta, malhumorada, avanzó con paso decidido y entró en la clase. Se sentó en el mismo lugar que el día anterior. Lara tardó unos minutos más en llegar.

—¡Qué pasada! Me ha invitado el sábado a una fiesta con otros compañeros mayores.

—Me alegro —contestó Susana un poco irritada.

—Le he dicho que iríamos las dos.

—No hace falta. Además, el fin de semana me voy con mis padres. Disfruta... —dijo con desdén.

—Susi, ¿te molesta que hable con Héctor?

—No, para nada, él no es nada mío.

—Pero ya me dejaste claro que te gusta.

—Sí, pero yo no le gusto a él. Qué le vamos a hacer...

—Tranquila, no me enrollaré con él. Pero quizás tenga amigos interesantes...

—Haz lo que creas conveniente.

—No soy de esas chicas..., sé que no nos conocemos apenas, pero si a una amiga le gusta un tío, yo no me enrolló con él, es mi lema, porque quizás algún día esté yo en la situación contraria y no me gustaría que me lo hicieran.

—Gracias, Lara. Eso es muy loable de tu parte.

Durante un rato ninguna dijo nada. Cada cual miraba su mesa, preparando los folios para tomar apuntes y probando los bolígrafos.

Finalmente, Lara rompió el incómodo silencio.

—¿Sabes? Voy a pasar de la fiesta. Saldré con mis amigos de siempre. Si no vienes tú, no quiero ir a la fiesta de los universitarios veinteañeros.

—¡Ja, ja, ja! —Susana elevó sus risas y el profesor, que justo entraba por la puerta, le dirigió una mirada no muy amable.

El resto de mañana transcurrió sin ningún incidente. Como también la semana. Aunque Héctor intentaba sonsacarle cosas de Lara, Susana no le decía nada.

—Apenas nos conocemos, Héctor. ¿Qué quieres que te diga?

—Lleváis toda la semana juntas, algo os tendréis que conocer.

—Si quieres saber algo de ella, pregúntaselo tú mismo.

—Es que me ha dicho que no viene a la fiesta sin ti.

—¿Y que quieres que te diga? Este fin de semana voy a Santoña.

—Su..., venga..., me gusta...

Esas palabras hirieron por completo el ya dolido corazón de Susana, no es que fuera la primera vez que él se había enrollado con alguna chica delante de ella, pero en ese caso, era su nueva y mejor amiga. Esperaba que Lara cumpliera lo que había dicho, porque tenía que admitir que ninguna mujer en su sano juicio podía resistirse a los preciosos ojos verdes de Héctor.

Capítulo 2

Lara cumplió su palabra y Susana lo sabía porque Héctor le había mandado varios mensajes para preguntar por su amiga. Ella, en cambio, le había enseñado fotos con sus amigos.

El fin de semana en familia fue la mejor medicina para que Susana se olvidara un poco del dolor que le había causado Héctor queriendo enrollarse con su amiga. Pero tocaba volver. Sus padres la llevaron hasta casa, estuvieron tomando un café con Héctor y después, a las siete de la tarde, se marcharon.

Susana no quiso ahondar en el tema de su amiga con Héctor y preparándose un sándwich, se excusó de cenar con él. No quería verlo, no cuando sabía que él nunca la había mirado a ella como a otras mujeres. Tenía que asumirlo, ella nunca sería la mujer por la que él perdiera la cabeza. Cuanto antes lo admitiera, antes estaría preparada para dar el siguiente paso: enamorarse de la persona adecuada.

La semana comenzó de forma agotadora para ambos. Desde el primer momento las clases fueron duras y estrictas, por lo que Susana a veces se quedaba con Lara en la biblioteca para estudiar o realizar los trabajos. Apenas veía a Héctor, solo en el desayuno y en la cena. Él no había vuelto a insistir en que le ayudase con Lara, vista la negativa de ambas, pero ese fin de semana, ella no se iba a Santoña y Héctor organizó una pequeña fiesta en casa. No podía faltar y como no conocía a nadie de los que iban a acudir, ella

decidió invitar a Lara.

Todo comenzó tranquilo, había bastante bebida pero no demasiada gente. A las once de la noche la cosa comenzó a desmadrarse un poco. Héctor no hacía más que intentar ligar con Lara y ella le esquivaba como podía. Susana estaba harta de esa situación por lo que en el momento en el que un chico la habló, ella se dejó llevar. Necesitaba olvidarse de Héctor y el alcohol aún no había hecho los estragos suficientes para que eso ocurriera.

—Hola, preciosa, ¿te apetece bailar conmigo? —le dijo el susodicho.

—Claro...

Empezó a moverse al son de la música con sensualidad. Era la primera vez en toda su vida que hacía algo así, desinhibirse por completo sin pensar en nada ni nadie. De lo que no se dio cuenta es de que con sus movimientos estaba excitando al chico con el que bailaba. Al acabar la canción, él la llevó a un lugar apartado. Comenzaron a besarse y ella se dejó llevar, solo había estado con un chico desde que conoció a Héctor y tenía que admitir que cuando le besaba pensaba en él. Su relación no duró mucho, él se cansó de su falta de cariño y atención.

Los besos del chico desconocido no le hacían sentir nada en especial, pero se dejó llevar y poco a poco fueron avanzando hasta su cuarto. Él la empujó levemente para que se tumbara y comenzó a besarla el cuello, descendiendo por encima de su camiseta, mordisqueando sus pezones. En un primer momento, Susana se dejó hacer, pero cuando fue consciente de lo que venía a continuación, quiso parar.

—Lo siento, esto es un error.

—¡No me jodas, guapa! Me calientas con tu bailecito sensual, te dejas llevar hasta la cama y cuando estamos a punto de follar te echas atrás.

—Lo lamento, de verdad...

—Lo estás deseando... —dijo el chico y volvió a atrapar su boca

mientras la sujetaba las muñecas con una mano para que no se moviera. Pero Susana se resistía moviendo sus piernas, aunque poco podía hacer, tenía todo el peso del muchacho encima—. Estate quieta... Vas a disfrutar de ello, yo nunca dejo insatisfecha a ninguna de mis amantes —le dijo desafiante abriéndole las piernas con su rodilla.

Ella intentó gritar y él volvió a introducir su lengua para acallarla. Poco a poco, con la mano que tenía libre, le bajó los pantalones. Ella seguía forcejeando, pero él era bastante corpulento y no tenía ninguna opción. Su cuerpo se estremeció cuando acarició su pubis, no quería, no se merecía estar pasando por eso. Ella era virgen, no podía tener su primera experiencia con un tipo odioso que además estaba intentando abusar de ella.

Consiguió quitarle los pantalones y, ella se temió lo peor, pero cuando él se separó de su boca para tomar aliento, Susana gritó con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

—¡Cállate, zorra! —dijo dándole una bofetada.

Alguien se percató de los gritos, porque entró en la habitación como una exhalación. Era Héctor, que cuando vio que ella se estaba resistiendo a ese encuentro, agarró al chico por la camisa y lo elevó dándole un severo puñetazo en la cara.

—¡Apártate de ella, cabrón! —vociferó—. Su, ¿estás bien? —le preguntó a Susana con dulzura entregándole los pantalones para que pudiera vestirse.

—¡No! —contestó rompiendo a llorar.

Héctor la abrazó mientras el tipo se recomponía y salía de la habitación.

—Tranquila, pequeña... Ya ha pasado todo...

Él le acariciaba la espalda mientras que ella sollozaba encima de su pecho. Había llegado un punto en el que pensó que iba a ser violada, pero al final, Héctor, su Héctor, la había salvado. ¿Cómo podía olvidarlo?

Lara apareció al instante. Al ver la situación, comprendió lo que había sucedido.

—Cielo, ¿quieres que me quede contigo?

Susana asintió.

—Sí, será mejor que te quedes hasta que saque a toda esta gente de casa. En cuanto termine, volveré...

Héctor salió de la habitación cerrando a su paso. Lara abrazó a su amiga, no tenía que contarle nada, comprendía muy bien lo que le había pasado.

Susana se tranquilizó un poco, suspiró profundamente y comenzó a hablar:

—Yo... yo... solo quería olvidarme de Héctor, pensé... no sé qué pensé, pero quise dejarme llevar, sé que no estuvo bien el baile, pero...

—Cariño, si ha llegado un punto en el que le has dicho que no, él debía parar.

—Le he dicho que era un error, pero en lugar de aceptarlo, me ha forzado.

—¡Es un maldito canalla! Deberías denunciarlo.

Susana se volvió a abrazar a su amiga, lloró de nuevo en silencio. Si hacía lo que su amiga le decía, sus padres se enterarían y quizás no la dejarían vivir con Héctor.

Tras una hora abrazadas, Susana consiguió de nuevo recomponerse. Lara se había dedicado a consolarla acariciándole el pelo. Se incorporó y la miró con admiración, tenía que sentirse orgullosa, porque llevaban solo un par de semanas juntas y ya le había demostrado que era sin duda la mejor amiga que nadie podía tener.

—Gracias, Lara...

—De nada, cariño. En este poco tiempo que te conozco me has demostrado que eres una gran amiga.

—Tú también...

—Pues los amigos se apoyan, sobre todo en los malos momentos...

Héctor apareció. La música había dejado de sonar hacía ya un rato, pero se había dedicado a echar a la gente que quedaba y a recoger un poco.

Eran casi las dos de la madrugada. Cuando Lara se percató de la hora, dio un respingo y se incorporó como un resorte.

—Susi, tengo que irme, si no mis padres me matan. Héctor, cuídala bien, por favor.

—Eso ni lo dudes.

—Gracias, Lara. Ten cuidado.

—No te preocupes, tomaré un taxi. Descansa, cariño.

—Lo intentaré...

Se abrazaron y Lara se despidió de Héctor con una sonrisa y elevando su mano.

—¿Cómo estás? —le preguntó sentándose en su cama.

—No lo sé... Es culpa mía...

—No digas tonterías, no es culpa tuya. Imagino que en algún momento quisiste parar y él te ignoró.

—Sí —contestó escuetamente con lágrimas en los ojos.

—Entonces no hay más que hablar. Te lo pensaste mejor. Él tenía que haber parado. Doy gracias a que estabas delante, si no lo hubiera matado.

—Gracias, por aparecer...

—Tenía una mala corazonada...

—Lara dice que debería denunciarlo...

—¿Tú crees? Al final no ha pasado nada, todo el mundo se enteraría en la universidad, esas cosas se saben y sería un mal rollo.

—Lo sé, además si mis padres se enteran, estoy segura de que no me dejarían vivir contigo...

—Te hubiera podido pasar igual viviendo en la residencia y acudiendo a una fiesta cualquiera —inquirió un poco molesto.

—Lo sé, pero son muy estrictos, lo sabes. Si accedieron a dejarme vivir contigo es precisamente porque confían en ti.

—Tienes razón. Pero yo creo que deberías dejarlo estar. Aunque hagas lo que hagas, te apoyaré.

—Gracias. Lo pensaré... Ahora si no te importa me gustaría acostarme, estoy agotada.

—Me lo imagino, además, tienes los ojos hinchados. Descansa y cualquier cosa que necesites no tienes más que pedírmela. Buenas noches, Su.

Le dio un beso en la frente. Cuánto hubiera dado ella por un beso en la boca, pero al menos la había defendido y ayudado, no podía quejarse.

«Eso es lo que hacen los verdaderos amigos», se dijo, tratando de reconducir sus ideas, que se iban hacia otro lado.

Se desvistió y se acostó en la cama, la cabeza le daba vueltas, no dejaba de pensar en lo sucedido y en que, si Héctor no hubiera aparecido, seguramente ahora estaría lamentando algo mayor.

El cansancio la venció en un primer momento, pero comenzó a tener pesadillas de todo tipo. Su sueño estaba alterado y al final despertó con un grito.

—¡¡No!!

Héctor no tardó ni dos minutos en aparecer por la puerta, la abrió sin llamar. Susana estaba sudorosa, incorporada en la cama, nerviosa.

—Ha sido solo una pesadilla —la calmó abrazándola.

—Lo sé... —dijo compungida.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?

Esa pregunta nubló la razón de Susana. Por supuesto que quería que se

quedara, pero ¿estaría haciendo lo correcto?

—Sí —contestó sin pensar.

Héctor se metió en la cama y la estrechó entre sus brazos. Susana apoyó su cabeza en su pecho. Podía escuchar los latidos de su corazón, y eso la relajó. Aunque se suponía que tenía que estar nerviosa por estar abrazada al hombre del que estaba enamorada, surtió el efecto contrario y poco a poco, dejó de estar tensa y se quedó dormida.

Héctor sabía que no estaba haciendo lo correcto, solo esperaba que ella no malinterpretara sus intenciones, porque él no sentía nada por ella, solo una profunda y sincera amistad; pero tenía que ayudarla y no se le había ocurrido nada mejor para consolarla que estrecharla entre sus brazos para calmar su pesadilla. Consiguió quedarse dormido después de unas horas escuchando su suave y dulce respiración.

Al despertarse, Susana se encontró con los preciosos ojos verdes de Héctor mirándola.

—Hola, ¿cómo has dormido?

—Hola... bien, muchas gracias por quedarte conmigo. Siento la molestia.

—Tranquila, no es molestia. Solo ayudaba a una amiga. —Las últimas palabras las dijo con un tono más severo para que ella las entendiera perfectamente. Tenía que admitir que había sido muy placentero dormir junto a Susana. Al principio le había costado dormirse pensando en si había hecho lo correcto, pero al final había descansado de maravilla.

—Lo sé...

—¿Qué vas a hacer al respecto de la denuncia? —inquirió tanteándola.

—Creo que lo mejor es dejarlo estar... Al final no pasó nada, gracias a ti.

—Yo también pienso que es lo mejor. ¿Sabes?, como me he despertado

antes que tú y ayer me acosté más tarde, he pensado que hoy podíamos comer por ahí. Invito yo. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, pero creo que quien debería invitar soy yo para agradecerte todo lo que ayer hiciste por mí.

—¡Está bien! Tienes razón. Pero yo elijo restaurante. Algo que nuestra economía pueda sufragar —advirtió al ver la cara de Susana.

—Vale.

—Además, hoy te voy a hacer el desayuno y te lo voy a llevar a la cama. Pero no te acostumbres... —dijo sacándole la lengua.

—Gracias.

Susana estaba en una nube, no quería hacerse ilusiones, pero el cambio que había notado en Héctor había sido para hacérselas.

«Quizás dormir esta noche conmigo le haya abierto un poco los ojos y me vea como algo más que su mejor amiga», pensó Susana.

Él apareció al poco rato con una bandeja. En ella había dos cafés, dos zumos, tostadas, mermelada y mantequilla.

—El café está como a ti te gusta.

—Gracias, Héctor, por ser tan atento conmigo.

—Solo quiero hacerte olvidar lo de ayer, ¿y qué mejor forma que haciéndote el desayuno?

Susana sonrió, tenía razón, aunque lo que él no sabía era que todo en su conjunto estaba ayudando a que el día fuera el mejor de toda su vida y se olvidara de lo que había sucedido la pasada noche.

Degustaron el desayuno, sentados en la cama y sonriendo por la situación. Cualquiera que pudiera verlos, diría que era una pareja desayunando en la cama después de haber tenido una noche desenfrenada de sexo, pero no era el caso. Aunque a Susana eso le parecieran minucias, no sabía lo que era acostarse con alguien, porque no lo había experimentado aún,

pero tenía que reconocer que estar al lado de Héctor, que le hubiera preparado el desayuno y que fueran después a comer por ahí, era casi como tener un orgasmo.

Una vez concluido su desayuno, él recogió la bandeja y la dejó en la cocina y ella se tumbó de nuevo en la cama. Pensaba que la dejaría sola, pero se equivocó. Después de recoger las cosas, regresó a la habitación, se tumbó a su lado y ambos se quedaron dormidos de nuevo hasta que llegó el momento de desperezarse para ir a comer.

Pasaron todo el día juntos, como una verdadera pareja, cosa que hizo que Susana se olvidara por completo de todas las malas experiencias.

Capítulo 3

Los días pasaban agotadores, cada noche Susana volvía a tener pesadillas y Héctor seguía irrumpiendo en su cuarto para estar con ella. Al final solo él conseguía que estando a su lado, sus sueños se volvieran plácidos.

Los dos sabían que era algo extraño, así que no hablaban del tema. Susana ni siquiera se lo había contado a Lara, no sabía cómo hacerlo. Sabía que cuando sus pesadillas cesaran todo volvería a la normalidad y lo mejor era dejarlo estar, por el momento. Aunque una cosa tenía clara: le encantaba compartir con Héctor ese momento tan íntimo previo a quedarse dormidos.

El ritmo en la facultad era frenético para los dos. Prácticas, exámenes, clases y estudio en la biblioteca, en eso se basaba su vida, aunque Héctor acudía a alguna que otra fiesta. Susana, después de la mala experiencia, no había querido repetir y acudía casi todos los fines de semana a ver a sus padres. Así no tenía que ver a Héctor enrollándose con alguna chica.

Pero Susana continuaba con las pesadillas y una noche, en casa de sus padres, su madre se percató del grito que ella dio y se acercó a su cuarto. Irrumpió despacio, sin llamar y la vio llorando, acurrucada en una esquina.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, una pesadilla.

—¿Quieres contármela? De pequeña siempre te venía bien hablar conmigo sobre ellas.

Susana suspiró agobiada, quería contárselo, pero sabía que a sus padres no les sentaría bien lo ocurrido y podrían tomar represalias contra ella.

—Mamá, prométeme que no te vas a enfadar —comenzó diciendo.

—¡Cariño! ¡Me estás asustando!

—Hace unas semanas, Héctor hizo una fiesta en casa... —Su madre frunció el ceño—. Creo que será mejor que lo olvidemos...

—¡No! ¡No! Ahora que has empezado...

—Prométeme que no te enfadarás y lo más importante, que papá no se va a enterar de nada.

Susana y su madre siempre habían sido uña y carne, ella siempre había confiado en ella muchos de sus sentimientos y problemas como adolescente.

—Lo prometo.

—El caso es que bebí un poco más de la cuenta y comencé a enrollarme con un chico. Fuimos a mi cuarto y luego me di cuenta de que todo era un error. No quería acostarme con él —expuso nerviosa. Su madre le agarró de la mano al presentir lo que después iba a suceder—. Le dije que no, pero él no quiso parar. Si no hubiera sido por Héctor no sé qué habría pasado.

—¿Por qué no lo denunciaste? ¿Por qué no nos dijiste nada?

—No quería que os enfadarais... Si lo denunciaba os enteraríais y estaba segura que me castigaríais mandándome a la residencia universitaria —comentó bastante alterada.

—Vale, tienes razón, tu padre es lo que habría hecho sin pensar... pero pudiste confiar en mí.

—Estoy confiando ahora, mamá...

—Tienes razón, más vale tarde que nunca. ¿Y tienes pesadillas?

—En ocasiones —mintió porque no quería contarle a su madre cómo paliaba ese temor—. Héctor viene y se queda un rato conmigo.

—Héctor es un buen chico...

—Sí que lo es... Mamá, no le digas nada a papá, por favor...

—No lo haré con una condición. —Susana asintió sin saber de qué se

trataba—. Hija, sé que eres una adolescente y los adolescentes se acuestan, pero hazlo cuando estés preparada. Estoy muy orgullosa de ti, porque sé que otras chicas ya no son vírgenes, en cambio, tú..., solo dime que esperarás al hombre apropiado...

—Lo haré, te lo prometo...

Su madre se acostó a su lado y pronto Susana pudo quedarse dormida. Cuando su madre se percató, le acarició la mejilla y le dio un dulce beso. Su niñita se hacía mayor a pasos agigantados y eso era un hecho inevitable. Solo esperaba que fuese sensata y se entregara a un hombre que le correspondiese, quizás no sería su amor eterno o quizás sí, pero al menos que no la utilizarse para pasar el rato.

Después de esa noche, las pesadillas fueron cesando, pero Héctor y ella habían tomado como costumbre acostarse juntos y ni sus pesadillas ni nada podía cambiar lo que ya era una tradición.

Susana no quería hacerse ilusiones, Héctor seguía saliendo con otras mujeres y quién sabe, seguramente acostándose con ellas, pero si lo pensaba con detenimiento ella era la única con la que compartía cama todas las noches.

Había pasado más de medio año desde el altercado, los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina. Tanto Héctor como Susana se pasaban horas estudiando, hasta las tantas de la madrugada. Compartían la habitación que tenían libre para estudiar. Cada uno tenía sus manías, pero los dos se compenetraban bien. Héctor prefería estar en casa que en la biblioteca, pues allí se dedicaba a charlar con los colegas y a tomar cafés. Susana estudiaba por las tardes con Lara y después por las noches con Héctor. Además, él le ayudaba mucho a resolver las dudas que tenía.

—¿Has pensado lo que vas a hacer cuando termines este curso? —

inquirió Susana a modo de pausa mientras se preparaban una nueva jarra de café.

—No, creo que me iré a Irlanda de Erasmus, pero aún no lo tengo decidido.

Eso era algo que a Susana le rompía el alma, estar todo un año separada de él después de compartir cama todas las noches. No se lo imaginaba, pero tenía que ir haciéndose a la idea, porque ya quedaba menos tiempo para que el curso finalizase.

—Seguro que está genial. Yo he pensado que lo haré en tercero o cuarto curso de carrera. Entre medias.

—Yo pensé hacer este año, pero al final me decidí tarde. Por eso creo que este quinto año será el definitivo. El último año de carrera quiero cursarlo aquí, para ir preparado para el MIR.

—¡Uff! Madre mía eso me suena aún tan lejos... ni siquiera sé qué especialidad coger, casi con toda seguridad será pediatría, no me veo en otro sitio. ¿Tú lo tienes claro?

—Lo tengo claro desde el principio, seré cardiólogo. El corazón siempre me ha fascinado. Aunque también es cierto que la cirugía en general me llama mucho la atención. Pero al final me decantaré por cardiología, al fin y al cabo, en cardiología hay bastante cirugía.

—Claro, yo prefiero algo menos sangriento —Héctor la miró un poco contrariado—. No es que me asuste la sangre, no me malinterpretes, entonces no hubiera cogido la carrera de medicina, pero prefiero algo más tranquilo y pediatría creo que entra dentro de mis pretensiones. Me encantan los niños. Siempre quise ser maestra, desde pequeña, pero al final también me gustaba ser médica. En pediatría no es que vaya a enseñar a los niños, pero sí puedo hacer que tengan unos buenos hábitos alimenticios y curarlos cuando estén enfermos.

—Visto así... Nadie como tú para decidir lo que quieres ser.

Finalizaron la taza de café y dieron por concluido el estudio unas horas más tarde, cuando ambos se acostaron en la cama de Susana y se quedaron profundamente dormidos.

Los exámenes finales fueron los más estrictos a los que Susana se había tenido que enfrentar en toda su época de estudiante y eso que solo era el primer curso. Pero tanto Lara como ella habían trabajado duro y eso se recompensó en sus notas: aprobaron todas las asignaturas con buenas calificaciones.

Los padres de Susana le recompensaron con un viaje por Europa, que hizo junto a ellos.

Al regresar no quería pasar mucho tiempo separada de Héctor, por lo que con la excusa de querer ganar algo de dinero para sus gastos, regresó a Santander para trabajar en un puesto de helados. No era un gran trabajo, ni siquiera estaba bien remunerado, pero por las noches estaba con él.

La sorpresa llegó cuando le dijo que, tal y como habían comentado en alguna ocasión, el próximo año lo cursaría en Irlanda.

Susana intentó alegrarse por él, era una gran oportunidad, pero estar lejos del hombre del que estaba enamorada, con el que compartía cama, iba a ser duro otra vez.

No obstante, tenía que aceptarlo. Lo que no sabía Susana era qué iba a hacer con el piso de alquiler, ella sola no podría pagarlo y además, aunque Héctor seguía interesado en él, tampoco él podría costearse dos estancias. Al final, Lara convenció a sus padres y se fue a vivir con su amiga. Eso fue lo único bueno que salió de todo lo ocurrido. Que las dos amigas iban a compartir casa y así podrían quedarse hasta las tantas charlando, estudiando e incluso hacer una fiesta de pijamas solo con las amigas más cercanas.

—Guapa, aún no me creo que tus padres te hayan dejado quedarte conmigo.

—Bueno, tenía dinero ahorrado y les dije que no podía dejarte sola... Sabes lo mucho que te aprecian.

—Tienes unos padres fantásticos. —Susana los conocía porque muchos de los fines de semana que no había ido a Santoña, Lara la había invitado a comer a su casa. Incluso algún sábado que habían salido por la noche, esta se había quedado a dormir allí.

—Tú tampoco te puedes quejar —contestó Lara que también había conocido a los padres de Susana y había pasado fines de semana en Santoña.

—No, la verdad es que ninguna nos podemos quejar.

La despedida de Héctor fue triste para Susana, sabía que lo iba a echar mucho de menos y que un trozo de su corazón moría al perderlo de nuevo. Él nunca le había pertenecido, pero compartir todas las noches juntos había creado un vínculo especial entre los dos, había forjado unos pilares muy sólidos de su amistad. Héctor también se apenó de dejarla. Para él, Su era como una hermana pequeña y ahora ¿quién la protegería? Lara cuidaría de ella en su ausencia.

El cuarto de Héctor permanecía inquebrantable, esa era la condición para cederles el alquiler, por lo que Lara se instaló en la habitación que habían utilizado como de estudio.

—Tengo que contarte una cosa... —le dijo Susana un poco nerviosa.

—¿Te has tirado a Héctor? Los dos teníais una cara cuando os habéis despedido...

—¡¡No!! ¿Por quién me tomas?

—Bueno, mujer, es el chico de tus sueños, si te lo hubieras tirado habrías hecho lo correcto.

—Sabes que te lo hubiera contado. Pero no es eso, muy a mi pesar. Hay algo que no te he contado y es porque no sé muy bien cómo hemos llegado a ese extremo.

—¡Me estás asustando!

—No es nada malo, es solo que el día que ese malnacido intentó violarme, tuve una pesadilla y Héctor se quedó durmiendo conmigo. Las pesadillas volvieron noche tras noche y él venía a mi cuarto, se acostaba a mi lado y después los dos nos quedábamos dormidos. Las pesadillas cesaron, pero ninguno de los dos puso fin a lo de compartir la cama. Sé que soy una idiota, siempre me he hecho ilusiones con él, pero es que me siento tan a gusto cuando duermo a su lado...

—¡Joder! —Susana la miró enfadada, sus padres no le permitían decir palabrotas y ella ya se había acostumbrado, por lo que no quería que su mejor amiga las dijera—. Perdón... es que me dejas sin palabras. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Ya, pero si Héctor no llega a irse, ¿me lo habrías contado?

—No lo sé, me daba un poco de vergüenza admitir que le dejo meterse en mi cama y dormir conmigo.

—Vamos, que a todos los efectos sois como una pareja, pero sin sexo.

—Visto así...

—No, visto de ninguna manera, si compartes la cama con un tío, ya me dirás qué es.

—No es nada, somos dos amigos que comparten noche juntos.

—¡Qué moderna te has vuelto!

—No seas sarcástica, Lara. Sé que debería habértelo dicho, lo siento, prometo que no habrá más secretos entre las dos.

—Vale, acepto tus disculpas, pero que sepas que yo no me acuesto

contigo. Seremos compañeras de piso, pero no de cama —dijo con tono guasón.

—¡Qué graciosa mi chica! —repuso ella haciéndole burla.

Al cabo de un rato, Lara volvió a sentir curiosidad.

—Susi, en serio, ¿estás segura de que Héctor no quiere nada de ti? ¿Y si no sabe cómo dar el primer paso por si tú no sientes lo mismo?

—No lo sé, pero ahora va a estar casi un año fuera, así es que es mejor que ni lo piense.

—Tienes razón. ¿Crees que compartirá cama con su nueva compañera de piso?

—¡Tú sí que sabes fastidiar un momento! No me tortures más, estar nueve meses sin verlo va a ser un suplicio, si encima le imagino compartiendo cama con una cualquiera me hiere la sangre.

—No serán nueve meses, vendrá en navidades y seguro que también en semana santa, y cuando pueda.

—Eso espero.

Las dos chicas dispusieron el equipaje de Lara en la habitación y cuando lo hubieron colocado se prepararon algo para comer. Lo degustaron entre risas y alguna que otra pulla por parte de Lara.

Capítulo 4

Durante el tiempo que Héctor estuvo fuera, Susana durmió fatal. Se pasaba las noches pensando en él. Estaban en contacto por wasap, pero aun así, ella no dejaba de preguntarse si compartiría cama con otra mujer. Sabía que tendría sus escarceos, como los había tenido cuando habían estado viviendo juntos y parecía que Susana lo iba aceptando, pero dormir con otra persona era algo tan íntimo, algo tan suyo, que esperaba que al menos no lo hiciese de manera permanente.

Llegó la navidad, y con ella el regreso de Héctor a Santoña. Susana llevaba desde el día después de vacaciones en casa de sus padres y apenas pudo verlo hasta el día treinta y uno de diciembre. Sus padres habían decidido pasar este año la nochevieja en ese lugar y la familia de Susana se había desplazado también allí. Habían preparado una gran fiesta en la que los padres de Héctor, como grandes amigos que eran de los suyos, se habían apuntado a la cena que habían preparado.

Susana iba a salir con la pandilla después de dicha cena, pero quería pasar un rato en la fiesta de sus padres. Después intentaría estar con Héctor, le acapararía e intentaría estar más de media noche junto a él.

Se había comprado un vestido de fiesta negro, ajustado y con una abertura trasera que estilizaba su bonita figura.

—Hija, estás preciosa —le dijo su madre cuando la vio bajar con un recogido que ella misma la había preparado y un poco maquillada.

—Gracias, mamá.

—Mi princesa, la más preciosa del lugar —intervino su padre, pero al ver la cara de su madre aclaró—: después de tu madre, claro está.

—Tú siempre tan halagador. Gracias cariño, te quiero.

—Y yo a vosotras dos. Eso sí, a cualquier chico que esta noche le ponga el ojo encima a mi hija puedo fulminarlo.

—¡Papá! —exclamó Susana—. Ya no soy una niña.

—Lo sé, pero para mí siempre lo serás.

—Deja a tu hija que viva, es joven, tiene que disfrutar...

El timbre sonó, presagio de que sus invitados empezaban a venir. Susana estaba nerviosa, quería ser la primera en hablar con Héctor, aunque sus padres y él fueron de los últimos en llegar y, por consiguiente, en cuanto pisó la casa fue avasallado por mucha gente antes de que ella pudiera acercarse.

La cena era tipo cóctel, su madre había contratado un catering para facilitarles el trabajo a ella y a sus familiares en esa noche tan especial.

Casi a las once de la noche, Susana pudo acercarse a Héctor.

—¡Hola, Su! Estás preciosa... —le dijo y ella no pudo más que suspirar satisfecha de su compra.

—Hola, Héctor, tú tampoco estás mal —contestó para quedar a la altura—. ¿Cómo te ha ido todo en Dublín?

—Bueno, no me puedo quejar, estoy aprendido mucho el idioma, aunque es duro, pero me gusta. Aunque te echo de menos... —La última frase la susurró cerca de su oído haciendo que todo el cuerpo de Susana se estremeciera—. Me cuesta mucho dormir sin tenerte a mi lado.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco duermo bien... —murmuró ella.

—Bueno, eso es que también me echas de menos...

—Mucho, aunque no me quejo. Vivir con Lara es increíble, nos compenetramos muy bien y estudiamos siempre juntas. Me alegro de haber conocido a una amiga tan especial.

—Ya... —contestó dubitativo.

Alguien de los amigos del padre de Susana le abordó e hizo que tuviera que dejarla sola.

—Lo lamento, tenemos una consulta médica, si nos disculpas...

—Claro.

Susana pasó el resto de la velada hasta las doce campanadas con su madre y sus tías.

—Un chico guapo —indicó la hermana de su madre, Teo.

—Sí que lo es —contestó Susana sin ningún tipo de reparo.

Después de recibir el año nuevo como era debido, a la una de la madrugada, Héctor agarraba del brazo a Su para llevársela a la fiesta que uno de sus amigos daba cerca de la playa.

—Vamos, preciosa... No lleguemos tarde, he quedado con Olivia.

Todo el mundo de colores de Susana se volvió gris de un plumazo. Olivia era la ex novia de Héctor, habían roto hacía años, pero ella sabía que de vez en cuando, ambos volvían a enrollarse.

Susana se montó en el coche de manera inerte, llegó a la fiesta y Héctor enseguida vislumbró a la que sería su acompañante para el resto de la noche, dejándola plantada.

Ella en cambio se dedicó a deambular un poco con sus amigos hasta que Toni, un chico de la pandilla y mejor amigo de Héctor, se acercó a ella.

—Hola, Susi, estás preciosa hoy.

—Gracias, tú también estas muy guapo, Toni.

—Viniendo de ti, me lo tomaré como un cumplido. ¿Quieres tomar una copa?

—No me vendría mal —dijo mientras observaba marcharse al piso de arriba a Héctor y a Olivia.

Toni no tardó mucho tiempo en traerle la bebida a Susana, ella estaba

estática, con la mirada perdida a la playa.

—Ten, un mojito, creo que son tus preferidos...

Susana se sorprendió, no es que hubiera tratado mucho a Toni. Como Héctor, siempre le había parecido un rompecorazones.

—Sí, lo son. ¿Cómo lo sabes?

—Soy un chico observador. Y sé que él no te merece... —La aclaración le pilló desprevenida.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Susana un poco nerviosa.

—De Héctor. Susi, no soy tonto, veo cómo le miras. Desde que has venido no has dejado de mirarles a él y a Olivia. Tu semblante ha cambiado en cuanto les has visto subir a una habitación.

—No sé de qué estás hablando...

—¿Sabes?, creo que no me equivoco cuando afirmo que llevas loca por él desde que os conocisteis, pero me gustaría aclararte, muy a mi pesar porque quizás me lleve un guantazo por ser tan sincero, que para él solo eres como una hermana. Nunca te ha visto como una mujer disponible, nunca ha admirado tu belleza como lo hacemos el resto. Él no ve lo que tiene delante y hay que estar ciego para no darse cuenta de lo preciosa y maravillosa mujer que eres.

Susana suspiró nerviosa. Le estaba diciendo lo que ya sabía, a excepción de que algunos chicos, incluido Toni sí que veían que era una chica guapa, no solo simpática. Ella no se tenía por una mujer preciosa, pese a que sus padres no dejaban de repetírselo, pero que Héctor nunca la hubiera mirado de la misma forma que a otras mujeres le había bajado mucho su autoestima.

—Gracias, Toni. Me gustaría que esto quedara entre los dos. —Él asintió—. no voy a negar que lo que has dicho en relación a Héctor es cierto, pero ¿dónde encajas tú? ¿En el chico que hoy quiere pasar una noche con la desvalida y rechazada muchacha?

—No. —La firme respuesta de él la sorprendió—. Soy el chico que pretende conocer a una chica preciosa, lista e inteligente. No pretendo acostarme contigo, si eso es lo que insinúas; solo conocerte mejor.

—De acuerdo... te daré una oportunidad de, como dices, conocerme mejor.

Así pasaron toda la noche hablando, haciéndose preguntas acerca de sus carreras, de sus aficiones. Susana tenía que admitir que fue una bonita noche, con un beso en los labios de despedida cuando Toni la llevó hasta casa.

—Me gustaría quedar algún día contigo antes de que regreses a Santander.

—Claro, llámame, ¿vale?

—No dudes que lo haré.

Después de pasarse todo el día en la cama, Susana se levantó feliz. Hacía mucho tiempo que no sentía esa sensación después de haber pasado una noche con alguien, solo hablando.

Toni le mandó un mensaje y decidieron quedar para la noche siguiente. El hermano de este no estaba allí y habían quedado para ver una película y comer palomitas en su casa. Susana era consciente de lo que suponía eso, pero había tomado una decisión: iba a intentar olvidar a Héctor y Toni era un buen candidato.

Se vistió con ropa informal, al fin y al cabo, no era una cita con cena en un lugar romántico.

—¿Ya te vas? —le preguntó su madre que estaba al corriente de lo que había sucedido entre Toni y ella.

—Sí, no me esperes despierta.

—Cariño, ten cabeza... —le advirtió.

—Tranquila, aún no estoy preparada...

—Gracias.

Se despidió con un beso en la mejilla y se dirigió a la dirección de la casa del hermano de Toni, que no estaba lejos. Cuando llegó él ya la esperaba, apenas tardó unos segundos en abrir la puerta.

—Hola, preciosa. Gracias por venir. Como ayer hablamos mucho y pude conocer tus gustos en lo que se refiere a películas he preparado una especial para ti.

—Gracias, Toni, eres un amor...

Se sentaron a ver *Sentido y sensibilidad*, la película que Toni había elegido para ella. Susana suspiró emocionada, era la primera vez que alguien le dedicaba una tarde a ella y no podía más que estar agradecida. Las palomitas estaban preparadas, los dos se sentaron en el sofá y comenzaron a ver la película.

Susana se emocionó con ella, le encantaba esa película, no diría que fuera su preferida pues tenía varias, pero esa era especial.

—Gracias, Toni, por elegir esta película, por esta noche...

—¿Te quedas a cenar? No es que sea experto en cenas, pero puedo meter una pizza congelada en el horno.

—Claro..., gracias.

Toni se fue a la cocina, encendió el horno y metió la pizza. Mientras esperaban le trajo una cerveza a Susana.

—Me alegro que te haya gustado la sorpresa, Susi, me gustaría que tú y yo nos diéramos una oportunidad. Ya sé que ahora no vivimos en la misma ciudad, pero yo puedo ir los fines de semana que no tenga guardia a verte, los que tú no vengas a Santoña.

Susana no sabía qué hacer, Toni era muy atento y se merecía intentarlo, además ella había llegado a la conclusión de que quería olvidar a Héctor así que era una buena oportunidad para hacerlo.

—Lo intentaremos Toni, aunque no te prometo nada. Llevo mucho

tiempo colgada de Héctor, pero voy a tratar de olvidarlo, te lo juro.

—Gracias, con eso me basta.

Sellaron sus palabras con un beso pasional, Susana no llegó a sentir las típicas mariposas de las que todo el mundo hablaba cuando te dan un beso así, pero se dijo que serían los nervios del momento.

Cenaron y Toni la acompañó hasta casa, le hubiera gustado algo más, pero no quería precipitar las cosas, no ahora que había conseguido a la mujer de la que llevaba años enamorado. La besó de nuevo en la puerta de su casa y se despidió de ella. Se verían el resto de días hasta que ella se marchara a Santander.

Y así lo hicieron, todas las tardes salían a tomar algo y a conocerse mejor. Susana sabía que le iba a ser difícil olvidar a Héctor, pero tenía que dar una oportunidad a Toni, se lo estaba ganando a pulso.

Durante la noche posterior a los reyes, había una pequeña fiesta a modo de cotillón en casa de uno de sus amigos. Estuvieron juntos, aunque disfrutaron de la compañía del resto de amigos. Héctor también estaba, esta vez solo. Se acercó a ellos en una ocasión agarrándoles a ambos por los hombros.

—Así es que mis dos mejores amigos están juntos. Me alegro, chicos, hacéis una pareja estupenda.

A Susana le hervía la sangre, no por el hecho en sí, sino porque había sonado más sarcástico de lo que había parecido que era.

—Gracias, soy el hombre más afortunado de la faz de la tierra, tengo a la mujer más maravillosa del mundo.

—Gracias, Toni, no exageres.

—No exagero, es la verdad.

Héctor se fue sin decir nada más, quizás un poco molesto, pensó Toni; para Susana había sido una de las muchas cosas que le irritaban, que siempre

sabía irse cuando a él le apetecía. Era algo que le molestaba profundamente.

Después de tomar unas copas y bailar agarrados, Susana decidió marcharse a casa, no quería llegar muy tarde. El día de reyes, después de comer, sus padres la llevarían a Santander.

—Tengo algo para ti... —le dijo Toni cuando llegaron a casa—, mi regalo de reyes.

—¡Toni! No tenías por qué... Yo no te he comprado nada...

—Tranquila, no importa. Tenerte es el mejor regalo.

Susana se sentía fatal, no se le había ocurrido comprarle algo, un detalle, pero él, había sido más precavido. Le entregó una pequeña caja. Ella la abrió, nerviosa: era una cadena con una llave.

—Es la llave de mi corazón —dijo cuándo se la puso en el cuello.

—Toni... eres un amor, gracias... Te compensaré, te lo prometo. La próxima vez que nos veamos tendré algo para ti.

—No hace falta, Susi, con estar a tu lado me conformo.

—Quiero hacerlo, de verdad.

—Como quieras...

Se dieron un beso de despedida, uno intenso que dejó a Susana indiferente, pero no a Toni, que lo disfrutó con muchas ganas de más.

—Te llamaré, ¿vale?

—Claro, hablaremos todos los días que podamos...

—¡Hecho!

Toni se marchó con una sonrisa triunfal en los labios. Susana en cambio se sentía mal, él había sido siempre tan atento... y ella, tenía que reconocer que no estaba a la altura de esa relación. Tendría que ponerse las pilas e intentar que saliera bien. Toni se lo merecía, era un chico excepcional.

Capítulo 5

El día que Susana regresó a Santander no sabía cómo sentirse, ni siquiera se había despedido de Héctor, pero le había parecido tan maleducado el día antes de Reyes que ni siquiera había querido ir a verle y él tampoco había puesto mucho empeño.

El reencuentro con Lara fue muy emotivo. Se fundieron en un tierno abrazo, y tras intercambiarse algún regalo, comenzaron a charlar de cómo habían transcurrido las vacaciones. Susana le contó que había comenzado a salir con Toni, que era un chico fantástico y al que esperaba poder corresponder; su amiga no quiso dudarle, pero sabía lo enamorada que estaba de Héctor, estaba segura que esa relación no duraría mucho. Pero no dijo nada. Quería poder equivocarse.

Las clases comenzaron y con ellas el trabajo duro. Toni llamaba a Susana todos los días, pasaban más de una hora hablando de su día a día, él estaba en la academia de Santoña preparándose para ir a la academia de Tremp el siguiente año.

El fin de semana, Toni la visitó en Santander. Lara le conoció y le pareció un chico estupendo. Decidió irse a casa de sus padres para dejarles solos. No es que fueran a acostarse, Susana lo tenía claro, quería estar segura de que Toni era el chico indicado para ser el primero, pero les dejó libertad.

Tras pasar la tarde del viernes viendo una película, llegó la hora de acostarse.

—Me gustaría dormir contigo, pero dormiré en el sofá si eso te

incomoda.

Susana no sabía qué hacer, había dormido con Héctor y le había parecido algo normal, pero con Toni era diferente. Aunque tampoco quería que él pensara que no estaba interesada en esa relación.

—Yo... Toni nunca me he acostado con ningún chico, no sé lo que esperas de mí, pero aún no estoy preparada...

—Tranquila, preciosa. No voy a hacer nada que tú no quieras. Cuando estés preparada yo estaré más que dispuesto... Mientras tanto esperaré todo lo que haga falta.

Susana sabía que era el mejor hombre que podría tener en su vida, pero a pesar de todo no podía olvidar a Héctor, era como una droga a la que era adicta y le estaba costando la misma vida dejarla.

—Puedes dormir a mi lado... —dijo sin pensar.

Ya era hora de olvidarse de él, de pasar página. Nerviosa, se dirigió a su habitación, cogió el pijama y se desvistió en el baño. Una cosa era compartir con él una noche y otra muy diferente dejarle que la viese desnuda.

Toni también se cambió en el baño cuando ella terminó. Después acudió a su habitación y se quedó esperando.

—¿Qué lado prefieres? —le preguntó Susana.

—El que no uses tú, me es indiferente.

—Yo suelo dormir al lado derecho, si no te parece mal...

—Claro que no.

Se metieron en la cama. Susana suspiró soltando el aire contenido cuando se tapó con el edredón.

—Si quieres puedes dormir encima de mi pecho.

—Espero que no te parezca mal, Toni, pero prefiero posar mi cabeza encima de la almohada.

—Tranquila, no me importa.

Cada uno se puso en un lado de la cama, era pequeña, pero aun así ni siquiera se rozaron. A diferencia de cuando dormía con Héctor, que dormían abrazados, ella no quiso mantener el contacto, no todavía. Todo era muy nuevo en la relación, no quería dar un paso en falso y que Toni malinterpretara su postura.

Susana consiguió quedarse dormida al cabo de un rato, sin embargo, a Toni le costaba concentrarse. Era absurdo, pero estar al lado de la chica de sus sueños y ni siquiera poder tocarla era algo que le consumía; pero él era un caballero, no haría nada que ella no le permitiera. Sin embargo, se dio la vuelta y se permitió el lujo de observarla dormir. Su respiración estaba acompasada, su pecho subía y bajaba despacio. Eso le ayudó a poder conciliar el sueño, que lo atrapó a altas horas de la madrugada.

Ambos se despertaron a la vez y Toni dibujó una bonita sonrisa al ver el pelo enmarañado de Susana.

—Buenos días, preciosa, ¿has dormido bien?

—Hola, guapo. Sí, he dormido bien, ¿y tú?

—Me costó conciliar el sueño, pero después he dormido muy bien. Gracias por dejar que me quedara a tu lado.

—Tranquilo. No es nada.

Pasaron el día visitando un poco la ciudad y comiendo fuera. Por la noche repitieron la misma operación. Sus cuerpos no se rozaron. Toni anhelaba que ella se moviera, dormida, y apareciera en sus brazos por la mañana, aunque eso no ocurrió. En esta ocasión fue ella la que se despertó antes que Toni. Lo observó dormir. Realmente era muy guapo. Un seductor. Tenía que sentirse afortunada de estar con él, pero no se sentía así. Se repetía una y mil veces que tenía que pasar página, olvidar a Héctor, pero de momento no había logrado hacerlo.

Después de ese fin de semana llegaron otros, el tiempo pasaba y la

relación seguía casi en el mismo punto en el que empezaron, besos y caricias que no llegaban a más y que a Toni comenzaban a desesperarle. Quería dar un paso más, pero ella nunca parecía estar dispuesta a ello. Él le decía que no importaba, pero realmente estaba llegando a un punto en el que sí le importaba, y mucho.

Llegaron las vacaciones de semana santa y Susana decidió no pasarlas con sus padres. Sus exámenes se acercaban y necesitaba todo el tiempo del mundo. Toni quiso ir a pasar el fin de semana con ella, pero Susana declinó la oferta, necesitaba concentración y con él en su casa, no la tenía. No es que Toni le exigiese nada, pero no quería tampoco que el muchacho se aburriese esperándola a ella mientras estudiaba. A Toni su decisión no le gustó, pero la respetó hasta el sábado, día en que se presentó sin avisar en casa de Susana.

El insistente sonido del timbre la sacó de su concentración con sus estudios y maldijo pensando que Lara se había olvidado las llaves en casa de sus padres.

—Lara, te voy a matar —le dijo desde el otro lado de la puerta. Pero al abrir se encontró con un Toni con la mirada bastante felina—. Toni, ¿qué haces aquí? Habíamos quedado en que nos veríamos el próximo fin de semana.

—Susana, necesito hablar contigo, verte... estoy desesperado.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Yo... sé que quedamos en que esperaríamos todo el tiempo a que estuvieras preparada, pero yo... cada día que duermo a tu lado tengo que hacer un gran esfuerzo para no tocarte. Te deseo, Susi y no sabes cuánto.

Susana cerró los ojos, sabía que él estaba siendo muy paciente con ella, esperando a que estuviera preparada. Sus palabras le calaron muy hondo.

—Lo lamento... no sé qué puedo hacer, no sé si estoy preparada para entregarme a ti. Soy virgen, me gustaría que la primera vez fuera especial.

—Y lo será, te lo prometo, solo dime que el próximo fin de semana lo intentarás, con eso me conformo. Mi hermano no estará, prepararé una velada romántica, haré que te sientas cómoda...

Susana no quería hacerle sufrir, era un buen chico y al final todo se reducía al sexo. Lara le había comentado que tampoco era algo doloroso como solían decir en las primeras veces, si el chico era el adecuado y sabía manejar la situación. ¡Qué demonios! Ya tenía diecinueve años, ya iba siendo hora de perder la virginidad.

—Está bien, el próximo fin de semana será.

—Gracias, Susi... —Toni la abrazó y la colmó de besos, ella se dejó hacer, aunque deseó que todo aquello finalizara cuanto antes.

—Toni, si no te importa, tengo que estudiar...

—Claro, regreso a Santoña, no te olvides del próximo fin de semana. Si necesitas o quieres algo especial, solo tienes que pedírmelo.

—Tranquilo, te lo diré.

La besó de nuevo y se marchó con una cara de felicidad que bien parecía que ese mismo día había tenido las relaciones que le reclamaba a Susana. Ella en cambio ya no pudo concentrarse en todo el fin de semana.

La semana tampoco estuvo centrada, solo de pensar que pasaban los días y tendría que enfrentarse a su promesa le temblaba todo el cuerpo.

—Cariño, relájate y disfruta —fue el consejo que le dio Lara cuando se despidió en la estación el viernes.

Toni fue a recogerla, la colmó de besos y la llevó hasta su casa, la velada sería el sábado, esa noche la dejaría descansar y que disfrutara de la compañía de sus padres.

El sábado llegó, muy a pesar de Susana. Cuando la tarde cayó, se vistió con algo sencillo, aunque se puso su mejor ropa interior. Si iba a acostarse con Toni, al menos quería estar a la altura de las circunstancias.

Toni acudió a buscarla y la besó en la mejilla.

—Estás muy guapa.

—Gracias...

—¿Estás nerviosa?

—No voy a negártelo, estoy aterrada...

—Te juro que iré muy despacio. Nos tomaremos todo el tiempo que haga falta.

—Gracias.

Llegaron a casa de su hermano. Toni la había preparado de una manera muy romántica, con pétalos de rosa y velas, surcando el camino hasta la habitación, con una música tranquila y a la vez sensual...

Susana suspiró tomando fuertemente aliento y después lo soltó con la misma fuerza. Tenía que rendirse a él, dejarse llevar y eso es lo que hizo.

Toni la agarró de la mano y la dirigió hasta la habitación donde había una cama de matrimonio, le acarició lentamente la mejilla y bajó despacio el tirante de su vestido, repitió la operación con el otro tirante. La prenda cayó a los pies de Susana.

Toni tuvo que morderse el labio inferior para no devorarla en ese mismo instante, pero no quería asustarla, se notaba que ella estaba intimidada. La atrajo más hacia su cuerpo y comenzó a acariciarla despacio. Su cuerpo temblaba, pero él besó cada parte desnuda de una manera tan sensual que Susana no pudo más que estremecerse.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de un rato.

—Sí, tranquilo...

La dirigió hasta la cama y con un pequeño empujón que ella no esperaba la dejó sentada en ella. Le quitó los zapatos, los pantys y besó sus pies, comenzó a recorrer sus piernas llenándolas de besos. Se moría por devorarla entera, pero no lo haría, no en ese momento. Siguió ascendiendo hasta llegar

a su sexo, el cual besó por encima de sus braguitas y ascendió por su ombligo. El cuerpo de Susana se estremecía por su contacto. Llegó hasta sus pechos y les dedicó unos pequeños y suaves mordiscos hasta que se deshizo del sujetador. Después los lamió y saboreó a su antojo, mientras ella se retorció por las sensaciones que sus caricias y sus manos le hacían sentir. Nunca antes la habían tocado de esa manera y tenía que reconocer que era muy placentera. Besó su cuello con pequeños mordiscos que encendían aún más su cuerpo. Poco a poco él se fue despojando de su ropa, hasta quedarse solo con el bóxer. Ella sabía que tenía que reaccionar, por lo que acarició su torso desnudo. Era esbelto, no diría que tenía un torso como los culturistas, pero estaba bien torneado. El contacto no pasó desapercibido en la erección de Toni, que comenzó a abultarse desmesuradamente. Las manos de él danzaban libremente sobre su cuerpo, hasta llegar a la cintura de sus braguitas, las bajó muy lentamente y observó el pubis depilado de la mujer que tenía entre sus brazos. Le hubiera gustado deleitarse en él, pero decidió que sería en ese instante. Se deshizo de su bóxer y cogiendo un preservativo de la mesita, se lo puso en su enhiesto pene y antes de penetrarla, acarició su sexo en busca de su humedad. Susana estaba excitada, no podía negarlo, todas las caricias, los besos sensuales le habían acelerado el pulso. Si era así como se sentía alguien haciendo el amor, se lamentaba de no haberlo experimentado con anterioridad.

Toni la penetró despacio, ella sintió una punzada de dolor que en seguida desapareció.

—¿Todo bien? —siseó él sintiendo cómo ella se arqueaba.

—Sí... —jadeó.

Los movimientos eran lentos, acomodando su pene a su estrecha vagina. Poco a poco aumentó las embestidas, no quería hacerle daño y que su primera experiencia fuera un fiasco. Sus manos acariciaban los pechos de la

muchacha y su lengua recorría su cuello hasta llegar a su boca. Se perdió en ella cuando sus lenguas comenzaron una batalla y sus cuerpos se tensaban, él estaba tan excitado que podría dejarse llevar en cualquier momento, pero necesitaba que ella tuviera una sensación placentera, por lo que siguió moviéndose lentamente, acomodando su cuerpo al de su novia. Susana se tensó, recibiendo una corriente eléctrica que comenzó a recorrer todo su cuerpo desde principio a fin. Toni notó sus convulsiones y aceleró las embestidas hasta llevarles a los dos a un orgasmo demoledor.

Susana suspiró cuando finalizó y salió de ella. Había disfrutado del momento, quizás al principio había estado tensa, pero tenía que reconocer que nunca antes se había sentido tan viva.

—¿Todo bien? —volvió a inquirir acariciando su mejilla despacio.

—Sí, Toni, todo bien, gracias por ser tan cuidadoso y mimarme tanto.

—Yo solo quería que disfrutaras de tu primera vez.

—Ha sido indescriptible.

—Me alegro... ahora cenemos algo. Estoy exhausto.

—Yo también.

La cena transcurrió de otra forma, las miradas, las sonrisas eran diferentes. Susana no podía negar que entregarse a Toni le había cambiado la vida. Pero quizás eso era lo que necesitaba para darse cuenta de que con Héctor no tenía la más mínima posibilidad.

Después de la cena, él la acompañó a su casa, agarrados de la mano. Sus padres ya sabían que estaban manteniendo una relación por lo que no les extrañó ver a su hija agarrada de Toni.

La besó despacio, sin prisa, en los labios y se despidió de ella hasta el día siguiente.

Capítulo 6

La relación entre Susana y Toni parecía ir viento en popa, el sexo era bueno, cada vez que se acostaban los dos eran puro fuego y Susana tenía que admitir que disfrutaba en cada sesión, pero su corazón seguía sin pertenecerle y prueba de ello fue que cuando Héctor regresó de su Erasmus, Susana tomó una decisión drástica.

Toni acudiría ese fin de semana a Santander, como había estado haciendo durante meses, pero algo iba a cambiar. Susana estaba sola y cuando él llegó, no pudo fingir.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —dijo besándola como siempre.

—Hola, Toni, tenemos que hablar...

Esas palabras hicieron que él se tensara, esas palabras nunca parecían ser buenas noticias. Se sentaron en el sofá y Susana le agarró la mano.

—Toni... eres el hombre que cualquier mujer desearía tener a su lado. Listo, trabajador, cariñoso y fiel, pero yo no puedo estar contigo...

—Es Héctor —dijo exasperado—. Ha vuelto.

—Sí, ha vuelto y cuando le he visto entrar por la puerta he sentido ese cosquilleo en el estómago. Contigo no me pasa... nunca. Sé que es injusto. Has sido muy paciente conmigo, me consta que soy importante para ti, pero no puedo seguir con esto, no es justo para ninguno de los dos.

—Susie, yo te quiero... —expuso Toni en un intento de que su relación no terminara.

—Y yo también te quiero mucho, Toni, pero no de la forma que se tiene

que querer a tu pareja, te quiero como amigo.

—Susana, por favor, vamos a darnos un tiempo. Quizás te haya pedido demasiado, la relación ha podido ser muy intensa...

—Toni, te juro que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no quiero hacerte daño y cuanto más tiempo estamos juntos, más me engaño intentando sentir algo que no siento. No quiero hacerte más daño...

—Ya me lo estás haciendo —dijo él con pesar.

—Lo sé y no sabes cuánto lo lamento, Toni.

—Está bien, lo entiendo. Solo quiero pedirte algo.

—Lo que quieras...

—Quédate con el colgante que te regalé, siempre serás la dueña de mi corazón.

Susana no quiso contradecirle, quería mucho a Toni, pero no le amaba.

—Claro. Siempre te llevaré conmigo, Toni.

Se abrazaron por última vez y él se marchó. Ella no sabía cómo sentirse, con Toni todo hubiera sido más fácil, pero el corazón no decidía a quién amar y ella no le amaba.

Sentada en el sofá, lloró hasta que sus ojos se quedaron sin lágrimas.

«¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué tengo que enamorarme del chico inadecuado?» se preguntaba.

No tenía respuesta para esas preguntas, pero cuando Héctor apareció y la vio tan apenada, no le preguntó, solo la estrechó entre sus brazos y la consoló.

Después de casi una hora abrazados, la miró a la cara, con esos bonitos ojos verdes. Susana deseó que se parase el tiempo por un momento y quedarse abrazada a él por toda la eternidad.

—Su, cariño, ¿quieres contarme por qué estás así? ¿Es por Toni? ¿Te ha hecho algo?

—Sí es por Toni, pero él no ha hecho nada, he sido yo, le he dejado...
Yo... —Volvió a llorar.

—¡Shhhh! Tranquila. Él es fuerte, lo superará...

—No he sido justa con él...

—Te gusta otro hombre...

—Sí —contestó sin querer dar más explicaciones. ¿Cómo decirle al chico que te tenía entre sus brazos que llevaba casi diez años enamorado de él?

—Has hecho lo correcto. Ante todo, hay que ser honestos. Cuando Olivia y yo rompimos, se lo dije, nuestra relación no nos llevaba a nada. Yo no estaba enamorado de ella. No quería hacerle más daño y se lo hice rompiendo, pero si seguíamos con una relación que no nos llevaba a lo que nosotros queríamos, al final el daño sería mayor, créeme.

—Eso he pensado yo...

—Claro... Ahora voy a preparar la comida y después nos vamos a echar una siesta, ¿te parece?

—Gracias, Héctor.

—Para eso están los amigos...

De nuevo esa palabra, que a Susana le destrozaba el corazón: la amistad. Nunca serían más que amigos. Ella en el fondo lo sabía, pero no podía luchar contra sus sentimientos, al menos no por el momento.

Se tumbó en el sofá y se quedó dormida. Héctor la despertó cuando la comida ya estuvo lista.

—Preciosa, ya está la comida...

—Gracias, Héctor. Ya me levanto.

Como un resorte se incorporó del sofá y se fue a la cocina, se sentó en un taburete y los dos degustaron la sopa y la carne que él había preparado. Recogieron y después, un poco nerviosa, ella se fue a su habitación.

—¿Quieres que duerma contigo? —inquirió Héctor.

—Solo si tú quieres hacerlo... —respondió Susana.

—Claro que quiero, es lo que más he echado de menos estando en Dublín.

Ella sonrió, al menos en algo le había extrañado y no pudo más que regalarle una bonita sonrisa al hombre de sus sueños.

Se tumbó a su lado, con la cabeza escuchando los latidos de su corazón. Jamás había dormido así con Toni en todo el tiempo que había durado su relación. Esa forma era especial y siempre sería suya y de Héctor.

Susana notó que su cuerpo se fue relajando de una manera acelerada, por fin volvía a estar entre sus brazos, en los de aquel hombre que le había calado tan hondo, tanto que no había podido olvidarlo y le había hecho sacrificar una relación casi perfecta. Pero a ella eso ya no le importaba, lo único que necesitaba era estar entre sus brazos y ya lo había logrado.

Se quedó profundamente dormida. Héctor tardó un poco más, pero enseguida se relajó y se sumió en un profundo sueño.

Se despertaron casi a las nueve de la noche, cuando Lara apareció para coger algo de ropa de la habitación de su amiga. Siempre le robaba alguna que otra minifalda y alguna camiseta que ella tenía.

—Vaya, siento interrumpir —dijo sarcástica al ver que ambos dormían abrazados.

—¿Qué hora es! —exclamó Héctor.

—Las nueve de la noche.

—¡Mierda! He quedado con los compañeros de facultad para tomar algo. Se levantó como un resorte y dejó a Susana en la cama desperezándose.

—¡A ti ya te vale! —la regañó Lara—. ¿Dónde está Toni? ¿No se supone que venía hoy?

—Hemos roto...

—¡Sí es que lo sabía! —dijo Lara moviéndose de un lado para otro—. Amiga, eres idiota, tienes al hombre más maravilloso de la faz de la tierra y tienes que cambiarlo por unos ojos bonitos. ¡Estás loca! ¿Lo sabías?

—¡No grites! —le reprendió Susana—. Tienes razón... pero es que en cuanto Héctor entró por la puerta sentí las mariposas de las que todo el mundo habla cuando aparece el hombre de tus sueños. Con Toni jamás las he sentido y aunque debo reconocer que el sexo estaba muy bien, no siento nada por él.

—Pero sabes que Héctor no te ve de la forma en la que tú le ves a él.

—Lo sé, pero prefiero no engañar a nadie... No quiero hacer daño a Toni y que se enamore más de mí. Porque sé, desde el fondo de mi corazón, que nunca podré sentir por él lo que siento por Héctor.

—¿He oído mi nombre? —dijo el susodicho apareciendo por la puerta.

—Sí, que estamos encantadas de tenerte en casa —dijo sarcástica Lara.

—¿Detecto un tono de hostilidad? —preguntó él.

—Tranquilo, yo ya me voy.

—Pues si quieres podemos ir juntos.

—¡Eso ni en tus mejores sueños! —exclamó Lara que, aunque Héctor siempre le había parecido un chico guapo, no lo soportaba por todo lo que a su amiga le estaba haciendo. La estaba matando en vida, aunque ella no se diera cuenta.

Lara salió antes que Héctor y él se despidió dejando a Susana sola en casa. Ninguno de los dos le había propuesto salir y aunque en verdad no tenía ganas, eso la molestó un poco.

Se preparó algo de cena y se acostó, no quería hacer nada más. A las tantas de la madrugada notó cómo un cuerpo se pegaba a ella. Oía a tabaco y a alcohol, pero eso no le importó. Héctor volvía a su lado y ella volvía a ser la mujer más afortunada del mundo.

Tras un verano en el que todos trabajaron, regresaron de nuevo las clases. Para Héctor era su último año en la facultad, después empezaría el MIR; para Lara y Susana era su tercer año de carrera. Los dos anteriores los habían superado con nota, pero este tercero decían que era mucho más difícil.

Ellas estaban acostumbradas a estudiar duro, por eso cuando comenzaron las clases cogieron enseguida el ritmo y retomaron sus horas de biblioteca y estudio.

Susana apenas iba a Santoña, eran sus padres los que venían cada dos o tres fines de semana a verla. Sabían que había roto con Toni y era bastante doloroso para ella, por eso la entendieron y la apoyaron en todo momento.

Al llegar la navidad tuvo que regresar a casa, pero esta vez Héctor estuvo a su lado y evitó que el reencuentro fuera algo doloroso para ambos.

—Hola, Toni, te veo más delgado. ¿Qué tal por Tresp?

—Es duro, pero bueno, estoy haciendo lo que quiero.

Toni había terminado su curso en Santoña y se había trasladado a la academia de Tresp para salir como suboficial. Aún no había elegido especialidad, pero tenía claro una cosa: su destino sería lejos de allí. Quería poder olvidarse de Susana y todos los lugares le recordaban a ella.

—Hola, Toni. ¿Cómo estás? —le preguntó Susana un poco nerviosa.

—Mal, no voy a engañarte, pero doy gracias a que en la academia nos están metiendo mucha caña y apenas tengo tiempo de acordarme de ti.

—Lo siento... —dijo queriendo acariciar su brazo, pero este rechazó ese gesto. No quería volver a sentirla, la había echado tanto de menos, la necesitaba tanto, que le dolía el alma no poder besarla y hacerla suya.

—Bueno, amigo, vamos a divertirnos. —Héctor cogió del hombro a Toni y se le llevó a la barra del bar. Comenzaron a beber como si no hubiera un mañana mientras que Susana observaba la escena un poco asustada. No

quería que a Toni se le soltara la lengua y le dijera a Héctor que él era el causante de su desgracia. Por eso cuando vio que el nivel de alcohol de ambos hombres rozaba el límite de lo razonable, les echó de la barra y les llevó en el coche de Héctor a su casa. Ella regresó andando para despejarse.

No le importó, necesitaba aclarar sus emociones. Siendo sincera con ella misma, se sentía como una verdadera mierda. Había hecho mucho daño, más del que había pensado, a Toni. Él no se lo merecía, nunca tendría que haber salido con él. Pero su maldita conciencia le instó a que lo hiciera para olvidarse de Héctor y no lo había logrado. Supo entonces que tenía que poner remedio de otra manera y lo único que se le ocurrió fue que el próximo curso se iría de Erasmus. Hablaría con Lara, a ver si a ella también le apetecía ir. Por nada del mundo quería irse sola y aunque ambas lo habían hablado, no habían concretado nada.

Llegó a su casa, se tumbó en la cama y antes de dormirse miró al techo y rezó. Hacía mucho que no lo hacía, pero pidió que de una vez por todas pudiera olvidarse de Héctor para siempre y que encontrara a un hombre que la completara y la llenara, que ese amor fuera correspondido.

Capítulo 7

El curso había transcurrido, había sido muy duro, pero los tres habían logrado superar sus exámenes. Lara y Susana había solicitado la beca Erasmus para irse a Londres el siguiente año, pero en verano, como los años anteriores, trabajaron para poder mantener el piso de alquiler y vivir desahogadamente en Londres el siguiente curso.

En cambio, Héctor se dedicó a vivir la vida durante las vacaciones. En breve comenzaría el MIR y tendría que trabajar duro, por lo que no lo pensó e iba de fiesta en fiesta y de mujer en mujer. Susana no pudo más que resignarse, las noches seguían siendo suyas, pero era el único momento en el que estaba a su lado.

Con la llegada del nuevo curso, llegó otra vez el momento de las despedidas, pero esta vez Susana estaba decidida a olvidarse de Héctor, tenía que hacerlo si quería madurar. Sus padres fueron los más apenados por su marcha.

Instalarse en Londres fue fácil pero el ritmo de las clases, al principio resultó bastante complicado. Adecuarse al idioma les costó, aunque llevaban años practicándolo, pero no era lo mismo hablarlo en clase de inglés que dar todas las asignaturas en ese idioma. Las dos eran muy buenas estudiantes por lo que, aunque los dos primeros meses apenas salían, después se permitieron el lujo de acudir a alguna fiesta con más gente de Erasmus.

Convivir en los apartamentos cercanos a la universidad les había hecho tener muchas amistades y Lara, con su labia y simpatía, había tenido algún

que otro escarceo, pero Susana aún no se había decantado por ningún chico. Desde el fondo de su corazón seguía intentando olvidar a Héctor. Aunque era difícil, sabía que tenía que hacerlo.

—Mi niña, sabes que Stefano está deseando salir contigo, ¿por qué le das largas?

—No sé, no es mi tipo.

—Claro, no es como Héctor, pero está muy bueno.

—No empecemos, Lara...

—No, Susi —replicó su amiga con decisión—, estoy cansada de ver cómo malgastas tu vida persiguiendo un amor imposible. Sé que Stefano no será el amor de tu vida, pero para echar un polvo o dos... joder, estoy harta...

—Vale, está bien, saldré con él, pero no sé si voy a acostarme con él. Sabes que solo me he acostado con Toni. No soy tan experta como tú.

—Que me haya acostado con más hombres no me hace una experta. Además en el sexo solo hay que dejarse llevar y disfrutar, nada más.

—Lo que tú digas...

Esa misma noche, Lara llamó a sus amigos. Paul era polaco y Stefano, italiano. Quedó con ellos para salir a dar una vuelta todos juntos. Susana no estaba muy decidida, pero al final accedió; Lara tenía parte de razón, estaba dejando pasar su vida por un imposible. Tenía que vivir y aunque Stefano solo sería una experiencia en su vida, de vez en cuando no venía mal desfogarse.

Cenaron, bebieron y cada una se fue con uno a su apartamento. Susana estaba nerviosa, con Toni todo había sido estupendo, siempre había sido muy paciente con ella y delicado, pero Stefano no era así. En cuanto entraron en su apartamento se abalanzó sobre ella. Eso la asustó un poco, cerró los ojos y se dejó llevar. Ella había ido por voluntad propia y quería acostarse con él, olvidar a Héctor, por lo que salió la fiera que llevaba dentro y comenzó a

desnudar al hombre con rapidez al mismo tiempo que él se deshacía de su vestido. La ropa volaba y caía rápidamente al suelo mientras sus lenguas se debatían en una lucha por llevar el control. Sus manos acariciaban sus cuerpos y cuando ambos se quedaron solo en ropa interior, el cogió de la mesilla un preservativo, lo rasgó rápidamente y bajando sus calzoncillos se lo colocó en su enhiesto pene. Ella se deshizo de su ropa interior y se tumbó en la cama. Estaba dispuesta, excitada, esas caricias, ese juego felino le habían seducido. Por eso cuando él se adentró en ella de una estocada, se sintió desfallecer. Estaba nerviosa, pero el placer que sintió hizo que sus nervios se desvanecieran. Le instó a que siguiera penetrándola con fuerza. Jamás habría pensado que le gustaría el sexo así, tan rudo, pero estaba disfrutando de las fuertes embestidas. El italiano por su parte cada vez se movía con más fuerza, se veía que hacía verdaderos esfuerzos para no concluir la faena, pues estaba totalmente extasiado por lo que Susana le estaba haciendo sentir, arañándole la espalda cada vez que su pene se introducía con rudeza en su vagina. Poco a poco ambos perdieron el control y comenzaron a jadear hasta que sus cuerpos, rendidos a la pasión del momento estallaron en un brutal orgasmo, trasladándoles a ambos al súmmum del placer.

Susana estaba exhausta, con Toni el sexo había sido placentero, pero tenía que admitir que con Stefano había sido brutal.

—Bella, ha sido fantástico —le dijo él acariciando su mejilla.

—Gracias, Stefano. Ha estado muy bien, pero será mejor que me vaya.

—Quédate...

—Lo siento, prefiero irme.

—Como quieras...

Él no insistió y ella se lo agradeció. No quería dormir con él, solo había dormido con Toni y con Héctor. Con el primero jamás se había sentido cómoda y no quería repetir la experiencia por lo que con un beso dulce en los

labios se despidió de Stefano, se vistió y se marchó a su apartamento, que no estaba lejos.

Se desnudó y se acostó en su cama agitada, había sido una experiencia sexual diferente, pero se daba cuenta de que eso no era lo que necesitaba. Quizás su amiga disfrutara de ello, pero ella no quería eso. Ella quería un hombre con el que compartirlo todo.

Lara llegó al día siguiente, con cara de haber dormido más bien poco.

—Buenos días, ¿has dormido en casa? —la preguntó a Susana. Ella asintió—. ¿Tan mal te fue con Stefano?

—No, me fue bien, es solo que no quise a quedarme a dormir con él.

—¿Ni repetir tampoco?

—No lo pensé...

—Eso es que no te satisfizo.

—Todo lo contrario. Debo reconocer que estuvo mejor que las veces que me acosté con Toni, es solo que esto no es para mí.

—No te entiendo —inquirió Lara confusa.

—Lo de acostarse con hombres por doquier.

—Susana, hay que vivir... —replicó su amiga con impaciencia—. Además, yo creo que, para encontrar al adecuado, primero hay que probar, no hay que atarse al primero que pase.

—No sé, yo no creo en eso.

—Que me estás diciendo, ¿que hasta que no te vuelvas a enamorar no vas a volver a acostarte con nadie?

—Es posible.

—Alucino contigo, amiga. Eres más rara que un perro verde. El sexo es necesario en la vida, libera tensiones, te da vitalidad, es..., no sé cómo explicarlo, pero es necesario.

—Yo no lo veo así... Quizás para algunas personas lo sea, pero para mí

no.

—Tú sabrás... Pero yo no dejaría pasar mucho tiempo sin sexo. Al final te vuelves inapetente y quizás el día que encuentres al hombre de tus sueños ni siquiera disfrutes con él.

Susana miró a Lara como si le hubieran salido sapos y culebras por la cara y se fue a darse una ducha, ella había vivido mucho tiempo sin sexo y tenía que admitir que, aunque las experiencias habían sido buenas no le parecía primordial en su vida.

Lara se metió en la cama un poco contrariada. No entendía a su mejor amiga, estaba tan pillada por Héctor que prefería llevar una vida de castidad antes que acostarse con un hombre que la deseara. Intentaría hacerla cambiar de opinión, sabía que sería una ardua tarea, pero no cesaría en el intento.

Durante el resto del año que permanecieron en Londres, ambas salieron y se divirtieron, pero Susana no volvió a acostarse con nadie pese a que Lara lo intentó por todos los medios; se dedicó a divertirse, pero sobre todo a estudiar y a sacar el curso como tenía pensado hacer. A Lara le costó más, y de hecho sus calificaciones bajaron con respecto a los cursos anteriores, pero al final lo aprobó.

Héctor, por su parte, había aprobado el examen del MIR y había comenzado a trabajar en el hospital de Santander en la especialidad de cardiología; hacía muchas horas pero no le importaba. Le gustaba mucho trabajar en el hospital y aunque sacrificaba varios fines de semana, estaba aprendiendo mucho. Eso sí, salía con enfermeras y otras médicas que estaban en su misma situación; no perdía la ocasión de divertirse sin pensar ningún momento en esa mujer que, sin él saberlo, vivía enamorada y sacrificada por él.

Cuando Lara y Susana regresaron de su año en Londres, las cosas cambiaron. Héctor les dijo que se iba a mudar a otro piso, más cerca del

hospital. A Susana eso le partió un poco más su resquebrajado corazón. Había pasado un año muy malo, añorándolo a diario, había tenido la esperanza de regresar y que su vida al menos volviera a la normalidad, dormir juntos y compartir sus noches con él, pero al parecer eso no iba a ocurrir. Su vida iba de mal en peor, no podía quitarse a Héctor de la cabeza y encima él se marchaba del piso que habían compartido.

—Es lo mejor, Susi —le dijo Lara—. Así terminarás de olvidarlo.

—Necesito dormir con él.

—Has estado casi un año sin dormir con él.

—Y apenas he pegado ojo.

—Tienes que pasar página...

—No voy a poder olvidarlo jamás...

—Tienes que hacerlo.

Héctor estaba recogiendo sus cosas ajeno a la discusión que las dos mujeres tenían en el cuarto de Susana.

Ella tenía los ojos anegados en lágrimas cuando Héctor irrumpió y la vio.

—Su, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, sí... es solo que me da pena que te marches...

—No me voy a otro país, me voy a otro piso —dijo él, sentándose a su lado para consolarla—. Este no me pilla bien, está lejos del hospital y necesito comodidad, suficientes horas estoy en el hospital como para perder más el tiempo... ¿Podríais mudaros vosotras conmigo?

—No, yo no me mudo más —inquirió enfadada Lara al ver que Susana empezaba a ilusionarse.

—Os pilla un poco más lejos, pero el año que comencéis el MIR estaréis cerca del hospital, solo tendréis que sacrificaros ahora. Es una ventaja a largo plazo.

Susana miró a su amiga con ojos de gatita desvalida y al final la

convenció. Lara sabía que estaba obrando mal, que solo le daba falsas esperanzas, que Héctor jamás se fijaría en ella, pero también sabía que le necesitaba y que ese año en Londres para ella había sido mucho más duro de lo que había querido aparentar. Por lo que, muy a su pesar, aceptó. Ya se cobraría de buena gana el gran favor que le había hecho. Pues si algo tenía Susana es que sabía devolver con creces todos los favores que Lara le hacía.

Y así, después de una semana trasladando todo lo que los tres tenían en su antigua casa, se instalaron en la casa que Héctor había alquilado.

Lara y Susana tenían que admitir que era más moderna, más espaciosa y además estaba al lado del hospital, lo que a la larga sería lo mejor. Claro que también el alquiler era más caro, pero ambas siguieron trabajando en verano para costárselo y así poder pagarlo. Además, siempre contaban con la ayuda de sus padres.

Capítulo 8

En el último año de carrera para Lara y Susana, ambas solo hacían que estudiar. Habían decidido no salir ningún fin de semana, su nota media decidía gran parte que el MIR pudieran cursarlo en Santander o no y ambas querían hacerlo allí, por eso las dos estaban decididas a darlo todo para que así fuera. Tras un largo año en el que apenas despegaron la nariz de los libros, al fin estaban terminando los exámenes finales. Susana llevaba unos días encontrándose bastante mal, pero no había dicho nada a sus compañeros de piso, porque sabía que la harían ir al médico y en esos momentos no podía perder ni un minuto de su tiempo, pero cuando estaba cenando con Lara, algo ligero pues apenas dedicaban mucho tiempo a ese menester, su piel se puso pálida como la leche y se desmayó. Dio la casualidad de que en ese momento aparecía Héctor de su guardia.

—¿¿Qué ha pasado?! —preguntó asustado al verla en el suelo.

—No lo sé, se ha desmayado.

Le tomó las constantes y decidió cogerla en brazos, llevándola él mismo al hospital.

Todo sucedió muy rápido, en cuanto llegaron los sanitarios la tumbaron en una camilla y la metieron a un box. Como la mayoría conocían a Héctor le dejaron entrar con ellos. Estuvo en todo momento atendiendo a Susana, que se encontraba inconsciente.

Tras una exploración inicial y varias pruebas, la muchacha despertó. Tenía un dolor agudo en el costado. Explicó que llevaba unos días

indispuesta y con ese dolor. Héctor la miró malhumorado pero no dijo nada, se limitó a hablar con sus compañeros y a pedir varias pruebas. Después, un doctor muy atractivo se ocupó del caso dejando fuera a Héctor.

Al final el diagnóstico fue una apendicitis. Tuvieron que operar de urgencia. Si hubiera esperado un poco más hubiera derivado en peritonitis, una infección que la hubiera podido llevar hasta la muerte, le explicó el médico.

Para Susana todo aquello parecía irreal. Aunque se encontraba realmente enferma, no podía dejar de pensar en el tiempo que estaba perdiendo, en los exámenes y en la terrible posibilidad de perder alguno por culpa de todo aquello.

Después de la operación, en la habitación se encontraban Lara y Héctor, muy enfadados. Sus padres no tardaron en llegar alentados por sus amigos.

—¿Pero en qué coño estabas pensando? —le recriminó Lara que estaba muy enfadada—. ¿Llevabas días enferma y no nos lo dijiste? Somos tus amigos...

—Lo sé... pero pensé que eran los nervios... —dijo Susana lentamente. Apenas hacía unas horas que se había recuperado de la anestesia, y los rostros ceñudos de sus amigos y todos aquellos reproches le parecían absurdos.

—¡Los nervios, y una mierda!

—Esa boca —exclamó la madre de Susana que aparecía en ese momento.

—Lo siento, Piedad, pero es que tiene una hija muy cabezota. A punto ha estado de perforársele el apéndice. Podría haber muerto. Ella va a ser médico y no mira por su propia salud.

Héctor no había dicho nada, estaba bastante enfadado por todo lo sucedido: El médico le había echado de la sala, no había dormido nada y su mejor amiga había estado a punto de morir.

—Héctor, pareces cansado —expresó el padre de Susana.

—Regresaba de guardia cuando me he encontrado a Su desmayada en casa.

—Pues ve a descansar, hijo. Ya has hecho suficiente por ella.

Héctor se despidió de todos y se marchó. Susana suspiró, agobiada. Ahora tendría que lidiar con sus padres y su mejor amiga. Había obrado mal, pero había sido un accidente. Realmente ella nunca creyó estar tan enferma. Solo quería terminar los exámenes, no había pensado que era tan grave lo que le estaba sucediendo.

—¿En qué estabas pensando, hija? —le preguntó su padre.

—No pensé que estuviera tan mal. Solo quería terminar los exámenes —repitió, cansada ya de tantas recriminaciones.

El médico irrumpió entonces en la sala, y Lara se quedó sin respiración. Era bastante joven, quizás un poco mayor que Héctor, pero estaba para hacerle un gran favor, pensó. El médico dibujó una sonrisa al ver que la muchacha no le quitaba ojo de encima y saludó cordialmente.

—Hola, vengo a ver qué tal está mi paciente.

—Estoy mejor, doctor.

—Bueno, ahora necesitas reposo... Lo mejor será que reduzcan las visitas. Si es posible que se quede una persona, es lo mejor. No necesita mucho bullicio. Está bastante débil y cuanto menos distracción, mejor. Tiene que descansar.

—Pero tengo que estudiar... —increpó casi sin voz.

—Tienes que descansar —repitió el médico.

—Aún me queda un examen la próxima semana.

—Pues siento comunicarte que será complicado que asistas...

—Pero...

—Hija, no repliques —intervino su padre furioso—. Haz lo que diga el

doctor.

—Si no me dejan ir pediré el alta voluntaria.

Sus temores se estaban haciendo realidad. ¡No podía perder ese examen!, tenía que conseguir presentarse como fuera. Hablaría con el doctor, con el director del hospital si hacía falta. O se escaparía. No iba a tirar por la borda el esfuerzo de todo el año por aquella estúpida apendicitis.

—Si nos dejan unos minutos solos... —pidió el médico.

Los padres de Susana y Lara se miraron y salieron de la habitación.

—Señorita Ladreda —dijo cuando estuvieron a solas—, no puedo impedir que solicite el alta voluntaria, pero no creo que sea lo mejor. Hagamos una cosa, ¿cuándo tiene el examen?

—La próxima semana.

—Yo mismo me voy a encargar de su seguimiento. Si todo sale bien, podremos intentar darle unas horas para salir con mi supervisión. Pero tengo que ver la evolución de esta semana.

—Es muy importante para mí, doctor.

—Mario. Mi nombre es Mario Velázquez. No soy mucho mayor que tú, no creas... Sé lo importante que es para ti. Yo soy médico residente, recuerda, no digo que haya pasado por lo mismo que tú, pero sí sé lo importante que es aprobar todos los exámenes. Te prometo que voy a hacer todo lo posible para que no lo pierdas.

—Gracias, Mario.

Este dibujó una bonita sonrisa y salió de la habitación, dejando a Susana con una pequeña esperanza.

Ese día descansó, pero al día siguiente, obligó a Lara a que le trajera los apuntes para poder estudiar. Sus padres no lo vieron con buenos ojos, pero al final decidieron dejarla hacer. Sabían que su hija haría cualquier cosa por terminar su carrera.

Héctor no había pasado ni un día a visitarla y Susana se preguntaba por qué no quería verla, sabía que no había hecho bien ocultándoles a sus dos amigos su estado de salud, pero no entendía muy bien su actitud. No obstante, no quiso ahondar más en el tema, cuando le dieran el alta ya hablaría con él.

Su padre tuvo que marcharse por un problema en el cuartel que requería de su presencia, pero Piedad se quedó con ella en todo momento.

Los días se sucedieron en la pequeña habitación. Las enfermeras iban y venían para comprobar cómo evolucionaba, le traían la comida en bandejas y salía de vez en cuando a dar pequeños paseos por los pasillos por prescripción médica, aún dolorida de la operación, pero la mayor parte del tiempo la pasaba en la cama, intentando estudiar pese al aturdimiento que le provocaban los medicamentos.

Así, llegó al fin el día del examen. Mario había acudido todos los días a visitarla, se había mostrado muy atento, casi más de lo propio para un médico normal, pensó Lara, que así se lo hizo ver a su amiga.

—Mario, dime que puedo ir al examen —preguntó Susana nerviosa.

—Bajo mi supervisión, sí.

—No entiendo.

—Que no entro a mi turno hasta las dos. Te acompañaré a la facultad y hablaré con tu profesor, estaré supervisando que no empeores...

—Me parece la opción más acertada —intervino Piedad.

—No creo que puedas hacerlo.

—Déjame a mí hablar con el profesor, seguro que incluso le conozco.

Susana no quiso replicar, si le dejaban hacer el examen bien podía estar a su lado. No sería ella quien lo decidiría.

El traslado fue en el coche del médico, no supo muy bien por qué, pero él se encargó de todo y al final Lara también les acompañó, pues ella también se

examinaba de la misma asignatura. Solo Piedad se quedó esperando en el hospital.

—Hola, Héctor —dijo al cruzarse en la cafetería con el muchacho.

—Hola, Piedad. ¿Cómo está Susana? Siento no haber podido ir a verla, pero he estado bastante ocupado.

—Está mejor. El doctor Velázquez le ha dejado ir al examen. Él mismo la ha acompañado para supervisar su estado.

—¿¿Qué?! —exclamó un poco molesto.

—Sí, ¿ocurre algo?

—No, nada... Pero no debería haberla dejado, aún está convaleciente.

—Nos ha dicho que su evolución era buena.

—Será mamarracho, qué sabrá él. ¡Puto trepa! —masculló entre dientes.

—¿Decías algo?

—Nada, Piedad. Qué él sabrá. Es su responsabilidad.

—No le pasará nada, ya lo verás. Y ve a verla, seguro que la hará mucha ilusión verte.

—Claro, en cuanto tenga un ratito, lo prometo.

Héctor salió de la cafetería malhumorado y dejó a Piedad un poco confundida.

Mientras tanto, Mario llegaba a la facultad. Tras conversar con su antiguo profesor, conseguía pasar a la sala donde se iba a celebrar el examen. Susana y Lara se situaron en sus sitios, se desearon suerte y Mario se sentó al lado de la muchacha para controlar en cada momento su estado de salud.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, Mario, de verdad. Nerviosa, deseando hacer el examen.

—Si te encuentras mal, no te fuerces, dímelo.

—Sí, tranquilo, no haré el tonto.

A los diez minutos, el examen comenzó. Susana se concentró en las

preguntas. Al principio le costaba incluso enfocar la vista en el texto: los nervios y la debilidad le provocaban un aturdimiento del que apenas consiguió salir. Cuando al fin pudo centrarse, comenzó a responder las cuestiones del examen. Pero no aguantó demasiado. Según iba transcurriendo el tiempo, su estado iba empeorando. Al final tuvo que dejar las últimas preguntas en blanco, pues no podía mantenerse mucho más tiempo.

—Mario...

Este en seguida supo lo que tenía que hacer: la sacó de la sala, le puso la bolsa de suero y se la llevó de inmediato al hospital. Había cometido una locura, pero lo había hecho para que la muchacha pudiera examinarse, solo esperaba que hubiera servido para algo.

Susana llegó al hospital sin apenas fuerzas y bastante nerviosa, pero el suero y los calmantes que le pusieron, hicieron que se relajara.

—Tranquila, enseguida comenzarás a sentirte mejor.

—No lo he terminado.

—Pero seguro que has aprobado, ya lo verás. Ahora solo tienes que descansar. Si apruebas, me debes una cena... —le dijo el muchacho con una sonrisa en los labios—. Pero cuando estés recuperada.

Ella sonrió, era verdad que se la merecía, se había jugado su trabajo por ella, pues ella podía empeorar y él meterse en un lío por lo que había hecho.

—Hija, ¿estás bien? —le preguntó Piedad al verla tan pálida cuando entraba en la habitación.

—Estoy agotada mamá, pero estoy bien. —Quiso que su madre no se preocupara.

—Solo está exhausta, pero se pondrá bien. Ahora tiene que descansar.

Piedad la ayudó a desnudarse y a ponerse el pijama del hospital y rápidamente Susana se sumió en un profundo sueño.

Cuando despertó, Lara estaba en la sala con Piedad y Héctor con cara de

enfado. La misma que cuando se despertó el día que la habían operado.

—Hola —dijo con la voz tomada.

—¿Cómo estás, hija? —le preguntó su madre.

—Bien. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Horas...

—Vaya... ¿Puedo hablar a solas con Héctor?

Lara y Piedad no dijeron nada y salieron en silencio de la habitación. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada, pero al final fue Susana la que habló:

—¿Qué es lo que te pasa conmigo? ¿Qué es lo que he hecho mal para que no hayas venido hasta ahora a verme?

Él suspiró resignado, como si le costara sincerarse y al final contestó:

—Me pareces una niña malcriada, estabas enferma y no acudiste a mí. Soy médico, residente, pero soy médico. No sé en qué narices pensabas... Podías haber muerto, si se te llega a perforar el apéndice... ¿Por qué?

—No quería preocuparos. Solo pensé que eran nervios por los exámenes. Nunca pensé que tendría apendicitis. No estoy loca, Héctor. Si hubiera creído que estaba enferma, hubiera venido al hospital.

—Nos diste un susto tremendo a Lara y a mí, ¿sabes?

—Lo lamento, de verás...

—Susana, eres importante para nosotros, eres nuestra amiga... Te queremos. No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—Te lo prometo. ¿Me perdonas? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Está bien. Pero aléjate de Mario...

—¿De Mario? ¿Por qué? Me parece buena persona.

—Es un pijo redomado.

—¿Un pijo redomado? —inquirió incrédula—. ¿Y eso por qué?

—Su padre es el director de este hospital. Por eso tú hoy has podido salir

a hacer el examen, nadie le va a decir nada, pero lo que ha hecho es ilegal, no debería haberte dejado salir en tu estado.

—Hubiera pedido el alta voluntaria.

—¡Estarías loca!

—Necesitaba hacer el examen, Héctor. Si suspendo esta asignatura, tendré que presentarme en septiembre y perderé tiempo para prepararme el examen del MIR.

—Lo importante es la salud...

—Estoy bien...

—Eres una cabezota. Me voy. Vendré a verte mañana. Que te mejores.

Le dio un beso en la frente y se marchó. Lara y Piedad entraron y charlaron con Susana hasta la hora de cenar. Como siempre, Lara se marchó y Piedad se quedó haciendo compañía a su hija.

Tras unos días más en el hospital, a Susana le dieron el alta. Mario se mostró muy atento con ella durante esos días y le dio su teléfono instándola a que le llamara para quedar a comer juntos, pero las palabras que le había dicho Héctor sobre él la coartaban un poco.

Cuando llegó la hora de saber las notas, Susana no se lo podía creer. Aunque con una nota inferior al notable en la última asignatura, había aprobado todo con unas calificaciones estupendas y podría presentarse al examen del MIR junto con su amiga Lara ese mismo año.

Antes de presentarse, hizo lo que había prometido a sus padres: darse unas merecidas vacaciones en México durante diez días, disfrutando de las playas y la cultura maya.

Capítulo 9

El primer día que Susana comenzaba en el hospital, fue como todos sus primeros días, un manojito de nervios. Parecía una niña empezando en la escuela. No daba una, y para colmo se había cruzado un par de veces con Mario, al que había intentado evitar, sin éxito, en ambas ocasiones. No le había llamado, aunque había jugado con ventaja, pues ella nunca le había dado su teléfono. Pero allí estaba él, dispuesto a que esa cita, que tenían pendiente desde hacía ya casi un año, se fijara para un futuro próximo.

—Buenos días, Susana, bienvenida. Veo que aprobaste la asignatura y el examen de acceso al MIR... —dijo con retintín Mario.

—Hola, Mario. Sí, gracias por tu ayuda.

—¿No teníamos pendiente algo?

—No lo recuerdo.

Mario sonrió y Susana tuvo la impresión de que se le aflojaban las rodillas. Era condenadamente guapo.

—Creo que te refrescaré la memoria. Comentamos que, si aprobabas, cenarías un día conmigo.

—¡Ah! Tienes razón, pero perdí tu número de teléfono... de verdad que lo siento...

—Bueno, tranquila, ahora que nos vamos a ver mucho por aquí, te lo recordaré a diario.

Anotó el número de teléfono en una hoja amarilla y se lo pegó en el bolsillo de la bata.

—Que tengas un buen día.

El color de las mejillas de Susana se tornó de un rojo intenso ante la cara de sus compañeros que la miraban con fijación, incluso la jefa de pediatría se había quedado esperando a ver el resultado de la conversación.

—¡Bien! Prosigamos con la visita —dijo después de concluir con la charla.

Tras un día agotador, Susana se marchó a casa malhumorada y cansada por igual. Mario la había puesto en evidencia delante de sus compañeros y para colmo, al día siguiente tenía su primera guardia en urgencias. Solo esperaba no tener que coincidir con él.

Al acostarse en la cama, lo único que la reconfortó, como cada noche, fueron los brazos de Héctor cuando horas más tarde, la abrazaba y la acercaba hacia su cuerpo.

La suerte no estaba de su parte esa mañana. Al despertarse, se enredó con la sábana y se dio de bruces contra el suelo.

—Buenos días —dijo Héctor adormilado—. ¿Estás bien?

—No —contestó ella malhumorada.

—Al menos «buenos días», ¿no?

—Buenos días... —dijo resignada. Se levantó y se fue a la ducha. Se vistió de manera informal y desayunó algo rápido, sin esperar a Héctor. Presagiaba que no iba a ser su día.

Se marchó temprano. Héctor no empezaba hasta más tarde pero el golpetazo que Susana se había pegado le había despertado y aprovechó para salir a correr. Lara no había dormido en casa, seguramente había salido con algún compañero.

Justo cuando Susana llegaba al hospital, la vio besándose con un celador en la puerta.

—Buenos días, guapa.

—Buenos días, ¿no has dormido? —le preguntó Susana, un poco molesta.

—Sí, en casa de Luis. Luis, te presento a mi amiga Susi. Susi, él es Luis.

—Un placer —dijo el chico.

—Lo mismo digo —comentó ella por quedar bien—. Me voy que tengo guardia y creo que hoy no va a ser un buen día.

—Luego nos vemos por ahí.

—Sí, nos vemos —contestó ella.

Lara se había decantado por cirugía, por lo que, aunque también estaba en el mismo hospital, no se verían con la misma asiduidad que hasta ahora. Solo en los descansos y en su piso.

Su turno comenzaba con el pediatra de urgencias, y tal y como había vaticinado, su día no podía ir peor. Mario también se encontraba de médico de urgencias ese día y para colmo estaría como ella, toda la noche.

Mientras rellenaba el papeleo y se tomaba un descanso en la sala común, empezó a darle vueltas al asunto de Mario. Quizás debería darle una oportunidad. Se había portado muy bien y solo tenía la opinión de Héctor que, aunque era su mejor amigo también era un hombre, y ya se sabía la opinión que a veces tenían los hombres de otros hombres si había mujeres de por medio. Estaba segura de que Héctor no estaba interesado en ella, pero a lo mejor ellos habían tenido cierto roce por alguna otra. Además, Mario era guapo, carismático, amable y un triunfador... tal vez Héctor le percibía como un rival y le tenía envidia. Fuera como fuese, Mario y ella tendrían que estar casi todo el día viéndose por lo que decidió que al menos debía pedirle perdón por el desplante de la cena.

A media mañana le paró en el pasillo.

—Mario, ¿tienes un minuto?

—Depende...

—Quería pedirte perdón...

—Entonces sí tengo un minuto —dijo un poco arrogante. Su sonrisa, aun así, era amable. Susana encontró fascinante aquella combinación de insolencia y dulzura, muy a su pesar.

—Lo siento, de verdad —comenzó—. He estado bastante ocupada estudiando para el MIR. Además, es verdad que perdí tu número de teléfono... —No era cierto, lo había tirado a la papelera, pero eso no tenía por qué contárselo.

—Bueno, ahora tienes más tiempo. Podrías salir conmigo alguna vez.

—No sé si es buena idea, somos compañeros...

—Aquí la gente sale con compañeros, no es ningún delito...

—Ya, lo sé, pero es que si las cosas no salen bien luego tendríamos que vernos a diario y sería incómodo.

Mario se echó a reír.

—Solo te he pedido una cita, Susana, no te he pedido matrimonio.

—Tienes razón, perdona, es que soy bastante exagerada —contestó ella, avergonzada. La actitud de madurez y el control de la situación que exhibía Mario la hacían sentirse pequeña y torpe—. Solo una cena.

—¿Aceptarás?

—Lo pensaré...

—Es solo una cena. Nada más —insistió él seductoramente.

—Está bien, pero dentro de unas semanas. Déjame aclimatarme un poco al ritmo del hospital, ¿te parece bien?

—Perfecto entonces. Tú pones la fecha, yo pongo el lugar.

—¡Hecho! —Sellaron su pacto con la mano y ambos sonrieron.

En ese momento, todo pareció acelerarse. Varios accidentes de tráfico hicieron que el día se tornara ajetreado para todos, incluso en pediatría, pues en uno de esos accidentes un niño ingresó bastante grave.

Durante toda la tarde, el bebé de tan solo ocho meses estuvo siendo operado y Susana estuvo presente en dicha operación. Quiso hacerlo. No es que fuera su especialidad, como pediatra había hecho todo lo que estaba en sus manos junto con su médico al cargo, pero en cuanto vio al bebé sintió una conexión especial con él.

Tuvieron que arreglar varios órganos y vasos sanguíneos desgarrados, los brazos rotos por el impacto, pero al final, en una incubadora y seguramente a la larga con algunas operaciones que se valorarían más adelante, el bebé se salvó.

Al salir de quirófano Susana no pudo más que llorar soltando toda la tensión acumulada. Ella había ayudado a la salvación del bebé gracias a sus primeras atenciones y a la ayuda que había prestado en la operación. Había salvado una vida. Lo recordaría para siempre. Sabía que habría otros momentos difíciles en esta profesión, pero en este caso, el bien había ganado sobre el mal y eso era lo que contaba.

Se recompuso cuando el resto del equipo quirúrgico salió del quirófano y tras felicitarse unos a otros se fue de nuevo a urgencias. Se encontró con Lara que se marchaba ya a casa. A ella aún le quedaba toda la noche, pero estaba satisfecha, su día había empezado mal, pero sin duda se había ido arreglando por momentos.

—¿A ti qué te pasa?

—Hoy he ayudado a salvar una vida... y no una cualquiera, sino la de un bebé de ocho meses que había sufrido un accidente con sus padres.

—¡Oh! Me alegro. Aunque siento comunicarse que sus padres no han tenido la misma fortuna.

La cara de Susana desdibujó la sonrisa, no se había percatado de que evidentemente en el accidente sus padres iban en el vehículo. Ni por un momento había pensado en su estado.

—¿Han muerto?

—La mujer murió en la mesa de operaciones. El marido, el conductor, hace unas horas. Le intentaron reanimar, pero no se ha podido salvar. Todo por culpa de un borracho que se saltó una señal de stop.

Susana suspiró angustiada, ese bebé al que había ayudado a salvar la vida acababa de perder a sus padres, jamás les conocería por un sinvergüenza que además de conducir ebrio, no había respetado las normas de circulación.

—¡Joder! —soltó sin pensar, pese que ella nunca decía palabrotas necesitó decirlo.

—Te entiendo perfectamente. Encima el conductor borracho solo tiene magulladuras y un brazo roto. Yo no entiendo a veces lo injusta que es la vida. No conocía de nada a ese matrimonio, pero ese bebé ahora está huérfano porque un desalmado ha decidido beber y saltarse un stop —dijo Lara con lágrimas en los ojos. Susana la abrazó, era la primera vez que veía a su amiga en ese estado, jamás la había visto derrumbarse ante ninguna situación, pero era para hacerlo. Ella misma también estaba deshecha por dentro al conocer la noticia.

—La verdad es que nunca sabemos dónde está nuestro destino. Tenemos que aferrarnos fuerte a él, la vida nos enseña a ello. Aunque no queramos verlo. Nos va dando lecciones de las que tenemos que ir aprendiendo. Ve a casa y descansa, amiga. Lo necesitas. Y no olvides que te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho. Que tengas una buena guardia.

Lara se marchó desolada a casa, aún no se podía creer que su segundo día de trabajo, aquella mujer de unos cuarenta años hubiera muerto en la mesa de operaciones estando ella presente. Se hizo médico para salvar vidas.

También tenía claro que por el camino alguna se perdería, pero no tan pronto y no de una manera tan injusta.

Se acostó en su cama sin probar bocado alguno y lloró de manera desconsolada hasta que, exhausta se quedó dormida.

Héctor había estado en la reanimación del marido, para él perder una vida no era satisfactorio, pero no era la primera vez que había pasado por ello, si bien siempre algo en él se apagaba cuando veía morir a alguien tan joven si poder salvarlo.

Se dio una ducha y salió por urgencias. Entonces vio a Susana que deambulaba un poco sin rumbo fijo.

—Hola, ¿estás bien?

—Sí... no... No lo sé. Estaba feliz porque había ayudado a salvar al bebé que ingresó del accidente, pero cuando me encontré con Lara y me contó que sus padres han muerto...

—Ya me imagino. La verdad es que es injusto. Pero este trabajo es así, nosotros intentamos salvar vidas, muchas veces lo conseguimos, pero otras veces no. Es lo malo... Pero si elegimos ser médicos tenemos que saberlo llevar.

—Lo sé, pero creo que es difícil.

—Nadie dijo que fuera fácil, Su, pero no nos queda otra. Las primeras pérdidas son las peores, claro, pero poco a poco, uno se va haciendo a la idea. Se intenta no coger cariño a los pacientes, a veces es inevitable, no creas, porque en el fondo somos personas y hay pacientes que sin nosotros quererlo te roban el corazón. Pero es nuestro trabajo.

—Tienes razón. Gracias, Héctor. Ve a descansar. Yo tengo aún toda la noche por delante, esperemos que sea tranquila.

—Pues sí. Buenas noches, Su —dijo dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, Héctor.

Mario había permanecido en el pasillo observando la escena en silencio. No pudo negar que había sentido una punzada de celos al ver con qué admiración miraba Susana a Héctor, ese brillo que desprendían sus ojos, la sonrisa que le había regalado cuando sus labios se habían posado en su frente. Esa chica tenía que ser suya. Quería eso para él y lo iba a conseguir a toda costa.

En cuanto Héctor se marchó, Mario se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—Sí, un poco cansada... —La verdad es que Susana no quería volver a repetir la misma historia de la familia muerta. Además, no tenía la misma confianza con él que con su amigo.

—Aún nos quedan unas horas, si quieres te invito a un café.

—No me vendría mal. Gracias.

Los dos se fueron a la sala de médicos, Mario preparó el café y ambos lo degustaron en silencio.

—Un día duro... —dijo para volver a entablar conversación.

—Mucho, para ser el segundo...

—Nadie se acostumbra nunca a días así. Pero bueno, somos médicos, es nuestro trabajo.

—Claro, para bien o para mal.

Una urgencia les sacó de su tiempo de relax. La noche transcurrió agitada. Susana lo prefirió y cuando llegó la hora de irse, se despidió de sus compañeros, se marchó a casa y sin desvestirse se metió en la cama que apenas unos minutos antes había dejado Héctor para irse a trabajar.

Capítulo 10

Los días pasaban muy rápido, el trasiego en el hospital y el ritmo de las guardias era continuo, pero Susana lo agradecía. Estaba aprendiendo mucho, el hospital era su vida, aunque tenía que reconocer que echaba de menos tener algún fin de semana libre para ir a ver a sus padres, a los que hacía meses que no veía más que días sueltos, y porque ellos se acercaban a visitarla a Santander.

El primer fin de semana que libró entero, Mario le propuso quedar, pero ella declinó la oferta. Necesitaba evadirse un poco, ir a Santoña, desconectar... y así lo hizo.

Pasó todo el fin de semana en casa con sus padres, siendo mimada y malcriada por su madre, que apenas la dejó moverse de la silla y le hizo comida para varias semanas.

Salió con sus amigos y se divirtió un poco. Al que no vio fue a Toni, hacía un tiempo que no sabía nada de él, las pocas noticias que conocía eran por Héctor. Este había decidido cortar la relación cordial que habían mantenido durante un tiempo. Ella lo entendió, él seguía enamorado y Susana no podía reprocharle que no quisiera saber nada más de su vida, aunque le dolía tenía que pagar las consecuencias de sus actos.

Al regresar a Santander, volvió el agobio de la rutina: días eternos, guardias y Mario intentando concertar una cita con ella. Tenía que salir con él, porque sus evasivas se estaban convirtiendo en excusas ya bastante increíbles.

—Estoy empezando a creer que cambias el turno de los fines de semana con tus compañeros para no salir conmigo —le dijo una de las veces.

—Te juro que el próximo sábado libre salgo contigo.

Y ese día llegó.

No sabía cómo sentirse, no sabía por qué estaba tan nerviosa, Mario le caía bien, pero por una extraña razón que aún no lograba entender, seguía sin fiarse de él. Quizás las palabras de Héctor seguían calando muy hondo dentro de ella. O tal vez fuera que era terriblemente guapo y seguro de sí mismo, y eso la asustaba.

—De todas formas, amiga —decía Lara—, eres gilipollas, y perdona por el insulto, pero es que Mario es un bombón. No sé por qué llevas dándole largas durante tanto tiempo. Sales con él, te lo tiras y si no te gusta, puerta.

—Sabes que yo no soy así.

—Lo sé, pero ya eres mayorcita.

—Pero Héctor me dijo...

—¡Joder! Ya apareció el innombrable. ¿Cuántas veces te he dicho que le olvides? Lo primero que tienes que hacer es dejar de acostarte con él. Lo segundo, olvidarle de una vez por todas y seguir adelante con tu vida. Qué quieres que te diga, Mario es un buen candidato. Es listo, guapo, con dinero... Lo tiene todo...

—No sé...

—Amiga, hazme caso por una vez en tu vida...

—Vale, voy a darle una oportunidad. Pero lo de Héctor...

—¡Uff! A veces me exasperas. Es que no te entiendo. Solo te estás engañando a ti misma, cariño. Estás enganchada a él. A ver si de una vez por todas le sueltas. Y no lo harás hasta que no pongas tierra de por medio.

—No quiero hablar del tema.

—Siempre estás igual...

—¿No habías venido ayudarme a elegir qué vestido ponerme?

—Sí, tú cambia de tema, porque sabes que tengo razón. Pero seguiré dándote la lata, porque soy tu amiga, porque te quiero y por eso no quiero que sufras con ese mamarracho.

—No es un mamarracho.

—Lo que tú digas...

—El vestido... —insistió Susana.

—Me encanta el rojo.

—¿No es muy provocador?

—Por eso... Provocador, llamativo y sexy... Vas pidiendo guerra.

—Eso precisamente decía yo. Me pondré el negro.

—¡Joder! Susi, ¿entonces para qué me pides ayuda?

—Esa boca... Es que no quiero que se piense que estoy desesperada.

—Pero es que lo estás. ¿Cuánto hace que no follas? ¡Ah! Espera te lo digo yo, ¡desde el italiano!

—¡Vete a la mierda!

—Venga, no te enfades... Ponte el rojo, hazme el favor, te queda mejor... En serio.

Susana suspiró exasperada, pero al final cedió, se miró al espejo y le gustó el resultado. El vestido rojo realzaba su figura y tenía que reconocer que con los zapatos que su amiga le había prestado, que esperaba no tuviera que quitárselos muy rápidamente por la altura de los tacones, estaba despampanante.

—¡Estás preciosa! ¿A qué hora viene a recogerte?

Justo en ese momento sonó el timbre, ambas miraron instintivamente el reloj y sonrieron.

—Justamente a esta.

Lara fue a abrir la puerta. Se encontró con Héctor que salía de su

habitación, también preparado para salir. Al ver a Susana tan arreglada y encontrarse a Mario en la puerta puso cara contrariada, saludó y salió como alma que llevaba el diablo de allí sin apenas despedirse.

Mario, al ver a la mujer que esa noche la acompañaría en su cena, dibujó una de sus irresistibles sonrisas.

—¡Eres la viva imagen de la belleza! —dijo con dulzura.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—¡Divertíos! —dijo Lara, que esa noche y por primera vez desde hacía tiempo, no iba a salir.

Mario cogió del brazo a Susana y la acompañó hasta el ascensor dándole un sensual beso en el cuello que hizo que ella se estremeciera con su contacto.

—¡Estás realmente preciosa!

—Gracias —susurró nerviosa.

Al llegar a la puerta, una limusina les esperaba. Él, muy caballeroso, le abrió la puerta, tendiéndole la mano para ayudarla y ella se acomodó en los asientos traseros. A continuación, Mario se sentó a su lado.

No tuvo que dar indicaciones al chófer, que condujo hasta el puerto deportivo de Santander.

Cuando el coche se paró, Mario salió primero y ayudó cortésmente a Susana a salir. Ella al ver el lugar, suspiró nerviosa. No sabía dónde iban a cenar.

La suave brisa les envolvió a los dos y ella se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No, estoy bien, gracias.

Mario le agarró de la mano y la condujo hasta un yate, bastante lujoso.

—Es de mi padre, no creas que yo puedo permitírmelo con mi sueldo.

—Ya me lo imagino.

—Hoy será nuestro restaurante, si te parece bien.

—Claro —contestó, tratando de disimular su nerviosismo.

Todo estaba preparado. Cuando subieron a bordo, dentro del yate había una mesa con unas velas y la cena ya dispuesta.

—Me he tomado la libertad de elegir la cena, espero haber acertado.

—Tranquilo, no soy una mujer muy exquisita, suelo comer de todo.

Varios entrantes, langosta y pescado, fueron las *delicatessen* que Mario había preparado para cena con Susana. Ella no terminaba de deshacerse de su incomodidad. No estaba acostumbrada a tanto lujo, tenía que admitir que estaba fuera de lugar, le hubiera gustado cenar en un lugar con más gente, algo menos ostentoso, quizás.

Finalizada la cena, Mario se encargó de recogerlo todo y de poner algo de música.

—¿Te apetece salir a navegar?

—¿Ahora? —preguntó un poco incrédula.

—Podemos adentrarnos un poco, no muy lejos, y ver la costa desde mar adentro.

—Vale... —contestó aún confundida.

Mario se encargó de todo para soltar amarras y salir del puerto. Susana tenía que reconocer que estaba un poco deslumbrada, no solo porque tuviera un yate, sino porque supiera manejarlo.

Después de media hora, paró el barco en mitad del mar. Las luces de la ciudad brillaban a una distancia prudencial, todo se veía desde otra perspectiva desde allí, era precioso observar Santander desde ese lugar, con el sonido de la tenue música de fondo y las olas chocando contra la cubierta del barco.

Estaba tan ensimismada observando el paisaje que no oyó a Mario llegar. Sus brazos le rodearon la cintura haciendo que se sobresaltara.

—Lo siento —le susurró al oído—. No quería asustarte.

—Tranquilo, estaba observando la ciudad desde aquí, es impresionante.

—Sí que lo es. Por eso quería traerte aquí, porque es especial, como tú.

—Sí, ya. Seguro que traes a todos tus ligues aquí.

Mario se sintió un poco ofendido. Era la primera mujer por la que hacía eso. Nunca antes su padre le había dejado el yate, y le había tenido que rogar mucho.

—Pues no. Eres la única —dijo soltándola de la cintura.

—Lo siento... Mario, pensé... discúlpame.

—Será mejor que volvamos —dijo él un poco enfadado.

—Por favor, no te enfades —pidió ella agarrándole de la mano—. Me gustaría bailar contigo.

Él se tranquilizó un poco, la aferró a su cuerpo y los dos se movieron despacio al ritmo de la música. Susana estaba dejándose llevar, se lo había prometido a sí misma y la verdad es que hasta ahora todo había sido maravilloso, como en un cuento de hadas. Mario bajó su cabeza y comenzó a besarla dulcemente en los labios, tanteando el terreno. Ella aceptó esos besos para después entreabrir sus labios y dejar paso a su lengua. Se adentró con maestría y sin soltarla de la cintura la besó con más pasión, con necesidad, como si le fuera la vida en ello. Susana recibió ese voraz beso al principio con aceptación, pero poco a poco, las sensaciones empezaron a despertar en ella, aturdiéndola. Mario besaba con maestría, provocándola y haciéndole desear más. Había en él un magnetismo que parecía atraerla irremediabilmente, a pesar de todos sus prejuicios y cautela. Aquellas barreras fueron cayendo hasta que le costó sostenerse en pie con los tacones. Era la primera vez que se sentía así, nunca antes había sentido esa ansiosa necesidad de que le quitaran la ropa en ese mismo momento. Se separó de él unos instantes para tomar aliento. Los dos estaban muy excitados, sus manos

se habían perdido acariciándose mientras se besaban.

—Mario —jadeó cuando él tiró de ella hacia el camarote—, no sé si es lo correcto...

—Te deseo, me deseas... Estamos en mitad del mar, nadie nos verá...

Esas palabras convencieron a Susana. Tenía razón, ella le deseaba, aún no entendía por qué, pero él estaba en lo cierto, por eso le acompañó hasta el camarote. Mario bajó la cremallera del vestido de Susana con tanta lentitud que a ella pareció salirsele el corazón de lo rápido que le estaba latiendo. Lo deslizó por sus hombros para que cayera lentamente por su cuerpo y la observó en ropa interior.

Él suspiró de placer, era tal y como se la había imaginado y su entrepierna no pudo más que hincharse excitada con esa imagen.

Ella se tomó el mismo tiempo con los botones de su camisa, acariciando su torso desnudo totalmente depilado. Lo besó y acarició con su lengua hasta llegar a su cintura y desabrochó el cinturón, para después hacerlo con el pantalón que cayó al suelo de inmediato, dejándolo solo en bóxers con su prominente erección.

Mario la tumbó en la cama del camarote. La besó y lamió con pericia, hasta que no pudo más y se deshizo de su ropa interior acariciando sus pechos con deleite. Ambos estaban al borde de la locura, Susana jamás había estado tan excitada y Mario sentía que si no se adentraba en ella iba a estallar. Se deshizo del calzoncillo, se puso un preservativo y la penetró con fiereza. La primera estocada hizo que Susana se estremeciera de placer, nunca antes en su casi inexistente vida sexual había sentido que se fuera a correr casi antes de empezar. Mario siguió embistiéndola con rapidez. Ella intentó por todos los medios no rendirse a la corriente que recorría ya todo su cuerpo, pero fue inútil, Mario aumentó sus acometidas transportándolos al éxtasis. Al fin, el clímax estalló y les llevó a los dos a un estado de duermevela,

satisfechos y agotados.

Mario acariciaba su mejilla, excitado aún por lo que acababa de compartir. Era la primera mujer que le había hecho sentir el mayor placer de toda su vida, jamás ninguna se había entregado a él de esa forma.

—Eres simplemente perfecta. Gracias por esta noche... Ha sido la mejor de toda mi vida. Pero creo que deberíamos vestarnos. Mi padre me matará si mañana no tiene el barco a primera hora para navegar.

—Tienes razón...

Los dos se vistieron en silencio. Después Susana subió a proa y allí observó cómo se acercaban de nuevo a puerto, con la americana de Mario tapando sus brazos.

Se apearon del barco y la limusina les estaba esperando.

—¿Quieres tomar algo o prefieres que te lleve a casa?

—¿No te parece mal si me voy a casa? Estoy un poco cansada.

—Por supuesto que no, yo también estoy cansado.

Le dio la orden al chófer y se dirigieron a casa de Susana. Eran las cuatro de la madrugada cuando llegaban a su portal. Le abrió la puerta, la acompañó hasta arriba y después la besó sin pedir permiso.

—Me gustaría volver a repetir la cita de hoy. Sin barco... Algo más normal si te parece mejor.

—Algo más normal —repitió Susana con la sonrisa en la boca.

—¿Eso es un sí?

—Es un quizás...

—Por lo menos no es una negativa... Que descanses...

—Tú también.

Volvió a besarla y se marchó por las escaleras en lugar de bajar por el ascensor. Susana entró en casa intentando no hacer ruido, pero Lara estaba en el sofá y en cuanto escuchó las llaves se levantó como un resorte y sonrió.

—¡Mmm! ¡Tú has follado!

—Lara, no seas bruta...

—Vale, lo que quieras, pero te has acostado con Mario, se te ve en la cara a leguas.

—¿Tanto se me nota?

—Mucho...

—¿En qué se me nota?

—Traes esa sonrisita tonta... ¡Me encanta! —dijo dando pequeñas palmaditas de alegría—. Cuéntame todo.

—¡Tú estás loca! Son las cuatro de la mañana.

—Vamos, Susi, lo estás deseando.

Y no mentía, necesitaba contárselo a alguien. Había sido su mejor experiencia sexual y sin duda todo lo que había acontecido en la noche, aunque un poco excéntrico había sido especial.

—¡Está bien! Me llevó en limusina hasta el puerto deportivo, cenamos en un yate, de su padre.

—¡No jodas! —le interrumpió Lara que no sabía mantener la boca callada y sin soltar algún impropio—. Perdón...

—Langosta, caviar y muchas otras cosas. Después puso en marcha el barco y se adentró un poco en el mar. Fue maravilloso, aunque metí la pata. Le dije que las mujeres a las que llevaba allí estarían encantadas.

—¿Y?

—Dijo que era la primera, que le había costado mucho que su padre le dejara el yate.

—¡Ohhhhh! ¡Dios mío! ¡Me encanta ese chico!

—La verdad es que me dejé llevar, te hice caso y fue estupendo, un poco rudo, pero debo reconocer que ha sido el mejor sexo de toda mi vida y antes que lo digas ya sé que no tengo mucha experiencia, pero solo con un beso me

hizo sentir especial, me excitó y después me puso a cien mil por hora...

—¡Me alegro mucho por ti, Susi! Te lo mereces.

—Gracias...

—¿Volverás a salir con él?

—No lo sé, me ha dicho que si volveremos a vernos, y le he dicho que quizás...

—Me parece bien, no te precipites, pero si ha sido tan maravilloso deberías darle una oportunidad...

—Sabes lo que siento por Héctor...

Lara resopló.

—Ya estamos otra vez. Susi, es hora de que cierres ese capítulo de tu vida.

—No sé si estoy preparada.

—Tienes que estarlo. Lo primero que tienes que hacer es dejar de dormir con él.

—No sé si quiero hacerlo. Me encanta dormir a su lado. Me siento especial.

—Lo sé, pero no te ayuda a desengancharte de él. Eso es como una droga. Susi, por favor, hazme caso por una vez... Mario parece un buen chico, quizás podrías comenzar algo con él. No puedes dormir con Héctor y tener algo con Mario.

—Ya, eso lo sé.

—Pues pon fin a tus noches con Héctor.

—Lo pensaré... Ahora me voy a la cama, estoy agotada.

—Buenas noches, guapa. Descansa y cierra la puerta con el pestillo.

—Buenas noches, amiga.

Pero Susana no cerró la puerta con el pestillo y a las siete de la mañana, apestando a humo y alcohol llegó Héctor, metiéndose en su cama y

agarrándola por la cintura. Solo en ese instante ella se dio cuenta que tenía que tomar una decisión.

Capítulo 11

Habían pasado un par de meses desde el encuentro con Mario y aunque él había insistido en volver a quedar, Susana aún no tenía muy claro que era lo que quería hacer. No había echado de su cama a Héctor, el cual seguía su misma rutina los fines de semana: salía, se emborrachaba y a las tantas de la noche, volvía apestando a perfume de mujer, alcohol y a tabaco; pero incluso así, Susana no conseguía apartarlo de su lado.

Pero esa mañana algo iba a cambiar en sus vidas. Una noticia que sin duda de nuevo abriría una brecha en el corazón de Susana.

Llegó a casa cansada, llevaba dos días de guardia y ese había sido un día agotador en el hospital. Abrió la puerta y vio una maleta en la puerta. Era de Héctor. El corazón le dio un vuelco. Sin pensarlo acudió a su cuarto.

—¿Te vas? —soltó nada más abrir la puerta.

—Sí, a Nueva York. Hace un mes solicité una plaza en el hospital Monte Sinaí para trabajar con el cardiólogo Valentín Fuster. Es el mejor del mundo en este campo. Me llegó la respuesta ayer.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora, Su. Solo eres mi amiga, no eres mi novia —le espetó con frialdad—. No tengo por qué darte más explicaciones de lo que haga o deje de hacer con mi vida, es una oportunidad única de trabajar con una eminencia.

Los dos se miraron en silencio un instante, Susana incrédula y dolida y Héctor manteniendo una frialdad que a ella le resultaba insoportable.

—Muy bien. Pues que te vaya bien —dijo ella saliendo de su cuarto y dirigiéndose a su habitación con los ojos anegados en lágrimas. No podía creérselo, hacía meses que apenas hablaban, pero ella hubiera encontrado el momento para decirle a su mejor amigo que había solicitado ese puesto. En cambio él ni se había molestado y estaba segura que si no llega a ser porque esa noche no tenía guardia no se hubiera despedido de ella. ¿Qué narices era para él, su cojín para dormir? Eso es lo que había sido durante todo ese tiempo. Estaba cansada, harta de no importarle nada al hombre por el que había dejado a Toni, un hombre maravilloso... y estaba dando largas a otro estupendo. Así que salió de su piso dando un portazo, no se despidió de él y llamó a Mario. Este sorprendido cogió el teléfono de inmediato.

—Susana, ¿estás bien?

—Por supuesto. Me preguntaba si hoy tenías algo que hacer. Mi amiga está de guardia y me apetecía salir a tomar algo.

—Estoy en casa, cenando algo.

—¿Puedo acercarme y cenamos juntos?

—¿Estás segura?

—¿Tanto te sorprende?

—Llevas un par de semanas dándome largas, Susana, no sé qué es lo que ha pasado hoy para que cambies de opinión...

—¿Puedo o no puedo acercarme a tu casa?

—Claro, claro.

Mario le mandó la dirección y ella acudió de inmediato. Pero cuando llegó a su casa se derrumbó. No sabía si estaba haciendo lo correcto y no quería mentirle, por lo que le contó toda la verdad.

Mario la estuvo consolando durante un rato, acariciándole la espalda y besándola despacio.

—Imaginaba que había otro hombre.

—Lo siento, Mario...

—Él ahora se va, quizás...

—Te juro que voy a intentarlo, eres muy bueno conmigo.

—Me gustas mucho, Susana.

—Tú también me gustas...

Se besaron, se acariciaron y poco a poco se deshicieron de la ropa. Susana necesitaba olvidarse de Héctor y Mario quería sentirla de nuevo. Sabía que tenía una batalla que lidiar, pero ahora solo quería perderse dentro de ella.

Esta vez, le hizo el amor más lentamente, en su cama. Ella jadeó y le pidió más intensidad, pero él no quiso rendirse ante esas súplicas, quería sentirla despacio. Ella agarraba las sabanas con fuerza, sintiendo que con cada embestida iba a perder el control; él lo sabía, pero se movía despacio, ralentizando el ritmo para hacer que su orgasmo fuera aún más intenso y duradero.

—Mario... —jadeaba pidiendo clemencia Susana.

—Shhh... Aún no...

Ella creía que iba a estallar, pero cuando parecía llegar al clímax, él frenaba el ritmo, haciendo que ella se encendiera un poco más.

—Mario...

Su voz suplicante hizo que se apiadara, él también estaba al borde, pero quería tener el poder sobre ella. Se sentía poderoso en esos momentos, la sentía suya, y al menos sabía que en esos momentos su mente era solo y exclusivamente de él y no del cabrón de Héctor. Al final aceleró sus movimientos con tanta maestría que ambos llegaron al orgasmo a la vez, sintiendo cómo esa corriente eléctrica les recorría, dejándolos totalmente exhaustos.

Mario salió del cuerpo de Susana. Aunque le hubiera gustado quedarse

durante el resto de su vida dentro de ella, sabía que en esos momentos era frágil y tenía que cuidar de ella.

—Quédate esta noche conmigo.

—Sí —le dijo en un hilo de voz.

A él eso le hizo muy feliz. Que ella le hubiera confesado que había estado durmiendo con Héctor y que ahora quisiera quedarse a dormir con él, era otra batalla más que había ganado. Se ducharon juntos, él trató de cuidarla y de atenderla como merecía y Susana, relajada y consolada, le regaló una sonrisa.

—Te dejaré algo para que estés cómoda —le dijo tras envolverla en su albornoz.

Sacó una camiseta y un bóxer del cajón de su cómoda. Le ayudó a ponérsela y después le secó el pelo con sumo cuidado.

—Mario, gracias.

—No tienes que dármelas. Me gustas mucho, ya te lo he dicho antes.

—Lo sé, pero después de todo lo que te he confesado que siento por Héctor, otro en tu lugar hubiera huido despavorido.

—Entre los dos hay química, Susana. No puedes negarlo.

—No, eso es cierto.

—Solo es cuestión de tiempo que te olvides de él.

—Eso espero...

—Sé que lo harás, yo voy a ocuparme de ello.

—Gracias.

Se tumbaron en la cama y Mario la abrazó con fuerza, quería sentirla y que ella comenzara a sentirlo cerca de él. Quería que se olvidara de Héctor. Sabía que no sería fácil, pero tenía que intentarlo. Para Susana, dormir al lado de Mario no fue tan satisfactorio como lo era hacerlo con Héctor, pero tenía que olvidarlo. Le había hecho daño y era la última vez que le iba a perdonar.

Cierto era que Héctor no sabía que ella llevaba toda su vida enamorada de él, pero si Toni se había dado cuenta, él también podía haberse percatado. Lo iba a olvidar.

No se despidieron y Héctor se fue con un mal sabor de boca a Nueva York, desde que la había visto salir con Mario estaba muy enfadado con ella. Ni siquiera entendía muy bien el porqué, pero no le gustaba nada ese tipo y que no le hubiera hecho caso, le había enfurecido mucho. Por eso cuando vio la oportunidad de marcharse, no se lo comentó a Susana. En otro momento de su vida lo hubiera compartido con ella, era su mejor amiga, pero estaba tan enfadado que con la única persona que lo había hecho era con Toni, con el que hablaba por teléfono casi a diario.

Sabía que sería duro dejar de nuevo todo atrás, pero era una oportunidad de que su carrera fuera valorada. Trabajar con el mejor cardiólogo del mundo, era un sueño hecho realidad.

La relación entre Mario y Susana iba viento en popa. Poco a poco, iban saliendo más a menudo, sus citas se iban haciendo más continuas y pese a que no habían vuelto a repetir la experiencia de dormir juntos, porque a Susana aún le dolía volver a compartir la cama con alguien que no fuera Héctor, se sentía muy bien saliendo con Mario.

Llegó el momento de presentárselo oficialmente a sus padres. Llevaban unos meses juntos y sabía que, pese a que sus padres sabían por ella que tenía una relación, siempre se temía el momento de dar el primer paso. Y más cuando además se iban a presentar oficialmente las dos familias. Mario y sus padres fueron a Santoña, donde ya esperaba Susana, muy nerviosa. No entendía muy bien por qué, no sabía si sus padres se caerían bien, no es que ellos fueran de una familia humilde. Su padre se había labrado un futuro

prometedor en el ejército, pero no eran tan poderosos como los de Mario y eso le asustaba.

—Cariño, todo va a salir bien —le dijo su madre.

—Seguro que no le gustaré a su madre. Parece muy pija. A su padre le conozco solo de una vez que le he visto en el hospital y parece muy estirado.

—Hija, solo le tienes que gustar a Mario y estoy segura que le gustas, de eso no me cabe duda...

El timbre sonó y ella dio un pequeño brinco, asustada.

—Tranquilízate, todo va a salir bien.

Piedad fue a abrir la puerta y saludó a toda la familia adentrándoles en la casa. Mario se dirigió a Susana y le dio un dulce beso en los labios.

—Hola, estás preciosa.

—Hola, tú también estás muy guapo.

—Estás temblando... —susurró en su oído.

—Estoy nerviosa.

—Tranquila, mis padres no muerden. Son normales, ya lo verás...

Pese a esas palabras y las presentaciones iniciales, Susana no pudo relajarse hasta pasados los entrantes de la comida, que transcurrió bastante tranquila. Los hombres hablaban del trabajo mientras que las dos mujeres hablaban un poco de ropa y lo difícil que era ser mujeres sin trabajo. Susana no intervino en ninguna conversación, se limitó a escuchar a todos y a asentir.

—Cielo, ¿te gusta tu trabajo como pediatra? —le preguntó la madre de Mario.

—Mucho. Me entusiasma, aunque a veces es agotador, se trabaja mucho en el hospital...

Dicho eso miró al padre de Mario y este frunció el ceño.

—Todos trabajamos mucho en el hospital, poco presupuesto, muchos turnos, pero es lo que nos toca, hasta que la crisis no mejore no se podrán

aumentar el personal —intervino Mario para suavizar las palabras de Susana.

—Eso es, hijo —dijo finalizando su padre—. Serás un buen jefe de personal.

Susana tragó saliva, sabía que no había estado acertada, pero ya no había vuelta atrás.

—Si me disculpáis, estoy un poco mareada, voy a tomar el aire.

Todos asintieron y Mario se levantó con ella.

—¿Estás bien?

—Sí, siento haber metido la pata.

—No has metido la pata, cariño. Es solo que es difícil para mi padre dirigir un hospital si el estado no pone los medios...

—Ya, no me imagino tener que lidiar con los sindicatos y demás trabajadores. Lo siento.

—A veces es más fácil echar la culpa al director que al gobierno.

—Tienes razón. Le pediré disculpas.

—Tranquila, estoy seguro que no se ha dado por ofendido.

—No quiero caer mal a tus padres.

—No les caes mal, de verdad.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque dicen que nunca me han visto tan feliz como ahora, por eso no les puedes caer mal.

Susana sonrió y le besó en los labios.

—Sé que aún es pronto, pero me estoy enamorando perdidamente de ti.

—Mario...

—¡Shhh! Lo sé... Pero no puedo evitarlo, Susana. Estando contigo soy muy feliz, mi mundo cambia. Tú me completas, me llenas. Eres mi todo.

—Por favor... No me hagas esto. Para mí aún es pronto.

—Sé que te cuesta expresar tus sentimientos, pero te he observado y

desde que Héctor se fue, sonríes más con los pacientes y cuando me ves por los pasillos me regalas siempre una bonita sonrisa para mí. Y sé que cuando te hago mía, solo piensas en mí.

Susana se ruborizó. Tenía razón, solo por las noches era el único momento que añoraba a Héctor, pero tenía que admitir que su vida se estaba volviendo más risueña, era feliz al lado de Mario, sus días eran más completos se reía con sus compañeros e incluso con su mejor amiga, Lara, bromeaba más.

—Tienes razón, tú eres el causante de mi felicidad.

Se besaron hasta que la madre de Susana con un carraspeo les interrumpió.

—Chicos, lo siento... Mario, tus padres se marchan ya.

Mario pensaba quedarse todo el fin de semana así que agarró a Susana de la mano y se adentraron de nuevo en la casa. Ella les besó y antes de que se marcharan se disculpó con el padre de Mario.

—Siento mi poco acertado comentario de antes.

—Tranquila, muchacha, lo entiendo. Es más fácil echar la culpa a un cabeza de turco que al gobierno al que un día disteis vuestro voto.

—¡Papá! —le riñó Mario.

Susana suspiró enervada, él no sabía a quién había votado, no tenía derecho a decir esas palabras con tanta prepotencia. Pero no dijo nada más, no iba a entrar en una discusión y menos delante de sus padres.

Se despidió de la madre de Mario y entró en casa, enfadada. Su padre la interceptó.

—Cariño, es un engreído, pero Mario no tiene la culpa de tener un padre así. Parece un buen chico y lo más importante, a él le gustas. Si llegáis algún día a algo más, te casarías con él no con su padre.

—Gracias, papá.

Subió a su cuarto y se sentó en su cama, suspiró un par de veces y soltó el aire, exasperada; necesitaba calmarse, sino sabía que haría algo de lo que luego se arrepentiría. Mario llamó a la puerta pasados unos minutos, como si la hubiera dado un tiempo prudencial para calmarse.

—Cariño, ¿puedo entrar?

—Sí, pasa.

—Siento lo que ha dicho mi padre, ha estado fuera de lugar.

—Tú no tienes la culpa.

—Lo sé, pero aun así, quiero disculparme en su nombre.

—Gracias.

—¿Estás bien? —dijo sentándose a su lado.

—Ahora sí.

Apoyó su cabeza en su hombro y en silencio, cerró un poco sus ojos. Mario producía un efecto de calma en ella al que hasta ahora no podía poner palabras. Aunque al principio había sido cautelosa por la advertencia de Héctor, Mario le había demostrado ser un hombre seguro, comprensivo y protector. A su lado se sentía relajada, confiada.

—Quiero que me enseñes Santoña, pero si no tienes ganas, podemos dejarlo para otro momento.

—No, tranquilo, dame solo unos minutos...

Se quedó en esa posición unos minutos más y se levantó, regalándole esa sonrisa que a él tanto le gustaba, tiró después de él y le besó en los labios.

Pasearon por Santoña durante el resto del día y a la hora de cenar, ella le invitó en uno de sus restaurantes favoritos.

Por la noche, al padre de Susana le pareció mal que compartieran habitación, pero su madre le regañó y ambos se acostaron juntos.

—Me da vergüenza tocarte después de las insinuaciones de tu padre — comentó Mario un poco cohibido.

—No seas bobo, mi padre está chapado a la antigua. Pero sabe que nos acostamos. Es normal, ya no soy una niña.

Susana fue la primera en tocar a Mario, que no se pudo resistir a sus caricias. Pronto sucumbió a la pasión incendiaria que sentía cada vez que aquella mujer de la que se estaba enamorando perdidamente tomaba la iniciativa.

Capítulo 12

Tras ese fin de semana, llegaron otros. La relación de Susana y Mario se iba forjando a fuego lento, pero con unas bases sólidas. Gracias a esa relación, ella estaba consiguiendo ser mejor valorada en el hospital. No quería tener ningún beneficio, pero Mario estaba ayudándola un poco y evitando que hiciera tantas guardias para así poderse ver más fines de semana y pasarlos juntos.

Después de las navidades, que ambos pasaron con sus respectivas familias, a Mario le ascendieron a jefe de urgencias. Susana estaba orgullosa, aunque sabía que ese ascenso se debía únicamente a que su padre era el jefe del hospital no a méritos propios, pues había médicos mucho más cualificados que él para ese puesto. Pero no dijo nada, se alegró por él y lo celebraron como era debido.

—¿Cómo se lleva ser la novia del jefe de urgencias? —le preguntó Lara en una de sus muchas comidas.

—No creas que es un chollo. Mucha gente piensa que soy una enchufada. Ahora ya nadie cuestiona mi trabajo, todos me dan palmaditas en la espalda haciéndome la pelota. Pensando que todo lo hago bien. Estoy un poco cansada, la verdad.

—Cielo, eres una buena pediatra.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Lo eres... Lo único importante es que seas feliz.

—Soy feliz. ¿Sabes?, me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos. Creo

que es muy pronto, pues apenas llevamos un año saliendo y no quiero dejarte sola tan pronto, pero... Me gustaría decirle que sí.

—Susi, por mí no lo hagas, me iré a un piso más pequeño y listo.

—Gracias, Lara. La verdad es que me preocupaba tu reacción.

—¿Por qué, mujer? —replicó Lara sonriendo—. Yo estoy tan contenta de que al fin hayas construido una vida en condiciones.

—Gracias —dijo devolviéndole la sonrisa. Después, vacilante, continuó—. Aún me da miedo.

—¿Qué te da miedo?

—Las veces que he dormido con él, no he conseguido conciliar el sueño. Llámame loca, lo sé, pero con Héctor siempre dormía de maravilla.

Lara resopló.

—Ya salió el innumerable a relucir.

—Ya no siento nada por él, lo he borrado de mi mente, te lo juro. No sé nada de él desde que se fue y sé que es mejor así. Quiero mucho a Mario, me hace muy feliz. Me hace sonreír, algo que había olvidado hacer, ¿sabes?

—Sí, lo sé. ¿Quién crees que ha estado viviendo contigo todos estos años, una pelusa gigante? —replicó ella jocosamente, arrancándole una risa.

—Lo mejor de todo es que cuando estoy con él siento una paz interna que jamás había sentido. Me siento libre... Pero por las noches... No consigo dormir bien si estoy a su lado, no sé qué me pasa...

—Te pasa que tienes que dejar de comerte la cabeza con esas tonterías. Piensa en que es el hombre de tu vida, en lo bueno que es en la cama y en lo maravilloso que es dormir después a su lado y verás como duermes estupendamente. Y deja de recordar de una vez al gilipollas ese, ¿quieres?

—Lo intentaré.

—Lo harás.

Dejaron de hablar porque apareció Mario con una sonrisa en los labios.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Si son la mujer más guapa del mundo y su amiga.

—Gracias —dijo a modo de burla Lara.

Ambas estallaron en una carcajada y él se unió a ellas.

—Bueno, creo que yo ya me voy, pareja. Que tengáis buena guardia, yo hoy libro y voy a correrme una juerga.

—Cuidado con el alcohol. Mañana tienes turno doble —le recriminó Mario.

—Sí, papá —contestó con tono burlón Lara y se marchó.

—Tu amiga es una viva la vida.

—Un poco, pero es buena chica.

—Si tú lo dices... —La besó en los labios abiertamente—: Te he echado de menos.

—Mario, en la cafetería no —le recriminó Susana.

—Cariño, todo el mundo sabe lo nuestro.

—Lo sé, pero sabes que no me gusta.

—¿Vendrás a casa esta noche?

—Ayer tuve guardia y sabes que fue dura, estoy muy cansada...

—Te prepararé un baño relajante, cocinaré la cena, haremos el amor y después te dejaré dormir, te lo prometo —dijo con la voz melosa.

—No puedo negarme a esa propuesta... —contestó Susana sonriente.

—¡Mmm! Me lo imaginaba.

—Sabes que eres un tramposo, ¿verdad?

—Tengo mis trucos, cariño. —Volvió a besarla.

—Mario...

—Cariño, es que te necesito.

—Tengo que volver, se me acaba el descanso y no quiero que el jefe de urgencias se enfade —comentó con tono burlón.

—¡Mmm! Podría castigarte... Se me están ocurriendo alguna manera de hacerlo...

—¡Mario!

—¡Tienes razón! Voy a borrar esas imágenes de mi mente si quiero concentrarme esta tarde en algo que no sea secuestrarte en el cuarto de médicos y hacerte el amor hasta quedar exhaustos.

—¡Shhh!

—Es que llevo tres días sin hacer el amor contigo, estoy muy necesitado —siseó juguetón.

—Mario, por favor. Estamos en la cafetería del hospital.

—Lo sé y solo espero que pasen rápido las horas porque te juro que no sé si voy a poder aguantar mis deseos de secuestrarte.

Susana se levantó totalmente ruborizada y se marchó sin darle un beso. Él, después de recomponerse un poco salió de la cafetería. Si la seguía iba a hacer una locura así que esperó a perderla de vista y con paso lento se encaminó a su despacho.

A las ocho de la tarde, Susana salió del hospital. Mario la estaba esperando en su deportivo, se lo había comprado cuando le habían ascendido. A ella no le gustaba, pero era un capricho que él se había dado y tenía que aceptarlo.

—Qué ganas tenía de que terminara el día. Ahora, lo prometido.

Cuando llegaron al apartamento de Mario, lo primero que hizo fue llenar la bañera con sales. Ella se sentó en el sofá y se quedó en un estado duermevela, estaba agotada, no había mentido. Mario la cogió en brazos y la llevó al baño, la ayudó a desnudarse con sumo cuidado y la metió en la bañera como si de una niña se tratara. Susana estaba encantada con tanto mimo. Nunca antes se había sentido tan querida.

Se relajó tanto en el baño que de nuevo se quedó dormida hasta que un

beso suave en los labios la despertó.

—Cariño, es hora de salir del baño, cenemos. Y creo que dejaremos la noche de pasión para otro día, estás demasiado cansada.

—Mario, pero...

—Me lo cobraré en otro momento.

—Gracias...

Era tan comprensivo con ella... jamás se imaginó tener un hombre así, tenía suerte, se repetía cuando a veces pensaba en Héctor. Cada vez era menos a menudo, pero de vez en cuando se imaginaba su vida con él, no podía evitarlo.

Cenaron algo ligero y Susana se acostó en la cama. Mario se quedó en su despacho organizado unos papeles y se acostó más tarde. Se abrazó a ella, pero Susana, al sentir sus brazos rodeándola, se agobió. No eran los brazos de Héctor. Lo intentaba, no pensar en él, pero solo cuando dormía con Mario sentía que le faltaba el aire para respirar.

Al final se despertó y él le acarició con la nariz.

—Siento haberte despertado, cariño.

—Tranquilo.

—Quizás podríamos...

Ella le besó, solo así podía olvidarse de Héctor. Quería borrarle de su mente. Mario no despreció ese beso tan voraz, que le había hecho encenderse en décimas de segundo y le acarició los pechos sobre la camiseta que Susana utilizaba para dormir en su casa. No llevaba sujetador y sus pezones enseguida despuntaron con sus caricias. Mario metió la mano por debajo y bajó el bóxer, adentrando su mano en su excitada vagina. Le encantaba lo dispuesta que siempre se encontraba para él. Acarició su clítoris y la penetró con un dedo; jadeó al sentir cómo sus movimientos le hacían vibrar, mientras él devoraba sus pezones. Aceleró sus movimientos hasta dejarla tan excitada

que casi alcanzó el clímax con tan solo ese contacto. Se deshizo del bóxer y la camiseta, se quitó su pijama, se puso un preservativo y sin más miramiento la penetró con rapidez. Ambos estaban muy excitados, ella lamía su pecho, arañaba su espalda hasta llegar a sus nalgas, instándole a que aumentara aún más sus embestidas. Necesitaba más, quería más y él se lo estaba dando.

—Dios, me haces perder la razón, cariño... —jadeaba mientras la embestía cada vez con más fuerza...

—Mario... —gemía ella.

De dos empujones más, ambos sintieron cómo sus cuerpos se tensaban y se cargaban para recibir el orgasmo más demoledor que ambos habían tenido en toda su vida.

Juntaron sus frentes y se besaron despacio. Estaban exhaustos. Ambos jadeaban y sus corazones palpitaban exultantes por lo que habían compartido, un sexo demoledor.

—Te quiero —dijo Mario, pero ella no contestó.

—Mario —contestó con la voz cortada al cabo de unos segundos— yo...

—Lo sé, cariño, tranquila... Sé lo mucho que te cuesta expresar tus sentimientos, pero sé que esto es amor. Y aunque no estés preparada, esperaré el tiempo que haga falta.

—Gracias.

Se recostó en su pecho, los dos desnudos. Intentó quedarse dormida. El sueño les venció a los dos, pero ella apenas durmió tranquila.

A la mañana siguiente, Susana se levantó temprano, se duchó y se fue a su apartamento. No tenía ropa en casa de Mario. Aún no sabía por qué no dejaba algunas cosas allí, pero parecía que nunca lo veía oportuno.

Lara acababa de llegar de fiesta. Sin duda su amiga no cambiaba sus hábitos.

—Hola, guapa.

—Hola, Lara.

—¿Estás bien? Te noto un poco ausente.

—Mario me ha dicho que me quería, después de hacer el amor.

—¡Oh! ¡Qué tierno!

—No le he respondido.

—Bueno, cariño, todo el mundo no suele actuar de la misma manera.

—Es que yo no sé si le quiero. No de esa manera.

—¡No me jodas!

—Me pasa como con Toni, le tengo mucho cariño, pero no sé si es amor, como con...

—¡Joder! Ya volvió el innombrable. Susi, por favor. Mario es el hombre de tu vida.

—¿Tú crees?

—Sí que lo es. Olvídate de Héctor, por favor. ¿Qué sabes de él?

—Nada.

—¿Ves? Es una señal.

—Tienes razón. Gracias, Lara, por ser la voz de mi conciencia.

—No me jodas, ahora voy a ser Pepito Grillo...

Ambas rieron por la broma de su amiga. Se vistieron, desayunaron y se fueron juntas al hospital.

El día fue tranquilo y Mario pudo comer con las chicas. Susana se concienció una vez más de que tenía que olvidar definitivamente a Héctor y seguir con su vida pero sobre todo con la relación que tenía con Mario, que era el hombre que ahora ocupaba su corazón y que seguiría siéndolo para el resto de su vida. O eso esperaba.

Capítulo 13

Susana y Mario llevaban más de un año saliendo juntos, todo parecía ir como la seda, pero una llamada de un número desconocido al teléfono de ella iba de nuevo a trastocar su vida.

—¿Dígame?

—Su, soy Héctor —Su voz sonaba apagada.

El corazón le dio un vuelco y se le revolvió el estómago. La voz de Héctor siempre le había supuesto emoción y felicidad, pero ahora la inquietaba.

—¿Qué quieres, Héctor? —preguntó Susana, molesta. Después de tanto tiempo no entendía por qué la llamaba justo ahora.

—Ha ocurrido algo...

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—No tengo todo el tiempo del mundo para acertijos —contestó malhumorada.

—Es Toni... —comentó con un hilo de voz.

—Por favor, habla de una vez, ¿qué ocurre? —dijo Susana nerviosa.

—Estaba de misión en el Líbano. El convoy en el que viajaba sufrió un accidente. Fue trasladado a Egipto, a un hospital de campaña, pero no creen que sobreviva mucho más.

—¿Qué?! ¡No puede ser cierto! —chilló nerviosa.

—Quiere vernos...

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó alterada, no se esperaba esas

noticias y se había quedado en shock, apenas se mantenía en pie.

—En tu correo tienes los billetes de avión. Ya me he encargado de todo. Sales en unas horas. Yo estoy en el aeropuerto de Nueva York. Embarco en una hora. Nos veremos en el aeropuerto de Alejandría. No te preocupes, yo te recogeré. Hasta luego, Su.

Héctor colgó el teléfono y Susana, nerviosa, se dirigió al despacho de Mario con los ojos anegados en lágrimas.

—Cariño, ¿qué pasa?

—Es Toni, mi ex. Ha tenido un accidente en el Líbano. Esta muy grave. Es seguro que no sobreviva. Quiere verme para despedirse.

—Pero...

—Es mi amigo...

—Está bien, cariño. ¿Pero cómo vas a irte?

—Héctor lo ha organizado todo. Tengo los billetes en el correo. Necesitaré unos días libres.

—Tranquila, yo me encargo. Mantenme informado de todo.

—Gracias...

Le dio un beso en los labios y se fue directa a casa. Lara estaba descansando, pues acababa de salir de guardia. Escuchó la puerta y se levantó como un resorte. Susana le contó la versión abreviada y la ayudó con la maleta. La acompañó al aeropuerto y estuvo con ella en todo momento hasta que embarcó. Susana no dejaba de reprocharse lo mal que lo había hecho con Toni, aún llevaba su medio corazón colgado, eso se lo había prometido y era lo único que había cumplido.

Tras llegar a Barajas y esperar un par de horas el vuelo que le llevaba hasta Alejandría, pensó en las cosas que le diría a Toni cuando le viera. Lo primero que haría sería pedirle perdón por todo el daño que le había causado, quería que la perdonara.

Con los ojos llorosos tomó el avión y se recostó. Tenía un largo camino, trece horas de vuelo, por lo que se acomodó en el asiento de primera clase que muy amablemente Héctor había reservado para ella y se pasó casi todo el vuelo durmiendo. La azafata la avisó cuando iban a tomar tierra.

Cuando bajó, un Héctor con cara demacrada estaba esperándola en la salida, ni siquiera le dio dos besos, cogió su equipaje de mano y la agarró del brazo.

—Hola, Su, un coche nos espera para llevarnos al lugar donde está Toni.

—Hola, Héctor.

La indiferencia con la que la trató hizo que de nuevo ella se reafirmara en la decisión que había tomado de olvidarlo. Si estaban allí simplemente era por Toni, después ambos volverían a sus vidas.

Tardaron una hora en llegar al hospital de campaña de las Naciones Unidas. Los padres de Toni estaban en la puerta de la habitación.

—Hola, chicos, gracias por venir —dijo su madre abrazándolos a ambos con el rostro descompuesto y lleno de lágrimas—, quería veros. Necesitaba veros. Dice que no quiere morir sin despedirse de las dos personas que más ha querido en este mundo después de nosotros.

Susana no pudo más que romper a llorar, Héctor en ese momento la miró también un poco compungido, pero no la consoló. Fue el padre de Toni quien lo hizo abrazándola durante el tiempo que ella estuvo llorando.

—Ya... Susana. Está bien, no parece que sufra... Tiene muchos calmantes...

—Entra tú primero... —le dijo Héctor a Susana.

Cuando ya estaba más calmada asintió, llamó a la puerta y entró. Al verlo intentó ser fuerte, pero una lágrima se le escapó.

Toni estaba tendido en una camilla. Estaba muy pálido, pero por lo demás no tenía mal aspecto. Su rostro permanecía impoluto y tenía el

semblante relajado, seguramente a causa de los calmantes.

—Hola, preciosa... Aún estás más guapa de lo que te recordaba. No quiero que llores por mí, no me lo merezco. Tenía que haber luchado por ti y no lo hice.

—Toni... yo... Lo siento... Te hice daño... No tenía que haberte dado falsas esperanzas...

—Preciosa. No se pueden cambiar tus sentimientos. Me engañé a mí mismo pensando que podrías olvidarte de Héctor. Yo, en cambio, nunca te he olvidado. Ha habido otras mujeres, pero ninguna como tú.

Ella se acercó para cogerle la mano y él le vio el colgante.

—Gracias... —dijo emocionado.

—¿Por qué?

—Aún llevas mi colgante, mi corazón. Siempre te perteneció. Por favor, nunca te lo quites, ¿vale? Prométemelo.

—Nunca, Toni. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Te lo juro. Te quiero, Toni. Lo siento. Lo siento tanto... —Susana rompió a llorar, no podía creer que fuera a perderlo. Quizás no habían vuelto a tener contacto, pero perderlo para siempre no había entrado en sus planes.

—Yo también te quiero, allá donde vaya, te juro que nunca te olvidaré, Susi.

Ella le dio un beso tierno en los labios y salió llorando de allí. No podía aguantar más. Se abrazó al padre de Toni, que la consoló. Héctor entró a continuación, también nervioso.

—Hola, tío... Qué mal te veo. Parece que el que se esté muriendo seas tú en lugar de yo —dijo Toni que no había perdido su humor.

—Toni, por favor... Vas a salir de esta...

—No digas tonterías, sé que eres médico, pero no eres mago... Tengo la mitad de mi cuerpo aplastado, apenas me quedan horas, si no tengo dolores es

porque me tienen atiborrado de morfina. Asímelo, amigo, mi vida terminará en breve. Ya no te daré más la lata.

—¡No me jodas! Toni, por favor, no es momento de bromas...

—¿Y que quieres, que llore? Me muero, Héctor... Por eso he querido veros a las dos personas que más me importáis en la vida después de mis padres, a Susi y a ti. A ella ya la he visto un instante, está preciosa, tal y como la recordaba... y a ti te veo mal y no creo que solo sea porque yo me muero. Llevas mal un tiempo amigo, pero no has querido confiar en mí, hace tiempo que no hablamos. Sé que venir a esta misión nos distanció aún más, pero te pasa algo y creo que sé qué puede ser. Es una mujer... Y si mi intuición no me falla, acaba de salir llorando de esta sala...

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre ha sido ella, pero nunca lo has querido ver... has estado tan ciego... ella siempre estaba ahí, has dormido con ella, me decías que era la única mujer con la que te sentías cómodo durmiendo, en la que podías confiar, con la que reías... siempre ha sido ella, pero nunca lo has sabido ver y lo mejor de todo es que ella siempre ha estado enamorada de ti.

—¡¿Qué?! Eso no es cierto —preguntó incrédulo Héctor.

—Dios mío, Héctor... Estás ciego. ¿Aún no sabes por qué me dejó a mí? Porque tú volviste de Dublín. Todo parecía ir bien, pero justo cuando tú apareciste, ella supo que no podía seguir con lo nuestro porque estaba enamorada de ti. Lleva loca por ti desde los doce años.

—Ahora ya es tarde. Está saliendo con alguien del hospital desde que yo me fui a Nueva York.

—Pues haz algo antes de que te olvide.

—No he sido demasiado amable hoy con ella...

—Dios, eres un caso perdido, Héctor. Hazme un favor, el último que te pido: lucha por ella. Es la mujer de tu vida. Nunca encontrarás a nadie como

Susana, créeme, lo sé a ciencia cierta.

—Lo intentaré. Gracias por tus consejos. Te quiero, Toni —dijo Héctor con lágrimas en los ojos.

—Y yo también a ti. Pero no llores, ¿vale? Los hombres no lloran. Quiero pedirte un último favor.

—Lo que quieras, amigo.

—Quiero que te encargues de arreglar el tema de David, no lo hice bien en su día, pero creo que ya es hora de hacer lo correcto. Nunca es tarde.

—Tranquilo, me encargaré de todo.

—Así lo he dejado escrito en mi testamento. Mi abogado tiene las instrucciones escritas de que te haga responsable de todas las negociaciones.

—Perfecto. Hablaré con él, no te preocupes... no charlemos ahora de eso.

—Pero fue un error que cometí, Héctor.

—Todos cometemos errores, lo importante es saber reconocerlos.

Siguieron conversando, hasta que una enfermera hizo su aparición y le dijo que tenía que abandonar la sala. Se despidieron con la convicción de verse al día siguiente y Héctor salió decidido a cumplir todo lo que había prometido a su amigo, pero lo primero era luchar por Susana. Él tenía razón, desde que se había ido a Nueva York no había dejado de pensar en ella, imaginándosela con el mamarracho de Mario y le hervía la sangre.

—Será mejor que nos vayamos al hotel, mañana vendremos temprano —le dijo a Susana y a los padres de Toni.

—Claro, hijos, tenéis que descansar, ha sido un largo camino.

Ambos se despidieron de los padres de Toni y se montaron en el coche que les llevó al hotel que Héctor había reservado, pero al llegar a la habitación Susana se percató de que solo había una cama.

—Aquí hay un error. No me importa compartir habitación contigo, pero

no compartiré la cama. Tengo pareja.

—Siempre hemos dormido juntos y nunca antes te ha molestado —dijo Héctor como si nada.

—Antes no tenía pareja, ahora tengo novio, no voy a dormir contigo. Si no nos dan una habitación con dos camas ahora mismo, dormiré en otra habitación.

Pero la sorpresa de Susana fue mayúscula cuando llamó a recepción y le dijeron que el hotel estaba completo.

—Dormirás en el suelo o en el butacón, pero conmigo no duermes... —vociferó cuando colgó el teléfono.

—¿Dé que tienes miedo? —le preguntó Héctor triunfador.

—No tengo miedo, es solo que no me parece ético dormir con un hombre teniendo pareja, nada más.

—Está bien, dormiré en el suelo.

Héctor se metió en la ducha, no pensaba ni por asomo dormir en el suelo, pero al menos si ella se quedaba tranquila por el momento, no tendría que escucharla. Comenzaba a dolerle un poco la cabeza. Después se las ingeniaría para meterse en su cama.

Salió con la toalla anudada a la cintura. A Susana no le pasó desapercibido su cuerpo, lo había contemplado en numerosas ocasiones, pero como siempre se quedó hipnotizada mirándolo. Se regañó después por ser tan inmadura. Se fue al baño, se duchó y se puso el pijama. Los dos estaban cansados, cenaron pidiendo algo al servicio de habitaciones y después ella se metió en la cama y él se tumbó en el suelo como había pactado.

Pero cuando ella parecía dormida, Héctor se tumbó a su lado y la abrazó. Aspirar el suave aroma que su pelo desprendía le hizo recordar lo placentero que era dormir con ella y se envalentonó. Adentró sus manos por debajo de su pijama despacio, acariciando primero su ombligo. Jamás pensó que tocarla

le iba a provocar una erección tan rápidamente, pero hacía tanto que no se acostaba con una mujer, que con su suave tacto se había excitado. Subió lentamente hasta sus pechos. Eran tersos, los masajeó y ella se revolvió aún adormilada. Se dio la vuelta y le besó. Héctor se imaginó que Su, se estaría pensando que era su novio por lo que la devoró los labios para que pudiera comprobar que era él quién la besaba: quería que fuera consciente de lo que estaban haciendo.

Ella se despertó de repente al sentir el beso tan voraz y las caricias tan diferentes de las manos de Héctor y cuando descubrió quién la tocaba se asustó. Una parte de ella quería continuar con aquello, pero la razón le decía que no debía hacerlo.

Se separó de sus labios y le abofeteó.

—Héctor, ¿qué narices estás haciendo?

—Te deseo, dios, no sabes cuánto... Por favor, Su... Dame una oportunidad de demostrarte lo importante que eres para mí...

—¡Estás loco! Tengo novio...

—Pero no le quieres...

—¡Tú qué coño sabes! —soltó enfadada.

—Estoy seguro de que él no te ha besado nunca como yo lo he hecho ahora mismo.

Las manos de Héctor intentaban de nuevo acariciar la cintura desnuda de Susana, pero ella se lo impidió.

—Héctor, por favor...

—Su, dime que nunca has deseado besarme, que nunca te has imaginado cómo sería acostarte conmigo, porque llevo un año imaginándome cómo sería hacer el amor contigo, es en lo único que pienso todos los días... No puedo dormir si tú no estás a mi lado, te necesito, Su...

—Héctor, no me hagas esto... —dijo Susana con lágrimas en los ojos.

—Sé que he sido un cabrón contigo, pero yo no sabía que tú estabas enamorada de mí, llevo un año sin dejar de pensar en ti y no sabes lo mucho que me atormenta saber que estás con otro...

—Ahora sabes cómo me he sentido yo cuando tú estabas con todas esas mujeres... —lloró Susana.

—Pero yo no lo sabía, Su...

—Ni yo tampoco... Te fuiste sin decirme adiós, no he sabido nada de ti en todo este tiempo, ¿qué quieres que te diga, Héctor?

—Su, por favor, dame una oportunidad...

—No puedo... Yo...

Pero de nuevo Héctor la besó, no podía soportar que ella le rechazara, la necesitaba para vivir. Desde que se fue la había añorado demasiado. Ella se rindió a ese beso, no quería hacerlo, pero una fuerza superior hacía que todas las barreras que intentaba interponer entre los dos fueran en vano. Él siguió besándola y acariciando todo su cuerpo, poco a poco la fue desnudando mientras ella seguía rendida a sus caricias. Estaba perdida, jamás se había sentido así, pero es que era Héctor, el hombre del que llevaba veinte años enamorada el que la estaba acariciando con deseo y haciendo que su cuerpo perdiera el poco control del que disponía.

Hicieron el amor despacio, deleitándose con cada caricia, con cada beso. No había deseo, por primera vez en toda su vida, sintió algo que jamás había sentido. No solo fue placer, se sintió llena, sintió que estaba completa. Con Toni y con Mario nunca antes se había sentido así, siempre habían sido relaciones muy placenteras, pero jamás en la vida había tenido la necesidad de quedarse para siempre unida a la persona con la que había mantenido la relación como ahora. Héctor salió despacio de ella, le acarició la mejilla y la besó tiernamente los labios.

Los dos se abrazaron, se miraron a los ojos con un brillo especial, ese

que tienen dos personas enamoradas y se quedaron profundamente dormidos.

Capítulo 14

Cuando Susana se despertó abrazada a Héctor, totalmente desnuda, se odió a sí misma por lo que había hecho. Se había dejado llevar, había engañado a Mario y sobre todo se había engañado a sí misma, porque estaba segura de que Héctor solo quería pasar un buen rato con ella a causa de su aflicción por lo que había ocurrido con Toni, pero no había sentido ni mucho menos las palabras que había dicho.

Se levantó como un resorte. Héctor fue a besarla, pero ella no le dio tiempo a hacerlo.

—Quiero que te quede clara una cosa: lo que sucedió ayer, jamás se va a volver a repetir. Ha sido un tremendo error —le dijo con firmeza.

—Su, por favor...

—No, Héctor. Has jugado con mis sentimientos.

—No es verdad...

—Ayer estaba muy mal por lo de Toni y te aprovechaste de mí, pero no volverá a suceder... Ya has conseguido lo que querías, una mujer más para tu lista de conquistas.

—¿Pero qué narices estás diciendo, Su? —exclamó Héctor incrédulo—. Ayer estaba hablando totalmente en serio, para mí eres importante, quizás me haya dado cuenta un poco tarde...

—Si fuera importante, me hubieras llamado. Esto se acaba aquí y ahora. Hoy buscaré un hotel donde quedarme.

Pero no hizo falta, el teléfono de Héctor sonó para darles la mala noticia.

Toni había fallecido. Le trasladarían a España para su entierro.

Tras despedirse de los padres de Toni, ambos cogieron el avión que les llevó a Madrid y después a Santander. Susana decidió cargar con los gastos de la vuelta en clase turista y Héctor regresó en primera clase, ni siquiera se vieron las caras al salir del aeropuerto. Ella había avisado a Mario de su regreso y él, cuando llegó, la estaba esperando.

—Hola, cariño. Siento mucho lo de tu amigo, ¿cómo estás? —dijo dándole un beso que Susana apenas pudo responder. Mario estaba preocupado por ella.

—Gracias. Estoy cansada, el viaje ha sido largo. Me voy a casa. Mañana será el funeral.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Como quieras... —contestó con indiferencia.

—Entonces te acompañaré. Eres mi pareja, creo que tengo que estar en los buenos y malos momentos.

—Gracias —respondió con debilidad Susana, aunque en ese momento se sentía horriblemente culpable.

Los dos subieron al coche de Mario. Susana creyó ver a Héctor, pero apartó la mirada y se sumió en sus pensamientos. Quedaron en que él la recogería al día siguiente temprano.

Al llegar a casa, allí estaba Lara. En cuanto la vio supo que algo había pasado.

—Susi, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—La he cagado, Lara... —Rompió en llanto.

Lara no dijo nada, la abrazó y dejó que Susana llorara hasta que se calmó.

—Me he acostado con Héctor.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —decía Lara.

—Me dijo que me necesitaba, que durante este tiempo solo había pensado en mí y no sé qué tonterías más. Estaba muy afectada por lo de Toni y no sé, me dejé llevar...

—Dios... cariño, tranquila... Todos cometemos errores.

—Tengo que contárselo a Mario, no puedo hacerle esto...

—¿Estás segura?

—No puedo vivir así... Ni siquiera he podido mirarle a la cara cuando me ha recogido en el aeropuerto... Prefiero ser sincera y que me deje, a ocultárselo.

—Tienes razón, cielo. Ante todo, sé sincera. Pero espera a después del funeral, ¿no?

—Sí, voy a acostarme, estoy agotada.

—Claro, descansa. ¿Quieres que mañana te acompañe al funeral?

—No me vendría mal que estuvieras allí.

—Allí estaré entonces, amiga. Ahora descansa. ¿A qué hora es el sepelio?

—Gracias. Mario pasará a recogerme a las diez, el funeral es a las doce, pero quiero ver a mis padres primero, ya les he avisado.

—De acuerdo. Tú ahora descansa y no te preocupes por nada. Hasta mañana, cielo.

Susana se acostó, pero apenas pudo pegar ojo, los recuerdos de la noche con Héctor la atormentaban. Había sido maravilloso compartir con él esos momentos, pero había sido un grave error y ahora todo su futuro pendía de un hilo por haberse dejado llevar.

Al final, el agotamiento la venció y se quedó dormida. Se despertó desorientada y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para levantarse, estaba muy cansada y sobre todo aturdida.

Se duchó e intentó desayunar algo pero no consiguió probar bocado;

tenía el estómago cerrado. Tras prepararse, a la hora indicada, llegó Mario. Al ver que Lara también acudiría no puso buena cara, aunque respetó la decisión de su novia.

Pusieron rumbo a Santoña, tenían unos cuarenta minutos de viaje. Llegaron antes de las once de la mañana a casa de los padres de Susana y ambos la estrecharon entre sus brazos. No se imaginaban que su estado de ánimo se debiera a otras circunstancias que no fueran la pérdida de su amigo, pero en realidad se trataba de un cúmulo de acontecimientos.

—Cariño, lo sentimos tanto...

—Gracias...

—Al menos pudisteis despediros de él.

—Sí, al menos pudimos verlo. Me quedo con eso.

—Claro...

Tomaron un café en casa de los padres de Susana, para hacer tiempo hasta acudir a la iglesia donde se celebraría la misa funeral por el difunto. Después tendría lugar la conducción del cuerpo al cementerio donde sería enterrado en campo santo.

Lara decidió esta vez ir con los padres de Susana en el coche hasta la iglesia, que se encontraba repleta pese a faltar más de quince minutos para que empezara la ceremonia. Mario y Susana llegaron a tiempo, aparcaron el coche y bajaron del vehículo; al entrar en la iglesia, ella no pudo más que fijarse en Héctor. Estaba guapísimo con un traje negro. En cuanto la vio, sus preciosos ojos verdes se clavaron en ella.

Susana, junto con sus padres se acercaron de nuevo a la familia de Toni para darles el pésame, y después tomaron asiento. Héctor no dejaba de mirarla. Lara se percató de ello, pero no quiso decirle nada a su amiga, suficiente batalla moral tenía ella intentando desviar la mirada de él.

La ceremonia comenzó. Familiares y amigos lloraron la pérdida de Toni,

y Susana no pudo evitar que alguna lágrima se escapara de sus ojos.

Una vez finalizada, se montaron en el coche y siguieron al coche fúnebre. Acudieron al cementerio, donde después de un sermón, el cuerpo sin vida de Toni era enterrado tras las lágrimas de muchos de los asistentes, incluidas las de ella misma. Susana depositó una rosa roja en la lápida de su amigo y cuando se iba a marchar Héctor la agarró del brazo.

—Su, tenemos que hablar...

—Héctor, no hay nada de qué hablar...

—Por favor...

—Hola, Héctor, ¡cuánto tiempo sin verte! —exclamo Lara que vio a su amiga azorada y se dispuso a salvarla.

—Hola, Lara. Siempre tan oportuna.

—Intento ayudar a mi amiga...

—Solo quiero hablar con ella unos minutos.

—Creo que ella no quiere hablar contigo...

—Su, por favor...

—No lo compliques más, Héctor, por favor, te lo ruego... —susurró nerviosa Susana.

—¡Héctor! ¡Siento encontrarnos en esta situación! ¿Qué tal por Nueva York? —intervino Mario.

—Bien, gracias. Si me disculpáis... —dijo derrotado y se marchó.

—Una lástima, le veo bastante afectado.

—Era nuestro mejor amigo —comentó enfadada Susana.

—Lo siento, cariño, no te enfades. Tienes razón, no he estado acertado...

¿Nos vamos?

—Voy a quedarme hoy en casa de mis padres. Regresaré mañana. Quiero hablar contigo.

—¿No quieres que me quede? —preguntó un poco confundido.

—Seguro que tienes mucho trabajo. Necesito estar un poco desconectada hoy. Lo único, si no te importa acercarse a Lara...

—Claro —contestó contrariado. La susodicha le miró con una sonrisa maléfica.

—Cielo, cuídate. Te quiero —dijo Lara a su amiga abrazándola.

—Yo también a ti.

—Cariño, no me voy a gusto, ¿estarás bien?

—Sí, hablamos esta tarde, ¿vale?

—Está bien.

Le dio un beso en los labios. Mario entró en el coche con Lara y pusieron rumbo a Santander. Susana se montó con sus padres en el coche y se fueron a su casa.

Cuando llegaron, su madre sabía que algo no iba bien, así es que después de deshacerse de su marido mandándole a un recado se acercó a su hija.

—Susana, cariño, ¿estás bien?

—No, mamá, no estoy bien.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—He cometido un grave error...

Su madre en un primer momento se asustó, pero dejó que su hija se explicara.

—En Egipto pasó algo... Héctor y yo... nos acostamos. No sé cómo pasó..., bueno, me dijo cosas..., que me había echado de menos durante este tiempo que habíamos estado separados, que era importante para él... y me dejó llevar...

—¿Y cuál es el problema?

—Mamá, estoy con Mario —replicó ella extrañada.

—Cariño, tú y yo sabemos que Mario solo es un premio de consolación. Héctor es el premio gordo para ti. Llevas enamorada de él toda la vida, desde

que yo lo recuerdo...

—No puedo hacerle eso a Mario..., es un buen hombre, además... Héctor. Ni siquiera sé qué es lo que quiere.

—Pero él quiso hablar contigo esta mañana. Después del funeral. Os vi...

—Estoy confundida... No quiero dejar a Mario, no se lo merece, él me quiere...

—¿Y tú a él?

Susana no contestó de inmediato.

—Yo también, aunque no sé si es amor lo que siento por él.

—Entonces no le quieres como se tiene que querer a tu pareja, cariño.

—No quiero hacerle daño...

—Lo sé cariño, pero tienes que elegir lo mejor para ti.

—Lo mejor es seguir con Mario, mi vida es muy cómoda. Aunque quizás cuando se lo cuente, todo cambie... Porque voy a contárselo.

—Claro, ante todo sinceridad. ¿Pero estás segura de que quieres seguir con él?

—Creo que sí.

—¿Solo lo «crees»?

—Mamá, no me estás ayudando.

—Cariño, yo solo quiero que seas feliz...

—¿Y crees que con Héctor seré más feliz? Es un mujeriego, siempre lo ha sido. ¿Quién me garantiza que ha cambiado? ¿Y si dejo a Mario y a los dos días me abandona? Creo que lo más sensato es ser sincera con Mario y si él me perdona, olvidar a Héctor.

—No sé, hija... Haz lo que te dicte el corazón. Las personas cambian.

—Mamá, ¿de qué lado estás? —preguntó Susana un poco molesta al ver que su madre seguía defendiendo la idea de que le diera una oportunidad a

Héctor.

—Del tuyo, hija, pero sé lo mucho que siempre te ha gustado Héctor, además ni siquiera has dejado que se explique.

—Me voy a acostar un ratito. Estoy agotada... —dijo para zanjar el tema.

—Como quieras, pero deberías comer algo antes.

—Lo haré cuando me levante.

Malhumorada, Susana se fue a su antiguo cuarto y se acostó. No se podía creer los consejos de su madre: en lugar de apoyarla a pisar tierra firme, parecía empujarla a lanzarse al vacío.

A las cinco de la tarde se levantó. Hambrienta, bajó al salón y se quedó petrificada cuando vio a Héctor charlando con sus padres de manera amistosa.

—Cariño, Héctor ha venido a ver cómo estabas.

—Estupendamente. Ya puede irse —dijo exasperada.

—No seas descortés. Además, no has comido nada. Voy a preparar un café y algo para picar. Luis, échame una mano, anda —dijo Piedad a su marido.

—¡Mujeres! —comentó su padre moviendo la cabeza de un lado para otro.

Susana echaba chispas por los ojos. No podía creer la encerrona que le había preparado su madre. Iba a matarla, estaba segura.

—¿Estás bien? Pareces cansada.

—Muy bien. ¿Qué quieres, Héctor? —inquirió con frialdad.

—Solo quiero hablar contigo. El otro día, en Egipto...

—Lo que pasó en Egipto se queda allí. Será mejor que lo olvidemos.

—Yo no quiero olvidarlo.

Susana resopló y meneó la cabeza, exasperada.

—¿Por qué me pones las cosas tan difíciles?

—Porque todo lo que te dije era cierto, Su. No puedo dejar de pensar en ti...

—Lo siento, pero llegas tarde... Estoy con Mario —dijo no muy convencida.

—¿Le has contado lo que pasó en Egipto? —preguntó él con un poco de desidia.

—No. Pero eso no es de tu incumbencia. Aunque pienso hacerlo. No obstante, es mi vida y lo que pase entre nosotros dos, no te importa.

—Su, dame una oportunidad... —dijo acercándose a ella despacio y agarrándola de la cintura—. Te quiero...

Esas palabras hicieron que el mundo de Susana empezara a girar, su cuerpo empezó a temblar y si no fuera por los hábiles brazos de Héctor que la sujetaron con firmeza, su cuerpo hubiera caído desplomado al suelo.

—Hija, ¿estás bien? —comentó su madre al verla en brazos de Héctor muy pálida.

—Estoy un poco mareada, seguramente porque no he comido nada en todo el día.

—¡Si llego a saber que no has desayunado no te hubiera dejado acostarte! ¡Haz el favor de comer algo ahora mismo! —chilló su madre muy enfadada.

Se sentó como pudo en una silla con la ayuda de su padre y de Héctor y comenzó a ingerir un poco de bizcocho acompañado de un té que hicieron que su cuerpo comenzara a adquirir de nuevo su color.

—Parece que estás mejor.

—Creo que de todas formas voy a acostarme.

—Será lo mejor. Héctor gracias por venir —le dijo su madre agarrándole la mano.

—Te llamaré luego a ver si estás mejor —comentó preocupado.

—Gracias... —No pensaba cogerle el teléfono, pero no iba decírselo delante de sus padres.

Terminó el bizcocho y el té y ayudada por su padre subió a la habitación. Cuando al fin estaba a solas y tranquila para poder pensar en su situación, su teléfono sonó. Era Mario. Desganada contestó.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—No muy bien, me acosté sin comer y me he mareado. He comido algo, pero voy a tumbarme un rato. ¿Te importa que te llame más tarde?

—Claro. Descansa, amor.

—Gracias, hasta luego.

Colgó el teléfono y de nuevo se acostó, el mundo parecía dar vueltas demasiado deprisa. Héctor le había dicho que la quería, eso no podía borrarlo de su mente. Quería hacerlo, pero por más que lo intentaba esas dos palabras retumbaban en su cabeza.

Capítulo 15

Regresó a Santander temprano. La noche anterior había hablado con Mario, no se sentía muy a gusto, pero le escuchó hablar de trabajo y después mintió con un bostezo, despidiéndose de él. Héctor la llamó un par de veces, pero ella no se lo cogió.

Aún tenía unos días libres, pero había quedado a comer con Mario en su casa. Había preparado la comida y le había dicho que se tomara la tarde libre. No quería ninguna distracción.

Mario llegó pasadas las dos de la tarde a su piso. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando empezaron a comer y apareció Héctor.

—Hola, vosotros seguid...

—¿Qué haces aquí? —inquirió enfadada.

—Esta también es mi casa, creo recordar que aún pago el alquiler...

Susana no podía creer que, justo cuando se iba a sincerar con Mario, apareciera Héctor. Parecía una broma del destino. Comieron y después ella decidió salir a pasear con Mario para hablar.

—Demos un paseo...

—Claro, cariño. ¿Hay algo que te preocupe?

—Mario, yo... No sé cómo decírtelo...

—Me estás asustando.

Susana se armó de valor.

—En Egipto pasó algo... Héctor y yo... —Tragó saliva—, nos acostamos.

La cara de Mario cambió por completo. No se esperaba esa noticia, parecía furioso, pero al ver la cara de preocupación de Susana, la suavizó un poco—. Yo... No sé cómo pasó... Lo siento... Si quieres dejarme, lo entenderé...

Mario suspiró un par de veces, intentando serenarse. El muy cabrón se había acostado con su novia, sabía que por eso había vuelto, la había visto en el funeral de su amigo y la miraba con deseo, pero no volvería a hacerlo, de eso se iba a asegurar.

—Susana, no digo que esté contento con la noticia, pero estoy seguro que él tuvo la culpa y que te sedujo. Te engañó, ¿verdad? Solo dime que no significó nada para ti.

Ella tragó saliva, significó mucho para ella y si le unía las dos palabras que el día anterior le había dicho, entonces era como una bomba de relojería.

—No significó nada... Lo siento de verdad, Mario.

—Te perdono. Pero con una condición: él debe desaparecer de tu vida...

—No te entiendo...

—Si él se muda a tu piso, tú lo harás al mío. Ya es hora de que vivamos juntos.

—Mario, no sé...

—Llevamos más de un año saliendo, creo que ya es hora de que vivamos como una pareja.

—Mario, aún es demasiado pronto para vivir juntos.

—No quiero que vuelvas a verlo nunca —insistió Mario con voz tensa. En sus ojos brillaba la ira contenida—. Hoy te mudas a mi casa. Es más, creo que podríamos hacer las maletas ahora mismo.

Susana tragó saliva. La imposición de Mario iba más allá de lo que podía soportar, nunca antes un hombre le había dicho lo que tenía que hacer, pero no dijo nada. Mario tiró con fuerza de su brazo, le hacía daño, pero ella no

hizo ni dijo nada. Estaba desconcertada. La soltó en la puerta para que ella abriera.

Al entrar, allí estaba Héctor, con la mirada perdida sentado en el sofá. Mario ni siquiera saludó, le miró con cara de odio y se dirigió a la habitación de Susana.

—Vamos, no tenemos todo el día —le dijo con tono estricto.

Ella le siguió y miró a Héctor nerviosa.

Mario comenzó a sacar la ropa del armario tirándola encima de la cama.

—Ve metiéndola en la maleta, ¡deprisa! —le exigió.

Susana estaba en shock, aún no se movía y este alzó la voz.

—¡He dicho que te des prisa!

Héctor escuchó los gritos e irrumpió en la habitación.

—¿Qué demonios pasa aquí?

—¿Y a ti qué narices te importa?

Susana estaba inmóvil, desconcertada, sin moverse de su sitio.

—He preguntado qué pasa. Su, ¿te vas?

—Sí, se muda a vivir conmigo, ¿algún problema? —preguntó Mario chulesco.

—¿Tú quieres irte con él? —le preguntó Héctor, acercando los dedos al rostro de Susana, elevando su barbilla y mirándola a los ojos.

—No la vuelvas a tocar, ¡cabrón! —exclamó Mario agarrándole la mano. Pero Héctor no le hizo caso y se deshizo de su agarre.

—Su, por favor, contéstame. ¿Quieres irte con él?

—No es de tu incumbencia, deja de meterte en nuestra vida —vociferó.

—Su..., ¿estás bien? —volvió a elevar su barbilla para enfrentar su mirada.

Ella estaba tan nerviosa que no podía articular palabra alguna. Nunca antes había visto a Mario tan enfadado y tan nervioso, parecía otra persona,

alguien peligroso.

—No vuelvas a tocarla. No me hagas repetírtelo.

—¿O qué? ¿Vas a pegarme? Venga, hazlo. Antes de que la emprendas con ella, porque solo falta eso. ¿O ya le has pegado? Porque te juro que como le hayas puesto la mano encima no respondo.

—No la he tocado, imbécil, ¿por quién me tomas? Además, es nuestra vida, ya has influido bastante en ella, ¿no crees, cabrón?

Héctor cerró el puño, si seguía provocándole iba a golpearle de un momento a otro.

—Su, por favor, contéstame, ¿quieres marcharte con él?

—¡No! —dijo por fin.

—¿¿Qué?! —Mario se volvió hacia ella y al fin toda su ira estalló, fría e hiriente—. Te lo he dado todo, lo que no le di a ninguna otra, y así me lo pagas... siéndome infiel a la primera de cambio. No eres más que una niña consentida. Ni siquiera sabes lo que quieres, madura de una vez. Y no olvides que si tienes un buen puesto en el hospital es por mí. Pero ten por seguro que te acordarás de esto.

Mario salió como alma que llevaba el diablo y se cruzó con Lara, que justo entraba en ese momento. Susana rompió a llorar y Héctor la abrazó.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—El muy canalla quería obligarla a que se fuera a vivir con él...

—Vaya...

—Héctor, será mejor que te vayas tú también...

Él no dijo nada y salió de la habitación de Susana dejando a las dos amigas solas. Susana una vez recompuesta le explicó a su amiga todo lo que había sucedido. Lara no se lo podía creer. Mario siempre había parecido un hombre calmado, buena persona, pero había resultado tener dos caras. Tras acostarse con su amiga, se quedó dormida y Lara salió de su cuarto.

—¿Cómo está?

—Está dormida. Héctor, no pienses que porque haya dejado a Mario va a caer rendida a tus brazos. No la mereces, para nada.

—Yo la quiero...

—Tendrás que ganártela y demostrarnos a las dos que es verdad. Yo me voy a encargar de ello. Lo siento, pero siempre has sido un viva la vida, no puedo dejar que mi mejor amiga sufra más de lo que ha sufrido por ti.

—¿Qué quieres que haga? —dijo él desesperado.

—De momento, estar a su lado, pero desde la distancia, ni por un momento pienses que vais a dormir juntos...

—Lara...

—No. Si de verdad la quieres, tendrás que conquistarla y demostrarnos a las dos lo que estás dispuesto a hacer por ella. Y lo primero es sacrificarte, dormir separado de ella.

—Joder, Lara...

—No voy a dejar que le hagas daño.

—¿No tendría que decidirlo ella?

—Ella ahora mismo es vulnerable y cuando se trata de ti, no piensa, no razona, se deja llevar. Así que yo voy a ser su Pepito Grillo. No voy a dejarte pasar ni una, Héctor. Si de verdad la quieres, aceptarás mis condiciones...

—Lara... no tengo mucha paciencia.

—Tú mismo, si la quieres es lo que debes hacer.

Héctor se resignó, sabía que Lara cumpliría su propósito y era muy influyente en su amiga.

—Trato hecho. ¿Qué tengo que hacer?

—De momento, creo que estos días no deberíais estar a solas... Así es que evítala.

—Lara... ¡Joder! ¿Qué quieres que haga? ¿Que me vaya de casa?

—No estaría mal, pero bueno, no voy a echarte. Te daré un *planning* de nuestras guardias, y cuando yo no esté en casa y ella descansa, búscate algo que hacer. Por cierto, ¿has dejado tu trabajo en Nueva York?

—He pedido que me readmitan en el hospital, aunque después de lo ocurrido con Mario, no creo que su padre lo permita. Tendré que buscarme la vida en otro hospital.

—Vaya, la verdad es que lo siento, eres un gran médico, Héctor. De eso no me cabe duda...

—Gracias, Lara.

Héctor deshizo la maleta y se tumbó en la cama. Si Toni hubiera estado vivo le hubiera llamado para contarle lo que había pasado, pero ahora no tenía a nadie de confianza con quien hablar y la verdad es que eso no le ayudaba en nada a expresar cómo se sentía. Había ganado una batalla. Al menos Mario y Su ya no estaban juntos, pero lidiar con Lara sería algo complicado y sabía que no dejaría que su amiga se entregara a él tan fácilmente.

Salió de la habitación cuando escuchó la puerta de la habitación de Susana, quería saber cómo estaba. Al menos, comprobar que no se había arrepentido.

—Hola, ¿cómo estás?

—Mejor, gracias...

Lara le miró y negó con la cabeza cuando él fue a acariciarle el brazo. Tuvo que contener las ganas que tenía de tocarla.

—Chicas, ¿qué os parece si bajo a por unas pizzas y cenamos todos juntos?

—Yo no tengo mucha hambre.

—Me parece una buena idea. Susi, tienes que comer, estás más delgada últimamente, así es que, cuatro estaciones para mí. ¿Tú cuál prefieres?

—Me da lo mismo... —contestó Susana.

—¿Carbonara? —preguntó Héctor sabiendo que era su favorita.

Ella dibujó una bonita sonrisa y asintió.

—Vale.

Héctor salió del piso que compartían dejando a Susana y Lara solas.

—Susi, no quiero que te echés a los brazos de Héctor ahora que no estás con Mario.

—No quiero hombres en mi vida por el momento.

—Esa es la actitud. Eso significa que no dormiréis juntos, ¿verdad?

—Sí.

—¡Esa es mi chica!

—Me dijo que me quería... —dijo viniéndose abajo.

—¿Quién, Mario? —preguntó Lara sorprendida al ver el giro que había dado la conversación.

—No, Héctor. Ayer por la tarde, en casa de mis padres...

—Susi, mírame. —Susana levantó la cara y enfrentó la mirada a la de su amiga—. No dudo que sea cierto, pero si de verdad te quiere, tiene que demostrártelo. No voy a dejar que te haga daño. Tiene que luchar por ti y yo me voy a encargar de ello, ¿me entiendes? No voy a permitirte que te echés a sus brazos a la primera de cambio.

—Lara, pero yo también le quiero...

—Lo sé, pero esto no funciona así. Yo soy tu Pepito Grillo, ¿recuerdas? Así que no voy a dejar que te lances a sus brazos por un «te quiero». Esas palabras, tiene que sentir las y hasta que yo no vea que son sinceras, no voy a dejar que esté contigo.

—Lara...

—¿Qué?

—Gracias, por ser una gran amiga...

—Te quiero, Susi, solo quiero que seas feliz y no quiero que te equivoques y sufras... Por eso estoy haciendo esto. A lo mejor ahora te parezco un poco egoísta o cruel, después de todo lo que has sufrido, cuando por fin puedes tener a la persona de la que llevas enamorada toda la vida, pero lo hago por vuestro bien, créeme.

—Lo sé... Yo también te quiero.

Se abrazaron, Susana derramó un par de lágrimas más y después besó a su amiga en la mejilla.

—Bueno ahora, comienza una nueva vida. Chicas contra chico. Le vamos a hacer la vida un poco difícil al guaperas, ¿te parece?

Susana se rió, Lara era un caso y sabía que si se lo proponía podía ser una arpía.

Héctor llegó con las pizzas y los tres las degustaron con tranquilidad. Después se acostaron. Héctor estuvo tentado de ir a la habitación de Susana y lo intentó, pero cuando se levantó y vio a Lara, disimuló yendo a la cocina a tomarse un vaso de leche.

Apenas pudo dormir, pero al final consiguió conciliar un poco el sueño, con la convicción de que tenía que ser fuerte y luchar por la mujer de la que estaba enamorado.

Susana estaba nerviosa. Al día siguiente tenía que volver al hospital, tendría que reencontrarse con Mario y después de lo sucedido, seguramente el reencuentro sería amargo. Quería hablar con él, pero no se sentía con fuerzas para una nueva discusión. Apenas durmió, si Héctor hubiera estado a su lado, seguramente sus problemas se habrían disipado, como siempre ocurría, pero Lara tenía razón. Tenía que ser fuerte.

Al llegar al hospital, el cuadrante de las guardias había cambiado: todos los fines de semana de ese mes Susana tenía guardia, además de tres días más

por semana. Sabía que era obra de Mario, pero no se quejó, aceptó el cambio y maldijo a su ex por ser tan sinvergüenza de vengarse de aquella manera.

También a Lara le había influido el cambio a peor de Mario. No es que gozara de muchos privilegios, pero parecía que el jefe de urgencias se estaba vengando para mal de Susana, fastidiando también a su amiga.

Lo que a todos les sorprendió fue la reincorporación de Héctor. Nadie habría apostado que fueran a readmitirlo después de lo sucedido, pero claro, contaba con una buena carta de recomendación del mejor cardiólogo del mundo.

De nada le sirvió, pues cuando llegó, parecía que comenzaba desde cero y le trataban como si estuviera recién salido de la facultad en lugar de tener años de experiencia. Mario fue implacable con los tres amigos.

Era su forma de decirles que con él no se jugaba y que en el hospital mandaban sus normas.

Capítulo 16

Pasados varios meses la situación era insostenible para los tres. Estaban hartos de Mario, de su despotismo, del trato que recibían de otros médicos. La primera en tomar la decisión de marcharse fue Susana.

Había pedido plaza en un centro de salud, pues ya lo había hecho para la clínica Mompía, pero no había plazas disponibles; no le importaba salir del hospital con tal de perder de vista la cara de cínico que se le ponía a Mario cada vez que la veía por los pasillos. Parecía que disfrutaba al verla tan cansada y cometiendo errores.

Héctor también había solicitado plaza en otro hospital, pero no quería irse de Santander, al menos por el momento. Quería estar al lado de Susana. Su relación de momento era inexistente, habían estrechado lazos como amigos, pero no había surgido ningún otro acercamiento.

Lara era la que menos se quejaba, quizás porque era la menos perjudicada. Sus guardias habían aumentado, pero no en exceso y seguía haciendo su vida, más o menos normal.

Cuando a Susana la llamaron de la Consejería de Sanidad indicándole que le concedían la plaza en el centro de salud, suspiró aliviada. Le daba mucha pena no trabajar en el hospital, era lo que siempre había deseado. En un centro de salud se limitaba a pasar una consulta, pero al menos no tendría que ver la cara de Mario todos los días.

Colgó el teléfono, su incorporación era en quince días. Así que tendría que preparar todos los papeles para marcharse. Se encontró con Héctor y

decidió pedirle ayuda.

—Hola, Héctor.

—Hola, Su. Pareces contenta.

—Me acaban de llamar de la Consejería de Sanidad. Me han concedido la plaza en el centro de salud que solicité, por fin podré salir de este infierno.

—¿Al final te vas?

—Sí, no puedo más con esto, Héctor.

—Es una pena, al final Mario se ha salido con la suya.

—Lo sé, pero necesito vivir y ahora mismo apenas tenemos vida.

—En eso tienes razón, pero un centro de salud...

—Sé que quizás es aspirar a poco, pero de momento me conformo, quizás más adelante...

—Como quieras.

—No sé qué debo hacer.

—Tienes que informar al hospital de tu marcha. Luego si quieres te ayudo a redactar la carta. Hoy salgo a las diez.

—¡Perfecto! Gracias, Héctor.

Después, en el descanso, habló con Lara. Ella también se entristeció de que se marchara, pero sabía que Susana estaba agotada y no podía continuar así, Mario le estaba jodiendo la vida.

—Héctor va a ayudarme con la carta esta noche, ¿te parece bien?

—Esta noche no estoy en casa, cuidadito con lo que hacéis... —dijo su amiga.

—Tranquila, Pepito Grillo. Seré una chica buena.

—Más te vale.

Terminado su turno, Susana se marchó feliz, llamó a sus padres para darles la noticia y se tumbó en el sofá a esperar a Héctor. Cuando él llegó y la vio dormida la observó durante unos minutos antes de despertarla, incluso le

hizo una foto. Lara no había dicho que no pudiera hacerla y al menos la contemplaría cuando no pudiera dormir. Le hubiera gustado acariciarla, besarla, pero quería respetarla, actuar como su amiga decía para ser digno de ella así que despacio, tocó su hombro y la despertó.

—Su, ya estoy en casa.

Ella abrió los ojos despacio y sonrió al verle.

—Hola... Lo siento, me he quedado dormida. Es que estoy agotada, además por las noches apenas duermo.

—A mí me pasa lo mismo.

Ambos sabían a qué se debía, pero ninguno de los dos dijo nada.

—Voy a por el portátil y te ayudo con la carta, así en cuanto terminemos, podrás irte a descansar —dijo Héctor para romper el incómodo silencio.

—Gracias.

Fue a su habitación, de inmediato trajo el portátil y se sentó a su lado. Tecléo la contraseña, que era el cumpleaños de Susana. Abrió un documento de Word que ya tenía redactado, su propia carta de cuando se marchó y comenzó a hacer los cambios oportunos.

En unos minutos ya tenía la carta redactada. Le pasó el ordenador a Susana para que lo revisara y ella le sonrió.

—¡Qué rapidez!

—He copiado la mía, he modificado tus datos y lista.

—Gracias —dijo sonriéndole.

Esa sonrisa le mató, tenía tantas ganas de besarla, de tocarla, que sin darse cuenta le apartó un mechón de pelo de la cara. Ella se estremeció con ese contacto.

—¡Dios, Su, te necesito tanto! —susurró casi para sí.

—Y yo —le respondió ella en el mismo tono de voz.

Lentamente sus cuerpos fueron acercándose, como si alguien hubiera

accionado un motor a cámara lenta, sus labios se juntaron. El beso fue suave, lento, pero a ambos les reconfortó en un primer momento. Después, como si despertaran a dos animales que llevaban un tiempo dormidos, ambos se devoraron con fiereza. Se deseaban, ninguno de los dos parecía querer ceder para llevar el control, las manos de ambos acariciaban sus cuerpos, deleitándose en cualquier rincón, pero el sonido de la cerradura hizo que se separaran, jadeantes, como si ambos quemaran.

—¡Mierda! —masculló entre dientes Héctor.

—Hola, chicos, he cambiado la guardia a mi compañero. Le venía mejor si la hago mañana.

—¡Me alegro! —dijo irónico Héctor.

—¿Os pasa algo? —preguntó Lara con una sonrisa en los labios. Bien sabía que entre los dos había sucedido alguna cosa, estaban agitados, el pelo de Susana estaba alborotado. Si no se equivocaba, y apostaría a que no, les había interrumpido. Sonrió, maligna. Ambos habían aguantado demasiado, habían pasado más de dos meses. Lara tenía que admitir que, si hubiera apostado algo, habría perdido. Aunque a su favor jugaba que Susana y Héctor apenas habían estado tiempo solos por las guardias que el cabronazo de Mario les había puesto, pero aun así habían sido muy pacientes y justo el día en que podían dar rienda suelta a su pasión ella iba y les fastidiaba el asunto. También era casualidad.

—Chicos, continuad con lo que estabais haciendo, por mí no os cortéis —dijo con tono irónico.

—No estábamos haciendo nada —intervino nerviosa Susana.

—Ambos estáis alterados, se os nota a la legua que os estabais besando. Si soy sincera, Héctor me ha demostrado que puedo confiar en él, eso sí, te juro que si le haces daño te corto los huevos. Ahora id a la habitación antes de que me arrepienta...

Héctor no lo dudó ni un momento, tiró de la mano de Susana y se la llevó consigo.

—Te deseo, Su... —le dijo cuando estuvieron solos.

La tumbó en la cama. Ella se dejó hacer, estaba extasiada, ella también le deseaba, tanto que ni siquiera podía articular palabra alguna.

Comenzó a besarla, los dos estaban tan excitados que si continuaban besándose de esa manera perderían el poco control que les quedaba en apenas segundos.

—¡Te deseo tanto que creo que voy a perder la razón de un momento a otro! Creo que hoy no voy a poder hacer el amor contigo como te mereces, estoy muy excitado.

—Yo también, Héctor...

Se despojaron con rapidez de sus ropas, él se puso un preservativo y sin ningún tipo de preliminares la penetró despacio. Sabía que no aguantaría mucho tiempo, pero quería deleitarse; sus movimientos lentos pero certeros hicieron que Susana temblara de placer. De nuevo se sintió plena, como la primera vez que se acostó con él. Héctor enseguida perdió el control, estaba tan excitado que necesitó más y aumentó un poco sus embestidas hasta que se dejó ir. Susana llegó al orgasmo casi al mismo instante que él, transportándola a un lugar maravilloso de donde no quería volver jamás.

—Te quiero, Su. Eres la mujer de mi vida. Ahora estoy totalmente seguro de ello.

—Yo también te quiero —dijo ella por primera vez en su vida. Nunca antes se lo había dicho a nadie, no de esa forma.

Héctor salió del cuerpo de Susana, aunque se hubiera quedado dentro de ella para siempre. Se deshizo del preservativo y se tumbó a su lado.

Ella estaba adormilada, apenas podía mantener los ojos abiertos, le observaba y le sonreía. Sintió que aquel instante precioso se grababa en su

corazón. Poco a poco fue cerrando los ojos sin darse cuenta, él le dio un tierno beso en los labios y dejó que se durmiera. Su pecho desnudo subía y bajaba acompasado. Estaba tranquila y eso le relajó.

Suspiró y la observó. Cuántas veces había dormido con ella y nunca antes se había dado cuenta de lo preciosa que era cuando dormía. ¿Por qué no lo había hecho? Había sido injusto para los dos, porque si él se hubiera fijado antes en ella su vida hubiera sido de otra manera, aunque quizás ahora no estarían juntos, cosa que desechó en el mismo momento: era imposible olvidarse de Su. Pero el destino así lo había querido. Lo que tenía claro es que a partir de ese momento jamás en la vida le daría ningún motivo para que en su vida fuera infeliz y, sobre todo, lucharía contra cualquier adversidad para que su relación funcionase, le costara lo que le costase. Era la mujer de su vida, de eso ya no tenía la menor duda.

Tardó unas horas en quedarse dormido, planeando su futuro, pensando en cómo sería formar una familia con Su. Era algo que siempre había querido y la verdad, tenía que hablarlo con ella. No quería asustarla, pero ambos ya tenían edad para formar una familia, y él quería tener al menos un par de hijos.

A la mañana siguiente cuando ambos se despertaron se miraron a los ojos, satisfechos. Era la primera noche, después de mucho tiempo, que habían podido descansar. Los dos sabían el motivo, dormir juntos les reconfortaba.

—Buenos días, Su. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Héctor. Muy bien, ¿y tú?

—De maravilla. Gracias...

—Tengo turno doble.

—Yo tengo guardia de treinta y seis horas, así que hoy nos veremos.

—No sabes las ganas que tengo de irme.

—Yo estoy buscando otra cosa, pero no quiero irme de Santander...

—¿Has pensado en establecerte por tu cuenta como cardiólogo?

—No es lo mío.

—Ya, pero si yo me voy y tú sigues en el hospital seguiremos viéndonos poco...

—Tranquila, estoy seguro que todo se arreglará, ya lo verás...

—Eso espero. Voy a darme una ducha.

—¿Te apetece compartirla conmigo? —preguntó ladino.

—¡Mmm! Siempre que sea rápida...

Pero la ducha no fue todo lo rápida que habían esperado, aunque a ninguno de los dos les importó. Acortaron después el tiempo del desayuno y acudieron juntos a trabajar agarrados de la mano. Se despidieron con un beso en la entrada.

Mario les vio y le hirvió la sangre. Nunca antes les había visto juntos. Cuando llegó a su poder la carta de renuncia de Susana estrelló la grapadora contra la puerta. Las cosas no podían ir peor. Iba a perder a una de sus mejores pediatras, pues aunque no quería admitirlo así era. Lo que era aún peor, dejaría de verla. Aunque estaba dolido por cómo se habían desarrollado los acontecimientos seguía enamorado de ella y aunque no estuvieran juntos, verla le hacía sentirse un poco mejor. No perdía la esperanza de recuperar un cierto control, el que fuera, sobre aquella mujer traidora, pero si se iba aquello ya sería imposible. Y para colmo definitivamente estaba con el cabrón de Héctor.

Como remate no dejaban de llegarle elogios del susodicho. Lo único bueno que le sucedió aquel día fue cuando le llegó una solicitud de un hospital de Barcelona para que les cedieran durante medio año a Héctor para un programa de investigación de cirugía cardiológica. No lo pensó, era su forma de vengarse: falsificó la firma de su padre y la de Héctor y mandó el fax aprobando el traslado para dentro de un mes.

—Cabrón, ahora vas a estar separado de ella —susurró mientras mandaba el documento.

Pasaron los días hasta que por fin Susana pudo abandonar el hospital. Sintió una paz como nunca antes había sentido desde hacía mucho tiempo.

Una parte de ella se sentía apenada, pero otra, la más positiva, se sentía liberada. Se había quitado un gran peso de encima, se había librado de Mario: ahora solo quedaba que Héctor consiguiera librarse también de él y que su relación fuera viento en popa.

Capítulo 17

Susana llevaba ya una semana instalada en su nuevo trabajo, la verdad es que se había relajado bastante, no era tan interesante como en el hospital, pero comenzaba a adaptarse a él y le gustaba. En el fondo, los niños le apasionaban.

Era viernes, Héctor no tenía guardia ese fin de semana así que habían planeado irse a Santoña y pasarlo con la familia y amigos.

Su jefe le interceptó por el pasillo antes de salir a mediodía.

—Héctor, no sabía que habías solicitado la beca de investigación cardiológica en el hospital Dexeus de Barcelona.

—¿Qué?! Yo no he solicitado nada.

—Me acaba de decir el director que te vas en una semana... Él mismo ha firmado la autorización tras solicitarte el hospital y aceptar tú la propuesta.

—Debe de haber un error, yo no he aceptado ninguna solicitud.

Héctor no se despidió del jefe de cardiología y subió al despacho del director, la secretaria le hizo esperar unos minutos, pero enseguida le hizo pasar.

—Buenos días. Me acabo de enterar que el hospital Dexeus me ha reclamado.

—Tengo tu solicitud firmada, ¿cómo que te acabas de enterar? —
inquirió el padre de Mario, que bien sabía que era una estratagema de su hijo, pues había falsificado también su firma.

—Debe ser un error, yo no he firmado nada.

—Héctor, no hay ningún error. Ya hemos realizado todas las gestiones para el traslado dentro de una semana.

—Pero eso es imposible, no puedo irme.

—No puedes renunciar ahora... Lo siento, solo serán seis meses. Ya tenemos un sustituto para cubrir tu puesto en este hospital durante ese tiempo.

Héctor salió del despacho dando un portazo. No se lo podía creer. Se serenó y pensó fríamente, esto tenía que ser obra del cabrón de Mario. Se juró a sí mismo que si se lo cruzaba por el hospital iba a partirle la cara, pero no tuvo esa suerte y decidió marcharse a casa e intentar pasar el fin de semana que había planeado con Susana. No quería enturbiarlo con la mala noticia. El lunes los dos pensarían cómo resolverían aquel lío.

Cuando Susana llegó a casa después de su jornada laboral, una mucho más reducida que en el hospital, comió algo y después se metió en la ducha.

Salió con el albornoz y se dirigió a la habitación, puso la radio para escuchar música y mientras se ponía la ropa interior comenzó a sonar la canción de Zara Larsson, *Ain't My Fault*.

No pudo evitar ponerse a bailar al son de la música. Sus piernas se movían solas, nunca antes se había sentido tan libre. Era una canción tan sensual, con una letra tan sugerente, que no pudo impedir imaginarse a su novio delante de ella, mirando cómo bailaba solo para él.

Héctor entró en casa malhumorado, pero al escuchar la canción decidió entrar con sigilo hasta la habitación de Su. Allí estaba ella, moviendo sus caderas, solo con ropa interior; en esos momentos, a él le pareció ver un ángel, todos sus problemas se habían desvanecido, su mente estaba centrada exclusivamente en la mujer que, ajena a su presencia, se movía de una manera tan sensual que consiguió excitarlo. Cuando ella se percató de la presencia de Héctor dibujó una sonrisa, sintiéndose la mujer más sexy del mundo, observada por el hombre al que amaba. Le hizo un gesto con el dedo

índice, indicándole que se acercara y le besó con dulzura.

—Hola, guapo... ¿qué tal el día?

—Hola, preciosa. Acaba de mejorar considerablemente —le dijo meloso.

—¿Sí?

—He visto a un ángel.

—¿Dónde? —preguntó ladina.

—Lo tengo entre mis brazos ahora mismo.

—Te quiero —contestó ella besándole con fervor.

—Yo también a ti. Pero será mejor que te vistas si no quieres que te tumbe en la cama y dejemos lo de llegar temprano a casa de nuestros padres...

Susana estalló en una carcajada. Cogió el vestido que había dejado encima de la cama y se lo puso para evitar la tentación.

—¿Así? —le preguntó con ironía.

—Mucho mejor...

—Que sepas que me hubiera gustado que me tumbaras en la cama y me hicieras el amor.

Héctor no se lo pensó dos veces. La cogió y la tumbó en la cama, se deshizo del vestido que hacía tan solo unos segundos ella se había puesto y comenzó a besarla. La necesitaba, mucho, y después de la noticia que le habían dado en el hospital, todavía más.

Acarició sus pechos por encima de las copas del sujetador, pero con rapidez lo desabrochó para poder tocar su tersa piel. Ella tiró de su camiseta y mientras apenas despegaban sus labios se la sacó por la cabeza, continuó desabrochando los botones del pantalón vaquero de Héctor hasta que él quedó en ropa interior. Unos segundos más tarde, los dos estaban ya desnudos, acariciándose con ternura, subiendo la temperatura a sus excitados cuerpos. Héctor sacó un preservativo del cajón de la mesilla, rasgó el

envoltorio y con rapidez se lo colocó en su enhiesto pene. Ella estaba deseosa de recibirlo, le necesitaba como el aire que respiraba, cada vez que él se adentraba en ella sentía que nada ni nadie podían hacerle daño. Poco a poco sus cuerpos se fueron tensando, recibiendo esas descargas propias de la excitación, hasta que alcanzaron el clímax estallando en un desgarrador orgasmo que les dejó a ambos jadeantes.

—No sé qué voy a hacer sin ti —dijo Héctor sin pensar.

—No te entiendo... —contestó Susana nerviosa.

Había metido la pata, pero es que después de compartir un maravilloso orgasmo se daba cuenta de que dentro de unos días volvería a perderla durante un tiempo; tenía que contárselo para evitar que ella pensara algo que no era.

—Verás... no quiero que pienses cosas raras, el cabrón de Mario se las ha ingeniado para mandarme a Barcelona durante seis meses.

—¡¡Qué!! ¿Cuándo?

—Dentro de una semana...

—Pero... ¿por qué? No quiero que te vayas...

—Lo sé, mi amor... Pero ya se nos ocurrirá algo, quizás podrías venirte conmigo... No sé... Se suponía que este fin de semana iba a ser especial... Ya pensaremos algo el lunes.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirió nerviosa.

—Desde hoy, justo antes de irme me lo dijo mi jefe.

—¿Y a qué esperaban para contártelo?

—Es que se supone que yo he solicitado ese traslado. Entonces supuestamente nadie debería decírmelo.

—¡Qué hijo de...! —No terminó la frase, porque ella no solía decir palabrotas, pero se quedó con las ganas. Mario se la había jugado.

Susana se abrazó a Héctor, melosa. ¿Qué iban a hacer, de nuevo seis

meses separados?

—Lo sé, cariño —le dijo él como si entendiera su preocupación—, algo se nos ocurrirá. Ahora vistámonos y terminemos la maleta. Disfrutemos del fin de semana y el domingo, cuando volvamos a casa, valoraremos todas las opciones, pero ahora quiero pedirte un favor y es que desconectemos de ese problema. Quiero disfrutar de este fin de semana con mi novia, nuestra familia y amigos. ¿Es mucho pedir?

—Lo intentaré...

—Lo harás...

—De acuerdo.

—Así me gusta. ¡Ah! Ese bailecito que te has marcado, me ha encantado. Quiero que me lo hagas más a menudo.

—¡Mmm! Lo pensaré... —dijo lasciva.

Héctor le dio un dulce cachete en la nalga y ambos se incorporaron de la cama. Se vistieron y terminaron de hacer la maleta, para poner a continuación rumbo a Santoña.

Susana intentó el viernes estar de buen humor, pero no pudo evitar pensar que, en una semana, el hombre de su vida se volvería a marchar lejos de su lado.

Al acostarse, en casa de sus padres, Héctor, que la conocía, le acarició con ternura.

—Su, por favor...

—Lo intento, Héctor, pero no puedo evitar pensar que otra vez voy a volver a perderte... —dijo con lágrimas en los ojos.

—No me pierdes, no me perderás nunca más. Solo vamos a estar separados, además vendré a verte y tú irás a verme. En serio. Quizás podrías venir conmigo. Tan solo llevas una semana en el centro de salud. Apenas te has acomodado.

—¿Y qué haría yo sola todo el día en una ciudad que no conozco, sin amigos, sin familia y sin trabajo?

—Tienes razón... Pues entonces podríamos intentar un traslado, no sé, al hospital, o algo.

—Ya, pero tú estarás allí seis meses. Si yo me traslado, tú luego regresarás y yo no me voy a quedar allí para nada. Tendría que volver a solicitar el traslado, es un lío...

—Claro, en eso no había pensado. ¡Mierda! ¡Qué complicado!

—Creo que tendremos que aguantarnos...

—Me parece que sí. ¡Voy a morirme sin dormir a tu lado!

—Y yo...

Ambos se abrazaron muy fuerte. Los dos se necesitaban tanto... Desde que habían vuelto ninguno había tenido problemas de sueño y ahora, de nuevo, tenían que estar separados.

Poco a poco, se relajaron. Les costó que sus corazones, alterados por la forma en que el destino se la había vuelto a jugar, dejaran de latir acelerados, pero al final consiguieron quedarse profundamente dormidos.

El sábado se despertaron temprano. Ambos se prodigaron miles de caricias y saciaron sus ganas con una ración de sexo matutino. Después bajaron a desayunar con los padres de Susana. Pasaron el día con la familia de Héctor.

Tenían que reconocer que ambas familias se tenían un cariño especial y que sus hijos fueran parejas hacía que ambos se hubieran unido aún más.

—Susana, cariño. ¿Cómo va el cambio al centro de salud? —le preguntó la madre de Héctor.

—Bien, es diferente, pero no me disgusta.

—Lo importante es que estés a gusto con el trabajo.

—Lo estoy, y al menos no hago guardias.

Clara, la madre de Héctor, estaba al corriente de lo que había sucedido con Mario por Piedad.

—Pues eso es lo importante.

—Y tú, hijo, ¿qué tal te va?

Héctor se tensó, tenía que sacar el tema justo en ese momento, qué oportuna era su madre... pero debía contárselo.

—Me la han jugado. Dentro de una semana me voy a Barcelona.

—¿Y eso? —preguntó su padre.

—Parece ser que he solicitado una beca de investigación, pero no es así. El ex novio de Susana nos la ha liado, ha montado todo esto para separarnos.

—Vaya, menudo personaje.

—Chicos, seis meses pasan volando —intervino Piedad, que vio la cara de agobio de su hija.

—Claro, además hay vuelos de Santander a Barcelona, hay poco más de una hora de trayecto, creo que hora y media la vuelta. Lo sé porque la hija de unos amigos está estudiando allí. Podéis veros todos los fines de semana —comentó Clara.

—Lo miraremos, sí —intervino Héctor estrechándole la mano a Susana.

Continuaron conversando mientras cenaban. Después ellos se marcharon con sus amigos, necesitaban salir un rato y distraerse.

La noche al menos les mantuvo distraídos y al llegar el alba, exhaustos, regresaron esta vez, a casa de los padres de Héctor.

El domingo se levantaron tarde, comieron con la familia y después pusieron rumbo a Santander. Durante el trayecto, hablaron de cómo iban a organizarse, pero hasta que Héctor no estuviera instalado, cosa que tendría que solucionar durante la próxima semana, tampoco sabría el tiempo del que dispondría para poder verse. No sabía si tendría los fines de semana libres.

—Nena, no te agobies —dijo al ver que Susana estaba a punto de echarse

a llorar.

—Héctor, no sé qué voy a hacer sin ti.

—Serán solo unos meses, todo saldrá bien, ya lo verás. Además, haré todo lo posible para venir a verte y si no podrás ir tú. Lo primero que tengo que hacer es buscar algo para vivir. Espero encontrar un alquiler o algo cercano al hospital.

—Tenemos toda la tarde y la próxima semana... —dijo ella resignada.

—Te quiero, eres la mejor.

—Yo también te quiero, no lo olvides nunca.

—Tranquila, no lo olvidaré. Espero que tú tampoco.

Tras llegar y darse una ducha juntos, con miles de caricias y algo más, se pusieron cómodos y comenzaron la búsqueda de apartamentos cerca del hospital donde Héctor iba a trabajar. Ni siquiera sabía en qué consistía su trabajo. El lunes pediría al director las condiciones, puesto que el viernes, con el cabreo no había solicitado nada.

Al final encontraron un estudio, solo tenía una habitación, pero era suficiente para él solo, no necesitaba nada más. El precio era asequible y además estaba a tan solo cinco minutos del hospital.

—Mañana llamaré para reservarlo.

—No quiero que te vayas... —comentó triste Susana.

—No quiero irme, nena... Pero no tengo más remedio... Todo llega y todo pasa...

Se abrazaron, se besaron y tras permanecer pensativos de esa forma, decidieron hacer la cena.

—¿Qué quieres cenar?

—No tengo mucha hambre.

—Yo tampoco, ¿unos sándwiches?

—¡Perfecto!

Los prepararon y tras degustarlos, se fueron a acostar. Su noche fue intensa. Los dos sabían que tenían que aprovechar al máximo el tiempo que les quedaba, porque las cosas iban a cambiar, al menos por el momento.

Tras prodigarse miles de caricias, besos y conectar de esa manera tan especial que solo ellos dos compartían cuando estaban unidos, decidieron dejarse vencer por el cansancio y dormirse.

Capítulo 18

La semana transcurrió muy deprisa, a pesar de que ambos la aprovecharon todo lo que pudieron, pues Héctor se encargó de que ningún día saliera más tarde de las dos y aprovechar así el tiempo para estar juntos y organizar su marcha.

Tocaba despedirse el domingo, pues su vuelo salía a las siete de la tarde. Susana con lágrimas en los ojos se abrazó a Héctor antes de que este atravesara la puerta de embarque.

—Te quiero...

—Yo también, nena. Te llamo cuando llegue y esté instalado en el estudio, ¿vale?

—De acuerdo.

Eran las nueve y media cuando Héctor la llamó. Ella ya estaba nerviosa. Sabía que había llegado a las ocho y diez de la tarde, pues la había mandado un wasap indicándole su llegada, después habría tomado un taxi para llegar al estudio, no había más de veinte minutos a no ser que hubiera atasco.

—Nena, siento llamarte tan tarde. Cogimos atasco, después me di una ducha y decidí bajar a comprarme algo de cena.

—Da igual —comentó un poco enfadada.

—¿Estás molesta? —preguntó conociendo la respuesta.

—No —respondió ella mintiendo.

—Su, no te enfades...

—No pensé que tardarías tanto en llamarme...

—Ya te he comentado por qué he tardado tanto.

—Tan solo hace unas horas que te has ido y ya estoy histérica, Héctor...

—comentó llorosa.

—Nena, por favor... —le rogó. Para él también era difícil estar separados—. Sé que no va a ser fácil, para ninguno, pero nos acostumbraremos y el tiempo pasa muy deprisa, ya lo verás. Lo más importante es que nos queremos...

—No te olvides de ello.

—Nunca... ni tú tampoco. Ni por un momento dudes de que lo haré. ¿De acuerdo?

—Vale.

Después de despedirse unas diez veces, pues ambos se negaban a colgar, al final pusieron fin a la conversación prometiéndose llamarse al día siguiente.

Ambos se acostaron en la cama, solos, echándose de menos. Héctor abrazó el móvil con la fotografía de Susana, una que la había tomado dormida hacía solo un día antes de irse, parecía en paz. Le costó conciliar el sueño y no fue nada reparador, pero al final lo consiguió. Susana se acostó en el lado de la cama en el que habitualmente dormía Héctor, aspiró fuerte para impregnar sus fosas nasales de su olor. Aún podía aspirar su aroma. Eso la reconfortó, pero tampoco la ayudó a conciliar el sueño. Dio vueltas y vueltas en la cama, se levantó un par de veces, paseó por la habitación, bebió un vaso de leche caliente y al final la venció el cansancio, pero no consiguió descansar.

Al día siguiente, Héctor debía incorporarse. Nada más llegar al hospital, una mujer se le presentó.

—Hola, tú debes ser Héctor. Yo soy Verónica, pero puedes llamarme

Vero. Voy a ser tu compañera de proyecto —le dijo con una amable sonrisa.

—Encantada, Vero.

—Acompáñame. Te enseñaré las instalaciones y te pondré al día.

—Gracias.

Durante toda la mañana, Verónica le comentó en qué iba consistir su trabajo. La joven, pues no tendría muchos más años que él, no dejó de hablar de forma muy madura y seria sobre su experiencia, su trabajo y de en qué consistía el proyecto. Héctor no estaba muy concentrado ese día, no dejaba de pensar en Susana, en el tiempo que iban a estar separados, en cómo iban a superarlo. La muchacha tuvo que llamarle la atención en un par de ocasiones. Él pidió disculpas y le explicó que apenas había dormido por el cambio de cama, cuando en realidad había sido que echaba de menos a su novia, pero no iba a intimar el primer día con ella.

Cuando terminó su largo día, tras comer algo rápido en la cafetería del hospital, cuando se marchaba, ella le interceptó en la salida.

—Héctor, mira, te apunto mi móvil —le dijo cogiéndole el teléfono de sus manos y tecleando su número—, ahora me llamo y ya tengo también el tuyo. Por si te apetece salir algún día a tomar algo o me necesitas para algo, ¿vale?

Él no contestó, y ella, con una sonrisa triunfal y un gesto de su mano salió del hospital.

La verdad es que, en otro momento de su vida, quizás Héctor hubiera coqueteado con ella, incluso quizás si hubiera llegado el caso, se hubieran acostado, pues la chica no estaba mal, pero ahora mismo solo tenía ojos para Susana. La echaba tanto de menos que le dolía hasta el alma. Iban a ser los peores seis meses de su vida. Porque cuando estuvo en Nueva York había sido duro, pero no la había tenido a su lado de la misma manera que ahora, ni la había sentido igual, ahora sabía lo que era estar dentro de ella, perderse en

su cuerpo, amarla y estar separados solo hacía que la añorara todavía más.

En cuanto llegó a casa la llamó, necesitaba oír su voz. Ella contestó de inmediato, como si estuviera esperando ansiosa su llamada.

—Hola... —dijo con voz pesadosa.

—Hola, nena. ¿Qué tal el día?

—Tranquilo, ¿y tu primer día?

—Bueno, tengo una compañera que no ha dejado de hablar en todo el día, aunque no le he prestado mucha atención. La verdad es que ha tenido bastante paciencia, por dos ocasiones me ha tenido que llamar la atención porque no le estaba haciendo caso, solo pensaba en ti.

—Vaya, lo siento.

—Yo no, te echo de menos...

—Yo también, esta noche no he pegado ojo.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

—No mucho, pero bueno... Esto va a ser muy difícil, Héctor... — comentó apesadumbrada.

—Lo sé, cariño. Pero verás como nos acostumbraremos. Los primeros días son los peores. ¿Vendrás a verme el viernes?

—Sí, ya tengo los billetes.

—¿Te he dicho que te quiero mucho?

—Alguna vez...

—¿Solo alguna vez? Entonces tengo que decírtelo más veces. Te quiero mucho, mi amor.

—Y yo también a ti.

Siguieron hablando. Susana no pudo evitar preguntarle cómo era su compañera, estaba un poco nerviosa y también un poco celosa de la chica que iba a compartir con su novio ahora más tiempo que ella, pero Héctor no le dio mucha importancia a la muchacha para evitar precisamente que ella estuviera

inquieta.

Trascurrida una hora, decidieron colgar, después de decirse mil veces más lo mucho que se querían y lo que se echaban de menos el uno al otro.

La semana transcurrió a un ritmo vertiginoso, al menos para Héctor. El proyecto de investigación era interesante y casi lo agradeció. Vero no dejaba de insistir todos los días en salir a tomar algo, pero él no estaba mucho por la labor.

Todas las tardes cuando salía se dedicaba a hablar con Susana, aunque apenas tenían nada que contarse que no fuera relacionado con el trabajo. Hacían videollamadas y al menos se podían ver. Así no se echaban tanto de menos.

El viernes, Susana cogió el vuelo a Barcelona. Héctor la estaba esperando en el aeropuerto. En cuanto llegó, ambos se fundieron en un ansioso abrazo, como si hubieran pasado más de cinco días desde que se habían despedido. Se colmaron de besos anhelantes y en cuanto llegaron al estudio ninguno de los dos pudo evitar rendirse a la pasión. Ambos se habían extrañado tanto... se deseaban, por lo que durante toda la noche dieron rienda suelta a esas caricias, a esos besos cargados de lujuria y la pasión desmedida que sentían sus cuerpos cuando estaban juntos. Se durmieron abrazados, ambos agotados pero felices de estar de nuevo juntos.

El sábado, cuando Susana abrió los ojos, la penetrante mirada de ojos verdes de Héctor la observaba.

—Hola, preciosa. Buenos días... ¿Has dormido bien?

—Hola, guapo. Contigo siempre duermo bien.

—Yo también. Ojalá pudiera congelar el tiempo... Me quedaría en este momento para siempre. Tú y yo, aquí, juntos, tus preciosos ojos mirándome,

tu maravillosa boca regalándome una bonita sonrisa. Te quiero tanto que a veces me duele hasta el alma, Su...

—Yo también te quiero mucho... —dijo ella depositando un suave beso en los labios de su chico—, pero desgraciadamente no podemos detener el tiempo.

—Lo sé —suspiró Héctor resignado—. ¿Qué te apetece hacer?

—Me apetece conocer un poco la ciudad. Aunque solo dar una vuelta. No quiero perder mucho el tiempo visitando museos o demás. Una visita turista por los alrededores, ya tendremos tiempo de conocerla más a fondo, van a ser seis meses...

—De acuerdo, yo tampoco la conozco así que demos una vuelta y ya está, ¿te parece?

—¡Perfecto!

Desayunaron, consultaron en internet qué podían ver cerca del estudio y después de vestirse, salieron a visitar la ciudad agarrados de la mano.

Comieron por ahí y por la tarde, decidieron regresar a casa. Se deseaban y no querían estar más tiempo separados.

Después de hacer el amor cenaron algo y charlaron de su futuro, cuando Héctor regresara a Santander.

—Podríamos buscar una casa para vivir los dos juntos. No es que no me guste vivir con Lara, pero es hora de que nos independicemos y comencemos a vivir como una pareja.

—Me da pena...

—Sé que quieres mucho a tu amiga, pero Su, quiero formar una familia, no somos unos niños, no quiero esperar mucho tiempo a tener un hijo...

—Héctor, pero si hace poco que salimos...

—Lo sé, pero también sé que te quiero, te conozco de toda la vida, mi amor por ti no va a cambiar.

—Vamos a estar separados seis meses...

—Y hasta que no regrese no intentaremos tener hijos, pero creo que después deberíamos intentarlo, Su, cariño.

—Héctor creo que te estás precipitando.

—¿No quieres tener hijos? —le preguntó contrariado.

—Claro que sí, pero es que...

—Te quiero Su, nos queremos, tenemos más de treinta años, si esperamos más tiempo, pareceremos los abuelos de nuestros hijos.

Susana sopesó esas palabras, tenía razón, tener hijos no era una ciencia exacta, porque quizás lo intentaban y tampoco se quedaba embarazada a la primera. Suspiró y miró al hombre que le hacía perder la razón.

—Tienes razón, cuando vuelvas lo intentaremos.

Héctor la abrazó con fuerza, ella casi no podía respirar, pero se contuvo, le encantaba esos abrazos de oso que él le daba, siempre la reconfortaban.

—Nena, te quiero tanto. Tendremos al menos dos o tres hijos. Si son más, mejor.

—Héctor, por favor...

—¿Qué?

—Yo creo que uno o dos son suficientes...

—Yo soy hijo único, siempre he querido tener más hermanos, muchos.

—Yo también soy hija única y bueno, no sé, tiene sus ventajas. Aunque no me gustaría tener solo un hijo, pero ¿tres o cuatro? Me pasaría toda la vida embarazada, quiero seguir trabajando...

—Vale... Pero al menos dos...

—Venga, dos sí.

Sellaron sus palabras con la mano y ambos sonrieron. Volvieron a hacer el amor y abrazados se quedaron totalmente dormidos.

El domingo transcurrió triste, tocaba de nuevo la despedida, una amarga

para ambos, pues después de hacer planes de futuro, la dura realidad se imponía a la ficción. Aún tenían que pasar seis meses menos una semana para que todo fuera como habían planeado.

Tras comer y pasar una parte de la tarde juntos, Héctor acompañó a Susana al aeropuerto y esperaron juntos hasta la hora de partir.

De nuevo fue una dura despedida, pero de momento tenía que ser así, un beso amargo y un abrazo eterno.

Susana se subió al avión con lágrimas en los ojos, no podía evitarlo. Despedirse de Héctor era siempre difícil, sabía que en una semana le volvería a ver. Esta vez sería él quién iría a Santander, pero sin duda sería una larga y dura semana sin estar a su lado, sin besar sus labios y sin poder descansar en los brazos del hombre al que amaba.

Capítulo 19

Las semanas y los meses fueron pasando, cada fin de semana era uno el que se montaba en el avión para visitar al otro. Poco a poco las despedidas eran menos amargas, ya se estaban acostumbrando a ello, aunque no por eso eran menos duras, pero parecía que sus corazones se estaban forjando del coraje necesario para que fueran menos dolorosas.

El trabajo de Susana era siempre igual, bebés y niños que acudían normalmente resfriados o por revisiones.

El de Héctor, sin embargo, tenía que admitir que le estaba gustando bastante y que comenzaba a agradarle más de lo que en un primer momento había pensado.

Su compañera era otro cantar, una mujer muy habladora, estaba seguro de que no callaba ni debajo del agua, y muy atenta con él, quizás demasiado. Insistía en salir a comer juntos y al final, al cabo de dos o tres meses de insistencia, Héctor había cedido, cansado de comer en el hospital.

Fueron a un restaurante cercano al mismo, comieron algo diferente y a la vez exquisito.

—Vero, tengo que agradecerte que me hayas invitado hoy, debo admitir que estaba un poco cansado de la comida del hospital, necesitaba un cambio.

—Es que eres un poco sieso, chico...

—Bueno, la verdad es que no suelo salir con mujeres a comer, tengo pareja.

—Soy tu compañera, no creo que a tu pareja le importe.

—Ya, bueno... —dijo un poco enfadado consigo mismo por aceptar la invitación, como sintiéndose culpable—, a mí no me gustaría que ella saliera con un hombre a comer.

—Solo estamos comiendo, Héctor, relájate... Si te sientes más tranquilo hablamos de trabajo y podemos llamarlo comida de trabajo...

—No estaría mal...

Ella comenzó a hablarle del trabajo, de que era su tercer proyecto en el hospital, por eso en este era la jefa, y él se relajó un poco. Finalizaron la comida, él insistió en pagar y ella se lo permitió. Regresaron al trabajo y durante toda la tarde continuaron conversando y trabajando codo con codo.

Las salidas a comer comenzaron a ser un ritual entre ellos. A Héctor ya no le resultaba incómodo porque realmente seguían hablando de trabajo y tenía que admitir que a los lugares a donde Verónica le llevaba eran sitios donde se comía bien y tampoco eran muy caros. Ahora ambos se turnaban en pagar.

Lo que sí había hecho Verónica era empezar a subir fotos a su perfil de Facebook en los restaurantes en los que comía con su compañero de trabajo, cosa que no pasó desapercibida un día a Susana, cuando vio que etiquetaba por error, o quizás no, a su novio. Se puso a investigar a la susodicha y llevaba un mes poniendo fotos con Héctor, comiendo en diferentes sitios.

Susana no podía creérselo. ¡Héctor no le había dicho nada! Ese fin de semana tenía que ir ella a Barcelona. El destino quiso que el proyecto de Héctor les hiciera salir unas horas más tarde de lo habitual y tuviera que avisar a su novia de que se retrasaría. Susana decidió acudir al hospital a esperarle y conocer a su compañera en persona.

Cuando salió, lo que vio no le gustó nada. Vero salía riéndose, agarrada del brazo de Héctor. Él, en cuanto se percató de la presencia de su novia se tensó por un momento y se deshizo del agarre de Verónica.

—Nena, ¿qué haces aquí? Pensé que me esperarías en el estudio.

—Bueno, quería conocer a tu compañera... —dijo con retintín.

—Hola, yo soy Vero —dijo la médica sin ningún pudor—. Tú debes ser su guapa novia, ¡que preciosos ojos tienes! No me extraña que Héctor no haga caso a nadie teniéndote a ti —añadió sin cortarse ni un pelo.

—Gracias, sí, yo soy Susana, su novia —replicó ella sin amilanarse.

—Me alegro de conocerte, guapa. En fin, me voy ya. ¡Buen fin de semana! —Y se marchó con una sonrisa triunfal.

—Su, nena, ¿estás bien?

—¡Es una fresca! ¿Por qué iba agarrada a ti?

—Bueno, es un caso, pero cuando la conoces... es que es así, muy cariñosa y pegajosa con todo el mundo. No se lo tengas en cuenta...

—Es una buscona.

—Su, por favor... —dijo besándola en los labios aunque ella apenas le correspondió.

—No me gusta nada.

—Cariño, es mi jefa de proyecto...

Héctor la agarró de la cintura y la besó de nuevo para intentar que se tranquilizara, pero ella seguía alterada. Durante toda la semana no había podido dejar de pensar en las fotos de las comidas, en los comentarios de Facebook. Esa mujer tenía una intención, quería liarse con Héctor, estaba segura.

Llegaron al estudio, apenas había cinco minutos andando y cenaron en silencio. Héctor sabía que a Susana le rondaba algo por la cabeza, la había notado rara durante toda la semana, así que al final decidió preguntar.

—Su, ¿qué te pasa?

Ella tomó aire un par de veces, necesitaba calmarse o comenzaría a soltar sapos y culebras por su boca. Cogió el móvil y se lo enseñó.

—¿Qué es esto?

Héctor sabía que le había etiquetado, se lo había hecho quitar, pero había sido tarde. Susana lo había visto y parecía que su cabreo ya tenía sentido.

—Su, nena. Solo salimos a comer, no sé por qué ella se empeña en hacer fotos, a mí no me importa que las cuelgue, yo le digo que no me etiquete... el otro día se equivocó. Imagino que lo viste.

—En efecto. ¿Cuándo ibas a decirme que salías a comer con ella? ¿Que te lo pasas tan bien con ella?

—Son comidas de trabajo, charlamos y comemos, nada más.

—Las fotos no lo parecen.

—Son fotos estúpidas que se empeña en hacer.

—Si no quisieras no las harías.

—Me parecen graciosas, la verdad. Nos viene bien para desconectar un poco —se defendió Héctor.

—¡Genial! Creo que el lunes llamaré a Mario y empezaré a salir a comer con él. Nos haremos fotos graciosas también y las colgaremos en Facebook. Para desconectar.

—¡No me jodas, Su! No es lo mismo.

—Claro que no...

Héctor se había cabreado, claro que no era lo mismo, Mario era su ex y para colmo el causante de que ellos estuvieran separados, Verónica era solo su compañera, ellos no se habían acostado.

—Si lo hago yo, está mal Héctor, pero como lo haces tú todo está permitido, ¿verdad?

—Su, por favor... No lo veas así... —dijo suavizando el tono de voz, pues sin darse cuenta lo había elevado tanto que había gritado.

—Héctor, ¿qué quieres que te diga? Me paso todo el día echándote de menos, trabajando y en casa sin hacer nada más que hablando con Lara,

planeando nuestro futuro... y veo esto, unas fotos en las que sales con otra mujer, divirtiéndote. ¿Qué quieres que piense? ¿Tienes algo más con ella?

—¡¡No!! Su, por favor, no pienses nada raro, no hay nada, solo comemos juntos, nada más, a mí la única mujer que me interesa eres tú, yo solo te quiero a ti, por favor... —dijo acercándose a ella para acariciarla. Ella evitó esa caricia, no quería que la tocara, aún no.

—Héctor, júramelo —le exigió con lágrimas en los ojos.

—Te lo juro, Su. Te quiero con todo mi ser, eso no ha cambiado ni cambiará jamás... Por favor, no llores.

La estrechó entre sus brazos, ella necesitaba ese contacto, le necesitaba, por lo que dejó que la abrazara.

—Te quiero, nena. Por favor, no pienses nada raro. Lo siento, debería habértelo dicho, pero no le di importancia, te juro que no volverá a suceder. No saldré con ella a comer más si eso te molesta.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—Gracias, yo también te quiero.

Cenaron algo ligero y esa noche los dos hicieron el amor despacio, de una manera diferente, dejando que sus cuerpos se fundieran en solo ser, prodigándose miles de caricias.

Al terminar, Susana estaba agotada, se acomodó en el pecho de Héctor y se quedó profundamente dormida. Héctor tardó un poco más en quedarse dormido, un poco contrariado por la situación; el lunes tendría que decirle a su jefa que debían finalizar sus comidas. Esperaba que no se molestara, pero no quería poner más en peligro su relación con Su. Al final su cuerpo se relajó y se quedó dormido.

El sábado transcurrió con total normalidad para los dos, parecía que al final habían olvidado lo sucedido el día anterior y ambos volvían a su rutina

del fin de semana. Pasaron el día juntos, comieron por ahí y pasearon por las Ramblas hasta la hora de cenar.

Héctor había reservado en un restaurante que Verónica le había comentado, un lugar muy bonito.

La cena transcurrió tranquila hasta que Susana se encontró en el baño a la compañera de su novio.

—Hola, ¡qué guapa estás! — dijo Verónica con retintín.

—Hola, Verónica, gracias. Parece que nos estuvieras siguiendo.

—No, qué va... este restaurante es uno de mis favoritos. Yo se lo recomendé el otro día a Héctor.

—¡Ah! Gracias. Un restaurante estupendo.

—Sí, vendremos a comer la semana que viene aquí.

—Creo que eso se ha terminado —expuso Susana con chulería.

—No te entiendo.

—Lo de comer con mi novio y hacerte fotos para subirlas a tu muro. Si quieres un novio, te buscas uno propio.

—¿Celosa?

—No, pero queda patético subir las fotos de un chico que no es tu novio, ¿no crees?

—Bueno, quizás en breve sí que lo sea.

—¡Eso ni en sueños, perra! —dijo Susana alterada.

Verónica sonrió con calma y elegancia.

—Cielo, admítelo... pasa más tiempo conmigo que contigo, dentro de poco será mío, ve haciéndote a la idea.

Susana salió del baño sintiéndose derrotada, sabía lo que una mujer podía llegar a hacer si quería y esa era una arpía.

Héctor al verla con la cara descompuesta, se levantó y fue hacia ella.

—Su, ¿estás bien?

—No, quiero irme a casa.

—Pero aún no hemos terminado.

—No me encuentro bien...

—Vale, pediré la cuenta...

Susana se sentó en la mesa. Pudo ver la sonrisa triunfal de Verónica al otro lado del restaurante y notó como la sangre le hervía.

Héctor, ajeno a todo lo que había sucedido en el baño, pidió la cuenta, después ayudó a su novia a levantarse, tomaron un taxi hasta el estudio y esperó pacientemente a ver si ella le decía algo.

—Nena, ¿estás bien?

—No, quiero irme a la cama.

—¿Ha pasado algo? Cuando fuiste al baño parecía que estabas bien...

Susana dudó si contarle lo que había pasado o no y al final decidió que tenía que ser sincera con él, era su pareja.

—En el baño me encontré a tu compañera, Verónica.

—¿Y qué pasó?

—Empezó preguntándome si me gustaba el sitio... me dijo que te lo había recomendado ella y que esta semana iríais a comer allí. Le dije que no volveríais a salir juntos a comer. La cosa se calentó, la llamé patética o algo así, por subir las fotos de alguien que no era su novio, y me dijo que quizás pronto lo fueras, que te conseguiría, que me fuera despidiendo de ti — concluyó con lágrimas en los ojos.

—Su, a mí no me gusta ella, ni me interesa lo más mínimo, cariño. Yo te quiero a ti.

—Pero ella sí que te quiere a ti...

—¿Y?

—Que va a hacer todo lo posible por conseguirte.

—¿Pero no entiendes que yo no quiero nada con ella? Su, por favor...

—No puedo más, Héctor... —dijo con lágrimas en los ojos.

—No entiendo, Su...

—Toda esta semana, ha sido un sufrimiento pensando en si habría sucedido algo, ahora todos los días, en lo único que voy a pensar es en si te habrás acostado con ella...

—¡Joder, Susana! Confía en mí, por favor.

Héctor estaba furioso, le estaba diciendo que su compañera no le interesaba, que solo la quería a ella, y mientras, Susana seguía llorando y diciendo que no podía soportar verlo en brazos de otra mujer.

—¿Susana? Nunca me llamas así.

—Lo sé, pero ya no puedo más. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo para que confíes en mí? Verónica no me gusta, no me interesa.

—Héctor, tú tienes un pasado...

—¡Perfecto! —exclamó él, conteniendo su enfado—. Voy a dar una vuelta. Necesito que me dé un poco el aire —dijo totalmente enervado.

Eran las doce de la noche, pero necesitaba salir de casa, si no iba a soltar algunas cosas por su boca, como que toda la culpa de que estuvieran separados la tenía ella. Quizás no fuera del todo cierto, pero si le hubiera hecho caso y no se hubiera acercado a Mario como él le advirtió... el causante de su separación era ese maldito ex novio que había tenido. Pero no quería echar más leña al fuego ni decir más cosas para hacerse daño, por lo que prefirió salir un poco y que el aire enfriara su embotada cabeza.

Susana no podía creerse que él se hubiera marchado en medio de una discusión. Por lo que ella también se marcharía, pero a Santander. Cogió sus cosas y salió del estudio. Como no había vuelos hasta el día siguiente, decidió coger un tren. Sabía que era bastante más complicado regresar a casa, pero le daba igual. Estaba enfadada y cuando ella lo estaba, no razonaba.

Cogió un taxi que le llevó a la estación. Compró un billete Barcelona-Madrid y después Madrid-Santander. Era una locura, pero le daba igual. Desconectó el teléfono móvil para que Héctor no la llamara y esperó al tren.

Cuando Héctor llegó a casa, después de una hora deambulando por Barcelona y no vio ni la maleta ni a Susana, casi le da algo. Lo primero que hizo fue llamarla al móvil, que ella no descolgó, después ir al aeropuerto y por último a la estación de tren, pero no consiguió localizarla. Maldijo en silencio. Estaba desesperado, no sabía qué hacer.

Estuvo toda la noche llamándola, no quiso llamar a nadie más y cuando llegó el amanecer, se dio una ducha, compró un billete para un vuelo a Santander y esperó hasta que llegó la hora de embarcar. Sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 20

Susana llegó a mediodía a Santander, Lara sabía que algo no funcionaba porque Héctor la había llamado varias veces para ver si había llegado.

—Cariño, ¿qué haces aquí?

—Me he ido de casa de Héctor, discutimos, salió enfadado y he huido.

—¡Dios! Eso no está bien. Me ha llamado veinte veces.

—No puedo más... —balbuceó Susana, agotada y al borde de las lágrimas—. Lara, ella...

—¿Ella quién?

—Su compañera... quiere acostarse con él.

—¿Y él?

—Dice que no, pero...

—¡Joder, Susi! Él te quiere, lo sabes.

—Pero a él le gustaban mucho las mujeres...

—Tú lo has dicho, le gustaban. Ahora te tiene a ti, tú le completas, le llenas...

—La he cagado...

—¡Mucho!

Susana comenzó a llorar. Lara la abrazó, esta vez había metido la pata hasta el fondo, pero ya no tenía solución, solo esperaba que Héctor la perdonara. Lara sabía que él iba a ir para hablar, pero iba a dejarla sufrir un poco, se lo merecía, por tomar una decisión tan drástica.

—Será mejor que te acuestes un rato, ¿has comido?

—Sí, un bocadillo.

—Pues duerme un poco.

—Gracias.

Susana se tumbó en la cama, se había pasado toda la noche despierta en el tren y en la estación hasta que había cogido el otro tren, por lo que al final consiguió dormirse un rato. Cuando se despertó, los preciosos ojos de Héctor la miraban, inquisidores. La sensación de vergüenza y arrepentimiento fue tan fuerte que se le volvió el estómago del revés.

—Héctor... yo...

—¿Sabes?, no debería ser yo quien estuviera aquí, pero no iba a dejar las cosas así. Si anoche me fui de casa fue para no empeorarlo todo, estaba muy enfadado porque no entrabas en razón e iba a decir algo que sabía a ciencia cierta que nos haría más daño a los dos. Pero no esperaba que te fueras, Su...

—Lo siento, yo... No quiero perderte, pero es que esa mujer está tan convencida de que va a conseguirte, que yo...

—Cariño, pero no va a conseguirlo porque yo no quiero nada con ella, ¿por qué no te entra en la cabeza? —insistió él exasperado.

—Tengo tanto miedo de perderte... —dijo llorosa— no sé qué haría sin ti.

—No vas a perderme, aunque a punto has estado de estropearlo todo. Te fuiste...

¿por qué?

—No lo sé...

—No sabes lo impotente que me sentí cuando volví a casa y no estabas.

—Perdóname... —dijo intentando acercarse a él, pero Héctor mantuvo las distancias.

Él quería abrazarla, tocarla, perdonarla, pero se había pasado toda la noche en vela, contrariado, aunque la quería tanto que no podía más.

—Su, te juro que me volví loco. Prométeme que pase lo que pase entre nosotros, jamás volverás a huir.

—Te lo prometo... —dijo ella.

—Te quiero, Su.

—Yo también te quiero, Héctor.

Por fin, dejó que ella se acercara, la estrechó entre sus brazos y se fundieron en un fuerte abrazo.

No había sido el fin de semana que ellos habían planeado, pero al menos para Susana se habían disipado las dudas.

—¿Cómo volverás a Barcelona?

—Me voy en coche. Pero he avisado de que mañana no iré, un problema familiar.

—Héctor, entonces será mejor que descansemos.

—Primero quiero hacerte el amor.

—Pero...

—¡Sshhh! Nena, te necesito.

Ella no dijo nada, se dejó llevar. Él la desnudó despacio, saboreando su cuerpo, calentándolo con caricias, después se deshizo de su ropa y la penetró despacio, con embestidas lentas fue subiendo la temperatura a sus cuerpos excitados, sus manos se movían recorriendo sus cuerpos desnudos, sus bocas se besaban ansiosas por llegar a un nivel superior. Poco a poco las acometidas fueron siendo más certeras, notando cómo sus cuerpos, en tensión, sentían esa corriente que les recorría desde los pies hasta la cabeza llevándoles al mismísimo cielo al notar una descarga en sus sexos tan brutal que hizo que les llegara el clímax.

—Te quiero, Héctor.

—Yo también a ti, Su.

Se abrazaron, desnudos. Se acomodaron en la cama y el cansancio y las

emociones que habían sentido, les pasaron factura a sus exhaustos cuerpos, haciendo que se quedaran dormidos.

El despertador les devolvió a la realidad, Susana tenía trabajo y Héctor iba a aprovechar el día resolviendo unos asuntos que aún tenía pendientes desde la muerte de Toni. habían quedado para comer y después él se marcharía con el coche; a Susana no le hacía ninguna gracia que condujera tantas horas, pero él así lo quiso y al final tuvo que ceder.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días, guapo. Bien. ¿Y tú?

—De maravilla.

—Héctor... anoche mantuvimos relaciones sin protección...

—¿Y?

—Que yo no tomo la píldora.

—¿Y?

—Que decidimos esperar un poco para comenzar...

—Su, cariño no te preocupes, no creo que haya tenido tanto tino para dejarte embarazada, pero si así fuera, sería una noticia estupenda.

—No sé... Aún quedan muchas cosas por resolver en nuestras vidas.

—Cariño, tranquilízate, todo va a salir bien, ya lo verás. Ahora vistámonos y desayunemos. Si no llegaras tarde.

La mañana transcurrió tranquila y cuando Susana hizo pasar a su último paciente resultó ser Héctor.

—¿Qué haces tú aquí? Se suponía que eras una urgencia.

—Le dije a la recepcionista que te gastara una pequeña broma.

—Ya le daré yo a ella.

—No te enfades con ella, le dije que era tu novio...

—Ya, ya... ¿Y qué es lo que te duele, pequeñín? —dijo guasona.

—Verá, doctora, si le dijera lo que ahora mismo me duele, seguro que se escandalizaría...

—Eres un pequeñín muy malo, tendré que ponerte una inyección...

Ambos se rieron y se besaron.

—¿Nos vamos?

—Sí, dame un par de minutos.

Susana terminó, apagó el ordenador y se despidió de la enfermera de la sala contigua, profirió una mirada destructiva a la recepcionista que se la devolvió con una sonrisa y salió agarrada de la mano de Héctor del centro de salud.

Comieron en un restaurante cercano y después se fueron al piso. Estaban solos, por lo que antes de despedirse, no pudieron resistirse a hacerlo como es debido, compartiendo cama y una ración de sexo como solo ellos dos sabían hacerlo.

—Te quiero, Su.

—Y yo a ti también, Héctor. Ten mucho cuidado con la carretera.

—Tranquila, lo tendré.

—Llámame cuando llegues.

—Claro, mamá... —dijo con sorna.

—Héctor...

—Su, cariño, no te preocupes.

—Es que estos días no has descansado lo suficiente, tengo miedo que te quedes dormido.

—No lo haré, descuida, pararé cada dos horas.

—Vale, pues me llamas cada dos horas.

—De acuerdo...

Se despidieron y Susana se tumbó en la cama a leer un rato. A las dos horas exactas, Héctor la llamó.

—Hola, nena. Ya he parado a tomar un café.

—Así me gusta. ¿Cómo vas?

—Voy bien, tranquila.

—¿De verdad?

—Sí, no estés nerviosa.

—Vale...

Después de hablar un poco más, colgaron. Héctor retomó el viaje, volvió a llamarla al cabo de dos horas y de nuevo hablaron cinco minutos más. A las seis horas volvió a parar, ya estaba un poco más cansado, pero le hizo ver a Susana que no era así. Después una hora más tarde, llegaba a su casa. Estaba exhausto. Llamó a su novia, cenó algo rápido y se metió en la cama para descansar.

Esa noche, después de muchas sin ella y sin que sirviera de precedente, se quedó dormido y apenas se despertó.

Al día siguiente, en cuanto vio a Vero, decidió hablar seriamente con ella. Tenía pendiente una conversación que no podía dejar pasar. Le tenía que hacer ver que entre ellos dos, no iba a pasar nunca nada.

—Hola Vero, buenos días.

—Hola, guapo. ¿Todo bien?

—Sí, pero me gustaría, si tienes cinco minutos antes de empezar a trabajar, charlar un momento. Quizás mejor en tu despacho.

—Claro...

Acudieron al despacho, ella se sentó en su mesa y le dibujó una bonita sonrisa.

—Tú me dirás...

—Quiero dejarte claro que entre tú y yo no va a haber nunca nada más que una relación de trabajo —dijo a bocajarro—. Por eso lo mejor es que dejemos de salir a comer juntos. No sé si en algún momento te he dado pie a

que pienses que podía haber algo más, si es así, te pido perdón, no era mi intención. Pero yo estoy enamorado de mi novia, la quiero con todo mi ser...

—Ah, no, no, claro, lo entiendo. Yo nunca he pretendido nada más, solo salir a comer contigo, como colegas, pero si te sientes incómodo lo entiendo —dijo Vero enseguida. A Héctor le parecía que estaba siendo muy razonable, justo lo que esperaba de ella, pero lo que añadió después le desconcertó—. Quizás es que tu novia es un pelín exagerada. El otro día la vi y creo que estaba un poco celosa conmigo. Le dije que estuviera tranquila, que solo somos colegas y no quiero nada contigo, pero ella se puso a la defensiva...

—No es lo que ella me ha contado —replicó, tenso.

—Bueno, ya sabes, las mujeres celosas tergiversan las cosas para que parezcan lo que ellas quieren. Pero bueno, Héctor, tú tranquilo, conmigo no tienes problemas. Si no quieres salir a comer conmigo lo entenderé.

—Lo lamento, Vero, pero es lo mejor...

—Vale. Ahora a trabajar...

El día se tornó un poco más tenso. Héctor, al ver cómo había cambiado la actitud de su compañera, de esa forma tan sutil pero notable, le pareció que las palabras de Vero no habían sido sinceras. Estaba seguro de que Susana no le había mentado, y su certeza se reforzó cuando Verónica, ese día, comenzó a exigirle las cosas en lugar de pedírselas amablemente. El resto de la semana se volvió más arisca, y el colofón final fue cuando el jueves le dijo que tenían que trabajar el fin de semana, haciendo que no pudiera ir a Santander a ver a su novia.

—Este fin de semana nos toca trabajar, vamos muy atrasados y nos queda solo un mes para finalizar el proyecto.

—¡¿Qué?! Ya tengo los billetes comprados para irme a Santander.

—Lo siento, eso no es problema mío.

—Vero, lo sabías perfectamente. Un fin de semana me voy yo, otro viene

Susana. Así lo he estado haciendo durante estos meses, el fin de semana ha venido ella, este me tocaba ir a mí.

—Lo siento, de verdad, pero no es mi problema —dijo ella elegante pero seca—. Hay que trabajar.

—Esto es por no comer juntos y la charla del martes, ¿verdad?

—No digas tonterías...

—Has estado más autoritaria durante toda la semana.

—No imagines, Héctor... Hay que trabajar y punto. Es lo normal al final de un proyecto tan importante —dijo aparentando profesionalidad—. Tendrás que ir haciéndote a la idea, estas cosas pueden ocurrir, y será mejor que nos centremos en el trabajo. Después de todo, tú pediste esta beca. No lo plantees como si yo te estuviera obligando. Las circunstancias son las que son.

—¡Perfecto!

Héctor salió malhumorado del hospital. Tenía que hablar con Susana, decirle lo que había pasado. Y sobre todo que no podría ir el fin de semana.

—Hola, guapo, ¿qué tal?

—Hola, Su. Mal...

—¿Qué pasa?

—Pasa que tenías razón, Vero es una arpía... ¿Te acuerdas que te comenté que hablé con ella el martes?

—Sí.

—¿Y que toda la semana ha estado más autoritaria que nunca?

—Sí.

—Pues hoy dice que tenemos que trabajar el fin de semana y que me vaya haciendo a la idea de que será así este último mes.

—Vaya, será bicho...

—Lo siento, nena.

—Tranquilo, iré yo todos estos últimos fines de semana.

—Pero no sé cuánto tiempo podremos vernos.

—Sea el que sea, nos veremos y estaremos juntos, no te preocupes, ya no queda nada. Hemos superado casi cinco meses separados, nada nos va a separar un mes más.

—Gracias, de verdad. Esta mujer es una hija de puta, falsa y vengativa.

—¡Héctor, por favor! Nada de palabrotas.

—Pero es que es verdad, he estado tan ciego...

—No pasa nada, creías que era una buena compañera, a veces no vemos las cosas más obvias.

—Tienes razón. Lo siento tanto... Por su culpa has sufrido.

—No pasa nada, yo tampoco fui justa contigo. Voy a reservar los billetes de avión. Te llamo luego. Te quiero.

—Yo también a ti.

Capítulo 21

Ese fin de semana apenas se vieron, pero al menos pasaron juntos las noches y Susana se acercó al hospital para comer con Héctor el sábado y el domingo.

Así lo hicieron el siguiente fin de semana, comían y dormían juntos, aunque ella estaba sola. Durante esos ratos muertos paseaba por la ciudad haciendo algunas compras y visitando algún museo.

Verónica no estaba nada contenta con el resultado de sus acciones, no había conseguido fastidiarle como así lo había planeado porque se estaban viendo igual, así que decidió hacer algo más drástico: hablar con el director del hospital.

A Héctor le llamaron esa misma tarde al despacho del director, él se extrañó, pero como se acercaba la fecha final del proyecto imaginaba que era quizás para alguna recomendación.

—Buenas tardes, señor Cayon.

—Buenas tardes, director.

—Le he hecho venir porque el asunto que nos atañe es bastante peliagudo.

—Señor, usted dirá —dijo un poco contrariado Héctor.

—La señorita Verónica Aguilar me ha dicho que está acosándola durante todos los meses que lleva trabajando con ella. Dice que durante este último mes la situación se ha hecho insostenible.

—¡¡Qué!! ¡Eso no es cierto! Ella es la que insinuó a mi novia que se liaría conmigo.

—¿Tiene pruebas de ello?

—Solo tengo el testimonio de mi novia. ¿Y ella, tiene pruebas?

—Por lo que parece también tenemos solo su testimonio.

Héctor recordó que en alguna ocasión ella le había mandado algún mensaje invitándole a tomar una copa.

—Deme un minuto —dijo revisando el teléfono—. Mire, ¿le parece que esto sea acoso por mi parte?

Le enseñó un par de conversaciones en las que ella le invitaba a tomar una copa.

—Vaya, pues no me lo parece. ¿Podría venir su novia para explicarme un poco qué pasó? Así entendería un poco esta situación. Verá, estoy en la obligación de investigar cuando se da una denuncia de este tipo ...

—Claro, la llamaré. Ella trabaja en Santander, no sé si podrá venir antes del viernes, que es el día que tenía planeado hacerlo, pero haré todo lo que esté en mi mano para que así sea. Señor, esa mujer está mintiendo. Yo estoy locamente enamorado de mi novia, no tengo ojos para otra mujer y ella solo ha intentado separarnos. Pásese por su muro de Facebook. Colgaba fotos nuestras saliendo a comer, mi novia lo vio y no le sentó muy bien. La verdad es que yo no tenía que haberlo permitido, cuando le dije que íbamos a dejar de salir a comer juntos, nuestra relación cambió, ella comenzó a volverse más arisca conmigo en el trabajo y a obligarme a quedarme los fines de semana a trabajar. Como no ha conseguido separarme de mi novia, ahora se inventa esta mentira. ¡Está loca!

—Lo investigaré, señor Cayon. Ahora creo que lo mejor es que se vaya a casa, evitar confrontaciones hasta que todo esto se resuelva.

—Gracias. Así lo haré señor.

Héctor salió del despacho del director que echaba chispas, la muy zorra le estaba acusando de algo muy grave, estaba en juego toda su carrera, tenía

que calmarse. Bajó a por sus cosas y allí estaba, si hubiera sido un hombre le hubiera golpeado con todas sus fuerzas. Su sonrisa triunfal lo decía todo.

—No has ganado, Vero.

—Ya lo veremos...

Se fue al estudio y se dio una ducha, necesitaba calmarse antes de llamar a Susana. Se puso el pijama y después cogió el teléfono.

—Hola, Su.

—Hola, Héctor. ¿Qué te pasa? Te noto alterado.

—Vero..., me ha acusado en el hospital de acosarla.

—¡Será zorra! —dijo ella sin pensarlo.

—¡Su!

—Lo sé, pero es que es un mal bicho. ¿Y tú que has dicho?

—La verdad. Quieren que vengas para hablar de lo que te dijo sobre mí.

—Vale, mañana intento pedirme un día. Lo primero es mantener la calma. ¿Y tienes que trabajar estos días con ella?

—No, me han dicho que me vaya a casa hasta que todo se resuelva.

—Pues desconecta, descansa, cariño. Pero no pienses en nada...

—Su, está en juego mi carrera.

—Esa malnacida no se va a salir con la suya, eso te lo puedo asegurar. Aunque tenga que sacarle la verdad a golpes.

—Su, por favor...

—No, algo se me ocurrirá...

—Me estás dando miedo...

—Tengo que luchar por lo que quiero, y eres tú.

—Ya Su, pero no quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada, déjame que piense algo. Hablaré con Lara, ella para estas cosas tiene un sexto sentido, algo se nos ocurrirá a las dos.

—Sabes que las mujeres cuando queréis sois malas, ¿verdad?

—Mucho, lo sé.

—Pero te quiero por intentar ayudarme.

—Yo también te quiero.

—Ahora acuéstate y descansa.

—Gracias, mi amor. Descansa tú también.

Héctor se tumbó en la cama y se puso los cascos para escuchar algo de música, necesitaba evadirse un poco de lo sucedido.

Susana le contó lo sucedido a su amiga y entre las dos idearon un plan, solo faltaba llevarlo a cabo, pero lo intentaría. Esperaba que saliera bien.

Al día siguiente, Susana pidió un día de asuntos propios. Se lo concedieron, y así cogió el billete para resolver cuanto antes la situación de Héctor. Se lo comunicó a su novio que apenas había pegado ojo y que ese día se dedicó a deambular un poco por la ciudad hasta la llegada de Susana, que tuvo lugar por la tarde.

—Hola cariño, gracias por venir tan pronto —dijo abrazándola cuando al fin se encontraron. Aún estaba nervioso y tenso, pero la presencia de Susana le calmaba como ninguna otra cosa podía hacerlo.

—Hola, mi amor. Sabes que iría hasta el fin del mundo por ti.

—¿No me vas a contar lo que tienes pensado hacer?

—Creo que será mejor que no lo sepas.

—¿Por qué?

—Porque tendría que matarte —dijo con sorna.

Ambos rieron. Pasaron el resto de la tarde hablando un poco de buscar un piso a su regreso, que ya estaba cerca, tan solo una semana y media más y estarían juntos.

Cenaron y se acostaron, haciendo el amor como solo ellos sabían hacerlo, fundiendo sus cuerpos en uno solo.

Por la mañana, Héctor había quedado con el director del hospital a las

diez de la mañana, aunque Susana dijo que prefería ir media hora antes. Él entendió que tendría que ver con su malvado plan y decidió no llevarle la contraria, todo era por salvar su carrera así que si algo sucio tenía que ocurrir no le importaría lo más mínimo.

—Héctor, espérame en la cafetería.

—Su, por favor...

—Sé lo que me hago.

—Vale, pero nada de peleas.

—¿Por quién me tomas? Soy una chica seria.

Se dieron un beso y Héctor se dirigió a la cafetería.

Susana sabía perfectamente donde estaba el despacho de Verónica porque en una ocasión había acompañado a Héctor. Así que decidió ir allí. Ni siquiera llamó a la puerta, entró directamente. La mujer se tensó al verla.

—Hola, Vero. Bueno, pues aquí estoy, y te preguntarás para qué. Pues el director del hospital me ha hecho venir porque tú has dicho que mi novio te acosa.

—Porque es cierto.

—Ya, eso dices tú, pero no lo es, ¿o no recuerdas una conversación que tuvimos hace poco más de un mes en el baño de un restaurante? Yo sí la recuerdo, menos mal que soy una chica precavida y me gusta grabar las cosas.

La sonrisa de suficiencia de Verónica pareció congelársele en el rostro.

—Vas de farol.

—Bueno piensa lo que quieras, pero tú eres la que vas a perderlo todo. Te vas a quedar sin trabajo y además no has conseguido a mi novio, porque ni él ha sido tuyo antes ni nunca lo será.

—Si no ha sido mío es porque no he querido.

—No, guapa, él no ha querido, no tú.

—¡Eso no es cierto! ¡Él me deseaba! Pero luego llegabas tú, con esos bonitos ojos, y se olvidaba de que existía. Eres una zorra, ¡maldita sea tu estampa!

Verónica se levantó de su mesa como un resorte, todo ocurrió tan rápido que Susana no supo reaccionar. Verónica se abalanzó sobre ella, empujándola. Susana perdió el equilibrio y las dos cayeron al suelo. Susana se golpeó contra la puerta mientras la otra le tiraba del pelo y la golpeaba en la cara.

—¡Zorra! Héctor es mío, solo mío. ¡Te voy a matar!

—¡Suéltame! Nunca será tuyo.

Susana intentaba zafarse de su agarre y evitaba los golpes como podía, pero no lo conseguía.

Héctor al ver que su novia estaba tardando, decidió acudir al despacho de Verónica. Al encontrarse a las dos mujeres en el suelo y que su jefa estaba golpeando a su chica, la cogió con fuerza para sujetarla y la apartó de su lado sin mirar adónde la lanzaba.

—Cariño, ¿estás bien?

—Ahora sí.

—¡Animal! ¡Te voy a denunciar! —chillaba Verónica.

—¡Nosotros a ti por pegarla! —gritó él hecho una furia.

—Tranquilo, lo tengo todo grabado —le susurró Susana a Héctor.

—Cariño, ¿por qué te has arriesgado?

—Porque te quiero.

La gente del hospital acudió al ver la algarabía y los gritos de socorro que estaba dando Verónica.

Al final acudió hasta el director, que había sido llamado por algún médico.

—¿Qué es lo que ocurre aquí?

—¡Ellos me han intentado amenazar para que quitara la denuncia!

—¡Qué mentirosa! —exclamó Héctor enfadado.

—Tranquilícese, señor Cayon. Vengan todos a mi despacho.

—Primero me gustaría que curasen a mi novia, tiene una herida en la cabeza y unos cortes en el labio.

—Está bien... Señorita Aguilar, señor Cayon. Ustedes dos sí pueden venir a mi despacho, el resto de personal continúe con su trabajo.

Susana le entregó a Héctor una grabadora que tenía en su bolso y se marchó con un médico para que le curaran la herida.

Héctor y Verónica siguieron al director del hospital. Primero fue ella la que entró. Él esperó pacientemente, quería escuchar la grabación, pero no tenía la privacidad para hacerlo así que tuvo que aguantarse las ganas. Después de casi veinte minutos, entró.

—Señor Cayon... La situación se nos ha ido de las manos.

—No lo dudo. Pero mi novia me ha entregado esta grabadora.

Los dos escucharon la conversación de las dos mujeres y los golpes, los jadeos de Susana y los ruidos que emitían ambas.

—Vaya. Lo siento. Por usted y por su novia. No pensé que la señorita Aguilar fuera así, la verdad. Siento haber puesto en duda su palabra. Retiraré la acusación y suspenderé a la señorita Aguilar. Si puedo hacer algo más por usted, señor Cayon...

—La verdad es que sí puede...

Los dos hombres siguieron hablando, Héctor le planteó algo que le había rondado por la cabeza para su regreso.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, señor.

Después salió del despacho con una sonrisa triunfal. Verónica aún estaba esperando, la llamaron de inmediato en cuanto él salió. Nunca antes se había

sentido más satisfecho. Se haría justicia. Ahora quería ver a Susana. Solo había sido una contusión y unas magulladuras en el labio, pero estaba preocupado.

Bajó a urgencias y preguntó por ella, enseguida la localizó. Se sorprendió al verla ingresada en un box.

—Su, cariño, ¿qué pasa?

—Hola, Héctor. No te asustes...

—¿Qué pasa?

—Verás, yo..., comenzó a dolerme un poco más la cabeza del golpe, querían hacerme un escáner, pero al preguntarme si había probabilidad de estar embarazada, no lo sabía, ya sabes el día que mantuvimos relaciones sin protección y..., me hicieron un test de embarazo... —Ella guardó silencio.

—¿Y?

—Estoy embarazada...

—¿Qué?

—¡Que estoy embarazada!

—¡Joder! Qué tino —dijo con sorna.

—No tiene gracia, Héctor.

—Cariño, es que me alegro mucho.

—Pues no te alegres, nuestra vida se complica por momentos. Debido al golpe me han dicho que hoy debo guardar reposo.

—¡Maldita zorra! Como le pase algo a nuestro bebé la mato.

—¡Héctor, vale ya!

—Cariño, a ti también... ya te vale.

—No sabía que estaba embarazada, además, tampoco me imaginaba que esa loca iba a saltar sobre mí. Yo solo quería que hablara.

—Bueno, tranquilicémonos.

—Tengo que llamar al trabajo y decir que mañana tampoco iré.

—Yo me encargaré de todo.

—No digas que estoy embarazada.

—¡Me encantaría gritarlo a los cuatro vientos!

—Es muy pronto, Héctor, hay muchas cosas que podrían salir mal —le reprochó Susana.

—Todo va a salir bien, ya lo verás. De momento, Verónica creo que no tendrá un buen final en este hospital. Y tengo otra sorpresita. Pero ahora descansa.

—¡No seas malo! Dímela.

—Todo a su debido tiempo.

—¡Héctor! Por favor...

—Descansa, cariño. Voy a llamar a tu trabajo.

Héctor la dejó sola haciendo caso omiso a las súplicas de su novia. Se encargó de llamar a su trabajo e indicar que había sufrido un accidente y que al menos al siguiente día no podría acudir, que se encargaría de mandarle el justificante desde el hospital. Ya verían cómo tapparían lo del embarazo de momento, aunque él estaba tan emocionado y feliz que le iba a costar que no se le notara. Llamó también a Lara para que no se asustara, le explicó un poco lo ocurrido obviando lo del futuro bebé y después volvió con ella, evitando por todos los medios contarle la sorpresa que tenía para los dos.

Capítulo 22

Al día siguiente le dieron el alta a Susana. Héctor decidió acompañarla hasta Santander, había hablado con su nuevo jefe de proyecto y como habían adelantado mucho los fines de semana, le había dado dos días libres. Al ser jueves tendría también el fin de semana para estar con su novia.

Susana seguía enfadada porque Héctor no soltaba prenda de la sorpresa que tenía para ella, seguía diciéndole que todo a su debido tiempo, pero comenzaba a cansarse.

—Su, de verdad, espera un poco.

—¿Entonces para qué me pones la miel en los labios?

—Porque me gusta hacerte rabiar de vez en cuando.

—Pues estás consiguiendo que me enfade. Mucho. Muchísimo.

—¡Mmmm! Me pones mucho cuando estás enfadada, ¿lo sabías?

—El médico me ha dicho reposo, ¿lo sabías?

—¡Joder! Es verdad —dijo Héctor contrariado, sabía que no podía tener sexo al menos en unos días.

—Esa boca, que vas a ser padre.

—¡Dios! No me lo creo...

—Ni yo tampoco...

—Verás lo contentos que se van a poner nuestros padres cuando lo sepan.

—Aún es demasiado pronto.

—Lo sé, pero en cuanto sea seguro, debemos decírselo. Mi madre tiene

unas ganas locas de ser abuela —expuso Héctor emocionado.

—Yo nunca lo he hablado con mis padres...

—Seguro que también. Además, los abuelos se vuelven tontos con los nietos, verás cómo serán. ¡Qué peligro tienen esos cuatro!

—¿Qué cuatro? —preguntó Lara que aparecía en ese momento—, ¿ahora os montáis orgías y no me avisáis?

—Anda, para orgías estamos... —expuso Susana.

—¿Cómo estás de los golpes?

—Bien, gracias.

—Vaya tía más chungueta, ¿no?

—Mucho, menudas ideas le metes a mi chica en la cabeza... —comentó Héctor un poco enfadado.

—Fue idea de las dos —contestó Lara un poco molesta.

—Tiene razón —admitió Susana.

—Bueno, el caso es que todo está aclarado, ella ya no está en el proyecto y Su está sana y salva, pero ahora lo importante es que no haga esfuerzos y descanse.

—¡Qué exagerados! Solo ha sido una pelea cualquiera, vamos, ni que estuviera embarazada... —rió Lara.

Los dos la miraron con el semblante serio y Susana asintió gravemente.

—¡No me jodas! ¿Estás embarazada? —A Lara se le abrió tanto la boca que parecía que se le iba a caer la mandíbula al suelo—. ¡Joder! No sé si daros la enhorabuena o el pésame.

—La enhorabuena, desde luego... —expuso Héctor contrariado.

—Aún estoy de poco tiempo. Nadie debe saberlo, Lara, las cosas pueden cambiar, además está el trabajo...

—De acuerdo, tranquila. Una cosilla que se me viene a la cabeza, ¿pensáis vivir aquí, con el bebé?

—No, listilla. Vamos a buscarnos una casa... —Héctor estaba bastante irritado con el tono de Lara.

—Ah, es que no me gustan los bebés.

Héctor estaba rozando el límite de su paciencia y Susana lo sabía, le agarró de la mano para que no soltara ningún impropio y los dos se dirigieron al cuarto de ella.

—Tu amiga cuando quiere sabe sacarme de mis casillas, a punto he estado de mandarla a tomar por el culo.

—¡Héctor, por favor!

—Te lo juro, ¿darnos el pésame? Tener un hijo es una experiencia maravillosa.

—Bueno, no todo el mundo opina lo mismo, eso es respetable.

—Crear una vida es lo mejor que puede ocurrir cuando tienes una pareja.

—Opino lo mismo, pero tienes que admitir que hay padres que no se merecen serlo. A veces no todo el mundo está hecho para serlo, creo que hay que ser consciente de ello, pienso que si no estás preparado o no crees estar seguro es mejor no dar el paso.

—En esto estoy de acuerdo, pero nosotros seremos unos padres maravillosos.

—¡Eso espero!

—Lo seremos, Su, no lo dudes —dijo estrechándola entre sus brazos—. Ahora tienes que descansar...

La ayudó a desvestirse, a ponerse el pijama y los dos se tumbaron en la cama. Rápidamente Susana se quedó dormida entre los brazos de Héctor. Él se acomodó, pero no se durmió. Estaba tranquilo, aspirando el olor de su chica, acariciando su inexistente barriga, imaginando cómo sería su vida dentro de unos meses, cuando su bebé diera pequeñas patadas en la tripa de su madre y sonrió. Estaba ansioso por poder experimentarlo. Si era sincero,

demasiado ansioso. Aún quedaban muchas cosas por resolver, como sus trabajos, encontrar una casa y soltar la bomba a sus familias, porque no sabía si se casarían. Para él no era imprescindible, aunque si Susana lo deseaba, lo haría sin pensar. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que la mujer que tenía entre sus brazos le pidiese.

Poco a poco se fue quedando dormido, hasta que su teléfono móvil sonó para despertarlos a los dos. Se trataba del director del hospital de Barcelona para confirmarle que su petición estaba cursada con éxito. Sonrió y le dio un beso a Susana.

—¿Quién era? —preguntó adormilada.

—Un regalo.

—¿Para mí? —inquirió curiosa, más despierta.

—Para los dos.

—¿Me lo darás ahora?

—En unos días.

—¡Héctor! —protestó.

—Nena, ten paciencia. Solo te pido unos días más, por favor...

—Está bien. Solo unos días, Héctor o te juro que me enfadaré y ya sabes cómo me las gasto.

Bien sabía cómo se las gastaba, no tenía que recordar cuando se marchó del estudio de Barcelona, ni quería recordarlo.

—Te prometo que cuando regrese de Barcelona, te daré mi regalo.

Susana frunció el ceño, pero aceptó. Los dos volvieron a acostarse y se quedaron dormidos casi al instante.

Se despertaron cuando Lara los llamó para cenar algo. Ninguno tenía muchas ganas, pero Héctor era consciente que ahora más que nunca, Susana tenía que seguir una dieta equilibrada así que se levantó como un resorte y ayudó a la que era su compañera de piso, esperaba que no por mucho tiempo,

a hacer algo de cena.

—¡Campeón! ¡Mira que tienes tino! Os acostáis una vez sin protección y das en el clavo.

Héctor la miró ceñudo, imaginaba que Susana se lo habría contado. No le gustaba nada que su novia fuera contando sus intimidades, aunque fuera su mejor amiga y que esta bromeara de esa manera.

—Nuestra vida sexual creo que no es de tu incumbencia, además estoy deseando ser padre, es lo mejor que nos ha podido pasar. Todos vamos teniendo una edad, ¿no crees?

—¡No fastidies! Yo nunca seré madre. No me verás jamás con un bebé. Lo siento, pero yo no estoy ni creo que nunca esté capacitada para serlo.

—Lara, no sabes lo que te pierdes, creo que traer al mundo a un hijo es el mayor don que nos hayan podido dar. Y desde el punto de vista de una mujer, el regalo es aún mayor. Pero bueno, tú misma. Ahora si no te importa, creo que lo mejor es cambiar de tema, lo que sí quiero pedirte es un favor.

—Tú me dirás...

—Quiero que me ayudes a cuidar a Susana mientras convivamos juntos.

—Sabes que lo haré, no hace falta que me lo pidas.

—Lo sé, pero ella es muy cabezota. Conociéndola como la conozco, no nos dejará que lo hagamos, querrá ser independiente. Necesita descansar y que se tome las cosas con calma.

—Lo intentaré, pero sabes cómo es.

—Qué me vas a contar que yo no sepa...

—¿Estáis hablando de mí? —inquirió molesta Susana.

—Cariño, tienes que descansar.

—Estoy bien, tengo hambre, ¿os queda mucho?

—No, danos unos minutos...

—¿Os ayudo?

—No, tú siéntate.

—No estoy inválida, Héctor —expuso Susana enfadada.

—Su, por favor... El médico dijo reposo...

Susana, suspiró agobiada, le esperaba un fin de semana agotador. Sabía que Héctor podía ser muy agobiante, pero también tenía razón, el médico le había recomendado reposo y por el bien de ella misma y su futuro retoño, tendría que hacer caso.

Se sentó y esperó pacientemente a que Lara y Héctor terminaran la cena. Los tres degustaron una ensalada, algo de carne y fruta. Después, Lara y Susana se sentaron para ver una serie que solían seguir, mientras que Héctor decidió buscar alguna casa para alquilar. Aunque ambos tenían dinero ahorrado, aún no sabían si podrían comprar algo. Quizás deberían hablar primero con sus padres sobre ello. Tampoco es que los dos hubieran dialogado sobre comprar o alquilar, todo había sucedido tan rápido que era un tema que tendrían que tratar.

Cuando la serie terminó, Susana decidió irse a descansar. Héctor se había quedado dormido tras desistir en la búsqueda de casa.

Ella le observó. Realmente estaba locamente enamorada de él, lo había estado toda su vida y ahora lo había conseguido, estaba a su lado e iban a ser padres. Eso era algo que en parte la aterraba un poco, porque no sabía si sería una buena madre. Le encantaban los niños, de eso estaba segura, se había hecho pediatra por ese motivo, pero el suyo propio era otro cantar. Se tumbó a su lado, no quería despertarlo. Pero instintivamente, Héctor, al notar su presencia, abrió los ojos.

—Hola, preciosa.

—Lo siento, no quería despertarte.

—Tranquila, cariño... Estaba agotado, he estado buscando casa, pero no he encontrado nada, quizás deberíamos pensar en comprarnos algo. Al final si

alquilamos perdemos dinero.

—La verdad es que sí... Pero las casas están por las nubes y ahora tendremos más gastos, en el centro de salud no es que gane mucho dinero.

—Lo sé, tranquila. Quizás podríamos visitar mañana a nuestros padres y pedirles ayuda, sin decirles lo del bebé.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—¿Y el reposo? —preguntó ella sabiendo que un viaje no era lo más apropiado.

—Tienes razón. Entonces les llamaré y les invitaré a comer el domingo. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. Pero no podemos alargar la comida, después tienes que marcharte...

—Ya. Tranquila. Ahora durmamos un poco. Te quiero, Su.

—Yo también te quiero, Héctor.

Ambos se abrazaron, los dos querían más, pero por el momento, era lo único que podían tener, unos besos, unas caricias y estar juntos. Al final con sus cuerpos excitados por el contacto, consiguieron conciliar el sueño.

Tras pasar el sábado tranquilo, eligiendo alguna casa nueva que poder visitar cuando Héctor regresara, siempre con un presupuesto marcado que ambos pudieran sufragar con sus sueldos, llegó el domingo. Sus padres llegaron temprano. Lara había decidido marcharse y no fastidiar la velada familiar, no es que se sintiera incómoda con la familia de ambos, pero creía que ese tema no era de su incumbencia.

—Hola chicos, nos hace mucha ilusión que nos hayáis invitado, ¿tenéis algo que contarnos? —inquirió nerviosa la madre de Susana.

—Sí, eso, chicos, ¿seremos pronto abuelos? —intervino la madre de Héctor.

Susana comenzó a ponerse nerviosa y fue Héctor el que respondió.

—Bueno, solo queríamos pasar con vosotros el domingo. El otro día Susana tuvo un pequeño accidente sin importancia y decidimos que era mejor que os trasladarais vosotros. Sí que hay algo que contar... queremos comprar una casa, la verdad es que tenemos algo de dinero ahorrado, pero puede que necesitemos de vuestra ayuda. Esperemos que no económica, pero quizás sí como avalistas.

—Estaremos encantados de ayudar en ambos casos. ¡Eso es una gran noticia! —exclamó alegremente Piedad—. Aunque ya que os vais a vivir juntos, sin compañera de piso —aclaró—, bien podríais pensar en casaros y formar una familia, ¿verdad, Clara?

—Eso digo yo. Queremos ser abuelas, y jóvenes. Chicos, ¡que ya tenéis una edad! Y nosotras también. ¡Queremos cuidar de nuestros nietos ahora que somos jóvenes no cuando no podamos ni cogerlos en brazos!

—Dejad a los chicos en paz —intervino Luis, frenando el entusiasmo de las mujeres—, mira que sois pesadas, tienen que vivir su vida.

Héctor miró a Susana como pidiendo permiso para dar la noticia. Quería contárselo a sus padres y Susana en parte también. Ambos sabían que era pronto, la cosa quizás podía no salir bien, pero sabía que esa noticia les haría mucha ilusión. Susana elevó sus hombros y movió la cabeza en señal de aprobación y al final Héctor hizo lo que le dictó el corazón.

—Vale, hay algo más...

Las dos mujeres pusieron de nuevo sus cinco sentidos alerta y miraron fijamente a Héctor, que sujetaba la mano de Susana.

—No pensábamos decíroslo, porque aún es muy pronto, pero sí todo sale bien, dentro de ocho meses seréis abuelos.

Ambas mujeres estallaron en gritos de alegría y se abrazaron. Los hombres se palmearon la espalda, y después, todos abrazaron a sus hijos.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó Piedad a su hija.

—Bien, mamá, de momento todo bien, lo que pasa es que como os ha comentado Héctor, hubo un problema, una caída y me recomendaron reposo el fin de semana.

—¿Y qué haces levantada?

—Estoy bien, mamá...

—Tendrías que estar acostada...

—Soy médico, ¿recuerdas? —inquirió algo molesta.

—Lo sé, pero reposo es reposo...

—No he tenido pérdidas y estoy bien, de verdad, mamá...

—No quiero que pierdas al bebé, es nuestro futuro nieto o nieta. ¡Dios mío, no me lo creo! ¡Soy tan feliz! —Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de su madre. Era la primera vez que Susana veía a su madre en ese estado. Jamás se imaginó que le fuera a proporcionar tanta alegría y sin querer, ella también se emocionó—. Cariño, no llores.

—Mamá es que no sabía que te haría tanta ilusión ser abuela.

—¡Pues claro, hija! Además, te veo tan feliz, que yo también lo soy. Al final conseguiste al hombre de tu vida y vas a tener un hijo, no puedo sino estar rebotante de felicidad al ver a mi hija tan feliz.

Volvieron a abrazarse y después a las lágrimas se les unió Clara. Tras unos minutos se calmaron.

—Bueno, mujeres, ya está bien, que esto es algo alegre, no un funeral. Ahora vamos a ayudar a los chicos con la casa. ¿Qué tenéis pensado comprar? No escatiméis en precio —comentó Diego, el padre de Héctor—. El hogar de nuestro nieto tiene que ser acogedor y estupendo. Un chalé estaría muy bien.

—Papá, no queremos algo ostentoso. Queremos algo que podamos pagar cómodamente. Tendría que estar cerca del trabajo... —dijo Héctor sin querer

dar muchos detalles. Sabía que algo iba a cambiar cuando regresara de Barcelona, por eso tampoco había hablado con Susana del tema.

—Hijo, nosotros podemos ayudaros económicamente...

—Bueno ahora cada uno trabajamos separados, así es que algo intermedio —intervino Susana.

—De todas formas, creo que cuando regrese de Barcelona es cuando empezaremos a mirarlo en serio. Del dinero ya hablaremos. Ahora será mejor que elijamos la comida y la pidamos. No hemos cocinado nada... —zanjó el tema Héctor.

—Nosotras podemos hacer algo —se ofreció Piedad.

—No, tranquila, pedimos comida y listo.

—Como queráis.

Al final se decantaron por comida italiana. Piedad no se separaba de su hija, estaba pendiente de cada paso que daba, estaba casi más atenta que Héctor. Ella comenzaba a agobiarse un poco.

—Héctor, ¿a qué hora te marchas?

—A las seis.

—Hija, ¿quieres que me quede unos días contigo?

—Mamá, estoy bien. Mañana ya vuelvo al trabajo. Además, Lara está conmigo, por favor, no me agobiéis más.

—Está bien. Pero si me necesitas, me llamas.

—Te lo prometo.

La comida transcurrió entre charlas y planes sobre la casa, el bebé y también intentando convencer a la pareja para que se casaran. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Susana no tenía claro si quería hacerlo, en verdad no lo había pensado, quería a Héctor y desde pequeña era algo que había soñado, pero ahora, embarazada, no quería que la gente pensara que lo hacía por eso, así que de momento no lo haría.

Una vez concluida la comida, sus padres decidieron marcharse. Héctor tenía que coger el vuelo en unas horas, querían dejarlos solos para que se despidieran.

—Cariño, una semana más y volveremos a estar juntos.

—Tengo tantas ganas de tenerte a mi lado para siempre... Espero que en el hospital no te fastidien mucho.

—Tranquila, no lo harán, ya lo verás...

—¿Me he perdido algo?

—No.

—Es que te veo muy satisfecho.

—Bueno creo que después de seis meses al capullo de tu ex ya se le habrán bajado los humos, nada más.

—Eso espero...

Se abrazaron. Esta vez Susana no iría al aeropuerto a despedirle, Héctor no quería que lo hiciera, así que la despedida era en su piso.

—Te quiero, Héctor, te voy a echar de menos...

—Yo también a ti, cariño, pero es una semana, se pasará pronto.

—Eso espero.

—Te llamo cuando llegue.

—Buen viaje.

Se abrazaron, se besaron hasta la saciedad y Héctor se marchó para tomar un taxi hasta el aeropuerto.

Cuando llegó a Barcelona, tal y como le había indicado, llamó a Susana, estuvieron hablando un rato y después se acostó. La semana sería dura, pero era la última y merecía la pena, porque esperaba que la vuelta fuera tal y como él había planeado.

Capítulo 23

La semana transcurrió sin ningún acontecimiento importante, Héctor terminó su proyecto un día antes y, sin decirle nada a Susana, se marchó con su coche rumbo a Santander. Llegó al piso que compartía con Susana y Lara de madrugada, pero lo único que quería era tumbarse al lado de su chica, aspirar el aroma de la mujer que había anhelado durante esos cuatro días y descubrirle su sorpresa.

Cuando Susana sintió las manos de Héctor sobre su vientre se asustó.

—Héctor, ¿qué haces aquí?

—Hola, cariño. Quedarme para siempre a tu lado.

—Pero..., ¿no llegabas mañana?

—Bueno, eso era en un principio, pero al final me dieron un día de vacaciones...

—¿Por qué no me dijiste nada? —inquirió un poco molesta.

—Quería darte una sorpresa...

—Lo que me has dado es un susto —aseveró contrariada.

—Su, no te enfades... —dijo acariciando su cuello con la nariz suavemente—, te quiero, te echado tanto de menos estos días... pensé que nunca llegaría el día que volveríamos a estar juntos de nuevo, para siempre —susurró meloso—. Tengo tantas ganas de ti...

—No sé si podemos...

—Lo sé, cariño. Soy consciente, pero no por eso voy a dejar de desearte...

—Yo también te deseo.

Las manos de Héctor se colaron por debajo de la camiseta de Susana, acariciando sus pechos, sus pezones en cuanto fueron alcanzados, se alzaron enhiestos. Los besos que ambos se prodigaban estaban cargados de deseo, todo en ellos era pura pasión, los dos lo sabían. No podían parar, se necesitaban, se habían anhelado.

—Héctor, tenemos que parar...

—Podemos seguir... Necesito más, ahora no puedo parar, Su, te prometo que no haré nada que ponga en peligro la vida de nuestro bebé...

Susana estaba totalmente perdida, ella también necesitaba más. Héctor la desnudó, lamió sus pechos, bajó lentamente con su lengua hasta el centro de su deseo y devoró sus labios vaginales, adentrándose con su lengua entre ellos y lamiendo su clítoris. Sus embestidas hacían que Susana perdiera el poco control que poseía, hasta que el orgasmo le sobrevino y se dejó llevar por la placentera sensación que la recorrió.

Tras recomponerse un poco sabía que era su turno. Héctor estaba bastante excitado. Susana le empujó para que se tumbara en la cama, besó su torso, acarició sus abdominales, arañando despacio con las uñas sus pectorales, cogió su pene y lo masajeó, hasta que lo introdujo en su boca. El cuerpo de Héctor se estremeció; Susana se movía a un ritmo lento, pero él le instó a que aumentara, estaba muy excitado, poco a poco lo llevó al borde de la locura y cuando creía que iba a estallar, el salió de su boca y se corrió fuera de ella. Susana no lo entendió, pero le dejó hacer.

Cuando él se recompuso, la acarició la mejilla y la besó en los labios.

—Te quiero, nena, pero no quiero que nada te pase. Ahora tengo que cuidarte y eso implica evitar riesgos innecesarios.

—Yo también te quiero, pero Héctor, por favor... No digas tonterías... Te estás volviendo un poco paranoico, ¿no crees?

—Cualquier precaución es poca.

—Vaya meses me esperan —murmuró Susana exasperada.

Héctor se echó a reír. La acarició la espalda y la tapó para que no cogiera frío.

—Sé que es tarde, pero ya que estamos desvelados, voy a decirte la sorpresa que tengo para los dos, esa que la semana pasada no quería desvelarte. —Hizo una pausa, desesperando aún más a Susana—. No voy a incorporarme al Hospital Universitario Marqués de Valdecilla. tengo plaza en la Clínica Monpía. De hecho, los dos tenemos plaza allí. Bueno, solo si tú quieres...

—¿Cómo es posible? Ya solicité la plaza para cambiarme cuando estaba en el hospital y me la denegaron.

—Verás, cuando pasó lo de Verónica, el director del hospital de Barcelona me dijo que si podía hacer algo por mí y le pedí el favor. Sé que no es el hospital universitario, pero al menos es un hospital. Aunque no estemos en Santander capital, estaremos cerca. Es más, podemos mirar una casa allí. ¿Qué te parece la idea?

Susana no sabía qué decir, la verdad es que estar en el centro de salud le gustaba, pero sin duda ella prefería mil veces estar en un hospital, aunque no fuera el universitario.

—¡Que sí! Gracias, cariño. Pero espera... estando embarazada, ¿querrán contar conmigo?

—Sí, ya lo saben y no hay problema.

—¡Oh! ¡Volver a un hospital! ¡No me lo creo!

Susana se abrazó a Héctor, lo había echado de menos, ahora se daba cuenta de ello. Se había resignado porque no le había quedado más remedio, pero la sensación de volver a ser útil hacía que la adrenalina corriera por sus venas.

—Pero no te emociones señorita: estas embarazada, tendrás que tomarte las cosas con calma.

—Héctor, por favor... Que soy pediatra.

—Vale, lo sé. Pero también les pasan cosas a los niños.

—Lo sé, pero nada que ver con los mayores.

—¿Cuándo empezaría?

—El lunes comenzamos los dos.

—Te quiero, te quiero, te quiero...

—Y yo, cariño.

—¡Oh mierda! —Héctor la miró extrañado, ella no solía decir palabras malsonantes— ¡Perdón! ¿Y el centro de salud?

—Tranquila, ya está todo solucionado.

—¿Y por qué nadie me ha dicho nada? —exclamó ella, un poco indignada. Le había gustado la sorpresa, pero pensar que todos sus compañeros habían sido cómplices era extraño.

—Ya me he encargado yo de eso. Mañana tienes una fiesta de despedida, la gente en el centro de salud te quiere mucho, te han cogido mucho cariño.

—¡Oh! Yo también les voy a echar de menos. Será mejor que duerma un poco si mañana quiero estar presentable.

—Será lo mejor. Buenas noches, cariño. Descansa.

—Buenas noches...

Se abrazó a Héctor y rápidamente se quedó dormida. Héctor tardó un poco más, pero tampoco mucho, estaba agotado del viaje.

Se despertaron los dos con la alarma del móvil de Susana, ambos seguían desnudos. Héctor la cogió en brazos y la llevó a la ducha, sin percatarse de que aún vivían con Lara.

—Vaya, bonitas vistas —dijo Lara al ver el culo y la espalda desnuda de Héctor.

—¡Mierda! Me olvidaba de ella. Qué ganas tengo de vivir los dos solos...

Susana estalló en carcajadas. La verdad es que necesitaban vivir como una pareja. Vivir con su amiga estaba bien, pero no tenían la libertad que ellos necesitaban.

Se ducharon y salieron envueltos en sus albornoces, para después vestirse y salir a desayunar.

—Buenos días, tortolitos. A ver si os cortáis un poco.

—Buenos días, Lara. Lo sentimos... —dijo Susana.

—Buenos días —contestó Héctor sin incluir nada más. Si decía algo sería una de sus lindezas, así que mejor callar. Ya se estaba callando demasiadas cosas, pero lo hacía por Susana, así que aguantaría por ella. No quería una disputa.

Héctor preparó el café mientras Susana preparaba unas tostadas. Los tres desayunaron sin comentar nada más.

—Te llevo a trabajar, cariño. Después voy a pasarme por el hospital para ver mi nuevo puesto de trabajo.

—¿Tienes un nuevo trabajo?

—Perdona, Lara. Héctor y yo comenzamos a trabajar el lunes en la Clínica Mompía.

—¡Me alegro mucho, cielo! Al menos vuelves a escena...

—Gracias, tengo que admitir que lo echaba de menos.

—Además no tendréis que volver a lidiar con Mario. La verdad es que desde que no estáis en el hospital está más irascible, pero bueno, todos nos hemos ido acostumbrando a su forma de ser...

—No queremos saber nada del innumerable que nos hizo estar separados seis meses. Se merece todo lo peor que le pase —resolvió Héctor—. En fin, es hora de irnos...

—Luego nos vemos, guapa.

—Hasta luego.

Se despidieron de Lara, Héctor acercó a Susana al centro de salud y después se marchó al hospital. Quería presentarse a sus nuevos jefes y conocer un poco el ambiente, así el lunes comenzaría a trabajar sin ningún impedimento.

Después de pasar media mañana conociendo la clínica y al personal, decidió visitar la zona en busca de una casa. Encontró un chalé en una urbanización cercana, anotó el número de teléfono para después llamar y poder visitarlo con Susana. Tenía buena pinta y estaba a tan solo dos kilómetros a pie de la clínica, era un lugar perfecto donde vivir. Visitó otra urbanización un poco más lejana, había chalés en venta. Decidió anotar también los números, aunque eran más grandes y seguramente más caros; mirarían todas las opciones, era un buen sitio para vivir, le gustaba la zona, parecía tranquila y estaba también cerca de la clínica.

Estuvo haciendo tiempo hasta la hora en que salía Susana, habían quedado para comer los dos por ahí, aunque sabía que se retrasaría, pues tocaba despedida.

Héctor llegó cuando Susana estaba abrazando a sus compañeros. Era duro tener que despedirse de la gente con la que habías convivido, solo habían sido unos meses pero su trabajo hacía que se estrecharan lazos con facilidad. A él le había pasado igual en Barcelona, pero el cambio había sido para mejor, por eso no le había costado tanto hacerlo, igual que le ocurría a ella.

Cuando Susana le vio, suspiró, un poco agobiada. Aún le quedaba gente de la que despedirse. Él le hizo un gesto para que se tranquilizara y ella se sosegó. Después de quince minutos más, salió a su encuentro.

—Lo lamento, pero no podía irme sin despedirme de todo el mundo.

—Tranquila, lo sé... No me importa...

—Gracias, guapo... —dijo besándole en los labios—. Te quiero.

—Y yo a ti.

—¿Cómo ha ido en la clínica?

—Muy bien, no es tan grande como el hospital, pero estoy seguro de que estaremos estupendamente. Además, he visto unas cuantas casas por la zona, he anotado los números de teléfono y si te apetece podríamos ir a visitarlas este fin de semana.

—¡Genial! Pero ahora vayamos a comer, tengo mucha hambre.

Comieron en un restaurante cercano al centro de salud. Esa tarde telefonaron a los dueños de las casas, habían quedado el sábado por la mañana para ver las tres viviendas que Héctor había anotado. Planificando su futuro, se quedaron dormidos sin apenas cenar más que unos sándwiches.

El sábado temprano, Héctor se despertó, salió a correr y después despertó a Susana con una ronda de caricias y besos, nada más hasta que supieran si podrían practicar sexo. El lunes, cuando comenzaran su trabajo en la clínica, habían pensado buscar a un especialista para empezar a seguir las pautas del embarazo.

Después del desayuno se fueron a visitar las tres casas, quedaron encantados, pero las tres se excedían de su presupuesto, por lo que decidieron poner rumbo a Santoña y hablar con sus padres. Ni los padres de Susana ni sus suegros pusieron ninguna objeción a ayudarlos en todo lo necesario, ellos tenían que decidirse por la casa, sus padres se encargarían de tramitarles la hipoteca con su entidad bancaria y de ayudarles económicamente en todo lo que necesitaran.

Pasaron el resto del fin de semana con ellos. Por la noche, Héctor y Susana decidieron salir con sus antiguos amigos. Todos recordaron viejos tiempos y hablaron del fallecido Toni, le echaban mucho de menos, sobre

todo Héctor, a quien le hubiera gustado mucho compartir en esos momentos toda su felicidad, contarle cómo se sentía, que comenzaba una nueva vida al lado de Susana, con una nueva casa, con un bebé en camino y un nuevo trabajo. Pero no podía ser y eso en parte hizo que ese sábado no pudiera disfrutar tanto como le hubiera gustado.

El domingo, tras comer con la familia, Héctor y Susana regresaron a Santander, querían estar descansados para su primer día en la clínica.

Se acostaron temprano, los dos estaban nerviosos, aunque ya habían pasado por su primer día en un trabajo. Pero sabían que ese podía ser su puesto definitivo y querían hacerlo bien.

Capítulo 24

El primer día en la clínica fue más duro para Susana que para Héctor. Ella llevaba muchos meses sin pisar un hospital y volverse a hacer a la rutina, le costó horas, casi todas las de ese día, aunque su jefe directo no se lo tuvo en cuenta.

En el caso de Héctor, tenía que reconocer que su jefe le tenía en alta estima y muy bien valorado, por eso en cuanto empezó a trabajar, todo fue rodado.

Cuando concluyó su jornada laboral —ambos habían comenzado en el turno de mañana— decidieron comer juntos y acudir por la tarde a un ginecólogo.

Susana estaba bastante nerviosa; pese a su edad y a ser médico había acudido en contadas ocasiones. Era bastante descuidada en lo que concernía a su salud, aunque ahora tendría que cuidarse más, pues no era solo la suya, sino la de su bebé.

Al llegar a la consulta, el médico se presentó amablemente.

—Buenas tardes, soy el doctor Urueta. Comenzaré por hacerle un historial médico y después haremos una exploración, si no les parece mal.

—Claro, por supuesto.

Después de realizarle las típicas preguntas que se hacían a todas las embarazadas y la exploración mediante la ecografía, llegaba la pregunta que ambos temían pero que ninguno se atrevía a hacer. Al final fue Héctor quien habló:

—Verá doctor, Susana tuvo un pequeño accidente y el médico que la atendió le recomendó reposo absoluto... —hizo una pausa—: usted ya me entiende...

El médico sonrió.

—¿Me pregunta si pueden retomar su vida sexual con normalidad? — Héctor asintió—. Por supuesto. Todo está perfectamente.

—Gracias, doctor.

Salieron de la consulta con varias recetas, análisis que Susana se tenía que hacer y la cita para la siguiente consulta. Héctor estaba emocionado. Había visto a su bebé, bueno, una mancha que se suponía que sería en un futuro su hijo; todo estaba saliendo bien y al fin podía retomar su vida sexual. No podía ser más feliz.

—Te quiero, preciosa —dijo cogiéndola en brazos y elevándola del suelo.

—Y yo a ti. Pero bájame.

—Es que soy muy feliz. Muy feliz.

—Yo también lo soy, pero todo el mundo nos mira, Héctor.

—Me da igual...

Dejó que poco a poco se deslizara por sus brazos hasta que sus labios se encontraron y se besaron.

—Te juro que, si no nos vamos ahora a casa, te voy a hacer el amor en la parte trasera del coche.

—¡Héctor! —le regañó Susana—. No se te ocurrirá.

—Tengo tantas ganas de estar dentro de ti...

—Yo también tengo ganas, pero recuerda que hemos quedado dentro de una hora con nuestros padres para ver la casa.

—¡Mierda! Lo había olvidado.

—Me lo imaginaba.

Habían quedado con sus padres para volver a ver la casa, si al final era la elegida, en unos días darían la señal, pues los padres de ambos ya se habían encargado de acudir a su entidad bancaria para ver las condiciones de negociación del préstamo hipotecario.

A la hora indicada, acudieron a visitar el chalé por el que se habían decantado. Era el más cercano a la clínica, el más económico y quizás el que más les había gustado a los dos, por el emplazamiento y por la distribución de la vivienda.

Los padres de ambos quedaron maravillados también. Era amplio; contaba con cuatro habitaciones, una de ellas en la planta baja, tres cuartos de baño, una cocina muy grande y un salón. Tenía un patio espacioso, un garaje y una bodega. La zona comunitaria contaba con una piscina, zona de juegos para niños y pistas deportivas.

—Es un lugar estupendo para formar una familia —indicó Piedad.

—Sí que lo es, ya os imagino aquí con vuestro retoño —aseveró Clara.

—La verdad es que nos gusta, ¿verdad, cariño? —preguntó Héctor a Susana.

Ella solo asintió, estaba un poco abrumada. Aún no se imaginaba una vida en ese lugar. Todavía quedaba mucho tiempo para eso. Para empezar, tendrían que amueblarla, pues era una de esas viviendas que algún propietario había comprado para especular en la época del *boom* inmobiliario y que todavía no había conseguido vender, de modo que no estaba equipada. Además, a ella le apetecía darle su toque personal, así que al menos en unos meses, no podrían irse a vivir allí.

—Su, ¿estás bien? —le susurró Héctor.

—Sí, es que estoy un poco cansada.

—¿De verdad que te gusta la casa? Podemos seguir buscando.

—No, me encanta, es solo que me cuesta imaginarnos a los dos, bueno a

los tres...

—Ya lo sé, cariño, pero seremos muy felices, ya lo verás.

La besó con ternura y la abrazó, haciendo que ella se tranquilizara. Estaba nerviosa, podía notarlo. Después de cenar con sus padres, decidieron acostarse y dejar que su pasión se liberase, no hasta muy tarde, pues ambos tenían que descansar, pero se habían anhelado. Sus cuerpos se necesitaban y en cuanto se tocaron, se fundieron en uno solo.

Los días pasaban rápido, el trasiego en el hospital y el ajeteo para la firma de la hipoteca hacían que apenas tuvieran tiempo para respirar, además, el rato que tenían libre, lo dedicaban a mirar muebles, pintura y demás cosas necesarias para la nueva casa. En definitiva, que no tenían ni un minuto para descansar. Por las noches estaban exhaustos. Muchas de ellas ni siquiera hacían el amor, se tumbaban abrazados y se quedaban dormidos.

—Tenemos que bajar un poco el ritmo —comentó Héctor—, esto no tiene que ser nada bueno para el bebé.

—Estoy bien, Héctor. Quiero que cuando tengamos la casa, el traslado sea rápido.

—Lo sé, cariño, pero hay que tomarse las cosas con más calma...

—Lo intentaré, te lo prometo.

Pero en cuanto les dieron la casa, el caos fue mayor: el diseño de la cocina, los muebles del salón, el dormitorio principal... Héctor estaba muy agobiado, apenas descansaba y eso estaba pasándole factura en su humor. Necesitaba desfogarse y se despertaba una hora antes para salir a correr un poco.

Una mañana que salió a correr iba despistado y no vio que el semáforo estaba en rojo. Cruzó, y como llevaba los cascos puestos con el volumen a tope, no escuchó el frenazo del coche. Por fortuna, solo fue un pequeño

golpe. Lo suficiente para darse cuenta de que su vida tenía que cambiar.

—¿Está usted bien? —le dijo el conductor, que enseguida se bajó del vehículo, muy preocupado.

—Sí, lo siento, es culpa mía.

—Debería mirar antes de cruzar en rojo —le indicó un tanto airado.

—Tiene toda la razón, iba distraído, lo lamento.

—¿Quiere que le lleve al hospital? Deberían mirarle la pierna —le comentó esta vez suavizando el tono.

—No, tranquilo, es solo un rasguño, además, soy médico. Entro en un par de horas. En cuanto vaya al hospital, si está peor me lo mirarán, no se preocupe. ¿El coche está bien?

—El coche es lo de menos. ¿De verdad que se encuentra bien?

—Sí, en serio.

—Tenga, mi tarjeta. Aunque es culpa suya, si se encuentra peor, creo que podemos hacer algo con el seguro del coche.

—Gracias. Lo lamento, de verdad.

Héctor cogió la tarjeta y se despidió del amable conductor. Le dolía la pierna bastante, pero llegó a casa corriendo. Se dio una ducha e intentó curársela. Se había rozado con el asfalto, además también le dolía la cadera del impacto. Ahora que su cuerpo empezaba a enfriarse notaba cómo el dolor empezaba a aumentar. Sería mejor que tomara algo antes de que fuera insoportable. En ese momento Susana se levantó y le vio.

—Pero, ¿qué es lo que te ha pasado? —preguntó alterada.

—Cariño, no te preocupes... No ha sido nada. Un coche me golpeó cuando cruzaba en rojo sin mirar y caí al suelo.

—¿En qué estabas pensando?

—Iba distraído. Estoy muy estresado... —No quería decirle nada a Su, odiaba preocuparla, pero en aquel momento la tensión acumulada se

desbordó y las palabras brotaron de sus labios atropelladamente—. Todo esto de la casa, tu obsesión por querer tenerlo todo listo de forma inmediata me está volviendo loco... Tenemos que frenar un poco, apenas duermo..., en el trabajo tampoco estoy muy acertado. No puedo más, de verdad... Esto tiene que cambiar.

Había estado aguantado, pero el accidente había sido el detonante para sincerarse de una vez por todas.

—Yo... lo siento... —dijo y se abrazó a él—. Tienes razón, me he vuelto una obsesiva con todo, no sé lo que me pasa, quizás son las hormonas, pero es que sentía la necesidad de querer terminarlo cuanto antes. Perdóname, por mi culpa casi te matan...

Susana se puso a llorar, si le hubiera pasado algo nunca se lo habría perdonado.

—Cariño, tranquila, estoy bien. Pero vamos a tomarnos las cosas con más calma, ¿vale?

—Sí, ¿me dejas verlo?

—Es solo un rasguño, aunque me duele un poco la cadera del impacto. Voy a tomarme algo.

—Sería mejor que te lo miraran en la clínica.

—Te prometo que, si luego me duele, haré que me lo miren.

—De acuerdo.

Se vistieron y tras desayunar acudieron a trabajar, Héctor, dolorido, hizo lo que pudo. Al final, tras la insistencia de Susana, le hicieron una placa para descartar alguna rotura o pequeña fisura de huesos; al final fueron solo contusiones, pero estuvo unos días con molestias.

Después de varias semanas decorando la casa con más calma, apenas quedaban dos habitaciones vacías: la del bebé, que habían decidido dejar

hasta que supieran su sexo, y la habitación que se encontraba en la planta baja, que aún no sabían que utilidad le iban a dar. Seguramente la dejarían como sala de juegos. El resto de la casa había sido amueblada en su totalidad. Ahora solo tenían que mudarse. Iban a aprovechar el fin de semana para hacerlo.

—Sabes que te vamos a echar mucho de menos, Lara. De todas formas, puedes venir a casa cuando quieras, tenemos una habitación de invitados —comentó Susana apenada.

—Yo también os voy a echar mucho de menos, incluso a ti —dijo la muchacha un poco emocionada señalando a Héctor. Aunque no quería admitirlo, quedarse sola, después de vivir tanto tiempo con su amiga, era muy duro.

—Pues yo creo que es un alivio perderte de vista —comentó Héctor sin un ápice de vergüenza.

—¡Héctor! —le recriminó Susana.

—Vale, te echaremos un poquito, pero muy poquito de menos —dijo abrazándola.

—¡Eso está mejor! —Y Lara le soltó una colleja mientras se deshacía de su abrazo.

—¡Auu! ¡Qué bruta!

—Eso para que digas que me vas a echar muy poquito de menos.

—Pero es la verdad...

Le soltó otra colleja.

—¡Lara! —gruñó él enfadado. Una vez, pasaba, pero la segunda había sobrado y ya le había cabreado.

—Vale, lo siento...

—Susana, será mejor que nos movamos, tenemos mucho que hacer...

—Te quiero, mi niña... —Volvieron a abrazarse y se despidieron con

lágrimas en los ojos.

—Yo también a ti. Hablamos, ¿vale? —dijo Susana llorosa.

—Claro, y tenemos que quedar al menos una vez por semana, me lo has prometido.

—Prometido.

Las dos amigas se despidieron. Héctor se encargó de que su chica no cogiera peso y durante todo el día estuvieron haciendo el traslado a su nuevo hogar. Fue agotador, pero a la vez gratificante: comenzaba su nueva vida. Aunque ya habían compartido piso, ahora realmente era el gran paso para formar su familia.

Exhaustos, tras colocar todas las cosas decidieron salir a cenar algo, pues no les había dado tiempo de ir al supermercado y llenar la nevera, pero les daba lo mismo, los dos eran felices. Estaban en su casa, juntos.

Capítulo 25

Habían pasado unos meses y la convivencia entre ambos era buena, tenían alguna pequeña discusión, como cualquier pareja, pero nada que no se pudiera solucionar con una buena reconciliación.

El embarazo de Susana iba viento en popa. Aún no sabían el sexo del bebé, en todas las ecografías que le habían hecho nunca lo habían podido ver, parecía un bebé vergonzoso, eso es lo que decía el ginecólogo. No obstante, en unos días Susana iba a hacerse una ecografía en 4D por lo que con toda seguridad ya sabrían el sexo. No tenían muy claro el nombre en el caso de que fuera niña, pero si era un varón le llamarían Toni, como su mejor amigo.

Esa mañana en la clínica fue ajetreada para ambos, ni siquiera pudieron tomarse un café como otras veces solían hacer.

—Susana, tienes otro paciente —le comentó una enfermera a media mañana.

—Gracias, ahora mismo voy.

Susana estaba agotada, aún le quedaba un par de horas para marcharse y se le acumulaba el trabajo, acudió enseguida al box donde estaba su nuevo paciente. Era un niño que esperaba con expresión cansada junto a su madre.

—Hola, soy Susana, la pediatra, ¿y tú eres...?

—Soy David.

—Hola, cielo. Encantada de conocerte. ¿Y qué es lo que le pasa a este chico tan guapo?

—Hace unos días que se fatiga mucho. Acudimos al centro de salud, le

hicieron un chequeo pero no le vieron nada relevante. Nos comentaron que si seguía con la fatiga nos viniéramos al hospital —comentó su madre.

—¿Desde cuándo hace que siente la fatiga?

—Tres días, más o menos.

—¿Nunca antes había notado esos síntomas?

—No...

—¿Antecedentes familiares, problemas de diabetes, cardiacos... algo relevante?

—Soy madre soltera, pero en mi familia, ninguno.

—Entiendo. Vamos a hacerle unas pruebas, ¿de acuerdo? Empezaremos por una analítica, una espirometría y una prueba de esfuerzo. En cuanto tengamos los resultados le informaremos.

—Gracias, doctora.

—Campeón, ahora vendrá una enfermera a sacarte sangre, ¿te portarás bien?

—Sí, doctora. —El niño se quedó mirándole la barriga—. ¿Va a tener un bebé?

—¿David! No seas curioso —le regañó de inmediato su madre.

—Sí, voy a tener un bebé —rió Susana—. ¿Y tú cuántos años tienes? ¿cómo lo sabes?

—Tengo ocho años. La mamá de un compañero tiene también la barriga redondita como la tuya y me dijo que iba a tener un hermanito.

—¿Sabes? Eres un niño muy guapo y muy listo.

—Gracias. —David sonrió con una sonrisa limpia y espontánea—. ¿Es un niño o una niña?

—David, ¡deja ya a la doctora! —volvió a reprenderle su madre.

—Tranquila, no me molesta... Pues verás, David, mi bebé es un poco vergonzoso, no se deja ver todavía, así es que aún no lo sé.

—Vaya...

—Sí, eso digo yo, ¡vaya! —Le guiñó el ojo con complicidad—. Luego te veo, guapo.

Susana salió con una sonrisa en la cara, se dirigió al puesto de enfermeras para notificar las pruebas a realizar y siguió haciendo su trabajo.

Cuando ya tenía el diagnóstico de David regresó al box. No eran buenas noticias y era algo que no le gustaba, no sabía por qué, pero se había encariñado con ese niño.

—Hola, perdone, me gustaría hablar con usted un momentito en privado, si me acompaña... —le indicó a su madre.

—Claro. Mi nombre es Melania.

—Melania, le seré clara. Aún no es seguro, tengo que consultarlo con un cardiólogo, ahora mismo vendrá uno para analizar la prueba de esfuerzo realizada. No obstante, tendremos que hacerle más pruebas, pero es posible que su hijo tenga un problema de corazón.

—Pero... entonces...

Unos golpes en la puerta interrumpieron la quebrada voz de la madre.

—Discúlpame cariño, no he podido venir antes. —Era Héctor, pero al ver a Melania se quedó cortado sin decir nada más.

—Héctor... —dijo la mujer, aún nerviosa.

—Melania, ¿qué haces aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó Susana un poco asombrada.

—¿Que si nos conocemos? —inquirió la mujer elevando el tono con sarcasmo.

—No es el momento ni el lugar, Melania —le amenazó Héctor y continuó—: Estoy trabajando. He venido porque se me ha llamado para una consulta de cardiología. Entiendo que es por tu hijo.

—Querrás decir *nuestro* hijo.

El semblante de Susana palideció. No se lo podía creer. Héctor miró a Susana pidiéndole calma. Sabía que le debía una explicación, nunca pensó que se enteraría de esa forma y tenía que habérselo contado, pero había esperado el momento en el que todo se hubiera solucionado.

—Si me disculpáis... Tengo que salir unos minutos, creo que me estoy mareando —dijo Susana intentando recomponerse.

—Su, cariño, espera... —dijo impidiéndole el paso.

—Héctor, por favor, déjame salir...

—Sé que te debo una explicación, pero no es lo que parece... —le susurró cuando salía, agarrándola por el brazo.

—Suéltame, Héctor.

Al final él hizo lo que le pedía, muy a su pesar. Miró a Melania como si quisiera fulminarla con la mirada y se armó de valor, cerrando los puños para evitar armar un espectáculo. Al fin y al cabo, estaba en su lugar de trabajo.

—¿Por qué cojones has dicho qué es mi hijo? Tanto tú como yo sabemos que no es cierto. Es el hijo de Toni. No sé por qué no firmas de una puta vez los papeles y aceptas la paga de orfandad del Estado para que tú y tu hijo viváis como verdaderos reyes. Que es lo que siempre has querido.

—Porque yo te quiero, Héctor...

—Pero yo no te quiero, Melania. Ni te he querido nunca, eso no va a cambiar. ¿Es que no te das cuenta? Si acepté poner el apellido a tu hijo fue porque mis padres quisieron hacer lo correcto, ya que Toni no entraba en razones. Estoy enamorado de Susana.

—La pediatra... —dijo atando cabos.

—Sí, la pediatra y ese hijo que lleva en su vientre es mío. Ese es mi verdadero hijo.

Melania salió de la sala con lágrimas en los ojos. Susana la vio y entró en el despacho.

—No sé qué narices ha pasado entre los dos, Héctor. Solo sé que tengo un niño de ocho años enfermo —comentó más recompuesta, entregándole los resultados de las pruebas y sin mirarle a los ojos.

—No es mi hijo, Su.

—Estamos trabajando, no es un asunto relevante —terció con frialdad.

—Mírame, Su.

—Céntrate en el caso.

—¿Quieres mirarme de una puñetera vez?! —chilló enfadado.

—¿Héctor, haz el favor de no gritarme! ¡No estoy sorda! —le recriminó también gritando.

—Lo siento... Por favor, Su, mírame a la cara. Tienes que creerme, ese niño no es mi hijo. Es el hijo de Toni. Déjame explicártelo, por favor, créeme...

—¿Y por qué no me has hablado de él en todo este tiempo? —inquirió suavizando el tono de voz.

—¿Es complicado! Pero te prometo que cuando salgamos de trabajar te contaré toda la historia. Por favor, confía en mí.

—No más secretos, no más mentiras, Héctor...—susurró agobiada.

—Te lo prometo.

Héctor se sentó y estuvo revisando el caso de David. Después los dos fueron a ver al niño.

—Hola, campeón... —le dijo al verlo. Sin darse cuenta, le recordó mucho a Toni cuando eran pequeños—. Yo soy Héctor. Soy cardiólogo.

—Yo soy David. ¿Qué es un cardiólogo?

—Verás, tu corazón está un poco malito —intervino Susana—, pero Héctor lo va a arreglar para que se ponga bueno.

—¿Seguro?

—Claro, Héctor es un gran médico.

Héctor y Melania se retaron con la mirada, pero ninguno de los dos dijo nada.

—Ahora tenemos que hacerte más pruebas. Estarás unos días ingresado, pero tranquilo, me ocuparé personalmente de que tengas las mejores y más guapas enfermeras. Porque a la médica más guapa ya la tienes... —comentó Héctor guiñándole un ojo.

—¡Eso es cierto! —dijo el niño devolviéndole el guiño y chocando la mano.

Melania se entristeció al ver la complicidad de Héctor con su hijo, le hubiera gustado que hubiera sido su padre, en verdad hubiera sido un gran padre para él. Pero tenía razón, tenía que pasar página.

Antes de terminar su turno, Susana acudió a ver al muchacho y se despidió de él y de su madre. Héctor ya la esperaba en el coche. Al llegar a casa la situación estaba un poco tensa al principio. Aunque ella quería creerlo, no dejaba de pensar que nunca le había mencionado la existencia de esa mujer.

Comieron en el más absoluto silencio y cuando finalizaron, él la cogió de la mano y la hizo sentarse en el sofá.

—Su, sé que debería haberte contado esta historia hace mucho tiempo, no sé por qué he esperado tanto a hacerlo. Quizás porque esperaba que Melania aceptara las condiciones y así poder contarte que todo se había resuelto, y narrarte la historia de otra forma. El caso es que todo sucedió una noche de sábado, cuando tú te encontrabas de Erasmus en Londres. Toni y yo bebimos demasiado y los dos nos enrollamos a la vez con Melania. Ninguno de los dos usamos protección, craso error por nuestra parte. A la vista está que ella se quedó embarazada, negándose a abortar. Nos hicimos la prueba de paternidad y el hijo era de Toni. Pero él se negó a reconocerlo y al final mis padres decidieron que la pobre chica no podía tener al hijo sin unos apellidos,

por lo que decidieron ponerle el nuestro y pasarle una paga todos los meses. Cosa que hasta ahora siguen haciendo. Antes de que Toni muriera me dijo que había cometido un error y que quería reconocer a David como su hijo. Lo tenía todo arreglado con un abogado para hacerlo, con la prueba de paternidad, para que así el gobierno le dejara una pensión de orfandad al niño. Pero Melania se niega a aceptarla. Dice que el niño ya tiene un apellido, el mío, y que no va a cambiar ningún papel al respecto.

—Pero, ¿por qué? No lo entiendo.

—Hoy me ha dicho que sigue enamorada de mí. Pienso que cree que si no cambia el apellido del niño algún día volveré con ella, o algo por el estilo.

—¡Pero es de locos!

—Lo sé...

—Además, está sacrificando el dinero de tus padres, pudiendo cobrar un sueldo del estado, que seguramente será incluso mayor.

—Seguramente. Pero la gente a veces hace verdaderas locuras por amor, Su.

—Ya. Aunque debo admitir que es el efecto que causas, Héctor. Yo estuve enganchada a ti muchos años.

—¿Y ahora no? —inquirió un poco molesto.

—Sí, pero ahora ya te tengo para mí —respondió Susana con orgullo.

—¿No estás enfadada?

—No, contigo no. Bueno, un poco molesta por no habérmelo contado antes, pero sigo sin entenderla a ella. Además, hacer que tu hijo tenga un apellido que no le corresponde... No hablarle de su verdadero padre... No sé...

—Yo tampoco la entiendo, pero la gente es así de rara...

—Tienes razón. Ahora descansemos un rato, estoy agotada, física y psicológicamente,

—Vale, pero esta noche no te libras de mí —insinuó meloso.

—Estás castigado por ocultarme información.

—Su...

—Bueno, tendrás que hacerme mucho la pelota si quieres tener sexo conmigo.

—Tranquila, sé cómo hacerte la pelota y muchas cosas más —replicó él con chulería.

Tras una noche de pasión en la que de nuevo sus cuerpos se rindieron a lo que ambos sentían, se quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, Susana se despertó con mal sabor de boca al pensar que tenía que volver a ver a aquella mujer. El niño era un encanto, pero tener que tratar con su madre no le gustaba.

Llegaron al hospital, se despidieron con un beso y comenzó la ronda. Sin darse cuenta, al primero que acudió a ver fue a David.

—Buenos días, ¿cómo está mi chico preferido?

—Hola, Susi —dijo el niño de manera espontánea.

—David, no se toma uno tantas confianzas con la doctora —le regañó su madre.

—¿Puedo llamarte Susi?

—Claro, cielo. ¿Cómo ha pasado la noche? —le preguntó a su madre. Ya se había informado en la sala de enfermería, pero quería preguntarle a ella para tener la información de primera mano.

—No muy mal, aunque ha estado un poco fatigado.

—Me alegro, ¿y usted?

—Bueno, en los hospitales no se duerme muy bien.

—La verdad es que no. Espero que luego vengan a relevarla un poco, tiene cara de cansada.

—No tengo a nadie. Mi padre falleció hace un par de años y mi madre el

año pasado. No tengo hermanos, así es que estoy sola... Gracias por el interés, ya descansaré cuando regresemos a casa.

—Vaya, lo lamento. Sabe que David tiene otros abuelos, estoy segura de que estarían encantados de conocer a su nieto... —susurró Susana en un aparte.

—Gracias, pero creo que no es asunto suyo.

—Lo siento, tiene usted razón. Tengo que seguir trabajando, que tenga un buen día. Pasaré más tarde.

Le pidió algunas prueba más, supervisadas por Héctor y continuó con el ajetreado día para concluir con lo que ya intuían. El corazón de David tenía un pequeño problema y tenían que operarle.

Capítulo 26

Habían pasado varios días desde que David había ingresado y como habían vaticinado, tenían que operarle, pero Héctor no se veía capacitado para hacerlo. En primer lugar, porque nunca había operado a un niño de tan temprana edad y porque psicológicamente era algo que le afectaba por el pasado que le unía a la madre.

—No creo que pueda hacerlo —le dijo a Susana.

—Héctor, eres el mejor.

—No exageres, Su.

—Tu jefe confía en ti, esa operación la has hecho muchas veces. No sé por qué dices que no puedes hacerlo.

—Porque no es lo mismo operar a un adulto que a un niño de ocho años. Y porque si algo le pasa, Melania pensaría que lo he hecho mal para vengarme.

—No creo que sea tan retorcida para pensar que te vengarías de ella con la vida de su hijo, Héctor.

—No sé qué pensar... Pero estoy aterrado, si algo sale mal tampoco yo podría perdonármelo, Su.

—Las cosas pasan, pero no tiene por qué salir mal, hay que ser positivos y pensar que todo va a salir bien, ya lo verás.

—Está bien... lo haré.

—¡Ese es mi chico! Te quiero.

—Yo también te quiero. Gracias por apoyarme en esto y entenderme. Sé

que no ha sido fácil para ti, aun así, has estado a mi lado y no has dicho nada. De verdad, Su, eres la mujer más maravillosa que conozco, te amo con todo mi ser.

—Y yo a ti.

Se abrazaron. Susana estaba un poco emocionada. Que le dijera esas palabras tan bonitas y con las hormonas tan revolucionadas era casi imposible no llorar. Aguantó las lágrimas como pudo, aunque una se le escapó.

—¡Eh! Preciosa, no llores.

—Es que a veces eres tan tierno conmigo...

—¿Solo a veces?

—Solo a veces... —dijo con una sonrisa pícaro en los labios.

—Tendré que serlo más a menudo para mi chica favorita. Ahora vayamos al hospital, tengo que preparar todo para la operación.

—¿La harás hoy?

—Creo que cuanto antes la hagamos, será mejor.

—Tienes razón. El niño es un cielo, la verdad es que se hace querer, me recuerda mucho a su padre.

—Sí, a mí también...

Héctor no pudo evitar pensar en su amigo, en cuánto le echaba de menos, y sin querer, una mueca de tristeza se apoderó de él. Tenía que salvar a ese niño, era lo único que le quedaba de su amigo. Susana acarició su brazo al notarlo y él sonrió.

Se dirigieron al hospital. La primera visita para ambos fue la habitación de David, donde su madre, con aspecto cansado, estaba hablando con el niño, que no perdía la alegría.

—Buenos días —dijo muy serio Héctor.

—Hola, tío —dijo el niño chocando su mano, le había cogido mucho

cariño.

—Buenos días, ¿como está mi chico favorito? —preguntó Susana entrando tras Héctor.

—Buenos días —contestó Melania con voz de cansancio—. Hoy ha dormido peor, pero nunca pierde la energía.

—Esta tarde será la intervención. Le mantendremos el resto del día en ayunas. Campeón, luego nos vemos. —Héctor salió de la habitación sin decir nada más.

—¿Hoy? —preguntó Melania preocupada.

—Tranquila, todo saldrá bien —intervino Susana para calmarla al ver que Héctor no respondía—. Estaré contigo, ¿vale?

Ella asintió, no tenía a nadie y estar sola durante las horas de la operación era un suplicio.

La mañana transcurrió larga para todos. Héctor, pese a que estuvo ocupado con varios pacientes no logró quitarse de la cabeza el gran peso que tenía encima. Susana también estaba nerviosa, le había prometido a Melania estar con ella. No le agradaba mucho hacerlo, pero no sabía por qué, no quería dejarla sola pasando esas horas de espera.

Héctor y Susana comieron cerca de la clínica, necesitaban salir un poco, él estaba nervioso, ella podía intuirlo.

—Cariño, relájate...

—Lo sé, tengo que estar tranquilo, pero no puedo evitarlo. Además, sabiendo que es el hijo de mi mejor amigo estoy aún más nervioso.

—Me lo imagino... Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Eso espero...

—Tengamos fe.

Tras la comida regresaron a la clínica. La operación estaba programada para las cuatro de la tarde, Héctor se despidió de Susana y subió al quirófano

para prepararse, necesitaba relajarse. Algo de música le ayudaría y sin más dilaciones, puso uno de sus grupos favoritos: AC DC, la canción *Are you Ready*. La música hard rock tenía un efecto relajante en él. Justo cuando terminaba la canción, una enfermera le avisaba de que el paciente ya estaba preparado.

—Doctor, el paciente está listo, cuando usted quiera.

—Háganle pasar.

Comprobó que el instrumental estaba correcto. Suspiró e inspiró un par de veces con fuerza, armándose de valor para lo que ahora venía.

David aún no estaba sedado, por lo que al entrar en el quirófano Héctor bromeó con él.

—Campeón, vas a tener una bonita cicatriz para presumir cuando seas mayor con las chicas. Ahora te vas a dormir un ratito, cuando despiertes todo habrá pasado, ¿de acuerdo?

—Claro. ¿Saldrá bien?

—Todo va a salir bien, pequeño.

—Gracias, Héctor.

Él le guiñó un ojo y acto seguido dio la orden al anestesista para que procediera a realizar su trabajo. En cuanto el niño se durmió comenzó con la intervención.

Susana esperaba fuera con Melania. En un primer momento las dos estaban sentadas sin mediar palabra, pero según transcurría el tiempo sin tener noticias, la madre más nerviosa se ponía, se levantaba, andaba de un lugar a otro, se tocaba el cabello... estaba muy alterada. Susana la agarró de las manos para tranquilizarla.

—Todo va a salir bien. Héctor es un gran cardiólogo.

—Es solo un niño...

—Lo sé... y no me imagino por lo que estás pasando, tiene que ser un

calvario, pero no estás sola, podrías llamar a sus abuelos. Estoy segura de que están deseando conocer a su nieto, Melania.

Ella pensó mucho las palabras de Susana. Estaba agotada, cansada de luchar ella sola. Necesitaba ayuda, ya no podía más.

—¿Crees que después de lo que he hecho, querrán saber de su nieto?

—Estoy segura de que sí. Aunque si no lo intentas, nunca lo sabrás.

—No he actuado bien...

—Lo sé, pero nunca es tarde para enmendar los errores del pasado, Melania.

Las lágrimas se apoderaron de la mujer. Estaba abatida, no podía más y se abrazó a Susana. Ella, sin pensar, la estrechó entre sus brazos. No sabía muy bien por qué, pero la consoló. En esos momentos el corazón le dictaba hacerlo.

—Lo siento, no me he portado bien —sollozaba Melania.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón.

—Creo que también a ti te debo una disculpa... ese día que nos conocimos dije que David era hijo de Héctor. Cuando él te llamó cariño, me dolió tanto que no lo pensé, solo quise haceros daño.

—Tranquila, por mi parte está todo olvidado.

—Eres una gran persona, Susana. Gracias...

—No creo que lo sea, pero se agradecen tus palabras. Ahora debes serenarte un poco. Creo que tienes algo que hacer. Este es el número.

Susana le indicó el número de los padres de Toni y ella tomó aire, se apartó un poco y cogió el teléfono. Estuvo un rato hablando con ellos, Susana no pudo escuchar la conversación, pero cuando Melania regresó vio un ápice de felicidad y la cara de Susana se iluminó.

—¿Todo bien?

—Son unas personas encantadoras. Gracias de nuevo, Susana, por

ayudarme y convencerme para hacer lo correcto. Vendrán en un rato.

—De nada, me alegro, Melania. Voy a bajar a tomar algo a la cafetería, ¿quieres que te traiga algo?

—No quiero molestarte más.

—No es molestia, de verdad.

—Un café solo, gracias.

En la cafetería, Susana se encontró con unas compañeras, se tomó una infusión, se despejó un poco y después le subió a Melania el café. La operación era complicada y requería su tiempo, ella lo sabía, por eso cuando Héctor salió personalmente, las dos le miraron expectantes. Sabía que todo había salido bien, podía notarlo en los ojos de su chico.

—Melania, todo ha ido perfectamente. Mantendremos a David en la UCI toda la noche, lo mejor es que hoy te vayas a descansar. Creo que lo necesitas. Estará bien atendido. Mañana si todo sigue bien, le pasaremos a planta.

—Gracias, Héctor. Por todo.

En ese momento llegaron los padres de Toni, y Héctor se sorprendió al verlos. Miró a Susana sin entender nada y ella le sonrió. Tras las presentaciones oportunas por parte de Susana, el padre de Toni fue el que intervino:

—Hola, hijo. ¿Cómo está mi nieto? —preguntó a Héctor.

—Hola, Carolina, Santiago. Todo ha salido bien, le decía a su madre que estará toda la noche en la UCI, que es mejor que se vaya a descansar.

—¿No podríamos entrar a verlo? —inquirió Santiago que se moría de ganas de conocerlo.

—Ahora es pronto. Todavía está sedado.

—Podemos esperar...

Héctor entendía las ganas y no pudo negarse.

—Está bien, en cuanto despierte podréis entrar, pero solo unos minutos, después tiene que descansar, ha sido una operación muy severa para el niño.

—De acuerdo. Esperaremos.

—Será mejor que tomemos algo, Héctor, cariño, te esperamos en la cafetería —expuso Susana.

Todos se dirigieron allí, Melania en un primer momento estaba bastante acobardada, no sabía qué decir, pero Santiago y Carolina le preguntaron por su hijo, le pidieron fotos y al final ella estuvo charlando con ellos como si les conociera de toda la vida. Susana sonrió al verlos. Al final parecía que al menos algo se había arreglado.

Héctor bajó al cabo de un rato, estaba agotado, aunque feliz al lograr que la operación hubiera salido bien. Dio un beso a su chica, besó a Carolina y saludó como era debido a Santiago.

—Gracias, Héctor, te estamos tremendamente agradecidos por salvarle la vida a nuestro nieto, y a ti, Susana, por ayudarnos...

—No tenéis que darme las gracias, solo hacía mi trabajo.

—Y yo solo hacía lo correcto —indicó Susana feliz.

—Héctor, ¿tienes un minuto? —le preguntó Melania un poco nerviosa.

Él miró a Susana y ella hizo un gesto con la cabeza indicándole que hablara con Melania.

—Claro...

Salieron fuera de la cafetería a un lugar donde nadie pudiera escucharlos. En un primer momento el silencio se apoderó de los dos, Héctor comenzaba a ponerse nervioso.

—¿Qué quieres, Melania?

—Yo... quería darte las gracias por salvar a mi hijo.

—Solo hacía mi trabajo.

—También... quería pedirte perdón por lo que te hice. Voy a intentar

enmendar el error que cometí, sé que no es fácil y aunque me lleve la vida en ello, os devolveré a ti y a tu familia todo el dinero que me habéis dado.

—No hace falta, Melania, lo único que tienes que hacer es aceptar que David es hijo de Toni y asunto arreglado.

—En cuanto mi hijo salga del hospital arreglaré los papeles, te lo prometo.

—De acuerdo. Ahora si me disculpas, estoy cansado...

—Claro...

Héctor no la había perdonado pero quería pasar página, olvidar de una vez por todas a aquella mujer y todo el daño que le había causado a sus padres.

Él regresó primero a la cafetería, Melania después. Tras charlar un poco con los padres de Toni regresaron a la UCI. Héctor comprobó que David ya se había despertado, entró a verlo y dejó que tanto su madre como sus abuelos entraran unos minutos. El niño se llevó una grata sorpresa al comprobar que tenía otros abuelos, los progenitores de su padre fallecido.

Al día siguiente por la tarde, David fue ingresado en la planta de pediatría. Tanto su madre como sus abuelos esperaban impacientes en la habitación. El niño también estaba deseoso de poder conocer a sus abuelos para poder saber más sobre su padre, por lo que en cuanto pudo, no dejó de preguntarles cosas sobre él.

Susana y Héctor pasaron también un rato, pese a que ya había acabado sus turnos para ver a su paciente, le habían cogido mucho cariño y querían comprobar que todo marchaba con total normalidad.

Al día siguiente tocaba la ecografía 4D, lo habían demorado un poco por lo acontecido con David, pero ninguno de los dos podía esperar más, necesitaban conocer el sexo del bebé. Cuando les dijeron que iba a ser un niño, Héctor casi llora de alegría. Su primogénito sería un varón y se llamaría

Toni, como su mejor amigo.

—¿Eres feliz? —le preguntó Susana cuando salieron de la consulta.

—Soy muy feliz, sabes que deseaba que fuera un niño.

—Lo sé, cariño.

—¿Y tú?

—A mí me daba igual, yo solo quiero que tú seas feliz.

—Gracias, mi amor. Te quiero.

—Y yo a ti.

Capítulo 27

Tras unas semanas ingresado, a David le dieron el alta. Se había recuperado casi en su totalidad y aunque aún no podía hacer una vida normal, ya podía regresar a casa.

Susana se entristeció un poco, se había acostumbrado a verlo todos los días, le había cogido tantísimo cariño, que ahora sabía que le iba a faltar algo.

—¿Podré volver a verte? —dijo el niño sin pensarlo—. Quiero conocer al pequeño Toni. Se va a llamar como mi papá.

—Claro, ya te he contado que tu papá fue un gran amigo nuestro. Héctor y yo le queríamos mucho.

—¿Entonces, podré conocer a tu bebé?

—Si tu mamá quiere, por supuesto. Mira, te voy a dar mi dirección y mi teléfono, puedes llamarme y venir a mi casa cuando quieras, ¿de acuerdo?

Susana le apuntó en papel su teléfono y su domicilio. David se abrazó a ella con fuerza.

—Te quiero, Susi.

—Y yo a ti, pequeño. —Susana no pudo evitar derramar alguna lágrima.

En ese momento llegó Héctor, que sabía que el pequeño David se marchaba ese día.

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Estás intentando quitarme a mi chica, pequeñajo? —Le subió en brazos y le abrazó. El pequeño estaba un poco compungido por la despedida—. ¡Eh! ¿Estás bien? —le preguntó al verle tan

triste.

—Os voy a echar de menos...

—Pero te vas a casa, ¿no estás contento?

—Sí, pero os quiero mucho...

—Y nosotros a ti, campeón. Pero ahora vas a poder volver al cole, a ver tus amigos... ¿No es lo que querías?

—Sí, pero a vosotros no os volveré a ver.

—¿Por qué dices eso? Claro que nos volverás a ver. Cuando quieras. Ten mi teléfono. —Héctor le apuntó también su número en un papel y se lo entregó.

—Susí también me ha dado el suyo, y vuestra dirección...

—¡Mmm! Así que mi chica te ha dado su número de teléfono. Tendré que tener unas palabras con ella, ¿pretendes quitármela? —El niño negó con la cabeza—. No sé si ponerme celoso, eres un tío muy guapo —dijo con tono guasón para suavizar los nervios del niño.

—Cariño, tenemos que dejarlos trabajar, es hora de irnos. El abuelo nos espera abajo para llevarnos a casa.

—Os quiero —dijo David volviéndose a abrazar primero a Héctor y después a Susana.

—Nosotros también te queremos. Llámanos cuando quieras, ¿de acuerdo? Y pórtate bien —intervino Héctor chocando con él las manos.

—Claro...

—Melania, cualquier duda que tengas, no dudes en consultarme, tienes mi teléfono. Tienes cita conmigo en un mes —intervino Susana.

—Gracias por todo.

Se despidieron y Susana se agarró a Héctor.

—Lo voy a echar de menos —dijo ella.

—Yo también, es un niño estupendo... Se parece mucho a su padre...

Me encantaría no perder el contacto.

—No sé, Su. Es difícil perdonar a alguien como ella después de lo que hizo.

—Lo sé, cariño. Pero el niño es un cielo, me da pena no volver a verlo.

—Ya veremos, si él nos llama, si se pone en contacto con nosotros, intentaré poner de mi parte, ¿vale?

—De acuerdo, ahora retomemos nuestro trabajo.

Los dos regresaron a sus trabajos, un poco apenados porque, aunque no quisieran, ese niño les daba otra perspectiva a su día a día en la clínica.

Por la tarde, Susana se sorprendió cuando, tumbada en el sofá, recibió una llamada de un número que no conocía. Contestó, un poco sorprendida:

—¿Dígame?

—Hola, soy David, llamo desde el teléfono de mamá. Espero que no te moleste...

—Claro que no, cariño. ¿Estás bien?

—Sí, solo es que os echaba de menos. ¿Está Héctor contigo?

—No, ha salido a comprar unas cosas. Pero cuéntame, ¿qué tal volver a casa?

—Bien, algunos de mis compañeros han venido a visitarme, los abuelos se quedan a cenar con nosotros, es genial tener unos abuelos. Me cuentan muchas cosas de mi papá, además dicen que está en el cielo. ¿Mi papá entonces es un ángel?

—Claro, cariño, tu papá es un ángel y cuida de ti desde el cielo. Estoy segura de que ahora mismo nos está viendo y está muy orgulloso de ti.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

El niño hizo una pausa. Susana se preguntó qué estaría pasando por aquella pequeña cabecita. David era realmente un niño muy listo, con

pensamientos muy maduros para su edad y un encanto especial.

—Susi, ¿mi papá era guapo?

—Muy guapo, casi tanto como tú.

En ese momento Héctor llegaba y escuchó la última frase.

—¿Con quién hablas? —preguntó un poco irritado.

Tapó el auricular y le dijo con una sonrisa:

—Con tu contrincante, es David. Me preguntaba si su papá era guapo.

—Vaya... Tendremos una charla. Voy a dejar la compra, dile que ahora hablaré con él por llamarte a ti y no a mí.

—David, Héctor acaba de llegar, está un poco enfadado porque me has llamado primero a mí.

—Le llamé a él primero, pero no me contestó.

—Seguramente porque estaba en el supermercado y a lo mejor no le oyó, díselo para que no se enfade —contestó Susana riendo.

—¿Está muy enfadado?

—No, cariño, solo lo dice para hacerte rabiar, ya sabes lo mucho que le gusta hacerlo.

—A mí me gustas mucho, pero yo sé que eres su chica, yo no le robaría la novia a ningún colega.

—Eso es muy leal, cielo.

Héctor llegó y la arrebató el teléfono a Susana sin dejar que se despidiera.

—¡Héctor! —le regañó.

—Bueno, robanovias, ¿así que intentando quitarme de nuevo a mi chica?

—No te enfades, te llamé a ti primero, pero no me contestaste —dijo el muchacho un poco nervioso.

—Lo sé, campeón, acabo de ver la llamada. Tranquilo, era una broma. ¿Cómo estás?

—Bien, le dije a Susi que vinieron a visitarme muchos de mis compañeros y los abuelos se quedan hoy a cenar.

—¡Eso es estupendo! ¿Cuándo regresas al cole?

—Mamá dice que en unos días.

—¡Genial!

—¿Podre ir a visitaros algún fin de semana?

—Claro, si tu madre te deja, por nosotros no hay problema, campeón.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Gracias, Héctor. Mamá me dice que tengo que colgar, que no os moleste más.

—Tú nunca molestas. Un beso, campeón.

—Otro para ti, y dale un beso de mi parte a Susi.

—No sé yo...

—Uno en la mejilla...

—De acuerdo, adiós, campeón —contestó Héctor seguido de una carcajada y colgó el teléfono.

Después de colgar miró a su novia y tras retarse un poco con la mirada, la besó intensamente.

—¿Así que Toni era guapo?

—Claro, si no yo no habría salido con él.

—Vaya...

—Sabes que él único hombre que siempre ha tenido mi corazón y del que siempre he estado enganchada eres tú.

Volvió a besarla, esta vez con más intensidad, la necesitaba y aunque estaba embarazada, no le importaba, la deseaba con todo su ser. La cogió en brazos, la subió hasta su habitación, la desnudó y poco a poco fue besando todo su cuerpo. Susana se estremeció con ese contacto, también le anhelaba y

esas caricias, esos besos no hacían más que encender su excitado cuerpo. Le ayudó a desnudarse, acarició sus pectorales, sus marcados abdominales. Se apoderó de su boca y sus lenguas se entrelazaron, se besaron desatando la pasión que solo ambos sentían cuando estaban juntos. Poco a poco el deseo se hizo más poderoso y Héctor se adentró en el cuerpo de Susana despacio, con embestidas lentas, haciendo que ambos sintieran rápidamente la necesidad de que los movimientos aumentaran de intensidad, él así lo hizo y poco a poco, los dos sintieron como una corriente eléctrica les recorría desde la cabeza hasta los pies, transportándoles al súmmum del placer.

—Te amo, preciosa —le dijo Héctor cuando, extasiado, salió del cuerpo de ella.

—Yo también te amo.

—Será mejor que nos demos una ducha y cenemos algo.

—¡Mmm! Por una vez, mi chico podría mimarme un poco y traerme la cena a la cama, estoy agotada...

—Sin que sirva de precedente, haré lo que me pides, pero solo porque quiero lo mejor para mis dos amores. Ahora a la ducha.

—Gracias, te quiero.

—Y yo a ti.

Después de la ducha, Héctor preparó algo de cena y se la subió a Susana, la cual se había quedado traspuesta.

—Cariño, despierta, cena algo y después te vuelves a dormir.

—Sí, hoy estoy agotada.

—Normal, en el hospital trabajas demasiado. Quizás deberías pedir ya la baja...

—No podría pasarme el resto de meses en casa, necesito trabajar, Héctor, en casa me volvería loca...

—Bueno, pero no quiero que trabajes tanto.

—Lo intentaré.

Cenaron y después los dos decidieron acostarse. Antes de irse a dormir recibieron un mensaje de David con varios emoticonos dándoles las buenas noches. Los dos sonrieron, era un niño encantador.

Habían pasado varias semanas en las que casi a diario hablaban con David, el niño se había encariñado con ellos y viceversa, pero no se habían vuelto a ver. La verdad es que Susana había hablado con Héctor de ir a visitarlo, pero este se negaba, no quería ver a su madre y ella no podía reprochárselo. La mujer le había causado bastante daño a su familia, y aunque había sido económico en su mayoría, Héctor no podía olvidarse del tiempo que había perdido después de la muerte de Toni intentando que firmara los papeles reconociendo que era hijo de este.

Uno de los días en los que Susana estaba trabajando, ya en su séptimo mes de embarazo, comenzó a encontrarse un poco indisputa, pero no dijo nada a nadie, no quería preocuparlos y casi al finalizar el día, tuvo que ser atendida en la clínica de un desmayo. Había sido una bajada de tensión, pero el médico le recomendó reposo por unos días.

—¡Joder, Su! Te he dicho cientos de veces que tienes que coger la baja, pero sigues trabajando y no te cuidas —la recriminó Héctor cuando iban a casa—. ¡Menudo susto me has dado!

—Estoy bien, Héctor. Solo ha sido una bajada de tensión.

—Vas a estar unos días en casa, de reposo y no quiero que se te ocurra ni moverte de la cama, ¡es una orden! Voy a llamar a Lara, a tu madre y entre todos nos vamos a ocupar de que no muevas ni un dedo. ¿Entendido?

—¡A sus órdenes! —contestó resignada.

—No es una broma.

Llegaron a casa, se iba a sentar en el sofá, pero en cuanto vio la cara de

enfado de Héctor decidió ir al dormitorio. Se puso un pijama y se tumbó en la cama resignada.

Los padres de ambos llegaron al cabo de unas horas, también llegó Lara. Todos estuvieron hablando en la cocina con Héctor y después subieron a ver a Susana.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Estoy bien, el médico me ha dicho que necesito un poco de reposo, pero no tengo que estar las veinticuatro horas enclaustrada en una cama. Héctor es un exagerado.

—Lo mejor es que descanses, mi niña —dijo su madre.

—Claro, ahora lo más importante es cuidarte a ti y al bebé —expuso Clara.

—A ver, que no cunda el pánico. No digo que no tenga que descansar, pero yo también soy médico. Ha sido solo un desmayo, es seguramente de cansancio, con un poco de reposo, sin excedernos, estará bien. Creo que estamos sacando las cosas de quicio —intervino Lara.

—Gracias, amiga.

—Lara, ya sé que eres su amiga, pero toda precaución es poca, haremos guardia para que tengas lo que necesites sin moverte de la cama —contraatacó Piedad.

—¡Mamá, por favor! ¿No exageráis un poco?

—Héctor así nos lo ha pedido, y así lo haremos.

En ese momento entró el susodicho y Susana no pudo más que encenderse y echar a todos de la habitación.

—¡Dejadnos solos!

—Cariño, no te sulfures.

—Pero, ¿tú quién te has creído que eres para decir a nuestras madres que no me dejen ni moverme de la cama? ¿Estás loco? Solo necesito un poco de

reposo. Haz el favor de decirles que se vayan de casa o las echo yo misma. Estoy bien, Héctor. No quiero a nadie en casa. No voy a hacer ninguna locura como subirme a una escalera o ponerme a hacer malabarismos, pero si tengo que ir al baño, levantarme a por un vaso de agua o a lo que me dé la gana, lo voy a hacer y ni tú ni nadie me lo vais a impedir, ¿entendido?

—Su, cariño, no te enfades... Solo quiero que descanses, nada más.

—¿Y me pones a tu madre y a la mía como dos perros policías? Sabiendo que no van a dejar que me mueva ni para hacer pis...

—Tienes razón... —expuso arrepentido.

La verdad es que Héctor no había pensado en lo atosigantes que podían llegar a ser las madres, solo les había pedido ayuda sin pensarlo.

—No es para tanto, Héctor, solo necesito descansar, nada más.

—Les diré que se marchen después de cenar, pero que se quede Lara, ¿te parece bien?

—Sí.

—Cariño, no te enfades.

—Héctor es que a veces no piensas las cosas... —le recriminó.

—Lo sé, solo quería que estuvieras bien.

—Pues mira lo que has provocado. Alterarme, desquiciarme...

—Perdóname, soy un idiota.

—Uno muy grande.

La abrazó y la besó para que se tranquilizara y hacerlo él también, ambos estaban muy alterados. Solo habían tenido una bronca tan fuerte una vez, y fue cuando ella se marchó de Barcelona. Habían tenido pequeñas discusiones, pero nunca así. Esta vez él había tenido la culpa y se sentía fatal.

—Lo siento, cariño —dijo acariciando su espalda lentamente.

—No sé si perdonarte...

—Por favor...

—Tendrás que rogarme un poco más.

—Por favor... Por favor... Por favor...

—¡Mmm! Un poco más... —Ya le había perdonado, pero se estaba haciendo de rogar.

—Por favor, perdóname.

—Está bien, Héctor, pero necesito que entiendas que yo también tengo voz en este tema.

—Lo sé, Su. Pero creo que te descuidas demasiado.

—No es verdad, Héctor. Trabajo y me cuido, aunque no lo creas. Es verdad que hoy he estado un poco indispuesta y lo he dejado pasar...

—¿Ves?

—Pero solo ha sido hoy. No volverá a pasar.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Sellaron su promesa con un beso, después Héctor salió para hablar con su madre y su suegra y Lara entró para ver a su amiga.

—¿Todo bien?

—Ahora sí. ¿Te importa quedarte unos días en casa?

—¿Y tu madre y tu suegra?

—Ellas se van, no pueden quedarse, me volverían loca.

—Vale, me quedo entonces.

—Gracias, amiga.

—No me las des, os he echado de menos.

Las dos rieron, sus padres y los de Héctor estuvieron un rato con Susana y después de cenar todos juntos regresaron a Santoña.

Capítulo 28

El sábado por la mañana, Héctor había salido a correr. El timbre sonó y Lara abrió pensando que era él, que se había dejado las llaves de casa, pero se encontró con Melania y David.

—Buenos días...

—Buenos días, creo que nos hemos equivocado de casa —dijo Melania.

—No, mamá, esta es la dirección que me dio Susi, mira... —comentó el niño enseñando a su madre el papel.

—¿Buscáis a Susana? —Ambos asintieron—. No os habéis equivocado, esta es su casa. Pasad, yo soy su amiga Lara. Ella está en la cama, le mandaron reposo y no se levanta mucho, y Héctor ha salido a correr. Ahora mismo la aviso. Tú debes de ser David, ¿no? —añadió Lara con una sonrisa—. Ella me ha hablado mucho de ti.

—Sí, yo soy David y esta es mi mamá, Melania.

Lara les hizo pasar y subió al dormitorio donde se encontraba Susana leyendo.

—Hola, cariño, tienes visita. David y su madre han venido a verte. No he querido hacerles pasar aquí hasta saber qué te parecía.

—¡Oh! ¡Este niño! Le dije que no hacía falta que viniera a verme, pero seguro que le ha insistido a su madre —exclamó Susana cerrando el libro—. Es un sol. Diles que suban, sí.

Melania y David estaban esperando en el salón. Héctor llegaba a casa en ese momento y evidentemente no esperaba verlos, por eso cuando entró en el salón y vio a la mujer su gesto se tensó, pero cambió de inmediato en cuanto David se lanzó a sus brazos.

—¡Héctor!

—David, campeón. ¡Quita, que estoy todo sudado!

—Hemos venido a ver a Susi, espero que no te moleste.

—Claro que no.

En realidad, que la madre de David estuviera en su casa le incomodaba demasiado, no podía negarlo.

—Voy a darme una ducha.

—Podéis subir a verla —dijo Lara, que bajaba por las escaleras.

Héctor tuvo que ducharse en la habitación del bebé, tomó algo de ropa de su cuarto y dejó a David abrazado a Susana mientras Melania le preguntaba cómo estaba.

—Espero que no os moleste que hayamos venido, pero David insistió en que quería venir, como hacía tanto tiempo que no os veía y estabas un poco enferma...

—Gracias por venir a vernos. Claro que no es molestia.

—¿De verdad?

—Tranquila, se le pasará —aseguró Susana con una sonrisa comprensiva. Entendía a Melania, aunque no quería hablar delante de su hijo.

—¿Cómo está el pequeño Toni? —inquirió David.

—Bien, mira cómo se mueve ya.

Susana levantó la camiseta de su pijama y le puso la mano encima de su barriga, David enarcó las cejas con sorpresa. No se lo podía creer, esa mañana el bebé estaba muy inquieto y no paraba de moverse, marcaba sus pies o manos en la barriga de su madre.

Héctor apareció en ese momento y observó con detenimiento la escena, David estaba totalmente anonadado.

—Tío, en lugar de un hijo vas a tener un *alien* o algo así... —le dijo.

Todos se echaron a reír ante la afirmación del niño.

—No es un *alien* bruto, es que el bebé ahora tiene menos espacio en la

barriga porque es más grande, entonces se mueve más y por eso los pies o las manos se notan tanto —intervino su madre.

—Yo no lo habría explicado mejor —dijo Susana.

—Diréis lo que queráis, pero da un poco de grima... —prosiguió el niño que no estaba convencido y miraba de reojo la barriga de Susana con un poco de asco.

—Tienes razón, a veces da grima —corroboró Héctor.

Ambos chocaron sus manos y se rieron en señal de unidad.

—Voy a preparar un café. ¿Queréis uno? Bueno, Su, para ti un té.

—Yo sí, porfa —dijo Lara.

—Te echo una mano... —dijo Melania. Quería hablar con Héctor. A él no le hizo mucha gracia, pero no quería despreciar la ayuda delante de su hijo.

Los dos bajaron en silencio. Héctor fue preparando todo mientras ella lo iba disponiendo en una bandeja que él le había dejado.

—Héctor, yo... sé que te incomoda mi presencia aquí, no quería venir, pero David insistió tanto, que...

—Da igual, Melania, ya estáis aquí.

—Os quiere muchísimo, no sabéis lo mucho que insiste cada día en que quiere veros y yo no sé qué decirle... —dijo con lágrimas en los ojos—. Héctor, lo siento tanto... Sé que no he sido una buena persona y no espero que me perdones, pero me gustaría que le dieras una oportunidad a mi hijo, porque os adora. Dime lo que quieres que haga para enmendar mi error y te juro que lo haré, pero no le apartes de vuestro lado, por favor. Si no quieres verme, ya me las arreglaré para no venir. Ya te dije que voy a devolveros a ti a y tu familia todo el dinero que me habéis dado.

—Melania, yo... No quiero el dinero, pero es muy difícil para mí perdonarte. Me dolió mucho tu actitud —dijo Héctor, serio y contenido—.

Sabes que también adoramos a David y tanto Susana como yo le queremos en nuestra vida.

Durante unos minutos volvió a hacerse el silencio. Héctor meditó mucho lo que iba a decir, sabía que lo hacía por David y también un poco por Susana.

—Melania, podéis venir cuando queráis —declaró finalmente, resuelto—. Siempre seréis recibidos en nuestra casa. Los dos.

—¿De verdad?

—Sí.

—Gracias —respondió con lágrimas en los ojos. Llena de emoción por aquellas inesperadas palabras, Melania se abrazó a Héctor. En ese momento, Lara bajaba para ver por qué tardaban tanto y al encontrarles así se puso un poco nerviosa.

—Lo siento... No quería interrumpir...

—No interrumpes nada, Lara, no te montes películas —dijo Héctor enfadado al oír sus palabras. Subió con los cafés rápidamente. No quería que le dijera a Susana nada antes de que él hablara con ella.

—¿Ha pasado algo? ¿Por qué tardabais tanto? —inquirió Susana confusa.

—Hemos estado hablando, cariño.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien... Luego lo comentamos, ¿de acuerdo? —Susana asintió, sabía por dónde iban los tiros.

Melania subía con una sonrisa, aunque con los ojos aún un poco rojos de las lágrimas. David la miró y le preguntó:

—Mamá, ¿has llorado?

—No cariño, es solo que se me metió algo en los ojos. Pero ya estoy bien.

—¿De verdad?

—Claro... Ahora creo que será mejor que nos vayamos. Vendremos otro día a visitarlos, no vamos a molestarlos más.

—Yo quería quedarme a comer con ellos...

—David, uno no se invita a comer en casa de nadie... ¡Pero qué cara más dura tienes!

—¡Di que sí, cielo! Estos dos son unos estirados, si no te autoinvitas, no te invitan, ya te lo digo yo —le dijo Lara.

—¡Es que tú tienes un morro que te lo pisas, guapita de cara! —comentó Héctor—. Melania, David, ¿queréis quedaros a comer?

—¡Síiiiiiiii! —contestó con mucha efusividad David.

—No queremos molestar —indicó Melania.

—No es molestia, de verdad, a mí me encantaría que os quedarías... —aseveró Susana.

—Gracias.

Durante el resto de la mañana, David estuvo jugando con Héctor mientras Lara, Melania y Susana charlaban juntas. Después, Héctor decidió pedir comida y así no tener que cocinar. Melania insistió en pagarla, pero él no la dejó.

Tras una larga sobremesa, David se resistía a irse, pese a que su madre insistía en marcharse, pero él la convencía con la típica frase de: «una hora más...». Y así hasta casi las ocho de la tarde.

—Creo que ya es hora de marcharse, es casi de noche, hijo. Llevamos todo el día aquí, somos unos invitados muy pesados.

—Eso no es cierto, ¿a que no, Héctor?

—Claro que no, campeón.

—¿Ves, mamá? Me gustaría quedarme en su casa a dormir...

—¡Eso sí que no! David, ya les hemos molestado bastante.

—¿Héctor, puedo?

—Solo si tu madre te deja...

—Mami, porfi...

—No, David. Otro día tal vez. Susana tiene que descansar... Llevamos todo el día en su casa. No quieren ser maleducados contigo, pero están cansados de tenerte aquí.

—¡Eso no es cierto! —dijo el niño enfadado.

—Melania, de verdad que no es molestia. Déjale quedarse. ¿Cuánto hace que no sales por ahí? —le preguntó Susana.

—Salir por ahí, toda la vida —contestó.

—¡He oído salir por ahí! ¡Me apunto! —dijo Lara.

—Mira qué bien, podéis salir de fiesta las dos y nosotros nos encargamos de David —dijo Héctor.

—Pero si no tiene pijama...

—Yo duermo como los tíos mayores, en gayumbos —intervino el niño de nuevo.

Todos rieron por la expresión de aquel pequeñajo que pretendía ser un hombre.

—Todo solucionado. De verdad, Melania, mañana después de comer vienes a por él. Sal con Lara, divertíos... Os lo merecéis las dos.

—¿Estáis seguros? —inquirió un poco nerviosa.

—Sí, tranquila. Tu hijo está en buenas manos.

—Si no lo digo por él, lo digo por vosotros. No sabéis lo cansino que es mi hijo.

—Estaremos bien. Ahora por una vez en tu vida, despreocúpate de él y disfruta.

—Gracias por todo, Héctor.

Melania se despidió de su hijo, de Susana y de Héctor. Lara también se

despedía de ellos. La verdad es que necesitaba salir, se había tirado casi una semana del trabajo a casa de sus amigos y estaba ya cansada. David daba saltos de alegría y se abrazaba a Héctor.

—¿Qué cenamos, tío? —le preguntó cuándo ya se habían ido las dos mujeres.

—¡Que buena pregunta! —exclamó David.

—¿Te apetece pizza?

—Mi madre solo me deja los fines de semana.

—Hoy es sábado.

—¡Genial!

—¿Yo no opino? —preguntó Susana.

—¿No te gusta la pizza?

—Sí, pero a mí me apetecía otra cosa —dijo para hacerles rabiar.

—Vale, pues como eres la única chica, te dejamos elegir —comentó David resignado.

—Gracias, ese es mi chico. Quiero... —Tardó unos segundos más para crear expectación y después continuó—: ¡pizza!

David se lanzó a sus brazos.

—Gracias, Susi. Te quiero.

—Y yo a ti, cielo. ¿Cómo te iba a dejar sin pizza? Eres nuestro invitado.

Un carraspeo les sacó a los dos de su burbuja.

—Cortaos un poco, que estoy yo delante...

—Lo siento... —dijo David y levantó las manos—. Ya sé que es tu chica, pero ella me abrazó primero.

—Yo creo que ha sido al revés. Pero bueno, eres mi colega... voy a creerte, porque creo que mi chica últimamente está un poco sueltecilla. — Susana hizo un mohín para seguirle el juego a Héctor y luego este chocó la mano con David.

Pidieron la pizza. Tras cenar y ver un poco la tele, un canal de dibujos, Héctor preparó la habitación de invitados donde había estado durmiendo Lara para David. Pero esa noche, al rato de acostarse, el niño se levantó y se fue a su habitación. Llamó a la puerta, dando unos leves golpes.

—Chicos, ¿puedo pasar?

—Claro, cariño, ¿qué pasa? —preguntó Susana.

—Es que tengo un poco de miedo... No tengo mis muñecos, la habitación está muy oscura... ¿Puedo quedarme con vosotros?

Susana miró a Héctor. No sabía qué decirle. Él se encogió de hombros y al final decidieron permitirle dormir con ellos; si habían aceptado que se quedara ahora no podían dejar que el niño pasara mala noche.

—Claro, cielo. Ven.

David se metió entre los dos. Quería abrazarse a Susana, pero Héctor le miró con cara de pocos amigos y al final se tumbó a su lado.

Los tres durmieron hasta bien entrada la mañana. Parecía que el sueño les había reconfortado a los tres, porque hasta que no sonó el móvil de Susana no se despertaron. Era Melania.

—Hola, Susi. ¿Todo bien?

—Hola, Mel. Sí, estábamos dormidos...

—¡Oh! Lo lamento... ¿David aún no se ha despertado?

—No, está aquí en la cama con nosotros —susurró para no despertarle.

—¿Con vosotros? Pero...

—Tenía miedo y al final, decidimos dejarlo dormir aquí...

—Susi, lo siento... Seguro que os ha dado la noche.

—Mel, para nada. Hemos dormido los tres como nunca. ¿Y tú qué haces despierta?

—Acabamos de llegar, tu amiga tiene una marcha...

—Pues acuéstate, por favor —rió Susana. Lara no tenía arreglo—. Te

llevaremos a David por la tarde. Descansa, guapa.

—Gracias por todo, Susi.

—De nada. Hasta luego.

Colgó el teléfono y Héctor entreabrió el ojo.

—Buenos días, mi amor.

—Hola, guapo. ¿Despertamos al dormilón? Si parece bueno, mírale.

Los dos le observaron dormido, parecía un angelito, pero luego despierto era puro nervio. Eso sí, sabía ganarse el cariño y sobre todo el corazón de las personas. Por lo menos el suyo se lo había robado casi desde el primer momento en que lo habían conocido.

—Dejémosle dormir un rato más, luego no nos va a dejar descansar.

Capítulo 29

La relación entre Melania y Héctor se había estrechado gracias a su hijo y a Susana, que había ayudado a que casi cada fin de semana pudieran quedar para pasar más tiempo con el niño.

Ese fin de semana estaban preparando una barbacoa en su casa. Estaban varios amigos de Santoña, los padres de Héctor y de Susana, también Lara, Melania y David, incluso los padres de Toni se encontraban celebrando que el buen tiempo parecía estar llegando ya a Santander. A Susana le quedaba aún una semana para salir de cuentas, no había cogido mucho peso, solo el normal en estos casos, pero se encontraba cansada. Tras la insistencia de Héctor, había cogido la baja en el trabajo hacía ya más de un mes.

Estaba en la cocina, preparando una ensalada con Melania y Lara, charlando sobre cosas banales cuando notó un pinchazo en la barriga y cómo un líquido se derramaba por sus piernas.

—Chicas, no quiero preocuparos, pero creo que he roto aguas.

—¡Qué! ¡No me jodas! —gritó sulfurada Lara.

—Voy a avisar a Héctor —dijo Melania de inmediato.

Su novio, ajeno a todo lo que en la cocina estaba sucediendo, seguía bromeando con uno de sus amigos y bebiendo una cerveza mientras esperaba que la carne se fuese haciendo.

—Héctor, perdona... —dijo Melania un poco nerviosa por interrumpir la charla—, Susana ha roto aguas.

—¿Qué? ¡Pero si aún no es la hora!

—Lo sé, pero me parece que tu hijo ya tiene ganas de venir a este mundo.

—¡Mierda! Javi, encárgate de la barbacoa. Voy a por la bolsa del bebé. Papá, mamá, Luis, Piedad, vuestro nieto está ansioso por salir. Nos vamos al hospital.

Los futuros abuelos, que jugaban con David al parchís, se pusieron alerta. También el niño se levantó como un resorte.

—Mami, nosotros también vamos, ¿no?

—Cariño, creo que será mejor que esperemos a que vuelva a casa.

—Pero yo quiero conocer al pequeño Toni.

—David, puedes venir, campeón —le dijo Héctor.

Se fue a la cocina. Allí estaba Lara con Susana, a la que le habían venido las contracciones y comenzaba a tener dolores.

—¿Cómo estás, cariño?

—Vaya... esto se está poniendo un poco feo —dijo ella, quejumbrosa.

—Ahora mismo nos vamos. Pero creo que debería conducir otra persona, ya llevo tres cervezas...

—Conduciré yo —dijo Lara de inmediato.

Cogieron las cosas necesarias y se fueron a la clínica, llamaron al ginecólogo y enseguida la atendieron. Los dolores aumentaron hasta que por fin le pusieron la epidural y Susana pudo respirar tranquila.

El parto fue rápido y al cabo de unas horas, los felices padres tenían a su pequeño Toni en brazos. Héctor estaba feliz, el niño, aunque se había adelantado, había pesado tres kilos y medía casi cincuenta centímetros. Tras ser examinado por un pediatra compañero de Susana, no había precisado estar en la sala de neonatos por lo que en cuanto le habían realizado las pruebas necesarias, le habían llevado a la habitación donde ahora descansaba con su madre.

Familiares y amigos le habían tenido en brazos, besado y admirado. Ahora por fin, después de las visitas, se habían quedado los tres solos. El pequeño Toni estaba dormido en su cunita, Susana también descansaba en la cama mientras Héctor no podía dejar de admirar a su hijo, embobado con él.

Era tan perfecto... Le había visto los ojos, eran claros, seguramente verdes como los suyos o los de su madre, la piel blanca y el pelo castaño. Le acarició la manita y el bebé se movió un poquito, aunque volvió a quedarse quieto en seguida. No podía dejar de admirarlo, era tan precioso...

—Hola, guapo —le susurró Susana cuando despertó.

—Hola, preciosa —dijo acercándose a ella—, ¿cómo estás?

—Cansada, pero feliz...

—Yo soy el hombre más feliz del mundo.

—Lo sé, se te nota en la cara.

—Es tan precioso... aún no me lo creo, Su. Es nuestro hijo.

—Sé que no somos objetivos, pero es que es hermoso.

El bebé se revolvió haciendo unos pequeños sonidos y Héctor enseguida se acercó a él. Toni se había despertado y movía sus manos hacia la boca.

—Creo que tiene hambre.

—Le pondré a mamar... Aunque aún no me ha subido la leche...

—¿Es normal?

—Sí, es normal, a veces tarda...

Héctor cogió el bebé con mucho cuidado, parecía como si se fuera romper y le acercó a su madre. Ella le puso en su pecho y enseguida el niño buscó su alimento. El padre no pudo más que observar la bonita imagen, ese vínculo que une a una madre con su hijo en ese instante cuando está amamantado.

Una vez terminó, cuando Toni se había quedado dormido de nuevo, Héctor le sacó los gases, le cambió el pañal como si fuera ya un experto

mientras Susana le observaba con una sonrisa y después le volvió a poner en su cunita. El bebé volvió a quedarse dormido.

—Ojalá fuera así siempre...

—Tendrá días mejores y días peores.

—Claro, ahora será mejor que descansemos un poco.

Héctor se acostó en el sofá que se hacía cama de la habitación y Susana se volvió a tumbar. Sin querer, ambos se quedaron dormidos hasta que, a las cuatro de la mañana, el pequeño Toni les despertó con unos pequeños gemidos reclamando su comida.

Los días en el hospital fueron un trasiego de visitas de amigos y familiares que querían conocer al pequeño Toni.

En cuanto le dieron el alta, la situación tampoco cambió mucho. Las primeras semanas la casa estuvo llena de visitas. Melania y David acudían a verles bastante a menudo. Aunque el niño estaba encantado de tener un primito, sentía celos, pero no desaprovechaba la ocasión de pasar más tiempo con Héctor, que era como el padre que nunca había tenido.

—¿Cuándo empezará a hablar el canijo? —le preguntaba a Héctor.

—David, habla bien de Toni, es como un primo para ti y además lleva el mismo nombre que tu padre. Un respeto, por favor.

—Es que es muy pequeño...

—Claro, porque tiene tan solo unos días. Seguro que tú eras igual de pequeñajo cuando eras como él.

—Es que ahora es un poco soso, no dice nada, no habla, solo come, caga y llora. No es divertido. Y a las chicas les parece mono, es un rollazo.

Héctor sabía que lo que sentía eran celos, porque claro, todos le prestaban mucha atención, incluso su propia madre.

—No es un rollo, sabes que todos te queremos igual, ¿no?

—Ya, bueno. Pero ahora todos vienen a ver a Toni y quieren pasar más

tiempo con él. Ahora nadie quiere jugar conmigo.

—Yo sí quiero jugar contigo, campeón.

—Sí, tú eres el único, Susi casi no me hace caso, ya no existo para ella.

—Ahora está bastante ocupada con el bebé, pero sí que existes. Dale un poco de tiempo, ¿vale? Hasta que se habitué un poco a los horarios de Toni.

—Ya no me quiere —protestó el niño, entristecido.

—Claro que te quiere, todos te queremos mucho, David.

—Pero queréis más a Toni que a mí.

—Son amores diferentes, Toni es nuestro hijo, es un amor de padres. Pero tú siempre serás como un sobrino, te queremos mucho, David, créeme.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Ven aquí, campeón.

David se abrazó a Héctor, este le estrechó entre sus brazos, sabía que el niño se sentía un poco desplazado ahora que el bebé ocupaba todo el tiempo de Susana. Tendría que hablar con ella para que de vez en cuando le hiciera un poco de caso. No quería que David se sintiera así, era solo eso, un niño y no entendía todavía muchas cosas.

En ese momento bajó Melania y les observó, estaba agradecida porque después de todo lo que había sucedido Héctor se portara tan bien con su hijo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Exaltación de la amistad? —inquirió divertida.

—Eso mismo —respondió Héctor.

—¿Qué es eso?

—Nada, cariño —dijo su madre—. ¿Te pasa algo?

—Es que todos queréis más al pequeño Toni que a mí.

—¿Pero que tonterías son esas? —preguntó su madre mirando a Héctor que enarcó sus cejas en señal de que era un gran problema.

—Siempre que venimos a casa subes a verle.

—Claro, cariño... por cortesía, y a ver a Susana. Para hablar con ella de

cosas de mamás. Pero yo al único niño que quiero es a ti.

—¿De verdad?

—Por supuesto, cariño, eres mi hijo...

David se abrazó a su madre y al final sonrió.

Susana bajó tras haber dejado a Toni en la cuna dormido y vio a David compungido.

—Hola, cielo, hoy no has subido a verme, ¿te pasa algo?

—¿Ya no me quieres? —preguntó directo el niño.

—¿Cómo no voy a querer a mi chico favorito? ¿Por qué me preguntas eso? Claro que te quiero. Muchísimo.

—Es que como siempre estás con Toni...

—Claro cariño, porque Toni es un bebé, ahora me necesita porque él no sabe comer solo, ni vestirse, no sabe ir a hacer pis ni caca solo, por eso estoy tanto tiempo con él, pero eso no significa que a ti no te quiera. Ven aquí, mi niño —dijo abrazándole—. Tú eres mi chico favorito y eso nunca va a cambiar. —Le besó varias veces para que David se diera cuenta de cuánto le quería y el niño comenzó a reírse cuando le hizo cosquillas.

—¡Oye, oye! ¡Ya está bien! ¡Que estoy yo delante! ¡Cortaos un poco! —les recriminó de broma Héctor.

—Yo no soy, es ella. Es que tu chica es un poco sueltecilla —dijo David de broma.

—Ya la veo, ya —dijo con retintín Héctor—. Tú y yo hablaremos —dijo de nuevo con una mirada que intentaba ser intimidatoria.

—De acuerdo —respondió ella siguiéndole el juego.

Pasaron el resto de la tarde juntos. Toni se despertó y David lo cogió ayudado por su madre, no le gustó mucho la experiencia, pero lo hizo porque Susana se lo pidió y él lo aceptó por ella.

Melania inmortalizó el momento y quiso ponerlo de fondo de pantalla, su

hijo y el hijo de la mujer que la había ayudado y se había convertido en una gran amiga, su mejor amiga.

Después de cenar se marcharon a casa, David un poco más animado porque había recuperado al menos el cariño de Susana, Melania porque de nuevo sentía que tenía una familia, unas personas que, aunque no eran sangre de su sangre, poco a poco se habían convertido en gente importante con la que contar, en un apoyo en su día a día y sobre todo porque sabía que a su hijo no le faltaría nunca ese cariño que tanto ansiaba y necesitaba para ser feliz.

Capítulo 30

Los días de baja paternal tocaron a su fin y Héctor tuvo que reincorporarse al trabajo, fue un fastidio, pues le encantaba estar al lado de su hijo y de Susana. Toni era un niño buenísimo, apenas daba guerra: comía y dormía casi todo el tiempo a excepción de cuando venían las visitas, que estaba encantando de pasearse de unos brazos a otros.

El primer día que Héctor regresó estaba agotado, había tenido que quedarse por la tarde para una operación importante y había echado de menos al pequeño Toni. En cuanto entró por la puerta, saludó a Susana con un efusivo beso y subió a la habitación del bebé a observarlo. Esperó pacientemente a que el niño se despertara y lo cogió en brazos. El solo hecho de cogerlo le reconfortó e hizo que la tensión acumulada del día se desvaneciera.

—Mi niño, te he echado tanto de menos...

—Muy bonito —le recriminó Susana—, ¿y a mí no?

—A ti también, cariño.

—Ya, sí a mí también... —dijo un poco molesta.

—Lo siento, no te enfades. —Se acercó a ella y la besó con ternura—.

También te he echado de menos, no me malinterpretes, por favor. Pero necesitaba tener a este pequeñajo en brazos. Me transmite tanta paz...

Susana dejó el tema, aunque no podía olvidar que no le habían sentido muy bien esas palabras, sabía que, en el fondo, no habían sido mal intencionadas.

Después de darle de mamar, se lo entregó a Héctor para que le bañara. Entendía que a él le encantaba hacerlo y mientras ella bajó a preparar la cena.

Esperó pacientemente, pero al ver que no bajaba, subió a buscarlo, lo que se encontró fue a Héctor en la cama de ambos, dormido con Toni encima suyo, también dormido. La estampa era digna de observar. Bajó a la cocina para coger el móvil e inmortalizar el momento. Subió despacio, no quería despertar a ninguno de los dos, les hizo la foto y les observó de nuevo. La verdad es que tenían un cierto parecido al dormir, no se había dado cuenta, el mismo gesto de la cara, los labios... sin querer, sonrió.

Estuvo tentada a dejarlos durante toda la noche, pero no era lo correcto, Toni tenía que dormir en su cuna y Héctor tenía que cenar.

Cogió al niño de los brazos de su padre y este se despertó. Sin embargo, el bebé ni se inmutó.

—Lo siento, no quise dormirle en mis brazos... —susurró él.

—Tenemos que cenar y sabes que tiene que dormirse solo, Héctor, si le acostumbramos a dormir en brazos... —le recriminó, aunque en tono conciliador.

—Sí, lo sé, tienes razón, no volverá a ocurrir. Te lo prometo.

—Vale, bajemos y cenemos algo rápido. Se te ve agotado.

—Lo estoy, ha sido un día muy complicado.

Cenaron rápidamente y los dos se acostaron. Se besaron y se durmieron abrazados.

Los días pasaban muy deprisa, Héctor estaba deseoso de regresar a casa y poder estar más tiempo con Susana y con Toni, el cual cada vez estaba más despierto. Ya reía y prestaba más atención a las cosas. Para su padre era alucinante lo mucho que cambiaba día tras día. A Susana no le parecían tan evidentes, pues se pasaba todo el tiempo con su hijo, disfrutaba de todos esos cambios y le veía crecer.

Melania y David también acudían a ver al pequeño Toni. Aunque el niño aún no se había adaptado del todo a tener que compartir a Héctor y a Susana, ya se había hecho a la idea, de que había otro niño en su vida, un pequeñajo al que pronto tendría que soportar, pues de momento no prestaba mucha atención.

Llegó el día de la reincorporación de Susana al trabajo, no sabía cómo se había pasado el tiempo tan rápido y aunque habían barajado la posibilidad de pedir una excedencia, en verdad necesitaba trabajar. Le encantaban los niños y criar a su hijo era estupendo, pero estar todo el día metida en casa o como mucho salir al parque a veces era un poco asfixiante. Ella necesitaba algo más de acción. Por eso, habían decidido llevar a Toni a una guardería. Aunque a Héctor no le hacía mucha gracia y habían discutido por ello, al final había cedido.

Tras dejar al pequeño Toni en la guardería, los dos se encaminaron a la clínica; todos sus compañeros, al verla, se interesaron por su pequeño y así, después de un rato, comenzó de nuevo su trabajo. El día fue indudablemente duro para Susana, pero estuvo encantada de poder retomar su vida como pediatra y no solo como madre.

Una vez finalizada la jornada, recogieron al pequeño Toni de la guardería y regresaron a casa.

Poco a poco, se fueron adaptando a su nueva vida, la guardería, el trabajo y las tardes con el pequeño Toni. Parecía que todo marchaba de maravilla, pero como si el destino quisiera jugarles una mala pasada, una noche, cuando ambos estaban prodigándose miles de caricias, el teléfono de Héctor sonó para interrumpir ese momento tan íntimo.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó un poco molesta ella.

—Es mi madre... —dijo él mirando la pantalla—. Tengo que contestar.

Se levantó como un resorte y estuvo asintiendo a todo lo que ella le decía. Parecía nervioso, pues se movía de un lado a otro de la habitación. Cuando colgó Susana le miró inquisitiva.

—¿Qué ha pasado?

—Es mi padre, ha sufrido un infarto. Está ingresado en el hospital de Valdecilla. Voy a vestirme y me iré ahora mismo. Tus padres están con mi madre en estos momentos.

—Dios mío —exclamó Susana llevándose la mano a la boca—. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, quédate con Toni, mañana si quieres lo dejas en la guardería y después te acercas, ¿vale?

—Claro, cariño. Pero infórmame de cualquier cambio...

—De acuerdo.

Héctor se puso unos vaqueros y una sudadera, se calzó unas deportivas y dándole un beso, se despidió de Susana. Se le veía nervioso, no era para menos. Aún no sabía muy bien el estado real de su padre, solo lo poco que le había dicho su madre, aunque él iba a averiguarlo. Contaba con la ventaja de que en el hospital tenía a gente conocida, sus antiguos compañeros que seguramente le informarían a la perfección.

Cogió el coche y se dirigió hasta su destino, nervioso. Al llegar, buscó a su madre y tras abrazarse a ella, solicitó la presencia de uno de los médicos de urgencias, su antiguo jefe. Al comentarle que era él quién le llamaba, no tardó ni quince minutos en personarse.

—¡Héctor, me alegro verte! Bueno, tú ya me entiendes... —dijo estrechándole entre sus brazos.

—Lo sé... ¿Qué puedes decirme de mi padre?

—Está estable, ha sido un infarto, es seguro que habrá que hacerle un

bypass. Pero hasta mañana que no tengamos todas las pruebas no puedo confirmártelo.

—¿Podré estar en la cirugía?

—¿Estás seguro, Héctor? Sabes que no es aconsejable cuando se está tan unido sentimentalmente al paciente.

—Lo sé, puedo hacerlo, en serio. Aunque es posible que Mario no me deje estar en la intervención.

—Es mi quirófano, que le den a Mario. Si quieres estar, estarás — resolvió Santiago con firmeza.

—Gracias, Santiago, te lo agradezco mucho.

—No tienes nada que agradecerme, Héctor. Tú y tu familia tenéis que descansar ahora, tu padre está sedado, nada podéis hacer aquí.

—¿Puedo entrar a verlo?

—Claro...

Héctor siguió a su antiguo jefe por el pasillo y tras ponerse una bata, mascarilla y un gorro, entró en la UCI. Él conocía el proceso de los pacientes que pasaban por un infarto y que estaban pendientes de una operación, pero ver a su padre conectado a varias máquinas era impactante. Tomó aire y lo soltó lentamente.

—Hola papá, soy yo... —dijo con la voz tomada—. Todo va a salir bien. Lo sabes, ¿verdad? —Estaba sedado y no podía responderle, pero él seguía hablándole. Necesitaba hacerlo.

Durante unos minutos más permaneció a su lado. Pero las ganas de llorar le invadieron y decidió salir de la sala para recomponerse, era la primera vez que el miedo se apoderaba de él. Conocía los riesgos de la operación y, aunque su padre no era un hombre mayor y su estado de salud no era malo, siempre cabía la posibilidad de que algo fallara. Respiró hondo varias veces y se armó de valor antes de acudir a la sala de espera junto con su madre y los

padres de Susana. Mantuvo la calma y les instó a ir a su casa a descansar, pero ninguno de los tres aceptó la propuesta, querían estar en el hospital.

La noche se antojó eterna para todos, visitaron en varias ocasiones la cafetería, pasearon por los pasillos y charlaron para paliar las horas.

A las ocho de la mañana apareció Susana. Había dejado al pequeño Toni en la guardería y había pasado por la clínica para hablar con sus superiores. Héctor también había llamado a sus jefes para informarles de lo sucedido.

Abrazó primero a Héctor, el cual la recibió cansado y desganado, para después dirigirse a Clara y a sus padres.

—¿Qué sabemos?

—Seguramente tengan que hacerle un *bypass*. Estoy esperando a que Santiago me dé novedades —expuso Héctor sin muchas ganas.

Susana no entendía muy bien su actitud, pero no quiso darle mayor importancia, entendía por lo que estaba pasando. Su padre había sufrido un infarto y su vida corría peligro, ahora su mayor prioridad era él.

Después de esperar una hora más, Santiago hizo su aparición. Saludó con amabilidad a Susana y después les afirmó que tras pasar una noche estable y realizarle unas pruebas, efectivamente el tratamiento a realizar era el *bypass*. Iban a preparar el quirófano para intervenirle de inmediato.

—¿Entrarás? —le preguntó el jefe de cirugía.

—Si aún está en pie la oferta...

—Por supuesto.

—Entonces cuenta conmigo.

—Te doy cinco minutos, ya sabes dónde está todo.

Santiago se despidió de los familiares y Héctor iba a hacerlo cuando Susana le interceptó.

—¿Crees que es lo apropiado?

—¡Es mi padre! Haré todo lo posible para estar a su lado.

—Lo sé, pero no has dormido nada en toda la noche, Héctor. Sé que crees que puedes ayudar, pero opino que no vas a ser de mucha ayuda...

—Déjame que yo lo decida.

—¡Está bien! Espero que todo salga bien.

Ni siquiera dejó que Susana le diera un beso, se despidió de su madre y se marchó al quirófano.

Susana se quedó al lado de Clara y sus padres, callada, enfadada por la actitud de Héctor, aunque decidió no decir nada al respecto. Cuando todo volviera a la normalidad ya tendría tiempo de decírselo.

Héctor entró en el quirófano y se preparó para la operación. Estaba cansado, pero estaría al pie del cañón, ayudando a Santiago en todo lo que este pudiera necesitar y dando apoyo al resto de su equipo, como uno más.

La operación fue larga y Héctor no estuvo muy lúcido. En todo momento Santiago fue el que dirigió la operación, si por él hubiera sido, la vida de su padre habría estado en serios problemas. Tenía que dar gracias de que todo hubiera salido bien.

—Lo siento, Santiago, no he estado acertado.

—Tranquilo, es normal. Es tu padre, no has dormido nada en toda la noche, los nervios, el estrés... Lo importante es que todo ha salido bien y en unos días tu padre estará como nuevo.

—Gracias, de corazón.

—Es mi trabajo.

—Lo sé, aun así, gracias por tu ayuda.

—De nada, ahora ve con tu familia y dales la buena noticia.

Héctor salió del quirófano, se aseó un poco y corrió con su familia, tenía que contarles que todo había salido bien, sobre todo a su madre.

En cuanto les vio, no pudo resistir las ganas de abrazarles, se lanzó a estrechar a su madre entre sus brazos. Ese gesto no le pasó a Susana

desapercibida, sabía por la cara de felicidad que él traía que la operación había sido un éxito y en parte entendía que fuera a ella a quien primero quisiera abrazar, pero sintió de nuevo esa punzada de dolor, como cuando se había ido despreciando su beso. Tras un largo abrazo con su madre, se abrazó a ella, pero Susana estaba tensa, no pudo evitarlo, estaba enfadada con él. Héctor lo notó y se soltó rápidamente. A continuación, se estrechó en un cariñoso abrazo con los padres de ella. Todo era una fiesta hasta que apareció Mario, con esa sonrisa maligna.

—Pero, ¿a quién tenemos aquí? Toda la familia feliz al completo... —dijo con sarcasmo—. Ya me he enterado que has entrado en mi quirófano sin mi permiso y que no has estado muy brillante que digamos, pero claro, nunca fuiste mi mejor cardiólogo. Por eso ya no estás en este hospital y estás en la Clínica Mompía.

El humor de Héctor cambió de alegría a furia apretando sus puños y cuando iba a contestarle, Susana le agarró del brazo para impedirselo.

—No merece la pena —susurró.

—Señoras, señorita... les invito a un café —dijo con chulería.

—No, gracias —contestó Susana.

—A mí no me vendría mal uno —expuso la madre de Susana.

—¡Mamá! —inquirió enfadada Susana.

Mario la agarró del brazo satisfecho y Susana, al final, mirando a Héctor en señal de indecisión, acompañó a su madre y a Mario a tomar el café.

Héctor les siguió con la mirada, no se fiaba de ese hombre. Incluso en el ascensor, pudo observar a través de los cristales cómo Mario se acercaba a su novia más de lo que le hubiera gustado. Incluso podría afirmar que la había rozado la mano y ella... ¿le había sonreído? Su humor cambió para peor. Su madre le preguntó qué le pasaba, pero él no contestó, solo protestó que estaba cansado y que se iría a casa a ducharse para volver en unas horas, que eran

las que tardarían en sacar a su padre de la UCI. Y sin despedirse de Susana, así lo hizo.

Cuando ella volvió con su madre, se encontró que Héctor se había ido sin decirle nada. Le llamó, pero ni siquiera se molestó en coger el teléfono.

A la hora de comer, él no había aparecido por el hospital y ella decidió salir a recoger a Toni. Se despidió de sus padres y de Clara con la mejor de sus sonrisas, ellos no tenían la culpa de la actitud de su pareja.

Se dirigió a la guardería a recoger a su pequeño y después a casa. Esperaba encontrarse con Héctor y hablar de lo sucedido, pero no tuvo suerte. Al llegar no había ni rastro de él. Le llamó al teléfono, pero lo tenía apagado. Estaba muy enfadada, su actitud estaba siendo muy infantil. Sabía que no estaba pasando por un buen momento y quizás el hecho de irse a tomar café con Mario no había sido la mejor decisión, pero no quería dejar a su madre sola con ese capullo, por eso le había acompañado. Solo habían sido diez minutos y él había desaparecido, sin decir ni una palabra.

Después de dar de comer a Toni, le acostó en la cuna y decidió comer algo ella, pero apenas probó bocado, tenía el estómago cerrado. Al final probó otra vez a llamar a Héctor, pero seguía con el teléfono apagado. Desesperada, llamó a Lara.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Hola, guapa, no muy bien...

—¿Qué te pasa?

—El padre de Héctor ha sufrido un infarto.

—Sí, lo sé, está en el hospital, me lo dijo Santiago. Le han operado esta mañana. Me ha dicho que ha salido todo bien, luego me paso a verlo, que entro de noche.

—¿Te he despertado?

—No, tranquila...

—El caso es que Héctor lleva raro conmigo desde que se ha enterado y para colmo ha aparecido Mario con sus gilipolleces y nos ha invitado a tomar café, y mi madre ha aceptado. Al final he ido con ellos. Cuando he vuelto, Héctor había desaparecido, Clara me ha dicho que se había venido a casa a descansar, pero cuando he llegado de recoger a Toni no estaba. Le estoy llamando al móvil y lo tiene apagado. No sé qué hacer, Lara...

—En primer lugar, tranquilízate, estás muy alterada. En segundo lugar, dale un poco de tiempo, está enfadado seguramente por lo de Mario. Llámale esta tarde y si no te contesta habla con su madre. Si no, después pasa por el hospital, avisa a tu madre y que se queden con el niño. Pero ahora descansa un poco.

—Tienes razón, eso haré. Gracias, Lara. Eres una gran amiga. Te quiero.

—Yo también.

Susana colgó el teléfono y decidió tumbarse un poco en la cama. El cansancio y los nervios hicieron que se quedara dormida con bastante facilidad.

Capítulo 31

Se despertó a las cuatro y media de la tarde, había descansado poco, con pesadillas perturbadoras que apenas le habían dejado conciliar el sueño. Miró el móvil y no tenía noticias de Héctor. Fue a la habitación de Toni que descansaba plácidamente, le observó y sonrió. Era su vida, su vía de escape, tan perfecto, tan inmaculado, que sin pensar en nada más, se quedó mirándole dormir, ajena a todo lo demás. Hasta que el bebé balbuceó y abrió lentamente los ojos, la vio y dibujó una tenue sonrisa, extendiendo sus brazos para que le cogiera. Pese a su corta edad, era un niño bastante despierto.

—Hola, mi vida, mamá ya te coge. Estamos solos, no sé nada de papá, pero ahora lo único que me importa eres tú, precioso. Vamos a revisar este pañal, que parece que está un poco sucio y después vamos a preparar la papilla de frutas. ¿Te parece bien?

Susana le besó en la frente, estrechándole entre sus brazos para sentirle cerca de ella. Lo necesitaba, estaba nerviosa y enfadada con Héctor, pero al sentir a su hijo cerca, se olvidó de todo. El bebé no tenía la culpa y no dejaría que él notara su estado de ánimo.

Lo tumbó en el cambiador haciéndole carantoñas y tras cambiarle el pañal, le puso en el parque para prepararle la papilla. Miró varias veces el móvil en busca de una señal de Héctor, pero nada. Le mandó un mensaje, pero no obtuvo respuesta como ya se imaginaba y continuó haciendo la papilla.

Una vez terminada, cogió a Toni, le sentó en la trona de la cocina y

comenzó a dársela con muchas carantoñas, pues no le gustaba en exceso la misma.

—El avión con destino al aeropuerto Toni va a tomar tierra... —decía con la cuchara en mano intentando que el niño abriera la boca, pero este se negaba a hacerlo a la tercera cucharada—. Vamos, tesoro, no hagas que mamá se enfade.

Al final optó por coger la tablet y poner los famosos *cantajuegos* y animar así el ambiente. Al final, cantando al ritmo de la música, consiguió que el bebé terminara toda la merienda.

—Mi campeón se ha comido todo —concluyó besando su frente y limpiando con una toallita su cara manchada—. Ahora nos iremos a dar un paseo y después nos acercaremos al hospital a ver al cabezón de tu padre.

Recogió todo y, tras cambiarse de ropa y también poner otra ropa al pequeño Toni, salió de casa. Decidió ir en coche hasta el hospital, llamaría a su madre, daría un paseo con ella y después entraría a hablar con Héctor. Estaba cansada de su actitud.

Estacionó el coche en el hospital con tan mala suerte que tuvo que toparse con la única persona que desearía no haberse encontrado: Mario.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Te ayudo?

—Mario, no hace falta, soy una mujer autosuficiente —le dijo, pero él ya estaba sacando la sillita del bebé.

—Precioso bebé. Pero estoy seguro de que el nuestro hubiera sido aún más guapo.

—Lo dudo. Ahora, si me disculpas... —Susana se la arrebató con rabia de las manos.

No se dignó ni a mirarlo a la cara ni mucho menos a darle las gracias. Cogió la silla y siguió su camino. Héctor estaba fuera y observó la escena. No podía creerse que después de todo lo sucedido Susana aún siguiera

manteniendo conversación y se dejara ayudar por aquel malnacido, ¿es que aún se sentía atraída por él? Eso le enfureció más. Estaba muy frustrado, su padre evolucionaba despacio, la operación había salido bien, pero no avanzaba al ritmo que esperaba y encima Susana estaba coqueteando descaradamente con su ex. Quería decirle lo que pensaba de la situación, pero no quería montar un espectáculo, por lo que decidió entrar y olvidarse del tema, ya hablaría con ella cuando su padre mejorara.

Susana llamó a su madre, la cual salió de inmediato para ver a su nieto y a su hija.

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté, mamá? No entiendo qué le pasa a Héctor.

—Está muy agobiado con todo lo de su padre.

—Y yo qué culpa tengo...

—No se lo tengas en cuenta... A veces pagamos nuestra frustración con quien menos tiene la culpa, créeme, lo sé de buena tinta. ¿O crees que tu padre y yo siempre hemos sido felices sin ningún problema? Tu padre ha tenido problemas con sus destinos y hemos tenido nuestras discrepancias como todas las parejas, pero las hemos superado, en eso se basan las relaciones de pareja, en superar todos los obstáculos.

—Lo sé, mamá...

—Tienes que estar a su lado, te necesita...

—¿Te quedas con Toni?

—Claro, cariño. Ve con él. Su padre no está todo lo bien que debería, la operación ha salido bien, pero aún no ha despertado. No sé qué problema ha habido.

—Gracias, te quiero.

—Dile a tu padre que salga un rato. Le vendrá bien despejarse.

—Vale.

Susana entró al hospital, Clara y Héctor estaban sentados, con la mirada perdida. El padre de Susana estaba agarrando la mano de Clara. Al verla sonrió a su hija.

—Hola... —susurró ella nerviosa.

Héctor la miró con cara de enfado.

—Hola, cielo, ¿cómo está el pequeño Toni? —preguntó Clara agotada.

—Muy espabilado, está fuera con mi madre. Quizás deberías salir a que te diera un poco el aire, así le verías un poco. Papá, mamá me ha dicho que salgas también un rato.

—Claro, cariño. Me vendrá bien estirar un poco las piernas. Héctor, Clara... Si me disculpáis...

—Luis, espera, voy contigo. Me vendrá bien un poco de aire puro... Héctor, hijo, llámame si hay algún cambio.

—Claro, mamá.

Clara se despidió de su hijo y de Susana, les dejó a los dos en un incómodo silencio. Susana suspiró un par de veces, quería reprocharle lo mal que se había portado con ella, pero al final optó por acercarse a él y estrecharle la mano. Sabía que no era buen momento para reproches, Héctor necesitaba su apoyo.

—¡Estoy aquí, a tu lado, Héctor! No soy tu enemiga.

—No lo parece...

—Estás cansado... Deberías descansar un poco. ¿Por qué no vas a casa? Llamaré a Melania, quizás ella pueda quedarse esta noche con Toni y yo me quedaré en el hospital. Tu madre también debería irse a casa a descansar.

—¡No!

—Héctor, no seas cabezota.

—¡Es mi padre! Yo decidiré lo que debo hacer.

—Por favor...

—Su, no está mejorando... ¿Y si no sale de esta? —dijo desesperado.

—Cariño, saldrá bien, ya lo verás. —Susana le agarró la barbilla, mirándolo fijamente, sabía que en esos momentos la necesitaba y estaría a su lado.

—¿Y si no sale bien? —preguntó angustiado.

—No hay que pensar negativamente.

—Pero las probabilidades están ahí...

—Lo sé, pero hay que ser positivo. Héctor, ve a descansar, ahora todo lo ves negro porque estás cansado, por favor, descansa un poco, lo necesitas.

—No quiero irme, Su, si pasara algo...

—Por favor, te juro que, si pasa algo te llamaré de inmediato. Tienes que descansar, si pasa algo no vas a poder ayudarlo, si estás descansado podrás ser de más ayuda.

Héctor sopesó las palabras de Susana. Tenía razón. Al final cedió y la besó en los labios, un beso cálido, aunque con resentimiento por ambas partes.

—Será mejor que me vaya. Me llevaré a mi madre y creo que también a tus padres y a Toni. Así no llamaremos a Melania.

—Perfecto.

—Cualquier cambio, Su...

—Lo sé —le cortó ella—. Tranquilo, te avisaré.

Héctor salió del hospital y acudió en busca de su madre y de sus suegros, que se encontraban paseando felices con su hijo. Les explicó la decisión que había tomado y todos se marcharon a su casa.

Susana llamó a Lara. Aún no había entrado a trabajar, pero su amiga no vivía lejos de allí, por lo que decidió acercarse y hacerle compañía.

—Hola, cielo. ¿Todo bien? —le preguntó después de darle un amistoso abrazo.

—Hola, guapa. Digamos que un poco mejor.

—Me alegro. ¿Dónde está Héctor?

—Le dije que se fuera a casa. Tenía que descansar...

—Has hecho bien, ¿cómo va su padre?

—No todo lo bien que nos gustaría, la verdad. Aunque eso es lo único que sé.

—Dame cinco minutos, me entero y te cuento, ¿vale?

—Gracias, Lara.

Su amiga se marchó dejándola sola y de nuevo el insoportable de Mario apareció para nublar su mente.

—Vaya, veo que tu queridísimo novio te ha dejado sola.

—Mario, no me apetece nada, y repito, nada, hablar contigo. Lo que mi pareja y yo hagamos o dejemos de hacer no es asunto tuyo. Así que puedes marcharte por donde has venido...

—Es mi hospital, puedo estar donde quiera —dijo tajante.

—Perfecto, pero no tengo por qué hablar contigo.

—¡Zorra indeseable! —susurró con desdén.

Susana iba a decir algo, pero decidió que lo mejor era obviarlo, si no se armaría una gorda y no quería que la echaran del hospital, tenía que estar allí.

Lara regresó al cabo de un rato, la cara de Susana no era de alegría precisamente y al verla se preocupó.

—Cielo, ¿qué te pasa?

—Mario ha estado aquí.

—Lo siento, pero al menos te traigo buenas noticias. Diego ha despertado, es seguro que si todo marcha como hasta ahora, mañana le trasladen a planta.

—¡Al menos algo bueno! El sinvergüenza de Mario me llamó zorra indeseable, le hubiera dado con el tacón del zapato en la cabeza. Pero

seguramente me hubieran echado del hospital.

—Se lo merecía, pero hiciste lo correcto. Ahora tomemos un café. Después quizás deberías llamar a Héctor.

—Quiero que descanse...

—Como quieras.

Las dos amigas se marcharon a la cafetería, estuvieron degustando el café y después decidieron cenar algo, pues en breve Lara tendría que entrar a trabajar. Ella pasaría la noche en la sala de espera como le había prometido a Héctor. Sería larga, pero llevadera, gracias a que contaba con el libro electrónico que siempre llevaba consigo.

Tras despedirse de Lara, cogió un café y se dirigió a la sala de espera, allí estuvo durante horas leyendo. De vez en cuando, Lara se escapaba y le traía un café, dándole también noticias recientes sobre el estado de su suegro, todas alentadoras.

A las siete y media de la mañana, Clara, Héctor y sus padres aparecieron por el hospital, habían dejado a Toni en la guardería. Parecían haber descansado. En cambio, ella estaba agotada.

—Hola, ¿cómo está mi padre? —preguntó Héctor dándole un suave beso en los labios.

—Hola... Parece que mejor. Lara me ha informado de que ha evolucionado y que es posible que hoy le suban a planta.

Clara abrazó a su hijo emocionada. Susana se quedó observando la situación sin hacer nada. Le hubiera gustado ser ella quien estrechara Héctor entre sus brazos, pero la situación entre los dos aún seguía tirante.

—Me iré a casa a descansar un poco si no os parece mal...

—Claro, ve —dijo Héctor dándole un beso en la frente—. Descansa. Luego hablamos. Si no quieres venir luego, no pasa nada. Pasa la tarde con Toni, si quieres...

—Héctor, no me apartes de tus problemas —susurró para que sus padres y Clara no pudieran oírla.

—De acuerdo. Luego hablamos.

Susana se marchó a casa triste, aún no habían aclarado las cosas y aunque parecía que había ayudado a Héctor quedándose esa noche en el hospital para que sus padres, Clara y él descansaran, las cosas entre ellos dos aún estaban tensas y el rencor se iba acumulando.

Cogió el coche y se dirigió a casa. Cuando llegó ni siquiera se preocupó de quitarse la ropa, se descalzó y se tumbó en la cama. Allí, lloró hasta que el cansancio la sobrevino y se quedó profundamente dormida.

Capítulo 32

Los días fueron pasando. Susana se había reincorporando al trabajo mientras que Héctor había pedido una excedencia hasta que su padre se recuperase. Ya estaba mejor, pero aún no le habían dado el alta. Ellos dos no habían podido hablar y estaban bastante distanciados.

Susana pasaba por las tardes un rato por el hospital, pero no hablaban, solo visitaba a Diego, le hablaba de los progresos de su nieto y después se marchaba. Héctor pasaba todas las noches en el hospital y después se marchaba por las mañanas a descansar por lo que no coincidían juntos desde la noche en la que les dieron la noticia.

La verdad era que la situación empezaba a ser insostenible para Susana, aguantaba porque tenían un hijo en común, pero comenzaba a cansarse de la actitud de Héctor. Él no quería verla, estaba claro. Se notaba porque no hacía nada por ello, ni siquiera los fines de semana, ya habían pasado dos y no habían coincidido. Finalmente, agotada y desgastada por la tensión y la incertidumbre, Susana tomó una decisión.

El siguiente viernes por la tarde, cuando acudió al hospital se encontró con que habían dado el alta a Diego y Héctor no se lo había comunicado. Cuando le llamó, estaba de camino a Santoña.

—Héctor, tenemos que hablar... —le dijo Susana muy seria.

—Estoy conduciendo, voy con el manos libres de camino a casa de mis padres.

—Perfecto, haz el favor de llamarme cuando llegues.

—Claro.

Pero no lo hizo. Susana, después de esperar toda la tarde, decidió que lo mejor era ir a Santoña. Eran más de la diez de la noche, sabía que era tarde y que tenía más de una hora de viaje, pero estaba cansada de la actitud de Héctor, ya había aguantado mucho y estaba harta. Así que cogió algo de ropa para un día, no pensaba quedarse más, metió a Toni en la silla y se puso en camino. Llegó a casi las doce de la noche porque ella no estaba acostumbrada a conducir de noche; además estaba muy nerviosa y al ir sola con el niño, había decidido ir más despacio, extremando la precaución.

Fue directamente a casa de Clara y Diego, era tarde y era consciente de ello. Toni estaba dormido. Llamó al timbre y Clara la recibió en pijama.

—Hija, ¿qué haces aquí? —dijo alarmada—. ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada en absoluto —replicó Susana secamente—. He venido a hablar con el indeseable de tu hijo ya que parece que él no se atreve a dar la cara —dijo elevando el tono, un poco alterada.

—Susana, cielo, cálmate.

—Dile que baje, no quiero discutir en tu casa. Y hazme el favor de coger a Toni.

Héctor bajó de inmediato, seguramente al escuchar la voz de Susana o alertado por el timbre, se le notaba enfadado. No se imaginaba que ella fuera acudir a esas horas a su casa y menos con su hijo, ¡menuda insensata!

—¡Estás loca! ¿Qué narices haces aquí a estas horas? —dijo alterado.

—Hijo, cálmate. Será mejor que vayáis a la bodega. No quiero que tu padre os oiga discutir. ¡Vais a despertar al niño!, por favor...

Héctor agarró a Susana del brazo, tirando de ella para bajarla a la bodega. Ella se deshizo de su agarre y se dirigió a las escaleras, lanzándole una mirada cargada de ira.

—¡No me toques! Jamás vas a volver a tocarme, ¿lo entiendes?

—Claro, seguro que ahora te vuelve a gustar que te toque Mario, ¿no?

—¿Qué narices estás diciendo?

—Os vi el día que fuiste con tu madre, te acarició la mano en el ascensor. También te ayudó con la sillita en el aparcamiento. ¿Te estás viendo con él?

—¿Estás loco, Héctor? ¿Es eso? ¿Crees que Mario y yo tenemos algo? No me tocó aquella vez, jamás permitiría que ese asqueroso me volviera a tocar después de todo lo que nos hizo. Y lo de la sillita... para tu información, le dije que no necesitaba su ayuda, pero lo hizo igualmente. ¿Tu actitud de estos días conmigo es por eso? ¿Por algo que has creído ver? ¡Estás paranoico!

El rostro de Héctor se descompuso. Las palabras de Susana le hacían darse cuenta de la realidad.

—Yo... estaba tan frustrado por lo de mi padre, que creí... —Héctor intentó acercarse a ella, pero Susana retrocedió. Estaba muy enfadada, no le perdonaría así como así.

—Me da igual, Héctor. Estos días ni siquiera me has dado la oportunidad de ayudarte, de apoyarte. No te has preocupado ni de Toni ni de mí, no sabes cómo me he sentido, ni lo que he pasado. Me has excluido por completo de todo.

Héctor volvió a acercarse a ella. Quería acariciarla, sentirla, tenía razón. Su enfado, la rabia que sentía por la situación de su padre, la impotencia y la tensión le habían cegado y se había cerrado en banda, sin darse cuenta que le había hecho daño.

—Lo siento, Su...

—No me vale un «lo siento», Héctor. Ya no. He venido para decirte que quiero que recojas tus cosas y te mudes, será mejor que nos demos un tiempo.

—¿¡Qué!?! No puedes hacerme esto, Su, por favor...

—Nos has ignorado durante todo estos días, no creo que seamos tan

importantes para ti. Sé que tu padre está enfermo, lo entiendo, pero en vez de apoyarte en mí y dejarme que te ayudara, en vez de permitir que formara parte de tu vida, te has ido, solo, y nos has dejado fuera. Lo siento, Héctor. Mi paciencia tiene un límite.

—Su...

—Adiós, Héctor.

Susana subió de prisa las escaleras, no quería llorar, pero las lágrimas brotaron de sus ojos sin poder detenerlas. Clara estaba con la Maxi-Cosi de Toni el salón. Susana se la arrebató y salió sin despedirse de su casa dirección a la de sus padres.

Héctor subió después de unos minutos con los ojos llorosos al salón, donde una Clara atónita le esperaba.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—Me ha dejado.

—Seguro que lo arreglaréis. Dale tiempo.

—Soy un capullo, mamá. La he perdido porque soy un verdadero capullo.

Su madre le abrazó y Héctor lloró desconsolado. La daría tiempo, Susana era muy temperamental, pero intentaría enmendar su error. Aunque le costara la misma vida, no perdería a la mujer de la que estaba enamorado.

Susana llegó a casa de sus padres desolada y llamó a la puerta. Su padre, al verla, ni siquiera le preguntó qué pasaba, la estrechó entre sus brazos, dejó al pequeño Toni a su mujer y la acompañó hasta su habitación.

—Cariño, descansa. Mamá y yo nos encargamos de Toni.

Susana, después de llorar durante horas, consiguió dormir un rato. No fue mucho, pero pudo descansar un poco. Se despertó a las nueve de la mañana, cansada y decepcionada. Su nueva vida comenzaba, una complicada, con un bebé de cinco meses y otro en camino, del que nadie hasta ahora

conocía su existencia más que ella misma. Pero lo afrontaría sola, no se echaría atrás con su decisión.

Se levantó y bajó a la cocina, donde sus padres jugaban con el pequeño Toni.

—¿Quieres contarnos qué ha pasado? —inquirió su madre.

—He dejado a Héctor —respondió con firmeza.

—¿Puedo preguntar por qué? —quiso saber Piedad.

—¿Te parece poco todo lo que he tenido que aguantar estos días, mamá?

—Creo que no estás siendo justa con él, ha sufrido mucho por su padre.

—Piedad, no te metas en asuntos de pareja o saldrás escaldada —intervino Luis—. No somos nadie para juzgar sin conocer todos los detalles. Creo que Héctor ha sufrido mucho con la enfermedad de su padre, pero también soy consciente de que nuestra hija ha querido estar a su lado y él apenas se ha preocupado de ella ni de tu nieto, su hijo. Así que lo siento, no estoy de acuerdo contigo. Pero tampoco voy a discutir, ni voy a juzgar a nadie. Solo ellos dos saben lo que hay detrás de todo esto. Debemos respetar su decisión. Ahora, cariño, ¿qué quieres desayunar?

—No tengo hambre. Me voy a casa.

—¿No quieres quedarte?

—No, lo siento...

—¿Vas a estar bien? —inquirió su padre preocupado.

—Sí. —Se llenó los pulmones de aire, intentando fortalecerse—. Lo estaré.

Piedad seguía molesta con su marido y su hija. Se había puesto a favor de Héctor y no respetaba la decisión de Susana, por eso no dijo nada. Se limitó a entregar al bebé a Susana y a despedirse de ella con un gesto de la cabeza. Luis la miró con desdén, pero no dijo nada.

Susana besó a su padre y se marchó. Condujo hasta su casa, agotada.

Cuando llegó le hubiera gustado acostarse, pero su hijo estaba lleno de energías y tuvo que jugar con él un rato. A la hora de comer, su estómago decidió revolverse, por lo que tras vomitar la cena del día anterior y dar de comer a su pequeño decidió tumbarse un rato.

Se despertó al escuchar la puerta cerrarse de golpe. Suspiró, nerviosa. Sabía que sería Héctor. No estaba preparada para enfrentarse de nuevo a él. Pero se sorprendió cuando él ni siquiera la miró.

—Solo vengo a recoger mis cosas tal y como me has pedido.

El corazón se le encogió al oír esas palabras. Realmente era lo que ella le había dicho, pero esperaba por un momento que él insistiera para hablar del tema.

Se levantó de la cama, las piernas le temblaban y llegó al baño casi a tientas para expulsar el resto de comida que aún tenía en su estómago. Se encerró en el cuarto de baño y lloró. Sabía que esa situación la había provocado solo ella, pero no podía soportarla, creía que el corazón le iba a estallar de un momento a otro de lo acelerado que latía, hasta que oyó de nuevo un sonoro portazo y supo que Héctor se había marchado de casa. En ese momento su mundo se vino abajo. Ahora ya no había vuelta atrás. Jamás volvería, su estúpido orgullo, sus palabras, le habían llevado para siempre a la soledad, había perdido al amor de su vida.

Sentada en el suelo del baño, con el corazón roto en mil pedazos, lloró hasta que escuchó a su hijo llorar desconsolado. Solo en ese momento fue consciente de que su vida no podía pararse. Había alguien que la necesitaba, su hijo, y tenía que seguir adelante. Se levantó como pudo, se lavó la cara, sacó las fuerzas necesarias y se encaminó hacia la habitación de su pequeño.

—Mi vida, lo siento, mamá ya está aquí.

Lo cogió de la cuna y le meció para que el bebé se sosegara. Estaba desconsolado, el pobre Toni llevaba un rato llorando y ella no se había

percatado.

—Lo siento tanto, mi vida... —le susurraba acariciando su cabeza para que se calmara.

El bebé al cabo de un rato se tranquilizó. Ella también estaba menos alterada, ambos se habían reconfortado el uno al otro.

Como caída del cielo apareció Melania esa tarde. Al verla con esa cara de pena, decidió llamar a Lara. David jugaba con el pequeño Toni mientras ellas charlaban en la cocina de lo ocurrido.

—Cielo, todo va a salir bien, ya lo verás... —dijo Melania tras contarle Susana lo ocurrido a las dos.

—Estoy embarazada... —fue su alegato final.

—¡No me jodas! —vociferó Lara.

—Tita Lara, eso es un taco —chilló David desde el salón.

—Lo siento, cielo, es verdad, se me ha escapado —expuso muy digna Lara—. ¿Pero vosotros no sabéis lo que son los condones? —inquirió bajando la voz.

—Siempre quisimos tener más de un hijo. No queríamos esperar mucho tiempo. Ya tenemos una edad.

—Ya chica, pero no sé, podríais haber esperado un poco más.

—No ha sido buscado, pero tampoco pusimos medios, eso es cierto.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Melania.

—Tenerlo, por supuesto.

—¿Sola? —volvió a inquirir.

—Se lo diré más adelante, no voy a excluirle porque es su hijo o hija, pero lo tendré. Si no quiere formar parte de esto, no me importa.

—Vaya, Susi, eso es muy valiente por tu parte —dijo Lara.

En aquel momento, David se acercó a ellas con cara de circunstancias.

—Tita Susi, creo que Toni se ha *cagao*...

—Vale, cielo, ya le cambio. Gracias.

—¿Dónde está el tito Héctor?

—¿Recuerdas que su papi esta malito? Pues está cuidándole —le dijo su madre.

—¡Ah, vale! ¿Y cuándo se pondrá bueno su papi? Es que tengo muchas ganas de verle.

—Ya, cariño. En cuanto le vea se lo diré, ¿vale?

—Gracias, Susi. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida. Voy a cambiar al cagoncete.

Susana cogió a Toni y subió a cambiarle, apenas al tener que mentirle a David. Cuando volvió a bajar, siguió charlando con sus amigas, que la acompañaron hasta la hora de cenar, insistiendo en que comiera algo y después se marcharon.

La noche se la antojó eterna. Apenas pudo pegar ojo, pero al final, consiguió dormir algo.

Héctor en cambio apenas durmió. Se había ido a un hotel. No sabía qué hacer para recuperar a Susana, ni siquiera sabía cómo hablar con ella para concertar las visitas para ver a su hijo. Aquella situación le superaba por completo. Jamás se había visto en algo así.

Al entrar en su casa y verla se le había partido el corazón. Quiso acercarse a ella, abrazarla, hacerla entrar en razón. Entonces ella se había encerrado en el baño y supo que no saldría hasta que se marchara. Muy a su pesar tuvo que irse, no sin antes abrazar a su hijo y dejarlo llorando, desconsolado. Eso le había roto el corazón. Había hecho las cosas muy mal. Los celos le habían cegado de tal manera que no había visto más allá. El cansancio y la preocupación por la enfermedad de su padre tampoco habían ayudado, habían nublado su mente y la tensión había sacado lo peor de él. Actuó de manera irracional. Y ahora, tenía que pensar fríamente cómo volver

a recuperar a la mujer a la que amaba y a su hijo.

Tras horas y horas dando vueltas en la cama, se duchó y se marchó a la clínica, aún no era la hora de entrada, pero al menos adelantaría trabajo atrasado y se pondría al día, algo tenía que hacer para dejar de pensar en Susana.

Susana, por su parte, dejó a Toni en la guardería un poco antes y fue a la clínica, ese día tenía su primera ecografía. Pero al encontrarse con Héctor se le paró el corazón. No sabía cuándo se reincorporaba y justo tenía que ser ese día. Parecía que el destino le había jugado una mala pasada.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Va todo bien? —le preguntó Héctor.

Ella tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí, Héctor, va todo bien. Si me disculpas, tengo trabajo. Que tengas un buen día.

Ella salió airosa de la situación, se escabulló como pudo de él y se dirigió a la sala de ecografías dando un rodeo para que él no la siguiera. Al entrar le pidió a la chica encargada de las ecografías que mantuviera en secreto su identidad.

—Te ruego que de momento no digas quién es la paciente. Héctor no sabe que estoy embarazada y quiero que siga sin saberlo.

—Susana, no sé...

—Por favor.

—Está bien.

Realizó la ecografía y le confirmó que estaba de ocho semanas. Escucharon el latido cardíaco y pudieron ver el movimiento embrionario. Luego fue citada para la siguiente ecografía, cuatro semanas después.

—Gracias, Mar.

—Nos vemos, Susana. Pide cita para la consulta del ginecólogo.

—Así lo haré.

Susana salió de la sala comprobando que Héctor no estaba por los alrededores y se puso a trabajar como si nada de lo que acababa de pasar fuera con ella. Mejor no pensar por el momento. A partir de entonces iba a tener mucho tiempo para meditar sobre el futuro.

Capítulo 33

Susana y Héctor se habían acostumbrado a no encontrarse mucho en la clínica, se evitaban bastante bien y aunque cuando se encontraban eran cordiales, ya todo el mundo sabía que no estaban juntos. Él seguía dejándole su espacio. Aunque pensaba en cómo recuperarla, no se atrevía a dar ese gran paso por miedo a equivocarse y ella ya no esperaba nada de él desde el momento en que se marchó de casa. Habían establecido un horario para las visitas de Toni, cada fin de semana le tenía uno y entre semana, casi siempre era Susana quién se encargaba de él, aunque de vez en cuando, Héctor pasaba a verle y disfrutaba alguna tarde con el pequeño.

Susana seguía bastante revuelta con el embarazo. En el trabajo intentaba disimularlo y casi ningún compañero se había dado cuenta de ello.

Ni el ginecólogo que llevaba su embarazo ni la matrona tenían permiso para decir nada a nadie de su embarazo, así se lo había dicho Susana y ambos así lo habían respetado, aunque no les parecía justo para Héctor.

Susana ya se encontraba en su tercer mes de gestación. No había cogido apenas peso, pues sus náuseas eran continuas, no comía mucho y todo lo que ingería lo vomitaba.

David tenía revisión ese día con Héctor y, como todo niño que escucha una conversación indebida en un momento no apropiado, se le fue la lengua cuando vio a Héctor.

—Hola, colega. ¡Cuánto tiempo! —dijo Héctor chocando su mano.

—¿Tu padre ya está bueno? Susi me dice que sigue enfermo cada vez

que voy a vuestra casa.

A Héctor se le partió el corazón.

—Bueno, está aún convaleciente, pero está mejor, gracias. Veamos cómo estás tú, campeón.

—Yo muy bien. Pero tú deberías preocuparte un poco más por Susi, no hace más que vomitar, cada vez que voy a vuestra casa tiene que ir varias veces. Creo que ha pillado algo, pero mi madre dice que es por el bebé.

Héctor no supo qué decir. Estaba sin palabras. Melania no había entrado en la consulta porque David había insistido en que ya era mayor y no podía preguntarle, pero en cuanto terminara con el niño, se iba a encargarse de aclarar las dudas que ahora mismo le asaltaban, que eran muchas. Nervioso, examinó a David. Su evolución era buena. Le hizo una prueba de esfuerzo, una ecografía del corazón y confirmó que todo estaba bien.

—Voy a hablar con tu madre, ¿vale?

—Claro, pero yo soy mayor...

—Lo sé, David. Pero tengo que hablar con ella.

—Vale, tío. ¿Todo está bien?

—Sí, tranquilo.

Melania entró en la consulta. Por un momento Héctor quiso preguntarle por Susana, pero supo que ella no le diría nada y prefirió no ponerla en un compromiso.

—Héctor, te veo cansado, ¿cómo estás?

—No muy bien, Melania.

—Lo siento, de verdad. Sé que debería haberte llamado, pero sabes que Susana y yo somos buenas amigas...

—Tranquila, Melania, lo entiendo. David, está perfectamente. Su evolución es normal. Ahora mismo ya puede empezar con su vida sin limitaciones en el deporte. —Cambió de tema. No quería hablar con ella de

su vida privada.

—¡Oh! Eso es una gran noticia. Gracias, Héctor.

—De nada. Antes de que te vayas, me gustaría pedirte un favor.

—Sí, claro, lo que quieras...

—No quiero apartarlo de mi vida, aunque Susana y yo ya no estemos juntos. No quiero que le digáis que estoy cuidando a mi padre. David es parte de mi vida, no le engañéis, quiero verlo, por favor...

—De acuerdo, tienes razón. No más mentiras. Le diremos que estáis enfadados, o no sé, pensaré la forma de suavizarlo para que no se lleve tampoco un berrinche. Os quiere con todo su ser.

—Lo sé, Melania y nosotros a él, por eso tampoco se merece una mentira.

—Tienes razón. Le explicaremos la verdad, de alguna manera.

—Gracias...

—A ti, Héctor.

Melania salió de la consulta de Héctor. Él miró la hora, aún le quedaban un par de consultas, pero habló con su enfermera para retrasarlas un poco. Tenía que hablar con Susana.

Se fue directo a su consulta y, sin importarle si tenía o no gente, llamó y entró. Estaba sola, repasando unos expedientes.

—Hola, Héctor. Estoy ocupada, ¿qué quieres? —dijo levantando la mirada unos instantes para después devolverla a sus papeles.

—¿Cuándo tenías pensado decirme que estabas embarazada?

La cara de Susana volvió a fijarse en los preciosos ojos de Héctor que tanto le afectaban, estaban furiosos, brillaban de rabia. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta, exhaló un par de veces y cuando hubo tomado aire suficiente contestó:

—¿Acaso te importa? ¿Al igual que te importamos Toni o yo?

—Su, por favor... —susurró nervioso.

—Dime, ¿te importamos lo más mínimo? ¿En todo este tiempo, qué has hecho por recuperarnos? Has visto a tu hijo, ¿cuánto? ¿Tres fines de semana en un mes? ¿Dos, tres tardes en dos semanas?

—Lo que me has dejado, Su —dijo desesperado.

—Lo que has querido. Yo no he establecido las visitas. Te recuerdo que fuiste tú el que las acordó.

—Esto es absurdo. Su... ¿Qué quieres?

—¿Qué qué quiero? Qué pregunta más buena —comentó con ironía—. No quiero nada. ¿Sabes...? He llegado a un punto que la vida ya me da lo mismo... —respondió con los ojos llenos de lágrimas—. Creí que lo tenía todo. A un hombre perfecto, un trabajo maravilloso, un bebé precioso. Pero un día me despierto y ¿qué tengo? A un hombre que antepone sus celos a su pareja y a su hijo, que en lugar de hablar conmigo prefiere repudiarme, que con un «lo siento» piensa que lo arregla todo y que toma el camino fácil: dar un portazo y dejar todo atrás en vez de luchar por mí y por su hijo. Lo siento, Héctor, sé que he sido egoísta al no decirte lo del embarazo, pero no sabía si querías formar parte de él después de lo sucedido. Además, ni siquiera sabía si yo quería formar parte de él.

Por primera vez desde que Susana se había enterado de su nuevo estado había sido sincera consigo misma. Se lo había negado una y otra vez, pero se había dado cuenta de que ni ella misma estaba segura de que quisiera a ese bebé, no porque no lo deseara, sino porque no sabía si la situación la superaría en un momento dado.

Héctor se quedó inmóvil al oírla escuchar esas palabras. Quería abrazarla, consolarla, la necesitaba tanto... pero en lugar de eso, no hizo nada. Absolutamente nada.

Unos golpes en la puerta les sacaron de su ensimismamiento.

—Doctora, tiene un paciente —le indicó la enfermera.

—Gracias, deme unos minutos...

—Su, me voy, pero esto no se acaba ni aquí, ni ahora. Tenemos que hablar.

Ella no dijo nada. Respiró hondo y se recompuso para atender a su siguiente paciente.

El día se tornó agotador para los dos. Susana salió de la clínica sin tener noticias de Héctor, cosa que agradeció. No estaba preparada para una charla. Héctor, por su parte, había estado pensando mucho en la conversación que había tenido con Susana. Quizás lo mejor era no tener ese bebé. Ahora no era una buena situación para ninguno de los dos. Se fue al hotel donde estaba alojado y se tumbó en la cama.

—¿Tú qué harías, Toni? —dijo, con la vista fija en el techo—. ¿Sabes, tío...? Te echo tanto de menos... ¡Joder! No sabes cuánto te necesito. La estoy cagando pero bien con Susana. No sé ni qué coño hacer. Dame una señal, tío.

Señal no tuvo, pero se quedó dormido sin comer nada y un sueño revelador sí le indicó el camino. Quizás fuera su amigo fallecido o su subconsciente, eso nunca lo sabría, pero se despertó, se dio una ducha y se marchó a su casa con un único propósito: recuperar a su familia.

Al llegar a la puerta suspiró agobiado, allí estaban Melania y Lara. Esto no iba a ser tan fácil como él creía. Pensaba abrir la puerta, coger a Susana por la cintura y con un beso desgarrador hacerla olvidarse de todo, pero ahora eso ya no iba a ser tan sencillo. Así que llamó a la puerta.

David fue el encargado de abrir.

—Hola, tío. ¿No tienes llaves?

—Me las he olvidado.

Susana tragó saliva al escuchar la voz de Héctor.

—¿Qué coño quiere este ahora? —preguntó Lara malhumorada.

—Querrá arreglar las cosas... —expuso Melania conciliadora.

—Susi, cielo. Mano dura...

—¡Escúchale! No seas tan cabezota —decía Melania.

—¡Mano dura! —exclamaba Lara.

Susana solo podía ver a sus dos amigas como el ángel y el demonio.

—Hola, Su, ¿tienes un minuto? —dijo Héctor al llegar a la cocina.

Ella asintió nerviosa. Los dos subieron a su cuarto y dejaron a sus amigas en la cocina, aunque estas no tardaron en subir a hurtadillas por las escaleras.

—¿Dónde vais? —preguntó David.

—¡Schhh! —le recriminaron las dos mujeres—. Ve a jugar con Toni.

El niño les hizo caso y ellas pegaron sus orejas a la puerta de la habitación de sus amigos para escuchar la conversación.

—¿Qué quieres, Héctor?

—Te quiero a ti... —le dijo sin tapujos intentando acercarse a ella.

—Ya es tarde...

—Su, sé que he sido un completo capullo. Me cegaron los celos y te descuidé. Pero te quiero con todo mi ser. Eres la mujer de mi vida y sé que, si no estás a mi lado, no estoy completo. Te amo y quiero que tengamos ese bebé que llevas en tu vientre, porque es fruto de nuestro amor. Por favor, Su, perdóname y dame otra oportunidad... —Poco a poco había ido avanzando hacia ella, acorralándola en la pared, no la había tocado aún, pero todo el cuerpo de Susana estaba temblando, anhelando las caricias que tanto necesitaba.

—Héctor...

Él no pudo resistirse más, necesitaba ese contacto. La acarició la mejilla y ella se rindió, la había añorado tanto que su cuerpo traidor hizo que se encendiera como si de una cerilla se tratara. Héctor la atrajo hacia él, la

agarró de la cintura y la estrechó contra su cuerpo, posó sus labios despacio sobre los de ella y la besó lentamente, esperando una respuesta. Susana se rindió a ese beso, le necesitaba, le había deseado tanto que no pudo luchar más. Sus labios se pegaron a los de Héctor, la lengua de él se introdujo en la boca de ella y devoró cada centímetro, excitándolos a los dos. Después de fundir sus lenguas, decidieron despegarse.

—Héctor, tenemos que bajar, tenemos invitados...

—¿Puedo quedarme esta noche contigo? —preguntó nervioso.

Ella lo pensó durante unos segundos que a él le parecieron horas y al final asintió.

—De acuerdo, pero solo para hablar —determinó. No quería hacer nada sin que antes hubieran aclarado las cosas.

Él dibujó una sonrisa pícaro. Sabía que la llevaría a su terreno, pues ella se rendía con facilidad a sus encantos y abrió la puerta pillando in fraganti a sus dos amigas.

—Nos íbamos a ir ya... —expuso Melania bastante colorada.

—Ya... —expuso Héctor con ironía.

—¿No os ibais a quedar a cenar? —inquirió un poco nerviosa Susana.

—Será mejor que os dejemos solos. Tendréis cosas de las que hablar —determinó Melania aún un poco avergonzada.

Lara miraba a Héctor retándole, pero él no se amilanó para nada, había venido a arreglar las cosas con Susana y ni ella ni un millón mujeres le iban a impedir que lo hiciera.

Melania recogió a David que estaba jugando con Toni y tiró de Lara para irse de inmediato.

—Chicos, nos vamos ya...

—Héctor, ¿estarás aquí otro día que vuelva? —preguntó David.

Él miró a Susana nervioso, no quería mentirle, le cogió en brazos y le

susurró al oído.

—Lo intentaré, pero primero tengo que conseguir que tu tía Susana me perdone. He metido la pata, ¿sabes?

—Vaya, pues arréglalo pronto... —dijo el niño muy serio.

—En eso estoy.

David abrazó a Héctor y este le devolvió el abrazo sintiéndose reconfortado después le bajó al suelo, chocaron las manos y se despidieron.

Las dos mujeres hicieron lo mismo y después se quedaron solos. Toni jugaba en el parque mientras ambos lo observaban.

—Lo echo tanto de menos... —dijo Héctor melancólico.

—Me lo imagino, los fines de semana que te lo has llevado apenas he podido respirar, sentía como si me ahogara...

—Su... —dijo Héctor acercándose despacio hacia ella. De nuevo comenzó a temblar, no quería rendirse tan rápido ante él, pero era inevitable, le necesitaba.

—Héctor..., no te acerques todavía —le suplicó.

—¿Por qué? —preguntó ladino.

—Porque me haces perder la razón y tenemos que hablar.

—Su, cariño, te necesito y me necesitas, ¿no crees que con eso es suficiente?

—No es suficiente, Héctor, nos apartaste de tu vida.

—Lo siento, te juro que jamás volveré a dudar de ti, nunca...

La acarició despacio, ella se estremeció con ese contacto, estaba perdida pero el pequeño Toni obró el milagro.

—Pa-pa... pa-pa... —balbuceó.

Héctor se volvió de repente sorprendido al escuchar a su hijo llamarlo. Susana también lo hizo. Llevaba días enseñándole a decirlo y solo lo había repetido una vez, parecía que los astros se habían alineado para que en esta

ocasión lo dijera.

—¿Desde cuándo...? —intentó preguntar Héctor, con la voz tomada por la emoción.

—Llevo unos días repitiéndolo y solo ayer lo dijo un poco...

—Gracias... No sabes lo feliz que me ha hecho. ¿Por qué primero papá?

—Para ellos es lo más fácil, lo he leído en una revista.

—Te quiero, Su —dijo y cogió al niño en brazos para besarlo a continuación—: Y a ti mi vida, te quiero con todo mi ser. Yo soy papá, a ver cómo me lo dices de nuevo. Pa-pa, pa-pa...

Pero ahora Toni le miraba y solo sonreía. Susana también lo hacía, ambos estaban expectantes esperando que su hijo volviera a pronunciar esa palabra, pero el bebé parecía no querer regalarles de nuevo esos momentos.

—Vamos, cielo, a ver cómo llamas a papá —le dijo Susana a su hijo—. Pa-pa, pa-pa... —repetía una y otra vez, pero Toni solo sonría.

—Creo que no tiene ganas —dijo Héctor un poco desilusionado al ver que su hijo no estaba por la labor.

—Venga, cariño, solo una vez más, para que papi pueda ver lo bien que su pequeño sabe ya llamarlo... vamos, mi niño...

Los dos aguantaron durante unos minutos más esperando que el bebé volviera a repetir esas dos sílabas, pero al final, no lo hizo.

—Lo siento... —dijo Susana un poco apenada.

—Tranquila, es normal. Aún es pequeño. Además, lo ha dicho y yo le he escuchado, con eso me conformo. Y tú y yo teníamos algo pendiente, ¿no crees? —dijo dejando a su hijo en el parque de juegos y acercándose a ella meloso.

—Héctor... no te he perdonado.

—Lo sé, pero quizás... Si te llevo a la cama y te hago el amor...

—No podemos dejar a Toni solo —comentó a modo de excusa.

—Está entretenido y estoy seguro de que seremos muy rápidos. Llevamos meses sin sexo.

—Héctor, no creo que sea lo más sensato...

Pero él la tomó en brazos, cogió el intercomunicador del bebé y subió con ella escaleras arriba hasta su habitación. La tumbó en la cama, Susana estaba muy excitada, tanto como él. Comenzó a desvestirla, solo llevaba unas mallas y una camiseta, se deshizo de ellas con premura para a continuación, quitarle la ropa interior. Podía vislumbrar la pequeña forma de su barriga, no era muy abultada, pero él sonrió y la acarició lentamente.

—Te quiero, preciosa.

—Yo también te quiero, Héctor.

Era la primera vez que le respondía desde que habían discutido y a él no le pasó desapercibido, haciendo que respirara profundamente.

—Gracias...

—¿Por qué? —preguntó confundida.

—Por decir que me quieres.

—¿Acaso lo dudabas?

—Hubo un tiempo en que pensé que me habías dejado de querer.

—Nunca, ¿me oyes?, nunca podré dejar de hacerlo. Te quiero con todo mi ser.

—Yo también a ti, Su...

Héctor se despojó rápidamente de su ropa y la penetró deprisa, la necesitaba, la había extrañado tanto que, con solo una estocada, pensó que se correría. Ella notó cómo el calor de su cuerpo se convertía en una corriente eléctrica que la recorría por completo, estaba al límite con solo notar su pene dentro de ella. Héctor decidió acelerar el ritmo, no aguantaría demasiado y sabía que Susana tampoco. Las embestidas eran fuertes, necesitadas. Ella arañaba su espalda, estaba al borde de su aguante, hasta que ambos

alcanzaron el clímax jadeando de pasión.

Capítulo 34

Cuando sus cuerpos se recompusieron después de la experiencia, Héctor acarició la mejilla de Susana. Aún no se podía creer que la tuviera entre sus brazos.

—Su, quiero quedarme a tu lado, esta noche y para siempre.

—De acuerdo. Pero prométeme que jamás vas a volver a tratarme como lo hiciste los días que tu padre enfermó. Me sentí como un estorbo, Héctor, ni siquiera sabía qué hacer para estar a tu lado.

—Lo siento, cariño, me arrepiento tanto... —dijo con los ojos vidriosos acariciando su cuerpo desnudo—. Fui un verdadero capullo, me superó la situación, el hecho de no poder ayudar a mi padre y luego Mario... No sé qué me pasó, al irte con él te imaginé de nuevo a su lado y me cegaron los celos. ¡Qué estúpido! Perdóname, mi amor.

La besó despacio, lamentando lo mal que había actuado, sintiendo que había perdido el tiempo. Pero ese período les había enseñado cuánto se necesitaban el uno al otro. Se habían añorado tanto...

—Solo quiero que no vuelvas a dudar de mí, además Mario sería el último hombre con el que te engañaría. Es despreciable. Cuando estuve sola esa noche, me llamó zorra. Quise pegarle, a punto estuve de quitarme el zapato y clavarle la punta en su frente, pero la cordura vino a mí. Solo hubiera empeorado las cosas...

Héctor sonrió al imaginarse la escena. La acarició de nuevo y ella se estremeció.

—Debemos vestirnos...

—Lo sé, aunque me encantaría estar desnudo a tu lado y quedarme así para siempre.

—Toni tiene que bañarse y cenar.

—¿Me dejarás hacerlo a mí?

—Claro.

—Te quiero, preciosa —murmuró rozando su nariz con la de ella. Susana dibujó una bonita sonrisa. Estaba feliz, volvía a sentirse plena, dichosa.

—Me encanta ver tu sonrisa, esa que solo me dedicas a mí, que me dice que eres feliz.

—Hacía mucho que no sonreía —confesó Susana—. No tenía motivos para ello.

—Lo siento...

—Héctor, vamos a olvidar lo que ha pasado. Ha sido un bache, ahora tenemos que pensar en nuestro hijo y el futuro bebé.

—Será una niña tan maravillosa como su madre.

—A mí me gustaría que fuera un niño, para que Toni tuviera un hermano y así pudieran jugar juntos. Sería estupendo.

—¿No prefieres una niña? A toda madre le encanta tener una niña.

—Mmmm... —Susana se lo pensó. Después de aquellos días tan duros era bonito poder fantasear junto a Héctor acerca de su próximo hijo—. No digo que no me gustaría que fuera una niña, pero también pienso en Toni y creo que a él le gustaría un hermano.

—En eso estoy de acuerdo. Pero como es algo que no podemos decidir, que venga lo que tenga que venir.

—Sí. —Ella sonrió de nuevo y le besó en los labios—. Vistámonos.

Los dos se levantaron con unas miradas lascivas, se deseaban y aunque sabían que tenían obligaciones no podían obviar sus sentimientos. Se

vistieron y bajaron al salón. Toni se había quedado dormido en el parque. Ambos sonrieron.

—Pobre —dijo Héctor—. Somos unos malos padres.

—No, perdona, tú eres el mal padre, que me has incitado.

—¡Ja! Pero tú no me has rechazado, señorita... —comentó pellizcándole en la nalga.

Héctor cogió al bebé en brazos y lo subió hasta el baño contiguo a su habitación, donde estaba situada la bañera. Le tumbó en el cambiador y comenzó a desnudarlo. El niño se despertó y no se quejó para nada, le dedicó una bonita sonrisa y comenzó a balbucear hasta que de nuevo dijo esas palabras mágicas para un emocionado padre:

—Papa, papa, papa...

—Sí, tesoro, soy papá. El papá más orgulloso del mundo mundial —dijo dándole un beso en la barriga y después haciéndole una pedorreta. Toni entonces comenzó a reírse a carcajadas.

Susana estaba llenando la bañera y observando a sus dos amores, orgullosa de la escena.

—Ya está lista el agua...

—Y mi tesoro también —dijo Héctor después de haber jugado un rato con él.

Le bañó, satisfecho de poder disfrutar de nuevo de esos momentos y de estar al lado de Susana y de su hijo, mientras ella bajaba a preparar la papilla y la cena para los dos.

Padre e hijo fueron al piso inferior al cabo de un rato, Toni ya estaba en pijama y de lo más guapo, al menos para sus orgullosos padres.

—Mami, ya estoy listo —dijo Héctor simulando la voz de un niño—. ¿A que estoy guapísimo?

—Mi chico guapo, siempre —dijo Susana dándole un beso en la frente a

su hijo.

—¿No hay un beso para tu otro chico guapo?

—¿Crees que te lo mereces? —le preguntó ella enarcando las cejas.

—No mucho... —dijo con cara de pena—, pero quizás podías apiadarte un poco de mí.

—Está bien. —Le besó en los labios y él saboreó después con su lengua ese beso—. ¿Le das la papilla tú mientras termino la cena?

—Claro.

Héctor comenzó a darle la papilla, pero el muy granuja no abría la boca. Susana sabía lo mucho que le costaba comérsela, había sido un modo de venganza y se reía entre dientes mientras terminaba de preparar la cena.

—Señorita listilla. —La agarró de la cintura sorprendiéndola y ella dio un respingo—. Sabías que tu hijo escupe la papilla, ¿verdad? Por eso me has encargado a mí esta ardua tarea —expuso con la cara llena de puré.

Susana no pudo más que reírse y limpiarle la cara con el paño de cocina.

—Lo siento. Era un pequeño castigo —replicó juguetona.

—Eres una brujilla, me las pagarás.

—Espera...

Susana se fue al salón, trajo la tablet y le puso los famosos *cantajuegos*.

—Mira. —Luego, dirigiéndose al bebé, dijo—: Abre la boca, cariño...

El niño comenzó a abrir la boca sin perder ni un ápice de vista lo que en la pantalla de la tablet ocurría.

—¡Joder! —Susana le dio un manotazo en la espalda—. Lo siento, pero ¿esto qué es?

—Son los *cantajuegos*. Son mano de santo.

—Ya lo veo, ya...

—¿Terminas tú?

—Vale.

Héctor continuó dándole la papilla, anonadado al ver que ahora sí que Toni abría la boca y se comía todo el contenido del bol sin decir nada, solo observaba las canciones de esos personajes vestidos con petos azules y camisetas rojas que, para la opinión de Héctor hacían bastante el ridículo. Terminó de dársela y le limpió la cara. Le sacó de la trona y se lo llevó a la cuna.

No tardó en bajar para cenar con una bonita sonrisa.

—De nuevo solos... —dijo ladino.

—Sí, pero ahora vamos a cenar.

—¿Y después?

—Dormiremos, o eso espero, porque mi estómago no creo que me respete mucho.

—¿Siempre tienes náuseas?

—Sí, todos los días y todas las noches. Es agotador, la verdad.

—Esperemos que pasen pronto. Imagino que todo estará bien...

—Todo transcurre con normalidad. Siento haberte excluido. Pero como te dije, la verdad es que, aunque una parte de mí estaba segura de que quería continuar con el embarazo, había otra parte que no lo estaba tanto.

—Me imagino que tener que llevarlo sola no habrá sido fácil —dijo Héctor con gravedad.

—No, no lo ha sido, pero también es culpa mía. —Susana meneó la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos—. Hemos dicho que vamos a olvidar el tema. Así que vamos a cenar.

—Tienes razón, ¿qué has preparado?

—Carne guisada y una ensalada, no sabía que hacer...

—Seguro que está exquisito.

—Gracias, mi amor.

La cena estaba buena, pero lo mejor fue la compañía, porque al final

ambos estaban juntos y eso era lo importante. Después de recoger, los dos subieron a la habitación. Héctor tenía ganas de volver a consumir su amor, pero cuando llegaron descubrieron que el pequeño Toni estaba despierto.

—¿Qué hace mi chico aún despierto? —le preguntó Susana cogiéndole para comprobar si tenía el pañal sucio—. Vaya, si es que tenemos cacotas... Normal que no queramos dormir...

Le llevó hasta el aseo donde tenían el cambiador y tras cambiarle, le volvió a dejar en la cuna.

—Ahora a dormir, tesoro —dijo dándole un beso. Pero el niño parecía que no estaba por la labor, se cogía la pierna y balbuceaba, incluso de nuevo comenzaba a llamar a su padre, cosas que a Héctor le ensanchaba el corazón.

—Vaya, creo que tiene más fiesta en el cuerpo que un quinceañero tras dos cubatas —comentó Héctor con sorna.

—No tiene gracia, Héctor. Tiene que dormir...

—Lo sé, cariño, pero que quieres que haga. Quizás si lo echamos un rato en la cama...

—Tiene que dormir en su cuna, si no se va a acostumbrar y luego nosotros no tendremos intimidad.

—Solo será esta noche. —Héctor cogió a Toni y lo tumbó en la cama con ellos. El niño estaba encantado de que le prestaran atenciones, se le notaba en la cara—. ¿A que vas a dormirte con papá y mamá muy rápido?

—Héctor...

—Susana, ¿vas a negarme que no has dormido con él más de una noche? Ella calló, en muchas ocasiones se había acostado con él, así no había echado tanto de menos a Héctor.

—Venga, responde.

Pero ella callaba.

—El que calla, otorga. Y es por eso que él sabe que se puede dormir en

esta cama de maravilla y papá también lo sabe, ¿a que sí? —dijo y le enseñó el móvil a Susana. En él había fotos de ellos dos dormidos juntos. Ella se quedó sin palabras y le miró sorprendida. Héctor había estado en casa cuando dormía... y les había sacado fotos.

—¿Qué es esto, Héctor? —preguntó, conmovida e inquieta a partes iguales.

—Muchas noches en las que no podía dormir he venido a veros. Al ver que no había luz he entrado en silencio para comprobar que estabais bien. Sé que no era lo correcto, Su, pero necesitaba veros. A los dos... Hay noches que me he pasado horas viéndoos dormir, al menos eso me reconfortaba y me daba las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Susana tragó el nudo que se le había formado en la garganta, las lágrimas luchaban por salir de la prisión de sus ojos. Esa bonita declaración, que él hubiera hecho eso por ella, era un signo tan especial que no pudo más que abrazarlo con todas sus fuerzas.

—Te quiero, Héctor —dijo compungida.

—Cariño, yo también. No quería ponerte triste.

—No es tristeza, es emoción. Ahora será mejor que intentemos dormir. Mañana tendrás que ir a recoger tus cosas del hotel para instalarte de nuevo con nosotros.

—Creo que lo dejaré para la tarde, tengo algo de ropa aquí, me apañaré con ella. Pero sí, durmamos un poco, si este pequeñín nos deja.

Dejaron a Toni entre medias de los dos para evitar que se cayera y se agarraron las manos. Les hubiera gustado dormir abrazados, pero el niño era el que primaba. Poco a poco sus cuerpos se fueron relajando de las tensiones de ese intenso día, aunque Toni parecía no querer dejarse vencer aún por el sueño, pues seguía balbuceando y moviendo sus pequeñas piernecitas y bracitos con rapidez, cosa que hacía que ninguno de los dos terminara de

conciliar el sueño.

Susana le cogió la mano, frotando su frente con ternura, y poco a poco se calmó, hasta que al final las energías se fueron disipando y se quedó dormido. Héctor también cerró los ojos y en apenas segundos se durmió. Susana en cambio comenzó a sentirse molesta, su estómago ya comenzaba a hacer de las suyas. Se levantó al baño despacio, intentando no despertarlos y al final vació el contenido en la taza del váter. Después de casi media hora regresaba a la cama con un malestar y el cuerpo destemplado. Héctor se despertó al sentirla.

—Cariño, ¿estás bien?

—He estado vomitando.

—¡Joder! —masculló entre dientes—. Ven...

Ella se tumbó a su lado y él la abrazó, acariciando su casi inexistente barriga. Le encantaba hacerlo, igual que cuando estuvo embarazada la primera vez.

—Deberías hablar con el ginecólogo, creo que hay alguna cosa que alivia las náuseas.

—Sí, me comentó que el jengibre ayuda, pero no lo he comprado.

—Su, eres un desastre. Mañana mismo lo compraremos y lo probarás.

—De acuerdo. Ahora intentemos descansar.

Susana al final se acomodó de nuevo. Toni seguía dormido y ella decidió que sería mejor cogerlo con cuidado y depositarlo en la cuna. Así lo hizo. El niño no se despertó y ellos se durmieron abrazados, al fin.

Capítulo 35

Habían pasado varias semanas desde que Héctor y Susana se habían vuelto a reencontrar, sus padres estaban felices al comprobar que la pareja había rehecho su vida juntos y que de nuevo iban a ser abuelos.

Las náuseas de Susana iban disminuyendo gracias al jengibre que el ginecólogo le había recomendado y también a que su vida se había estabilizado. Estaba claro que todo influía.

Normalmente ninguno de los dos solía coincidir en las guardias, pero ese sábado les había tocado juntos y al final sus padres se habían ofrecido a quedarse con Toni todo el fin de semana para darles un poco de libertad.

Aquella mañana iba a ser algo peculiar. Cuando llegaron a las ocho de la mañana, se encontraron con Juanjo, el jefe de urgencias, que salía de un box casi riéndose.

—Hola, tío. ¿Qué te pasa? —le preguntó Héctor un poco asombrado.

—Hola, pareja. No os lo vais a creer. Yo estaba convencido de que había visto de todo, pero es que en pleno siglo veintiuno no pensé que aún había gente tan gilipollas...

—¿Qué es lo que ha pasado?

—El capullo que tengo en el box, le han rasgado el ano. Él dice que le han violado, que no se acuerda de cómo pasó. Que había salido con una mujer, que bebió demasiado y que se ha despertado en la cama de un hotel sangrando, pero asegura que era una mujer y no entiende cómo es posible.

—Vamos, que le han puesto el culo como un bebedero de patos —comentó Héctor con sorna.

—Ya te digo —contestó Juanjo riéndole la gracia.

—¿Y cómo es que ha venido a la clínica en lugar de ir al hospital?

—Por lo que se ha explicado, trabaja allí y no quiere que se corra la voz...

Los dos hombres estallaron en risas, Susana golpeó a Héctor en el brazo para que parase.

—Chicos —dijo Susana, entendiendo que era un mal trago para el pobre hombre—, no seáis capullos.

—La verdad es que entiendo su malestar. Pero no me jodas, ¿quién en su sano juicio no sabe esas cosas? —inquirió Héctor.

—Yo creo que hoy en día hay mujeres atrapadas en cuerpos de hombres que por razones claras no pueden operarse. Pero su cuerpo es como el de una mujer y no se distingue al de cualquier otra si no fuera por... bueno, por el pene. La verdad es que es un castigo para ellas.

—Ya, pero hay que estar muy borracho para, cuando estás en pleno acto, no notarlo...

—Ya, pero ya puestos al tema... —volvió a estallar en risas Héctor.

—De ahí el desgarró... —aclaró Juanjo como pudo, riéndose también.

—¿Le has dado ya el alta? —preguntó curioso Héctor.

—Sí, estará a punto de salir. Eso sí, va estar dolorido unos cuantos días...

—Héctor, vamos a cambiarnos —dijo Susana.

—No, espera, quiero ver si le conocemos.

—Vamos, que ya tiene bastante con lo que tiene, no le hagas pasar un mal rato al pobre.

Pero Héctor no se movió del sitio y Susana al final se quedó con él a esperar, la verdad es que le picaba la curiosidad. Se quedaron hablando con Juanjo, los dos bromeando un poco de la situación. Ella sintiendo lástima por el hombre, la verdad es que habría que ver cuál era la realidad de la situación.

Cuando por fin el susodicho salió, Héctor y Susana se quedaron sin

palabras. Era Mario. La cara de Héctor se tornó victoriosa al ver que él se percató de su presencia.

—Bueno, bueno, bueno, ¿quién tenemos aquí? —comentó Héctor con sorna—. ¿Pero cómo estás, Mario? Me parece que un poco jodido... O más bien, bastante jodido... Quién te iba a decir a ti que te iban a dar por el culo pero bien. Aunque claro, un capullo como tú no se merece otra cosa.

Susana le dio un golpe en el brazo para que parase, la verdad es que se estaba pasando un poco. Mario no decía nada, su cara estaba roja de humillación, no se esperaba ni por un momento encontrarse a Héctor ni a Susana un sábado en la clínica. Ya era mala suerte, había decidido no ir al hospital porque se habría corrido la voz de inmediato y la humillación habría sido mayor.

—Seguro que encima te gustó, no lo niegues...

—Héctor... —le cortó Susana—. Déjalo ya...

—No, Susana, cada uno tiene lo que se merece y él nos ha hecho mucho daño, se merece que nos riamos un poco de la situación. Porque estoy seguro que ,en su día, él se rió bastante cuando por su culpa tuve que irme seis meses a Barcelona, ¿no es así, capullo?

Mario seguía sin decir nada, intentaba avanzar por el corredor, pero Héctor le cortaba el paso. Sabía que tenía las de perder si abría la boca, el cardiólogo estaba alterado y estaba seguro que no dudaría en utilizar las manos y partirle la cara.

—Ahora no estamos en tu querido hospital, Mario... No puedes amenazarme con nada. Vamos, ¿qué pasa? ¿También te ha comido la lengua esa mujer? Bueno, mejor dicho, ese hombre. Porque está bien claro que pene tenía, y te lo ha metido por el culo pero bien.

—¡Héctor, basta ya! Deja que se vaya, por lo menos ya se ha llevado un escarmiento. Y nosotros nos hemos reído de él, además, la noticia se filtrará a

su hospital, algo que él no quería.

—¡No, por favor! —dijo suplicante Mario.

—Lo siento, pero cada uno recoge lo que siembra y tú, Mario, solo has sembrado maldad. Ahora, si nos disculpas, nosotros tenemos trabajo. Cuídate ese culito... —comentó Susana con ironía.

A Héctor le hubiera gustado seguir azuzándole para intentar que se cabreara más e iniciar una pelea, pero al final se daba cuenta de que la actuación de Susana había sido la más sensata.

Cuando se habían alejado de urgencias, al llegar a la consulta de Susana, Héctor cerró la puerta. Ella pensó que se iba a enfadar, pero la agarró de la cintura y la besó con pasión.

—¿Sabes?, siempre sabes actuar en situaciones límite. Te quiero.

—Yo también te quiero. ¿No estás enfadado?

—Para nada, eres la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida. Has sabido darle donde más le duele. En lugar de dejar que yo le diera un buen rechazazo tú le has golpeado mejor, amenazándole con lo de decirlo en el hospital... No serás capaz, ¿verdad?

—No creo, la verdad es que un poco de pena sí me da... —dijo Susana, incapaz de no ser compasiva.

—En el fondo tienes un gran corazón, pero quizás a mí se me vaya la lengua con un par de cervezas cuando esté con Santiago alguna vez...

Ambos rieron.

El día transcurrió agotador para los dos. Cuando terminaron la guardia, a las diez de la noche, decidieron, en lugar de salir a cenar, coger la cena para llevar. La dispusieron en la mesa del salón y cenaron recordando la cara que se le había quedado a Mario al verles. Entre risas pasaron la velada.

Después, exhaustos se fueron a la cama. Esa noche, como casi todas desde su reencuentro, sus cuerpos se rindieron al deseo y se fundieron en uno

solo hasta altas horas de la madrugada.

Por la mañana, tras una ducha apasionada y un desayuno en la cama con algo más que caricias y besos, se vistieron y fueron a Santoña a buscar a su hijo que disfrutaba de la compañía de sus cuatro abuelos.

Comieron con ellos y tras pasar un rato todos juntos, regresaron a casa. Cuando llegaron, se encontraron que alguien había intentado entrar en su casa sin éxito. Les habían forzado la cerradura, pero no habían conseguido nada. Seguramente porque la alarma saltó antes de que entrar.

—¿Por qué no nos han avisado los de la empresa de seguridad? — preguntó enfadada Susana.

—No lo sé, pero ahora mismo voy a averiguarlo. No toques nada, cariño, voy a llamar a la policía y después les llamaré a ellos —contestó malhumorado Héctor cogiendo de inmediato el teléfono.

Susana esperó pacientemente en el coche con el niño en brazos. La policía no tardó en hacer acto de presencia. Preguntaron a los vecinos, que comentaron que no habían escuchado nada, ni siquiera la alarma.

Todo parecía muy extraño. La policía tomo huellas, comprobando que no habían conseguido entrar y tras dos horas, al final Héctor y Susana pudieron acceder a su casa. Los de la empresa de seguridad confirmaron que no había saltado la alarma. Un técnico se personó de inmediato para comprobar el porqué de aquella situación, indicándoles que había sido un fallo extraño y que investigarían el caso. Pero nadie les daba ninguna solución y Susana comenzó a ponerse nerviosa. Ahora no estaban seguros en su propia casa.

—Héctor, ¿y si les da por entrar esta noche cuando estamos dormidos?

—Tranquilízate, cariño, no va a pasar nada...

—O cuando tú no estás en casa y estoy sola con Toni.

—No seas agorera. No pienses en eso, por favor... —dijo estrechándola entre sus brazos para calmarla.

—Caballero, todo está revisado, no tienen de qué preocuparse —aclaró el técnico.

—¿Está seguro? —inquirió nerviosa Susana.

—Sí, señora, todo está bien.

—Más les vale. Si vuelve a fallar, les meto un puro que se les cae el pelo —amenazó Héctor.

—Quédese tranquilo, está todo correcto, lo he comprobado dos veces.

—Eso espero. Gracias —expuso Susana con amabilidad.

El técnico se marchó y ellos al final pudieron bañar al pequeño Toni y cenar algo, pues ya estaba oscureciendo tras el revuelo formado.

Aquella noche Susana apenas pudo pegar ojo, estuvo toda la noche pensando en que alguien quería entrar en su casa y aunque Héctor la estrechó entre sus brazos e intentó calmarla, ella no consiguió dormirse pensando en que habían querido robarles.

A la mañana siguiente se fueron a trabajar. Como si todo fuera producto de una casualidad, Mario les embistió con su coche por detrás cuando casi llegaban a la clínica. Gracias a que ya habían dejado al pequeño Toni en la guardería.

Ninguno de los dos sufrió apenas heridas, solo el susto y alguna que otra contusión, pero en cuanto Héctor se percató del causante del accidente no pudo por menos que desabrocharse el cinturón y salir escopetado del coche.

—¡Serás cabrón! —le dijo agarrándole de la pechera al susodicho—. ¡Has intentado matarnos! ¡Esto no se va a quedar así!

—¡Vosotros vais a arruinarme la vida! —chillaba el otro descontrolado.

—Nosotros aún no hemos dicho nada, pero que conste que ahora más que nunca lo haremos público, ¿no te has parado a pensar que podríamos haber llevado al niño con nosotros? ¿Has visto cómo has dejado el coche?

—Ya me he asegurado de que no llevabais al niño.

—¿Encima nos espías?

Héctor le soltó un derechazo porque ya se le había acabado la paciencia. Los transeúntes que pasaban comenzaron a arremolinarse. Susana, dolorida y conmocionada por el golpe, al final consiguió llegar al lugar de la pelea para ponerla fin.

—¡Basta ya! —chilló. Los dos hombres se separaron. En esos momentos llegaba la policía.

Comenzaron el interrogatorio. Héctor, que todavía estaba alterado por lo sucedido, empezó a narrar los hechos. Mario por su parte, intentaba dar otra versión, pero alguno de los testigos corroboraba la versión de Héctor. Al final tuvieron que ir todos a comisaría menos Susana, que estaba aturdida por el golpe y tuvo que ser atendida en la clínica por sus compañeros.

Héctor, tras pasarse un par de horas en comisaría pudo regresar a la clínica, necesitaba conocer el estado de Susana, ahora más que nunca. Estaba más preocupado por ella, les había insistido a los policías que su mujer estaba embarazada, pero aun así no le habían dejado salir antes.

Cuando llegó y comprobó que todo estaba bien pudo respirar tranquilo, solo había sido el golpe, uno bastante fuerte, pero nada alarmante, aunque ese día tendría que guardar reposo.

Héctor había denunciado a Mario y pedido una orden de alejamiento. Incluso había comenzado a sospechar que el intento de robo fallido en su casa, había sido solo una treta para asustarles y así se lo había hecho saber a la policía. No obstante, había hablado con un antiguo amigo suyo de Santoña, que era guardia civil y le había comentado lo ocurrido, este ya se estaba encargando de echarle una mano para que una patrulla estuviera por la zona donde Héctor y Susana vivían, al menos para echar un vistazo de vez en cuando.

—Su, cariño, ¿cómo estás? —dijo estrechándola entre sus brazos.

—Estoy bien, ¿y tú? Ni siquiera te han curado el corte de la ceja.

—No es nada, yo estoy bien. Estaba muy preocupado por ti y nuestro bebé.

—Todo está bien, tengo que descansar, ¿crees que me podrías llevar a casa?

—Claro, hablaré con el jefe. Aún me debe el día de la guardia del sábado.

Al final él lo arregló para tener el día libre y pasarlo con Susana, no quería perderla de vista, aunque le hubieran confirmado que todo estaba bien.

La acompañó a casa y estuvo pendiente hasta que fue a recoger a Toni a la guardería. Cuando regresó, Susana estaba sentada en el baño llorando.

—¿Cariño, que te pasa?

—Héctor, estoy sangrando... —sollozó.

Su mente se bloqueó por un momento, pero al final cogió a Toni en brazos y ayudó a Susana a levantarse para llevarla a la clínica.

Capítulo 36

No tardaron casi nada en llegar. Héctor había avisado a Lara, pero estaba trabajando y decidió llamar a Melania, la cual se dirigía ya a la clínica para quedarse con el pequeño Toni.

En cuanto entraron por urgencias, Héctor informó a su amigo Juanjo de lo ocurrido y de inmediato metieron a Susana en un box, él tuvo que quedarse a esperar con su hijo.

—Todo saldrá bien, cariño —dijo besándola en los labios antes de despedirse, pero en realidad estaba aterrado. La sola idea de perder al bebé le angustiaba.

Paseó con el pequeño Toni en brazos, el cual balbuceaba y de vez en cuando decía: «papá», ajeno a lo sucedido.

Melania llegó una hora después con David, quiso saludar a Héctor como era costumbre, pero él, en esa ocasión, no estaba muy receptivo.

—¿Héctor estás bien? —le preguntó el niño un poco sorprendido al ver que no habían chocado las manos como siempre hacían.

—La verdad es que no, David. La vida de mi bebé está en peligro, estoy un poco preocupado. Lo siento...

—Tranquilo, seguro que todo sale bien —le dijo para animarle.

—Gracias, eso espero. Ahora si me disculpáis... —comentó entregando a su hijo y una bolsa con sus cosas a Melania—, voy a entrar a ver cómo va todo.

—Claro, despreocúpate cuidaremos de él.

Héctor se dirigió al box donde habían metido a Susana, no le habían dicho nada. Saludó a una enfermera y después se encontró a Susana tumbada en una camilla, con una vía. Estaba bastante pálida. Se acercó de inmediato.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Estoy bien. El bebé está bien... —contestó Susana adelantándose a su segunda pregunta —: Debido al golpe, se ha producido un pequeño desprendimiento de la placenta. Pero el ginecólogo me ha indicado que es leve, con reposo es seguro que la hemorragia se detenga. Me han hecho también una analítica. Están esperando los resultados.

—¿Por qué nadie ha salido a avisarme?

—Juanjo sabía que vendrías de un momento a otro.

—¡Será capullo! Al menos podía haberme dicho que estáis bien los dos. Temía que hubiera pasado algo malo...

—Todo está bien —dijo Susana agarrando su mano para tranquilizarlo —. ¿Toni dónde está?

—Melania esta con él. Está en buenas manos...

—Lo sé.

Héctor acariciaba la barriga de Susana con delicadeza, sentado en la silla, esperando que llegaran los resultados. Seguía nervioso. Aunque todo apuntaba que no había de qué preocuparse, él aún no estaba tranquilo, había sangrado y, por lo tanto, algo todavía andaba mal. Después de esperar pacientemente los resultados de la analítica, Juanjo, por indicación del ginecólogo, dio el alta a Susana. Tendría que estar un par de días sin moverse de la cama, observando si había o no sangrado y la intensidad del mismo en el caso de que lo hubiera. Héctor hubiera preferido que Susana se hubiera quedado ingresada en la clínica, pero los médicos no lo vieron necesario y ella tampoco quiso.

—Sabes que voy a llamar a tus padres, ¿verdad? —le preguntó cuándo

salieron del hospital.

—Me lo imaginaba...

—Les necesitamos para que nos echen una mano con Toni. Tú no vas a moverte, ¿me has oído?

—Sí, Héctor, te he oído, perfectamente.

—No quiero correr riesgos, Su. Lo hago por el bien de los dos.

—Si tú lo dices... —comentó resignada.

Melania esperaba fuera con David y Toni. En cuanto los vio, dibujó una sonrisa de alegría.

—¿Todo bien?

—Sí, pero tiene que hacer reposo. Llamaremos a sus padres, para que se encarguen de Toni estos días...

—Si queréis yo puedo encargarme. De verdad, no hay problema. Es un niño encantador...

—¡Mamá! ¿Y yo qué? —Se quejó David.

—Será mejor que no —aseveró Héctor—, con tu chicarrón ya tienes bastante.

—David, Héctor y Susana nos necesitan. Susana tiene que guardar reposo...

—¿Y tendremos que llevarnos al enano a casa?

—¡No! —exclamó Susana. No se separaría de su hijo—. Os mudaríais a nuestra casa unos días...

—¡Ah! Eso estaría genial. Así pasaría más tiempo con Héctor. ¡Entonces sí! Además, me gusta mucho vuestra casa.

Todos rieron al ver el cambio de actitud de David.

—Gracias, Melania, si no es mucha molestia, me encantaría... —agradeció Susana. Prefería tener a su amiga que a sus padres.

—Sabes que tus padres no se tomarán muy bien no haberlos tenido en

cuenta —susurró Héctor...

—Lo sé, pero sabes cómo son, no me dejarían ni levantarme a hacer pis.

—Lo comprendo. Pero Su, apenas vas a poder moverte, en serio, han dicho reposo absoluto y eso es lo que vas a hacer, si no, te juro que te ato a la cama...

—¡Mmm! Vaya... quizás me guste y todo... —comentó lasciva.

—No pensé que tuvieras esos gustos... —expuso acercándose a ella para besarla incitándola a más, aunque los dos sabían que ese juego empezaba y terminaba en ese momento.

—Nos vamos a por algo de ropa a casa, no tardaremos... —comentó Melania rompiendo su momento.

—Tranquila, allí estaremos —contestó Héctor.

Él la ayudó para que hiciera el mínimo esfuerzo al montar en el coche y pusieron rumbo a su casa, al estar cerca de la clínica apenas tardaron diez minutos. Tras sacar a Toni y ponerlo en el parque ayudó a Susana a ponerse el pijama de nuevo y a tumbarse en la cama.

—Cualquier cosa que necesites, pídemela.

—Me encantaría que te recostaras a mi lado un ratito. Solo cinco minutos.

—Claro, cariño.

Susana se acurrucó al lado de Héctor, sentirlo a su lado la reconfortó, le necesitaba; aunque no quisiera admitirlo estaba nerviosa, no quería perder al bebé, aún estaba en la semana veintidós, era muy pronto para un parto prematuro, por esto tenía tanto miedo de que algo saliera mal. Ni siquiera sabían el sexo; hacía dos semanas, en la ecografía anterior, no lo habían podido determinar todavía, aunque a ella ahora eso era lo que menos le importaba. Solo quería que estuviera bien.

Susana no tardó en dormirse y Héctor salió despacio de la habitación,

aún estaba nervioso pero tenía que atender a su hijo, pasar un rato con él para intentar tranquilizarse.

Al bajar, Toni estaba dormido en el parque, parecía que no obtendría la paz que necesitaba en los brazos de su hijo. Decidió que ese no era el lugar para que el niño descansara, con cuidado lo cogió y lo subió a la cuna. Al menos esos segundos que lo tuvo en brazos pudo sentir la calidez y la tranquilidad que siempre sentía al tenerlo a su lado. Toni no se despertó al dejarlo en la cunita, le hubiera gustado que hubiera sido así, pero lo dejó descansar.

Bajó al salón y esperó la llegada de sus invitados mientras se documentaba sobre el desprendimiento de placenta. La verdad es que tal y como le habían comentado había un pequeño riesgo si era un desprendimiento leve, pero si el caso era más grave podía llegar a un embarazo prematuro con el consiguiente riesgo para el bebé, por eso procuraría que Susana estuviera en absoluto reposo.

Melania y David llegaron una hora más tarde, cuando él ya se había cansado de ver foros de medicina y estaba consultando un poco las noticias deportivas para calmar sus nervios.

David estaba eufórico, quería mucho a Héctor, era lo más parecido a un padre, pasar tiempo juntos para él era algo muy importante.

—¿Qué pasa, colega? —le dijo el niño chocando la mano como era costumbre.

—Hola, tío. Os ayudaré a instalarlos. ¿Dormirás con tu madre?

—Sí, Héctor, así solo ocuparemos una habitación.

—Melania, la habitación de Toni está libre, él aún duerme en la cuna que está en nuestra habitación. Si quieres que David duerma allí, no hay problema.

—Tranquilo, la mayoría de los días duerme en mi cama, así que mejor

así.

—Como quieras. Subamos las cosas, os ayudaré a instalaros. Toni y Susana están dormidos. Después prepararemos la cena...

—Héctor, relájate, yo me encargo de la cena, quizás David y tú podáis jugar un poco, ¿vale?

—¿Estás segura?

—Claro.

Organizaron un poco las cosas y después Héctor se fue a la bodega a jugar con David a la consola, mientras Melania se encargaba la cena.

Le gustaba sentirse útil, tener una familia, no solo a David. A veces echaba de menos eso, quizás tendría que plantearse rehacer su vida, pero era complicado. Solo había salido una vez con Lara y la verdad es que no se había sentido segura de sí misma para conocer a un hombre.

Héctor comenzó a jugar con David, era un gran competidor aún con su corta edad. Pero pronto tuvieron que dejarlo al escuchar por el intercomunicador a Toni.

—Vaya, el enano ya está despierto, tenemos que dejarlo ¿no?

—Sí, David. Susana tiene que descansar. Tenemos que encargarnos de él. Mañana seguimos, te lo prometo.

Los dos dejaron la consola y subieron al piso de arriba. Susana también estaba despierta y tumbada en la cama, hablaba con Toni. No le había cogido y eso le sorprendió a Héctor.

—Cariño, gracias —le dijo besándola en los labios.

—¿Por qué?

—Porque no has hecho el esfuerzo de levantarte de la cama y coger a Toni.

—Soy consciente de que no tengo que hacer esfuerzos, Héctor. Sé lo que implica reposo absoluto, quiero a este bebé, quiero que todo salga bien... —

comentó un poco molesta.

—Lo siento, tienes razón... Perdóname...

Héctor tomó al niño entre sus brazos y se sentó un rato a su lado, David también se sentó al lado de Susana.

—¿Tu bebé está bien? —dijo poniendo su pequeña mano en la barriga.

—Sí cielo, es solo que debido al accidente hemos tenido un pequeño problema. Pero todo se va a solucionar.

—Sabes... a veces me gustaría tener un hermanito, aunque otras veces pienso que los bebés son un rollo. Porque Toni es un poco muermo, pero también me gusta jugar con él cuando vengo a vuestra casa...

—Claro cielo, de pequeños son un poco rollo, tienes razón, porque apenas hacen cosas, pero Toni ya es un poco más divertido, porque balbucea, se ríe y hasta dice «papá» cuando quiere, claro. Pero cuando crezca y sea más mayor seguro que será más divertido ¿y sabes una cosa? —David negaba con la cabeza—. Los hermanos pequeños suelen imitar a los mayores en casi todo. Vamos que, si te metes el dedo en la nariz ellos también lo hacen, por eso el hermano mayor tiene que ser responsable, para enseñar buenas cosas a su hermano menor. Tú eres como el hermano mayor de Toni así que tendrás que enseñarle las cosas buenas. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—¿Soy como su hermano mayor?

—Claro, cielo...

—¿De verdad? ¿Vosotros me queréis como a un hijo?

—Digamos que casi casi... —dijo Héctor pasándole la mano por la cabeza alborotándole el pelo.

David se había emocionado, escuchar esas palabras de Héctor era lo que más ansiaba, que él fuera como su padre.

—Gracias...

—Pero no olvides que Melania es tu madre. Digamos que yo soy como

tu madrina —dijo Susana.

—Vale, me gusta... —dijo David después de haberlo pensado unos segundos.

—Y yo tu padrino —comentó Héctor—. Porque tú tienes un padre, que estoy seguro está muy orgulloso de ti en el cielo.

—¿Seguro?

—Segurísimo, David.

El niño estaba emocionado y se abrazó a David. Melania subió en ese momento y observó la estampa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó un poco incrédula.

—Mamá, Susana y Héctor ahora son mi madrina y mi padrino.

—Vaya, ¿pero no eran tus tíos?

—Ya no, me gustan más madrina y padrino.

—Como quieras, hijo... —dijo sin entender nada—. Chicos, la cena ya está lista. Susi, ahora te subo la tuya, si necesitas ayuda...

—Tranquila, me incorporo un poco. Lo único, la papilla de Toni.

—Sí, la preparo en un periquete y se la doy.

Héctor le entregó el niño y sonrió. No pensaba decirle nada. Se iba a reír un poco, sabía lo mal que comía el niño la papilla si no era con la ayuda de los famosos *cantajuegos*, pero no se lo iba a decir hasta pasadas unas cucharadas. Era una venganza personal por aliarse con Susana cuando estuvieron separados.

Lo que él no sabía era que Melania era una mujer experimentada y se las sabía todas. Preparada con la tablet de David le puso los *cantajuegos* sin necesidad de que Héctor le dijera nada y Toni comió la papilla sin rechistar. Este maldijo en silencio al no poderse reírse un poco de la mujer.

Mientras ella daba de cenar al pequeño Toni, le había puesto la cena a David y Héctor le había subido la suya a Susana.

—Esto está muy rico, dile a Melania que está delicioso.

—Vaya, lo mismo tenemos que decirle que se mude para que nos cocine
—dijo él robándole un poco de carne del plato de Susana.

—No te diría que no, de verdad que está exquisito.

—Termina pronto que al final te robo más comida. Tengo un hambre de muerte.

—Puedes comer más si quieres, no creo que lo termine.

—Tienes que comer más, cariño.

—No tengo hambre, además si no voy a moverme en unos días, no creo que deba comer demasiado, ni siquiera voy a quemarlo y voy a engordar muchísimo.

—No digas tonterías. Tienes que comer bien y sano. Eso es lo importante.

Susana no terminó toda la comida, ella consideraba que era mucha cantidad y pese a que se llevó una reprimenda de Héctor, no quiso terminarla.

Tras finalizar, él recogió y bajó a cenar con Melania. David ya había terminado y Toni también.

—Melania, Susana me ha dicho que te felicite, que estaba exquisito.

—Pero si no ha comido nada...

—Lo sé, pero dice que si está encamada no piensa comer demasiado. Al final hoy la he dejado por no discutir, pero mañana no voy a permitirselo. Tiene que comer...

—Tienes razón, aunque quizás yo también me haya excedido con la cantidad.

—Es muy cabezota, estos días serán un suplicio.

—Piensa que para ella lo serán más que para ti. Ella es la que no se puede mover, la que no puede hacer nada, la que lleva un bebé y de la que depende su vida. ¿Te has parado a pensar lo que siente, por lo que está

pasando? ¿Le has preguntado cómo está? Porque las mujeres nos hacemos las fuertes, pero estoy segura de que, aunque tú estés nervioso, ella se ha puesto su cara de «estoy bien», pero en el fondo, está igual o más nerviosa y preocupada que tú.

—Tienes razón...

Héctor solo hacía que regañarla y en ningún momento le había preguntado cómo lo estaba pasando.

Terminaron de cenar. Recogieron y Héctor decidió acostar a Toni. Se despidió de Melania y David para dirigirse a su dormitorio. Susana estaba despierta, con un libro en la mano, aunque tenía la mirada perdida en la habitación.

—Hola... —le dijo y ella se asustó—. Vaya, te he asustado.

—Hola, no tranquilo, estaba un poco absorta.

—¿En qué pensabas?

—La verdad es que en nada. Dejé la mente en blanco.

—Vaya...

—¿Puedo coger un poco a Toni?

—Claro, cariño, no te levantes...

Héctor le acercó al niño hasta la cama y se lo puso encima.

—Hola, mi vida.

El pequeño Toni sonreía, le estuvo haciendo carantoñas durante un rato y al final se lo devolvió a Héctor para que lo acostara.

—A ver si se duerme, porque tiene pinta de que está muy activo —expuso él.

—La verdad es que sí.

—Cariño, ¿cómo estás? —le preguntó tumbándose a su lado y agarrándole las manos.

—Estoy mejor...

—¿De verdad?

—Sí, estoy bien.

—Yo tengo miedo —comenzó Héctor para intentar así suavizar el terreno y que ella se abriera—, quiero tener ese bebé, deseo que sea una niña preciosa. La verdad es que no deseo otra cosa, aunque si es un niño me conformaré, pero no quiero perderlo. Cuando estaba esperando a que llegaran Melania y David estuve leyendo un poco sobre casos de desprendimiento de placenta y...

—Héctor, todo va a salir bien... —le cortó Susana.

—¿Y si no sale bien?

—No digas eso... —Los ojos de ella comenzaron a llenarse de lágrimas. Los dos sabían que había probabilidades de que la hemorragia no cesara y entonces tuvieran que provocar el parto. La semana en la que se encontraba aún era muy temprana para que las probabilidades de sobrevivir fueran óptimas.

Héctor la estrechó entre sus brazos y Susana estalló en lágrimas, necesitaba sacar todo lo que llevaba reteniendo desde que se había enterado de la noticia y él lo sabía, por eso la dejó llorar hasta que se calmó.

—Cariño, quiero pensar que todo va a salir bien, creo que nos lo merecemos, pero a veces las cosas no salen como uno quiere, tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar y afrontarlo.

—Lo intentaré...

—Seremos fuertes, pase lo que pase. Ahora descansemos. Al final Toni se ha dormido.

—Tenemos un cielo de niño...

—En eso tienes razón.

Los dos se tumbaron y se abrazaron. Durante varios minutos, sus respiraciones estaban agitadas, pero poco a poco, el cansancio fue haciendo

efecto y ambos se quedaron profundamente dormidos.

Capítulo 37

Durante los días que Susana estuvo de reposo, todos se volcaron para ayudarles, Lara estuvo yendo a su casa todos los días; sus padres la visitaron también en varias ocasiones. Al final fueron cinco días los que permaneció encamada.

El ginecólogo comprobó que el sangrado disminuía hasta desaparecer, aunque decidió darle la baja durante otra semana más, para que se recuperara del todo, comenzando a hacer una vida casi normal.

Héctor había cursado una denuncia contra Mario además de hacer correr la voz por el hospital de lo que le había sucedido aquella fatídica noche en el hotel, para que todo el mundo se enterara de lo ocurrido. Quizás se hubiera apiadado de él con anterioridad, pero después de lo sucedido, no pensaba ser compasivo con él, había puesto en peligro la vida de su futuro bebé e incluso la de Susana si se hubiera complicado todo.

Por lo que les había comentado Lara era el hazmerreír del hospital y llevaba unos días sin aparecer por allí, pero a Héctor no le importaba, solo esperaba que no volviera a tomar represalias contra ellos, porque de un tipo como él, cualquier cosa se podía esperar.

El día que Susana se reincorporó al trabajo, le parecía que habían pasado meses. Le costó adaptarse, pero al final fue como si nunca se hubiera ido. Al igual que el día que se reincorporó de su baja maternal.

Los días iban pasando y todo había vuelto a la normalidad a excepción de su vida sexual, Héctor se negaba a tener relaciones sexuales hasta pasadas

unas semanas. A Susana no le había parecido muy bien la decisión, pero entendía que él tenía miedo de que algo pasara y respetaba su decisión.

—Héctor, no va a pasar nada.

—Lo sé Su, pero hasta que no te vea el ginecólogo yo no me quedo tranquilo. Quiero que nuestro bebé esté bien, compréndelo —le dijo una noche cuando ella intentaba un acercamiento más cariñoso.

—Lo entiendo, pero tengo mis necesidades...

—Cariño, te prometo que te recompensaré y aunque no lo creas yo también las tengo, pero tú y el bebé sois lo único que me importa ahora mismo. —Esas palabras reconfortaron a Susana y ambos tras unos besos y alguna que otra caricia consiguieron quedarse dormidos.

Cuando llegó el día de la siguiente visita al ginecólogo y con ella la nueva ecografía, los dos estaban expectantes. Querían saber si en esta ocasión sabrían el sexo del bebé y sobre todo si todo estaba bien después del pequeño susto.

—Hola, pareja, ¿cómo ha ido todo?

—Hola, bien... —contestó Susana.

—Me alegro, pasemos a ver a vuestro bebé. A ver si hoy nos deja saber qué es.

Pasaron a la sala donde se encontraba el ecógrafo, Susana se subió a la camilla y se descubrió la barriga que ya despuntaba más.

Le echó el gel y comenzó a mover el transductor por encima del vientre. Héctor agarraba su mano con fuerza, nervioso por saber qué decía el ginecólogo.

—Bueno, papis, pues para empezar, deciros que todo está perfecto y no tenemos de qué preocuparnos. Imagino que eso era algo que os inquietaba.

—La verdad es que sí —contestó más tranquilo Héctor.

—Pues como os he dicho, todo correcto. El bebé está en su percentil,

cogiendo peso adecuado y la placenta está perfecta. Y estamos de suerte, he podido comprobar cuál es su sexo. ¿Qué preferís?

—Yo una niña... —se aventuró él.

—Yo un niño, para que haga compañía a su hermano.

—Vaya, vaya, diferencia de opiniones. Pues me temo que uno de los dos en este caso no va a salir contento de aquí, porque solo tenéis un bebé, si tuvieras dos sería otra cosa.

—Calla... que si fueran dos, me daría algo...—contestó Susana.

—Bueno pues hay bastantes casos últimamente. Pero no es el vuestro.

—¿Y quién gana? —preguntó Héctor queriéndole dar un toque de gracia al asunto.

—Vaya, ¿tienen una apuesta? —inquirió el médico curioso.

—No, es una forma de hablar...

—¡Ah! Vaya, pensé que habían apostado. Bueno, pues gana usted, caballero. Van a tener una niña. Imagino que la niña de sus ojos. Como la de todos los padres, créame, le volverá loco. Se lo digo por experiencia, vaya preparándose... Yo le hubiera aconsejado otro niño.

Susana sonrió por el comentario del ginecólogo. En verdad ella hubiera preferido otro niño para que hiciera compañía a Toni y así jugar juntos, aunque también estaba feliz, porque le encantaban las niñas y sabía que disfrutaría muchísimo con ella.

—¡Enhorabuena cariño! Te saliste con la tuya —le dijo con retintín.

—Sí, la verdad es que soy un as. El primero dije niño y fue niño, esta digo niña y es niña.

—Bueno, guapo, que es el cincuenta por ciento de probabilidades tampoco te tires tú un farol como si hubieras acertado la lotería —dijo de manera exagerada Susana y el ginecólogo no pudo más que echarse a reír.

Terminó la exploración y la mandó vestirse para que pasaran de nuevo a

la consulta.

—Como te he comentado podéis hacer vida normal, vida sana y trabajar con moderación. En lo que se refiera a vuestra vida sexual, no hay problema...

Héctor suspiró aliviado, quería preguntárselo, pero le daba un poco de apuro. Parecía que el ginecólogo le había leído el pensamiento.

—Gracias, doctor.

—Nos vemos en un mes, para ver a esa niñita. Vayan pensando nombre...

—Claro —comentó Héctor emocionado.

Salieron de la consulta y él no podía estar más satisfecho del día.

—¿Contento? —preguntó Susana.

—Mucho, todo está bien y encima una niña. No puedo ser más feliz. ¿Tú no?

—Sí, yo también, me hubiera gustado que fuera niño, pero por otra parte, tener una niña me hace feliz, me encanta la ropa de niña, sé que me lo voy a pasar en grande vistiéndola y comprando ropa.

—Vaya, a ver si voy a tener que pedir un préstamo para pagar los caprichos —se mofó Héctor.

—No será para tanto, créeme, pero algún capricho sí me permitiré. Por cierto, tenemos que pensar en el nombre de nuestra pequeña.

—Sí, la verdad es que me encantaría que fuera un nombre cántabro.

—Me parece buena idea. Hay un nombre que siempre me ha gustado, cuando era pequeña siempre dije que si tenía una hija la llamaría así...

—¿Cuál es ese nombre? —inquirió Héctor curioso.

—Deva.

—¡Mmmm! Es un nombre precioso, Su. No se hable más, nuestra hija se llamará Deva.

Susana abrazó a Héctor y los dos se dirigieron a la clínica donde después de cumplir con el resto de su jornada laboral fueron a buscar a su pequeño para pasar la tarde como todos los días.

El día del cumpleaños de Toni, todo fue una fiesta para la familia. Le habían organizado una pequeña celebración, aunque él no se enteraba aún, pero querían celebrarlo con sus allegados, con Melania y David. También estaban invitados los padres de su amigo fallecido, Toni, y Lara. La verdad es que pasaron una tarde divertida en compañía de toda la familia y lo que más disfrutaron fue cuando el pequeño Toni comenzó a dar sus primeros pasos solo.

Héctor suspiró orgulloso al ver a su hijo andar por primera vez sin agarrarse de su mano y Susana derramó un par de lágrimas; quizás también fueran un poco producto de sus hormonas. Al niño aún le quedaba un poco de perfeccionamiento, pues como decía su tía postiza Lara, andaba como un pato mareado, pero Susana no podía ser más feliz. Su pequeño se hacía mayor.

Habían pasado varios meses, Susana estaba de treinta y dos semanas y ya estaba de baja, porque esta vez había cogido bastante más peso que con el embarazo anterior y se encontraba más cansada.

—Ven con papi, cariño —le decía de nuevo Héctor a su hijo cuando su abuela le ponía a andar.

Toni seguía sus pasos, caminando despacito con sus pequeños e inexpertos pies. Iba andando hasta su padre y cuando llegaba se agarraba a él y lo abrazaba.

—¡Estás hecho un campeón!

—Debo reconocer que el canijo, ya está hecho todo un fuera de serie —decía David con retintín, que estaba al lado de Héctor—: De aquí a correr las maratones.

—No te burles, está empezando a andar. Dentro de poco podrá salir contigo a correr.

—Ya lo dudo...

—David, verás cómo dentro de unos años saldrá contigo, es más, serás un gran hermano mayor para él.

David no estaba muy convencido de ello, además no sabía si querría serlo, aunque tenía claro que quería mucho a Héctor y si él se lo pedía haría de hermano mayor. Aunque solo de Toni. Lo de Deva no lo tenía claro, lo de las niñas no era su fuerte y cuidar de una chica... por ahí no iba a pasar, aunque se lo pidiese Susana.

Transcurrida la tarde, David al final se quedó a dormir con Héctor y Susana, era sábado, por lo que Melania salió por la noche con Lara, cosa que estaba empezando a ser costumbre en ella. Cuando no dejaba a David con Héctor y Susana lo hacía con los abuelos del niño. Se había planteado muy en serio lo de rehacer su vida, aunque aún no había conocido a nadie con quien poder hacerlo, pero esperaba que en un futuro, no muy lejano, conociera a alguien que se interesara por ella y también por David.

Tras un mes del cumpleaños de Toni, llegó el juicio contra Mario; Susana tenía que testificar al igual que Héctor. Aunque en un primer momento ella quiso retirarlo, él se había negado. Quería que al menos pagara con una multa por lo que les había hecho pasar.

Sabían por Lara que no había vuelto a ser el mismo tras haber hecho correr la voz, se había vuelto mucho más déspota, pero ya nadie le respetaba y las burlas eran continuas en el hospital, se rumoreaba que estaba pensando en pedir un cambio de ciudad.

Mario acudió provisto de un abogado. Héctor y Susana acudían con el de

la compañía aseguradora.

Susana estaba bastante nerviosa, pero todo transcurrió con normalidad, le hicieron un par de preguntas relatando lo ocurrido y visto su estado de embarazo se apiadaron de ella. En cambio, a Héctor le hicieron bastantes más preguntas a las que respondió con total sinceridad.

Cuando le llegó el turno a Mario, el abogado que salvaguardaba a Héctor y Susana supo defender muy bien su papel. Este se puso bastante nervioso y se contradijo en dos ocasiones.

Al final el juez le impuso una multa que consistía en el pago del arreglo del vehículo de Héctor y Susana, una indemnización por los daños causados y las costas del juicio. Ellos quedaron más que satisfechos con el resultado del mismo imaginando que el susodicho no lo estaba, a tenor de su expresión al abandonar el juzgado.

Después de ese día, nada más supieron de él. Lara decía que no había vuelto a aparecer por el hospital, se rumoreaba que se había trasladado a Madrid, pero nadie lo sabía. A partir de ahora, esperaban que no se le ocurriese vengarse de ninguna forma, pues Héctor tenía claro ahora más que nunca que haría cualquier cosa por Susana, su hijo y su futura hija, aunque le fuera la vida en ello.

Capítulo 38

Las semanas pasaron hasta que llegó el momento del parto. Susana en esta ocasión, tuvo contracciones durante toda una noche y cuando se despertó, llevaron primero a Toni a la guardería como todos los días, avisando a su familia de que acudían a la clínica porque estaba seguramente de parto y de que se encargaran de recoger al niño después. Cuando llegó ya estaba bastante avanzada.

—Susana, vienes bastante dilatada, si aguantas un poco más el dolor, no te ponemos la epidural —comentó el ginecólogo.

—No, no. A mí ponedme la epidural que yo no quiero aguantar más dolores, he aguantado toda la noche —dijo ella, que no podía más.

—Vale. Avisaré al anestésista enseguida.

Tras ponerle la epidural la subieron al paritorio, el parto fue rápido y Héctor no se separó ni un minuto de Susana hasta que, pasadas unas horas, pudo estrechar a su pequeña entre sus brazos emocionado.

—Dios, es igualita a ti, cariño... —le dijo. Tenía también los ojos verdes, ambos los tenían así, por eso estaba claro que predominaba. El pelo era claro y de tez blanquecina.

Héctor acariciaba sus manitas. Eran tan pequeñitas... Estaba tan orgulloso de tener otro bebé y de que fuera una niña que no sabía cómo podía en esos momentos albergar tanta felicidad.

—Te quiero, Su, gracias por hacerme tan feliz.

—Yo también te quiero.

El pediatra, compañero de Susana, acudió para examinar a la pequeña Deva. Se la llevó durante una hora y después la llevaron de nuevo junto con su madre. Estaba dormida y tranquila. En la habitación se encontraban los padres de Héctor y también el padre de Susana con Lara. Melania estaba fuera con David y la madre de ella, que se había quedado con el pequeño Toni.

Todos querían admirar a la preciosa niña. Enseguida se acercaron a la cunita y la rodearon, mirándola embobados. Estaban deseosos de que se despertara para poder cogerla.

En cuanto la niña gimió un poco, el padre de Héctor la tomó en brazos. Susana sabía que pasaría de uno a otro hasta que llegara a sus brazos. Pero no quedaba otra. Los abuelos eran así. Cuando le llegó el turno a Lara, ella la cogió un poco asustada. No era muy amiga de los bebés, pero hizo un esfuerzo. Tenía que admitir que la pequeña era la viva imagen de su mejor amiga.

—Madre mía, Susi, es igualita a ti.

—¿A que sí? —inquirió Héctor—. En cuanto la he cogido en brazos me he dado cuenta de ello. Es preciosa.

—Sí que lo es. Ahora con mamá. Seguro que tiene hambre.

Lara le entregó la niña a su madre. Susana la cogió encantada. Era la segunda vez que la estrechaba entre sus brazos, pero esta vez quería disfrutarla de verdad. La primera apenas habían sido unos minutos.

—Nosotros vamos a dar el relevo a tu madre y a Melania para que puedan conocer a la recién nacida y así te dejamos más tranquila mientras la das de mamar—dijo el padre de Susana.

Todos abandonaron la habitación a excepción de Héctor que se quedó al lado de Susana, observando cómo su pareja alimentaba a su hija. Era algo tan especial, tan precioso, que se había emocionado.

Susana, al verlo, sonrió.

—Soy el hombre más afortunado en la faz de la tierra. Tengo a las dos mujeres más hermosas a mi lado —dijo con los ojos vidriosos.

—Gracias, cariño —contestó Susana, también emocionada.

—Es increíble el parecido que tiene contigo. La miro y es igualita a ti. Es tan preciosa...

—Al final voy a llorar. ¿No sabes que aún tengo las hormonas revolucionadas? —inquirió sobreexcitada.

—Lo siento, pero es la verdad. Sois como dos gotas de agua. Necesito inmortalizar el momento, ¿puedo? —preguntó con el móvil en la mano.

Sabía que a Susana no le gustaba las fotos de embarazada o después de dar a luz. No tenía ninguna, no le había dejado hacérselas con Toni, pero asintió. Les hizo la foto cuando la niña ya había terminado de mamar y Héctor sonrió satisfecho.

—Te quiero tanto, Su...

—Yo también.

—Pero cuando salgamos de aquí, quiero que tengas una foto también con Toni, con los tres. Seguro que nos echa de menos.

—De acuerdo. Luego intentaré a ver si pueden dejarlo entrar.

—Me encantaría... Aunque sea unos minutos para darle un besito.

—Bueno, aquí tenemos enchufe, seguro que nos dejan.

Susana sonrió, enseguida llegó su madre y Melania para conocer a Deva, que se había vuelto a quedar dormida en los brazos de su madre tras la toma.

—¡Quiero ver a mi niña preciosa! —dijo Piedad.

Susana se la entregó y Deva abrió un poquito los ojos. Fue en ese momento en el que Piedad no pudo contener las lágrimas.

—¡Santo cielo! Es igualita a ti, cariño.

—Eso decís todos. Yo no creo que se parezca tanto a mí.

—Créeme, hija. Por un momento he vuelto al pasado, cuando tú naciste. ¡Es preciosa! Deva, eres la viva imagen de tu madre, espero que también seas tan maravillosa como ella.

Fue entonces cuando a Susana se le llenaron los ojos de lágrimas y Héctor le agarró la mano y la besó. Su madre tenía razón, era el hombre más afortunado y pese a que nunca había pensado en ello, tenía que hacer lo que ahora mismo le dictaba el corazón.

—He olvidado que tengo una cosilla que hacer, cariño, será una hora, a lo sumo dos...

—Héctor, ¿estás bien?

—Claro, pero tenía que gestionar una cosa esta mañana y con lo del parto, lo olvidé. Estás con la familia, no tardaré, te lo prometo...

—Vale, ve... pero no tardes. Además, quiero que Toni esté un ratito con nosotros y quizás también pueda entrar David.

—Claro, me encargaré de ello.

Héctor se despidió de Susana con un beso en los labios y salió del hospital decidido a hacer lo que su corazón le había indicado en ese preciso momento, dejando a Susana confundida con su amiga y su madre.

—Estaba raro, ¿verdad?

—No, cariño, seguro que no será nada.

—Pero, ¿cuál será esa cosa tan importante que tendría que hacer para dejarnos solas el día que nace su hija?

—Tranquilízate, Susana, por favor. Seguro que no es nada, quizás quiera comprarte un ramo de flores o unos bombones...

—Existe Internet...

—Pero a lo mejor quiere hacerlo él personalmente.

—Susi, cariño —intervino Melania que hasta ahora se había mantenido en un segundo plano—, no te preocupes por nada, estoy segura que será lo

que dice tu madre.

Al final, Susana, sin olvidarse del tema, zanjó la conversación y continuó con otra sobre su pequeña.

La tarde transcurrió entretenida, Héctor regresó después de un par de horas, aunque estaba un poco distante y más nervioso de lo habitual. Toni pudo entrar a ver su madre. También David pudo entrar a ver a Susana y a la pequeña Deva, aunque a este no le hizo demasiada gracia.

—¡Buff!, qué canija.

—David, por favor, es una preciosidad —le increpó su madre.

—Si tú lo dices, mami...

—Es como Susana.

—Es un bebé pequeño y seguro que cagón y llorón. Ya teníamos a Toni, no hacía falta otro. Y encima chica, que querrá jugar con las muñecas, que tostón.

Todos rieron por la aclaración de David y tras pasar la tarde, al final los padres de Héctor y Susana se quedaron en su casa a pasar la noche con Toni; Melania, Lara y David se marcharon a sus respectivas casas y por fin Héctor se quedó a solas con Susana y la pequeña Deva.

—Por fin solos... —dijo Susana que necesitaba saber qué era lo que le había mantenido ausente esas dos horas.

—Sí —dijo Héctor que no sabía muy bien cómo realizar su proposición.

—¿Estás bien? Desde que has vuelto de tu marcha, estás ausente... ¿Qué es lo que tenías que hacer que no podía esperar?

Era el momento, Héctor lo sabía, porque si no, entendía que, con el carácter de Susana, ella se enfadaría, pero no sabía muy bien como comenzar. Respiró hondo, tragó el nudo que se le había formado en la garganta y comenzó. Susana le miraba expectante.

—Su, eres la mujer de mi vida, hace tiempo que lo sé, pero hasta hoy no

me he dado cuenta de lo afortunado que soy. Nunca pensé que lo necesitara, sé que estamos bien, que nos queremos, que somos felices, pero quiero que sellemos nuestro amor. Por eso he salido a comprar esto —dijo sacando del bolsillo una caja que abrió de inmediato—. No quiero una boda grande y ostentosa, solo quiero que un día, el que tú decidas, vayamos al juzgado, con dos testigos y nuestros padres, para formalizar nuestro amor. Solo eso.

Le puso el anillo en el dedo mientras ella le miraba, perpleja. Nunca se hubiera imaginado que él hubiera cambiado de opinión.

—Héctor, yo... No sé qué decir.

—Di que quieres casarte conmigo...

—Sí, quiero casarme contigo, pero tal y como has dicho, una boda con dos testigos y nuestros familiares y amigos más cercanos, un puro trámite, no quiero nada más. Sé que te quiero, que eres el hombre de mi vida, lo fuiste desde que te conocí con doce años y eso no ha cambiado ni jamás cambiará, pero nunca he querido una boda convencional, solo te quiero a ti y hace un tiempo que ya te tengo a mi lado.

Ambos se fundieron en un abrazo y un beso pasional que les cargó de deseo, pero no pasó a más porque estaban en el hospital y porque Deva se encargó de interrumpirles con un pequeño quejido.

—Nuestra pequeña quiere un poquito de atención —dijo Héctor separando los labios de su futura esposa.

—Es su momento.

—Lo es, sin duda.

Héctor la cogió en brazos y la admiró. No podía dejar de hacerlo, estaba completamente embobado con ella. Era tan perfecta... era su hija y sabía a ciencia cierta que, en un futuro, le traería muchos quebraderos de cabeza, seguramente más que su hijo, pero intentaría sobrellevarlos lo mejor que podría.

Le entregó la niña a Susana para que la diera el pecho y de nuevo se sentó a observarlas a las dos.

Después la dejó en la cunita y ambos se tumbaron a descansar, había sido un día que ninguno de los dos olvidaría por todo lo que había acontecido, pero sin duda porque marcaría un antes y un después en su futuro.

Capítulo 39

Después de dar el alta a Susana y de establecerse de nuevo en su casa, pasaron unos días y sus padres regresaron a Santoña. Su vida era un poco estresante, no dejaban de tener dos bebés, porque Toni tenía solo catorce meses, por lo que Héctor decidió cogerse vacaciones después del descanso por paternidad para ayudar a Susana con los dos niños.

Poco a poco se fueron asentando y estableciendo una rutina, parecía que todo iba sobre ruedas, les habían contado a sus padres lo de la boda y estaban encantados, aunque no con la idea de prescindir de ceremonias. A pesar de todo, habían respetado la decisión.

Melania y Lara habían comenzado a verse con dos chicos gemelos y parecía que la cosa iba en serio, ni Susana ni Héctor los conocían, porque no tenían mucho tiempo para organizar una cena con ellos con el tema de los niños, aunque Susana quería saber más cosas de esos dos misteriosos hombres, Jandro y Alberto, que parecían tener encandiladas a sus dos amigas. Por eso, el día en el que se iba a celebrar su boda, Susana insistió en que les llevaran a la comida que se celebraría después para poder conocerlos. A Melania no le hacía mucha gracia, pues allí iba a estar su hijo y era el primer contacto que Jandro, su chico, tendría con él.

El día llegó, tres meses después del nacimiento de la pequeña Deva. Susana lucía un sencillo vestido azul cielo corto y entallado, tras haber recuperado casi su figura, y Héctor un traje de chaqueta negro. Ambos se habían dicho que era un simple trámite. Sus padres también iban bastante

elegantes para la ocasión. Se casaron en el ayuntamiento de Santoña. Los testigos fueron Melania y Lara. Tras la firma del acto, ambos eran ya marido y mujer. Solo acudieron a la celebración, aparte de la familia, los padres de Toni y algún que otro amigo más íntimo de la pareja.

El convite se celebró en un restaurante de la misma localidad. Al final Melania y Lara habían convencido a sus chicos para acudir. Aunque llevaban poco tiempo saliendo juntos, tan solo unos meses, parecía que la cosa era seria, al menos las chicas se lo estaban tomando como tal.

Las presentaciones al principio fueron un poco tensas, pero enseguida se integraron en el grupo de los amigos de Héctor, aunque a David no le pasó desapercibido cómo Jandro miraba a su madre y le acariciaba la mano de vez en cuando. Por eso cuando tuvo ocasión, fue a hablar con su mejor amigo, Héctor.

—Tío, sé que hoy es el día de tu boda, pero necesito hablar contigo —le dijo el niño muy serio.

—Claro, colega. Tú me dirás.

—Ese tal Jandro, ¿quién es?

Héctor respiró hondo un par de veces, creía que no tenía que ser él quien le diera esa respuesta, pero también quería a David y tenía que ser sincero con él.

—Creo que debería ser tu madre quien te respondiera a esta pregunta. Pero solo te diré que son buenos amigos.

—No me gusta...

—Vaya... Pues es una pena, pero es a tu madre a quien tiene que gustarle, tío.

—Si le gusta mucho, ¿se convertirá en mi padre?

—Tú ya tienes un padre.

—Héctor, ya me entiendes... —dijo el niño muy serio.

—Quizás. Pero no juzgues a la gente sin conocerla.

—Pero es que no me cae bien...

—David, dale una oportunidad.

—Está bien.

El niño suspiró resignado, Héctor tenía razón, no había hablado con el hombre al que estaba juzgando. Si era sincero consigo mismo no le gustaba porque estaba acaparando toda la atención de su madre, ella hacía rato que no le prestaba a él nada de atención y eso le enfadaba. Quizás si le daba la oportunidad que Héctor le decía, podría conocerle mejor.

—Colega, ahora tendrás que sacar a bailar a mi mujer, te voy a dejar porque eres mi mejor amigo y creo que te lo mereces, pero no te acostumbres, aún te la tengo jurada... —le dijo para sacarle de su ensimismamiento.

—Bueno, si a tu mujer le gustan los hombres más jóvenes yo no tengo la culpa... —dijo volviendo al juego que ambos se traían y olvidándose un poco de su preocupación.

—Vaya, mis dos chicos preferidos vuelven a pelearse por mí, me encanta —dijo Susana que había escuchado la conversación.

Tras cortar la tarta, abrieron el baile con un vals y posteriormente Susana bailó con David, el cual, todo orgulloso, disfrutó con ella.

—Eres un bailarín estupendo —le dijo ella cuando terminaron.

—Gracias, Susi.

—¿Estás preocupado porque tu madre encuentre un hombre? Sabes que, si es así, nunca va a dejar de quererte.

—¿Tú crees?

—Claro, cielo. El amor a un hijo es infinito. Yo quiero a Héctor con todo mi ser, pero a Toni y a Deva los quiero y querré de otra manera y ¿sabes por qué? —David movió la cabeza negando—. Porque las madres os llevamos

dentro de nosotros nueve meses. Sois una parte nuestra, siempre lo seréis y eso nunca se puede olvidar, siempre os querremos pase lo que pase y aunque queramos compartir la vida con un hombre, a nuestros hijos los querremos siempre más que a esa persona. ¿Lo entiendes, cielo? Tu madre te quiere y te querrá siempre, más que a nadie en el mundo.

David pensó en las palabras de Susana. Pese a su corta edad, entendía muy bien lo que ella le había dicho. Le hizo una indicación para que se bajara y le dio un beso en los labios. Ella sonrió.

—Te quiero, Susi.

—¡Oye, chaval! ¡Que es mi mujer! —le dijo Héctor intentando parecer molesto, pero en realidad no lo estaba.

—Solo era un beso de amigo. Sé que es tu mujer y te quiere con todo su ser. Ella misma me lo acaba de decir, pero solo quería agradecerle que me haya hecho comprender algo que no entendía.

—Bueno, por esta vez te perdono, pero la próxima vez, tendré que darte un rechazazo... —dijo con retintín.

Los tres rieron. En ese momento se acercó Melania, que había estado un poco ausente toda la velada.

—Cielo, te presento a Jandro. Jandro, este es mi hijo, David.

—Un placer conocerte, David.

—Lo mismo digo... —comentó el niño chocando su mano.

—¿Te gustan los coches? Trabajo en un concesionario y tenemos alguno deportivo. Quizás algún día podamos salir a probar uno... ¿Te gustaría?

Los ojos de David parecían salirse de sus órbitas, le encantaban los coches.

—Mamá, ¿podría?

—No sé... ya veremos.

—¡Porfa!

—Mel, te juro que tendremos cuidado...

—Lo pensaré...

—¿Y si viene el tío Héctor?

Héctor miró ceñudo a David, en un momento le había inmiscuido en un problema que no era el suyo, pero lo haría por él.

—Si el tío Héctor está dispuesto a ir, a lo mejor.

—Sí, iré contigo.

—Venga, mamá...

—De acuerdo —cedió Melania al fin.

—Te quiero, eres la mejor mamá del mundo —dijo David abrazándose a ella.

—Anda, zalamero, a ver si no te he visto dándole un beso en los labios a Susana. A saber lo que le habrás dicho a ella.

Todos rieron por las palabras de Melania y continuaron con la charla un poco más animada. Jandro le habló a David de coches y así consiguió que el niño se acercara un poco a él. Estaba interesado en su madre, le gustaba demasiado y sabía que, si quería llegar a algo más con ella, tenía que ganarse a su hijo.

Una vez terminada la ceremonia, Héctor y Susana decidieron retirarse, sus hijos les reclamaban y aunque Deva ya estaba con leche en polvo, pues Susana no había tenido mucha leche materna esta vez, necesitaban un poquito de su atención incluso el día de su boda. Por eso se marcharon a casa a disfrutar de sus hijos.

—Así es nuestra vida, ni el día de nuestra boda... —dijo Héctor.

—Sabes que nuestros padres dijeron que se quedarían con ellos si queríamos.

—Lo sé, pero son nuestros hijos, además dijimos que sería un puro trámite, ellos son los que han querido montar toda esta fiesta. Sabes que por

mí, con la firma hubiera valido.

—Les hacía ilusión —comentó Susana.

—Ya... Vayamos a casa con nuestros chicos. Quizás podamos salir a dar un paseo al parque para que Toni pueda jugar y desfogarse un poco. ¿Qué te han parecido los gemelos?

—Bueno, son guapos —dijo con sorna Susana.

—No me refería a eso —comentó molesto.

—Pero no tan guapos como mi precioso marido —aclaró para que cambiara su humor—. El hombre más guapo me lo he llevado yo hoy. Ellas se tienen que conformar con unos gemelos.

—Ya, ahora intenta arreglarlo.

—Es la verdad. Pero parecen buenos chicos. Eso sí, David no está muy convencido de ello. Creo que se siente un poco desplazado. Aunque no le culpo. Su madre no le hizo caso en toda la comida.

—Tienes razón, no me gustó mucho la actitud de Melania. David es solo un niño. Piensa que su madre le va a dejar de querer.

—Eso es, aunque creo que entendió que el cariño no es el mismo cuando yo se lo expliqué.

—Por eso te besó.

—Exacto.

—Menudo pícaro está hecho el niño. Va a ser todo un seductor.

—No lo dudo ni por un segundo.

Ambos rieron imaginándose al niño con unos años más. Entre charlas y risas llegaron a casa. Tras dar la merienda a los niños se cambiaron de ropa para ir al parque, aunque estaban cansados sabían que un poco de aire fresco y de juego le vendría bien a Toni para después dormir de un tirón.

Pasearon hasta el parque, pero cuando llegaron no se pudieron creer lo que vieron: Mario se encontraba en la esquina.

—Susana, coge a los niños y llévatelos inmediatamente a casa.

—Héctor, ¿qué vas a hacer? —preguntó nerviosa.

—No lo sé, pero no voy a dejar que ese sinvergüenza se acerque a vosotros ni un milímetro.

—Cariño, por favor, no te metas en líos, es el día de nuestra boda.

—Lo intentaré, pero no voy a dejar que os pase nada. Ve rápido, y si no vuelvo en diez minutos llama a Gustavo. Ten mi teléfono.

—¿Y cómo voy a localizarte, Héctor?

—Ve a casa, Su, por favor.

Susana cogió la silla doble donde estaban Toni y Deva, que hasta ese momento la había llevado Héctor y echó a correr hasta perder de vista a Héctor. Estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer, su corazón estaba acelerado, una parte de ella le gritaba que siguiera corriendo, pero otra le decía que no se alejara demasiado. Al final aceleró el paso, tenía que poner a salvo a sus hijos. Al llegar a casa, habían pasado solo cinco minutos, pero con el móvil de Héctor llamó a su amigo Gustavo, el guardia civil, que no tardó en contestar.

—Hola, Héctor, ¿pasa algo?

—No, no soy Héctor. —La voz de Susana le temblaba.

—Susana, ¿ha pasado algo?

—No lo sé... pero hemos ido al parque y estaba Mario. —Casi con lágrimas en los ojos le relató lo que Héctor le había indicado hacer.

—Ahora mismo mando una patrulla para allá. Susana, cierra la puerta con llave y no abras a nadie hasta que lleguemos a tu casa. Pon a salvo a los niños. Te llamaremos a este teléfono para decirte que estamos abajo y que nos abras la puerta. ¿De acuerdo?

—Sí.

Susana colgó el teléfono, subió al piso de arriba y se fue a esconder con

los niños en el armario vestidor. Cuando iba a cerrar la puerta creyó oír un disparo y su cuerpo se estremeció. Cerró rápidamente y lloró desconsolada. No sabía por qué, pero intuía que ese disparo se lo había llevado Héctor. Solo esperaba que siguiera vivo.

Minutos después, el teléfono sonó.

—¿Dígame?

—Susana, tienes una patrulla en la puerta de tu casa, ¿estáis bien?

—Sí, pero he oído un disparo.

—Lo sé, pero no te preocupes, no es Héctor.

—¿De verdad?

—Sí. Te lo aseguro. Ha sido Mario. Nuestros agentes lo han abatido. Tenía a Héctor apuntándole en la cabeza y no quería soltarlo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está muerto?

—Me temo que sí. Ya estáis a salvo.

Susana salió del armario con sus hijos, ninguno de los dos había hecho el menor ruido durante su estancia en el armario. Deva estaba dormida en la Maxi-Cosi y Toni se había acurrucado al lado de su madre sin decir ni una palabra.

Al bajar al piso de abajo, Héctor les estaba esperando con la ceja sangrando, Susana le abrazó con lágrimas en los ojos.

—Cariño, ya pasó todo —la dijo al ver el terror en su cara.

—Pensé que te había perdido —lloró desconsolada.

—Jamás me perderás...

—Llegará un día...

—¡Schhh! Llegará un día, sí, pero espero que sea muy tarde, cuando seamos muy viejos y tengamos unos nietos preciosos a los que malcriar.

La tarde pasó despacio. Tras una hora relatando lo sucedido, poco a poco el barullo que se había formado en la calle empezó a disiparse y llegó la

noche.

Susana acostó a los niños y Héctor se quedó con su amigo Gustavo, el cual había acudido con el traje de la boda al lugar de los hechos.

—Ni tiempo me ha dado a cambiarme.

—Lo siento.

—Más lo siento yo, amigo. Vaya día para que te sucediera algo. Al menos todo se ha quedado en un susto. ¿Qué tal Susana?

—No sé si podrá dormir hoy. Esta bastante conmocionada, se escondió en el vestidor.

—Lo sé, me lo dijo por teléfono. Dios, qué tío más loco.

—Pues sí, no pensé que volvería a por nosotros.

—La gente no cambia, amigo.

—¿Pero esperarnos en el parque con una pistola? ¿Qué pretendía? ¿Matarnos a todos?

—No lo creo... quizá asustaros. Si hubiera querido matarte lo habría hecho sin pensar y no lo hizo, no tuvo el valor, pudiste comprobarlo tú mismo.

—La verdad es que tuve un miedo tremendo, no por mí, sino a dejar sola a Susana y a los niños, a que mis dos hijos crecieran sin su padre, como David con Toni.

—No pienses en eso, amigo. Además, ese niño te tiene a ti. Eres como su padre.

—A veces...

—Siempre que te necesita, acude a ti, ¿no es así?

—Sí, eso es cierto.

—Y tú le ayudas. Eres un gran padre para David y también para tus hijos, ahora no pensemos en lo que habría pasado, estás vivo. Ve con tu mujer y tus hijos, además, tienes que disfrutar de tu luna de miel.

—No creo que ninguno de los dos tengamos cuerpo para luna de miel, la verdad.

—Pues hacedlo. Eso sí, no encarguéis un tercer niño, por favor...

Héctor golpeó a su amigo en el hombro y después se despidió de él con un abrazo. Subió a la habitación donde Susana descansaba y se metió en la cama, abrazó a su mujer y la besó en el cuello.

—Buenas noches, preciosa. Descansa.

Inspiró su dulce aroma y se resignó. Esa noche no consumiría su luna de miel, aunque sabía que después de lo sucedido lo más importante era estar vivo.

Capítulo 40

Pasados varios meses de lo sucedido el día de su luna de miel, todo parecía haberse olvidado, aunque Susana aún tenía alguna pesadilla.

No se había reincorporado a su trabajo, había pedido una excedencia para poder cuidar a sus hijos, esta vez al ser dos era más complicado compaginar trabajo y organizarse con la casa, guarderías y demás, por lo que hasta que Toni no tuviera tres años y fuera al cole, Susana no iba a ir a trabajar. Ambos habían tomado la decisión y aunque a ella le había costado un poco tener que dejar su trabajo, sabía que era lo mejor. Tampoco quería estar estresada de un lado para otro y desatender a sus pequeños. Toni seguiría yendo a la guardería, aunque menos horas, y Deva se quedaría con ella, cuando fuera un poco más mayor también acudiría unas horas para que se fuera acostumbrando.

La vida les iba bien, tenían alguna discusión como todas las parejas, pero nada que no se pudiera arreglar.

La relación de Alberto y Lara también iba viento en popa, se habían ido a vivir juntos hacía un mes y parecía que la cosa funcionaba de maravilla. Lara estaba muy feliz, de hecho, Susana jamás le había visto tan feliz. Hablaba incluso de formar una familia, cosa que nunca le había oído decir a su amiga. Parecía otra.

—Si no lo veo, no lo creo —decía Susana tomándose un café con Lara en su casa—. ¿Quién te ha visto y quién te ve? Tú hablando de formar una familia, la anti-familia. Es que alucino, Lara.

—Ya ves, Susi. Las vueltas que da la vida. La verdad es que no me veo como una madre, pero Alberto quiere tener un hijo y bueno, no sé, quizás...

—No podéis esperar mucho, no eres una niña...

—Lo sé, pero tampoco podemos precipitarnos, llevamos unos meses juntos, tendremos que ver si esta relación va a buen puerto.

—En eso te doy la razón. Pero si la cosa funciona, cariño, no esperéis mucho.

—Bueno lo mismo luego no podemos...

—Ya... Pues lo intentáis, que por eso no sea.

—Eso, intentarlo lo intentaremos, de todas las formas que podamos —se mofó Lara.

—¡Eres la leche! Me alegro mucho por ti. Además, ya era hora de que sentaras la cabeza. Por cierto —añadió acercándose a ella con complicidad—, no se les habrá ocurrido a los gemelos cambiarse, ¿no? Es que son tan parecidos... Yo si les veo juntos, la verdad porque visten diferentes, pero si no...

—Tranquila, el mío es único.

—¿Sí? —inquirió Susana curiosa.

—Así es.

—Vamos, zalamera, cuenta...

—Tiene un antojo.

—¿Dónde?

—Si te lo digo tendría que matarte.

—No seas mala, yo te he contado muchas intimidades de Héctor, así que desembucha.

—En el pene.

—¡No jodas! —soltó Susana que no solía decir tacos, pero le salió sin querer.

—Sí, tiene un lunar en el mismo.

—¡Ostras! Vaya sitio. Y siento el improprio.

—Tranquila, tu querido esposo no está aquí pare echarte la bronca.

—Sabes que soy yo la que no dice tacos, pero me ha salido del alma.

Las dos rieron y terminaron su café. Después, Susana se marchó a buscar a Toni a la guardería y a terminar la comida, Héctor no tardaría en llegar.

La relación de Melania y Jandro era más complicada. David, aunque había aceptado al novio de su madre seguía sin ver con buenos ojos que se fueran a vivir juntos, por lo que no habían dado aún ese paso. Jandro quería a Melania, sabía que era la mujer de su vida y estaba dispuesto a ser un padre para David, pero el niño se negaba a aceptarlo como tal, pese a que Héctor le había insistido en que debía ser más abierto con él. El niño solo veía a una figura paterna y ese era Héctor.

—Colega, ¿por qué no has ido al partido con tu madre y Jandro? — Héctor sabía lo mucho que le gustaba el fútbol a David, y Jandro le había conseguido unas entradas en tribuna principal para ver al Racing, su equipo.

—No tenía ganas...

—David, ¿sabes que lo está intentando?

—Solo quiere comprarme.

—No, te equivocas, quiere agradarte. No es lo mismo.

—No quiero que sea mi padre.

—Colega, es el novio de tu madre. Puede que no quieras que sea tu padre, pero al final, más tarde o más temprano, si la relación funciona, decidirán que todos viváis juntos. Es un buen hombre. Creo que merece una oportunidad, no se lo estás poniendo nada fácil. ¿Por qué?

—Porque entonces dejarías de quererme. Toni ya no sería como mi hermano...

Héctor ahora entendía el comportamiento de David. Creía que, si

aceptaba a Jandro como el novio de su madre y se convertía en su padre, Héctor ya no le querría como hasta hora.

—David, nosotros siempre te querremos y Toni siempre será como un hermano para ti. Nada va a cambiar, siempre serás parte de nuestra familia. Sabes lo mucho que significas para nosotros y que Jandro forme ahora parte de tu vida, no cambia para nada nuestra relación. Ven aquí, campeón...

Héctor le estrechó entre sus brazos. David le abrazó con fuerza, ambos se querían mucho y eso no cambiaría.

—Vaya, ¡exaltación de la amistad! —dijo Susana que entró en ese momento en el salón y les vio abrazados—. Yo también quiero un abrazo de esos tan fuertes.

Ambos la abrazaron y la besaron.

—Oye, tío, no te pases que es mi mujer —le recriminó Héctor con sorna al ver que David no dejaba de darle besos.

—Tranquilo, guapo, que no va a hacerte nada, tú sigue besándome —dijo ella.

—Oye, preciosa, tú no te pases —le dijo a Susana pellizcándole la nalga.

—¡Eh! No seas bruto...

Después de jugar un rato los tres, pasaron la tarde con Toni y Deva. Aunque a David no le hacía mucha gracia la niña, al final jugó un rato en la manta como cuando Toni era pequeño.

Jandro y Melania fueron a recogerlo al terminar el partido. Héctor decidió hablar un rato con Melania. Como amigo, se sentía en la obligación de contarle a la mujer los temores de su hijo. Quería que supiera por qué David no aceptaba a Jandro, por eso decidió invitarles a cenar.

—Os quedáis a cenar, ¿verdad?

—No queremos molestar —contestó Jandro.

—No es molestia. Melania, necesito consultarte una cosa, acompáñame

un momento a la cocina. David, cuida de Toni, por favor —les indicó Héctor.

Los dos hicieron lo que Héctor dijo y mientras, Susana se quedó con Jandro y los niños en el salón.

—Melania, hoy he hablado con David.

—Me lo imagino, a ti te cuenta todo —dijo desolada—. A mí hace tiempo que no me dice nada.

—Lo siento, pero tienes que entender que no puede hablarte de Jandro.

—Ya...

—Tiene miedo de aceptarle como padre y perder mi cariño.

—¿Qué tonterías son esas?

—Es un niño, Melania. Hasta ahora tienes que entender que yo he sido lo más parecido a un padre que ha tenido.

—Sí, en eso estoy de acuerdo.

—Y siempre le hemos dicho que es como un hermano para Toni. Entonces piensa que, si tú ahora te vas a vivir con Jandro o él se va a vivir con vosotros, él se convertirá en su padre y nos perderá a nosotros.

—Pero eso no es cierto —exclamó Melania sorprendida.

—Ya, tú y yo lo sabemos, lo comprendemos, pero él es tan solo un niño...

—Hablaré con él.

—Yo se lo he explicado, pero hazlo tú también, que lo entienda. No sé cómo es tu relación con Jandro y en qué punto estáis. Pero yo solo quiero lo mejor para David porque le quiero mucho, es muy importante para mí. Aunque no lo creas y aunque David no sea mi hijo, una parte de mí siempre se sentirá obligado a cuidar de él, es el hijo de mi amigo Toni y creo que se lo debo.

—Gracias, Héctor. Eres y siempre serás un gran hombre. Hablaré con David. En lo referente a mi relación con Jandro, te diré que, por primera vez

en mi vida, creo que he encontrado a un hombre que me hace feliz.

—Te lo mereces, Melania. Me alegro mucho por ti. Espero de corazón que sea el hombre correcto.

Melania abrazó a Héctor emocionada y los dos salieron de la cocina en dirección al salón. Después de tomar algo, decidieron pedir comida a domicilio y cenar todos juntos charlando sobre el partido de fútbol. David parecía más comunicativo con Jandro y al final prometió que iría al próximo partido.

Tras la cena, Melania, Jandro y David se despidieron de la familia y se marcharon. Héctor y Susana acostaron a los pequeños y decidieron que esa noche sería especial, pues llevaban un tiempo que sus noches se limitaban a dormir.

—Cariño, esta noche eres mía.

—Siempre soy tuya...

—Tú ya me entiendes... —le dijo lascivo.

Héctor la cogió en brazos desde la habitación de los pequeños y la llevó hasta la suya, la tumbó en la cama, se deshizo del pantalón de yoga que ella llevaba y fue besando sus piernas hasta llegar al centro de su deseo. Susana ya estaba excitada con ese contacto. Héctor la ponía a mil y además, el hecho de llevar unos días sin apenas relaciones avivaba el deseo.

Besó su sexo por encima de sus braguitas y siguió subiendo hasta su barriga, fue subiendo la camiseta de su pijama lentamente, demasiado despacio según el pensamiento de Susana, que estaba empezando a arder de pasión. Al final fue ella la que se deshizo de la camiseta para quedarse solo con el sujetador. Estaba en ropa interior y tan excitada que podía estallar en cualquier momento con solo el contacto de las yemas de los dedos de Héctor.

Él se fue desvistiendo poco a poco, sabía que eso encendería más el cuerpo de su chica.

—Héctor... —susurró desesperada.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Te necesito...

—¡Mmm! Vaya, mi mujercita me necesita. Entonces tendré que saciar sus necesidades...

Terminó de quitarse toda la ropa y se deshizo con premura de sus braguitas mientras ella se desabrochaba el sujetador. Se adentró despacio en ella, aunque sus embestidas eran duras, certeras, haciendo que ella jadeara con cada estocada. Susana le instaba con sus piernas apoyadas en las nalgas a que se adentrara más en ella, necesitaba más intensidad, pero él se negaba aún a darle todo lo que ella quería. Poco a poco fue aumentando el ritmo, aunque cuando Susana pensaba que iba a llegar al orgasmo, Héctor frenaba las embestidas. Ella comenzaba a desesperarse, hasta le había mordido un par de veces en el cuello para que dejara de jugar a ese estúpido juego, pero él seguía divirtiéndose solo, porque a ella no le hacía ni pizca gracia rozar la gloria y de nuevo bajar al infierno.

—Héctor, por favor... —le rogó desesperada.

—Te aseguro que cuando llegues al orgasmo, será el mejor que hayas tenido en toda tu vida —le dijo jadeante.

Susana no sabía si creerle o no, pero no podía hacer otra cosa, por lo que se resignó y continuó recibiendo las embestidas que de nuevo le llevaban una vez más a lo más alto de su excitación, hasta que Héctor se dejó llevar también y los dos culminaron en uno de los mayores orgasmos que habían tenido juntos.

Se acostaron abrazados y cuando sus corazones volvieron a latir a un ritmo normal, consiguieron quedarse dormidos.

Habían pasado varias semanas desde que Melania y Héctor hablaran de

los miedos de David. El niño parecía que había comprendido un poco la situación e iba aceptando a Jandro, pero Melania aún no había hablado con su hijo pese a que se lo había prometido a Héctor. El problema era que no sabía cómo hacerlo, tenía miedo de la reacción de su hijo. Pero entonces fue cuando se enteró de lo que en unos meses iba a pasar. No sabía cómo había sucedido. Tenía una mezcla de sentimientos y necesitaba hablar con las chicas para que le dieran su opinión antes de tomar una decisión. Por eso las llamó y quedaron todas en casa de Susana para tomar un café, ya que ella era la que más complicado tenía salir de casa, con los dos bebés.

La primera en llegar fue la madre de David.

—Melania, ¿ha pasado algo? —le preguntó Susana al abrir la puerta—. Nos has citado con mucha insistencia..

—Hola, Susi, ¿ha llegado Lara? —dijo entrando a la casa—. Prefiero contaros la noticia a las dos...

Susana se sorprendió, parecía algo malo por la cara de circunstancias que traía.

—No, aún no, ¿estás bien?

—Un poco nerviosa.

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina, donde Susana estaba preparando café.

—Melania, ¿de verdad que estás bien?

—Aún no lo sé...

En ese momento, el timbre sonó y las dos fueron rápidamente a abrir, Susana porque estaba ansiosa por saber lo que su amiga iba a contarles y Melania porque quería decirles lo que ocurría.

—Hola, guapas. Espero que sea importante, he dormido solo tres horas...

—Chicas, estoy embarazada.

—¿Qué?! —dijeron las dos al unísono.

—No sé ni cómo ha pasado. Siempre tomamos precaución. Bueno, Jandro la toma... Yo nunca he tomado la píldora, no la he necesitado en estos años porque no había mantenido relaciones con ningún hombre hasta ahora; pero se ve que algún preservativo ha fallado, porque tenía que venirme el periodo hacía diez días. La semana pasada pensé que podía ser por estrés. David ha estado un poco pesado con el tema de si Jandro será su padre y yo no he sabido qué decirle, tampoco duermo bien últimamente porque Jandro quiere que vivamos juntos y todo eso me ha estresado mucho, entonces he pensado que podía ser el motivo de mi retraso. Pero al seguir sin venirme el periodo tantos días hoy he decidido ir a la farmacia a por un test de embarazo y ha dado positivo. No sé qué hacer... —dijo muy agobiada.

—Lo primero es tranquilizarte —comentó Susana agarrándola del brazo y guiándola hasta la cocina. Lara las siguió—. Tomemos algo y pensemos todas las opciones, ¿de acuerdo?

—Vale.

Susana dejó el café para otro momento y preparó unas infusiones. Lara se sentó con Melania y la agarró de las manos, la verdad es que la situación era bastante complicada de nuevo para la pobre mujer. Otra vez estaba embarazada sin buscarlo. Parecía que se repetía el problema de hacía más de diez años y sin querer se puso a llorar.

—Cariño, todo saldrá bien.

—Parece que he vuelto otra vez al pasado... —sollozó.

—No lo creo. Entonces eras una adolescente, ahora eres adulta y puedes tomar otras decisiones —le dijo Lara.

—No abortaré, no lo hice la otra vez y ahora tampoco —dijo tocándose el vientre.

—Me parece una decisión respetable, Mel. Pero si vas a tener al bebé,

entonces la única opción es hablar con el padre.

—¿Y si tampoco está dispuesto a cargar con él?

—Nos tienes a nosotras. Somos tus amigas y te ayudaremos. Igual que ahora te ayudamos con David, te ayudaremos con el bebé en todo lo que podamos —intervino Susana.

—¿Y qué dirá David de todo esto?

—Bueno, seguro que al principio no le hará gracia, pero tampoco le gustaba Toni ni Deva y ahora está encantado con ellos.

—Dios, ¡qué lío!

—Cariño, todo va a salir bien.

Tomaron las infusiones y paulatinamente, Melania se fue animando un poco. Estaba nerviosa, pero sabía que tenía que hablar con Jandro y decirle la verdad, cuanto antes lo hiciera antes sabría qué opinaba de todo eso. También tendría que hablar con su hijo, pero lo demoraría hasta después de hablar con el padre de su futuro bebé.

—Gracias chicas, por apoyarme y ayudarme con este asunto. No sé qué haría sin vosotras.

—Para eso estamos las amigas. Ahora habla con Jandro y luego nos cuentas.

—Os mantendré informadas.

Melania quedó con Jandro una hora más tarde, estaba muy nerviosa, pero tenía que hacerlo. Cuando llegó al lugar de la cita le temblaban las piernas.

—Hola, nena. ¿Estás bien? Te noto nerviosa.

—Jandro, tenemos que hablar...

Él se tensó, se temía lo peor, que ella se hubiera cansado o que al final gracias a las exigencias del niño hubiera decidido dejarlo.

—Tú me dirás —dijo un poco cortante.

—Verás... yo... estoy... estoy embarazada —soltó al fin.

—¿Qué? Pero...

—Sí, lo sé... Que has usado protección siempre, pero se ve que alguno no estaba bien, porque yo solo me he acostado contigo.

—¿Vamos a ser padres? —preguntó aún nervioso.

—Eso parece. Bueno, si tú quieres.

—Mel, cariño... ¿Cómo que si yo quiero?

—No tienes por qué hacerte cargo si no quieres.

—Pero me estás diciendo que ese bebé es mío, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces por qué no me iba a hacer cargo?

—No sé...

—Nena, no sé qué pasó en el pasado con el padre de tu hijo, pero yo voy en serio contigo, te quiero, Mel y si vamos a ser padres, haremos las cosas bien. Nos casaremos y formaremos una familia.

—Para el carro, Jandro. No vayas tan deprisa...

—¿De que tienes miedo?

—David...

—Cariño, tienes que hablar con él, yo no pretendo que olvide a su padre, pero quiero que sepa que ahora soy tu pareja y que te quiero, Mel. ¿Tú me quieres?

—Sí, Jandro, te quiero.

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí.

—Pues haznos un favor, habla con David.

—Lo haré, hoy mismo.

—Gracias.

Jandro sonrió y Melania sintió que un peso desaparecía de su corazón para siempre. Al notarlo se sintió ligera, y se dio cuenta de que aquella losa

había estado allí durante muchos, demasiados años. Se quedaron juntos un rato más, hablando sobre el futuro. Después, Jandro tuvo que regresar al trabajo. Melania se despidió de él con una sonrisa en los labios, era feliz, aunque tenía miedo de que su hijo no aceptara al hombre del que estaba enamorada.

Llegó la hora de ir a recoger a David, y cuando llegaron a casa, después de comer, decidió hablar con él.

—Cariño, tengo que hablar contigo.

—Mamá tengo que hacer los deberes.

—Es importante.

—Vale —aceptó David de mala gana. Se sentó en el sofá, esperando alguna regañina o algo parecido.

Melania suspiró e inspiró un par de veces para coger las fuerzas necesarias y comenzó a hablar:

—Cielo, sabes que Jandro y yo llevamos un tiempo saliendo juntos.

—Sí, lo sé.

—No me interrumpas, por favor...

—Lo siento.

—Bueno, el caso es que ambos hemos decidido dar un paso más en nuestra relación, vamos a casarnos.

—¿Qué? Pero mamá...

—Cariño, nos queremos. Pero eso no significa que yo no te quiera. Te quiero con toda mi alma. Eres lo más importante que hay en mi vida y eso no va a cambiar nunca, jamás.

David se resignó y abrazó a su madre, sabía que esas palabras eran ciertas, todos se lo habían dicho, aunque al oírlas de su madre le hicieron comprenderlas de verdad y la abrazó con todas sus fuerzas. Quería que su madre fuera feliz.

—¿Nunca vas a dejar de quererme?

—Claro que no, cariño.

—¿Será mi padre ahora?

—Bueno, tendrás que hacerle caso a él como me haces a mí. Él cuidará de ti como cuido yo. Te apoyará y te ayudará en todo lo que necesites. Pero no tienes que llamarle papá ni nada por el estilo, Jandro estará bien.

—Vale, de acuerdo.

—Hay algo más, cielo.

—¿Qué?

Melania suspiró nerviosa, era lo que más miedo le daba contar a su hijo. Decirle que iba a tener un bebé.

—Mamá va a tener un bebé.

—¿¿Qué?! Pero, ¿por qué? —exclamó David, disgustado.

—Bueno, no ha sido algo que buscáramos, pero ha surgido. Cuando seas más mayor te explicaremos por qué.

—No entiendo, si no queráis...

—Como te he dicho a veces los bebés surgen sin que realmente se quieran.

—No es justo, a mí no me gustan los bebés, son un asco.

—Pues para no gustarte los bebés, bien juegas con Toni y Deva —le dijo su madre algo molesta al ver su reacción.

—Porque no me queda más remedio, si no el tío Héctor no juega conmigo.

—Eso no me lo creo, Héctor juega contigo aun no jugando con los bebés.

—Bueno, también lo hago por Susi, para que me quiera un poco...

—Ya..., será por eso...

—Pues claro, a mí no me gustan los bebés, son un rollo...

—Bueno, pero seguro que tu hermanito o hermanita al final no es tan rollo.

—Seguro que sí... —dijo David con retintín.

—Pero jugarás con él o ella, porque te lo pido yo, ¿no?

—¡Jo, mamá! Eso no es justo...

—Cariño, ¿quién dijo que la vida es justa?

Al final, David se resignó y Melania suspiró más tranquila. Los siguientes minutos, el niño estuvo poniendo sus propias normas sobre la futura relación con el bebé: jugarían a lo que él quisiera, y no le cambiaría el pañal. Además, quería ayudar a elegir el nombre y sus juguetes serían solo suyos, no quería compartirlos. Tras una larga negociación, David se marchó a hacer los deberes y Melania, agotada, se dejó caer en el sillón.

—Bueno —dijo para sí, acariciándose la barriga—, podría haber sido peor.

Capítulo 41

Héctor no se podía creer la noticia cuando Susana se lo contó: de nuevo Melania iba a ser madre. Se repetían las circunstancias de hacía diez años, solo que esta vez, el bebé no era producto de una noche de borrachera y el padre estaba dispuesto a afrontar lo sucedido casándose con ella.

Al menos sería feliz, aunque no le gustaba mucho la idea de que David hubiese aceptado tan pronto. Por lo que decidió llevárselo una tarde para hablar con él.

—Colega, ¿cómo estás?

—Bien —respondió secamente el niño.

—A mí puedes contármelo, recuerda que somos amigos.

—La verdad es que no me gusta la idea de tener un hermanito ni de que Jandro se venga a vivir a casa, pero si es lo que mi madre quiere...

—Vaya, eso está mejor. No me gusta que me mientas, tío.

—Lo siento, pero es que sé que, aunque no me guste la idea, tengo que aceptarla.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Por qué no te gusta la idea?

—No sé, tener que obedecer a mamá ya es suficiente, si ahora viene Jandro...

Héctor se rio a carcajadas.

—Bueno, amigo, lo siento, pero hay que obedecer a los mayores.

—¡Qué ganas tengo de ser mayor y no tener que obedecer a nadie!

—Algún día, colega, tú serás padre y entonces tendrás los mismos

problemas, créeme.

—Algún día... —dijo David.

—¿Y lo del bebé? ¿Qué te parece?

—Mamá me dijo que era algo que no habían buscado y aunque no lo entiendo, sé que tengo que aguantarme. Sabes que no me gustan mucho los bebés, son un rollo, aunque Toni y Deva al final me caen bien. Bueno, Deva un poco menos, porque es una chica y seguramente cuando sea un poco más mayor será presumida, como las chicas de mi clase.

Héctor volvió a soltar una carcajada al escuchar sus palabras. El niño era un verdadero genio soltando por la boca todo lo que sentía.

—¡Es verdad! Mis compañeras son todas unas chulas y muy presumidas. Son asquerosas, pero Deva es graciosa, cuando me mira con esos ojitos verdes... Además, se parece tanto a Susi...

—Ya, colega a ti lo que te pasa es que te gusta porque se parece a Susi, te ha robado el corazón porque en el fondo te gusta mi mujer y como Deva es igual que su madre...

David no dijo nada. Héctor tenía un poco de razón, que fuera tan parecida a su madre le hacía quererla más.

—Bueno, dejando el tema de Deva aparte, porque es mi hija y muy pequeña para ti... entonces ¿no te molesta que tu madre y Jandro vayan a tener un bebé?

—Sí me molesta, pero creo que no hay otra opción, ¿me equivoco?

—La verdad es que no. ¿Sabes, colega?, eres un niño extraordinario y por eso todo el mundo que te conoce te quiere.

—¿Tú me quieres? —le preguntó incrédulo.

—¿Cómo no te voy a querer? Vaya pregunta más tonta, David. Somos amigos, colegas, y los amigos se quieren.

—Gracias. —David se abrazó a Héctor y derramó unas cuantas lágrimas.

Que le dijera que le quería era algo que le hacía muy feliz, más en esos momentos en los que se sentía un poco superado.

—¡Eh! Tío, vamos, pero no me llores, que los chicos no lloran...

—No estoy llorando, se me ha metido algo en el ojo, nada más —dijo muy digno.

—¡Ah! Vale, ya me parecía a mí —comentó Héctor con sorna.

Durante el resto de la tarde estuvieron jugando a la consola hasta que Héctor le llevó a casa. Melania y Jandro ya estaban preparando cosas para la mudanza. David se despidió de su amigo y subió a su cuarto.

—¿Qué tal le has visto? —le preguntó Melania.

—Está un poco agobiado con todo este cambio, pero es un gran chico, estoy seguro de que no tendréis problemas. Aunque me gustaría que no le presionaraís mucho. Quizás cuando empecéis a vivir juntos, un día a la semana podría quedarse en mi casa, para que se desfogue un poco. Si no es mucha molestia, claro.

—Lo pensaré, Héctor. Gracias por todo.

—De nada.

Héctor sabía que a David le vendría bien desconectar un poco, esperaba que Melania pensara su propuesta y la aceptara.

Pero no lo hizo. La convivencia con Jandro comenzó con bastantes tiranteces por parte de David, tantas que una noche, el niño llegó a casa de Héctor y Susana llorando. Se había escapado.

Cuando el timbre sonó eran las once de la noche. Héctor y Susana miraron asombrados, ya estaban en la cama.

—Voy a ver quién es. Vaya horas... —dijo él malhumorado.

Bajó deprisa y cuando vio a David con una mochila y la cara llena de lágrimas, se le cayó el mundo encima.

—¡David! ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Me he escapado de casa, no quiero vivir con mamá y con Jandro — dijo entre sollozos.

—Pasa, tomaremos un vaso de leche caliente y después llamaremos a tu madre para decirle que estás aquí.

—¡No! No quiero que sepan dónde estoy, vendrán a por mí. No quiero volver a verlos, ellos no me comprenden. ¡No me quieren!

—Sí que te quieren, David. A ver, cuéntame que es lo que ha pasado.

Susana bajó en ese momento al ver que Héctor no regresaba a la cama y cuando se encontró al niño tan compungido se acercó y le besó.

—Cielo, ¿qué ocurre? —dijo alarmada.

—Me he escapado de casa.

—Ahora iba a contarme qué es lo que ha pasado —le indicó Héctor, mirándola con complicidad. Susana asintió imperceptiblemente.

—Bueno, pues me uno a vosotros, si no os parece mal —dijo suavemente.

—No —contestó David.

Héctor preparó tres vasos de leche caliente mientras David les relataba su problema. Había discutido con Jandro por la cena. Normalmente su madre siempre le hacía la que él quería, pero en esta ocasión, Jandro había decidido y a él no le gustaba lo que había, por lo que no había cenado nada, pues su madre y Jandro habían determinado que, si no cenaba eso, no comería otra cosa, obligándole a estar en la mesa hasta que ellos terminasen. Lo peor no había sido eso, sino que Jandro le había chillado.

Realmente David no tenía razón, pero era un niño. Héctor y Susana se daban cuenta que durante nueve años Melania le había malcriado y de la noche a la mañana no podían saltarse eso de un plumazo porque llegara un hombre a su vida. Sí era cierto que tenían que imponer unas normas y hacerle ver a David que tampoco se podía salir siempre con la suya, pero quizás no

de una manera tan radical cuando hasta ahora había estado haciendo siempre lo que había querido.

—Cariño, quiero que entiendas una cosa —dijo Susana—. No siempre tu madre puede hacerte la cena que tú quieras. Hay que cenar de todo, cosas que nos gustan más y cosas que nos gustan menos. Incluso cosas que a veces no nos gustan. Porque sobre todo hay que comer sano. Por lo que nos cuentas, creo que Jandro quizás se ha excedido un poco con el tono de voz, pero seguro que ha tenido un mal día y a veces cuando los mayores tenemos un mal día, perdemos un poco los estribos... —Susana tampoco quería meter la pata y decir que Jandro se había excedido, quizás porque David a lo mejor tampoco estaba siendo muy subjetivo a la hora de relatar la historia—. Pero cielo, tienes que volver a casa. Llamaremos a mamá y a Jandro y te llevaremos ahora mismo.

—No quiero volver.

—Haremos una cosa —intervino Héctor—. Llamaremos a mamá y a Jandro para decirles que estás aquí y hoy te quedarás a dormir con nosotros. Mañana yo te llevaré al cole y después irás a casa como todos los días para poder hablar con tu madre y con Jandro. ¿Te parece bien?

David lo pensó durante un momento, no sabía si aceptar o no la propuesta, pero al final asintió.

—¿Me dejaréis dormir con vosotros?

Héctor miró a Susana. Aquel niño era un zalamero, pero al final aceptó.

—Está bien, pero no te acostumbres, que sé que lo único que quieres es robarme a mi mujer y no sabes cómo hacerlo, colega.

Los tres rieron, Héctor le cogió de los hombros y le frotó la cabeza con la mano para animarlo. Después tomó el teléfono y llamó a su madre, que no se había percatado de la huida de su hijo. En un primer momento se puso muy nerviosa y quiso ir a por él, aunque al final, tras debatirlo con Héctor aceptó

la propuesta y dejó que el niño se quedara en casa con ellos.

David se metió en la cama encantado. Se tumbó al lado de Susana y de Héctor y no tardó ni cinco minutos en quedarse dormido.

—Espero que funcione —dijo Susana en un susurro.

—Yo también. No quiero que David sufra. No se lo merece —susurró Héctor.

—Está en una edad muy mala y cualquier cambio drástico podría influir en un futuro. Ahora durmamos. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mi amor.

Héctor se acostó deseando que la relación de Jandro y David mejorase, por el bien del niño. Quería mucho al muchacho y como le había dicho a Susana, la edad en la que estaba podía influir mucho en su comportamiento en un futuro.

A la mañana siguiente, tras llevar a David al colegio e irse a trabajar, Héctor telefoneó a Melania. Quería que se acercara al hospital para hablar con ella.

Llegó pasadas las doce de la mañana a su despacho, ya había pasado consulta y estaba libre, por lo que no la hizo esperar.

—Hola, Héctor. —La mujer parecía muy agitada—. ¿Cómo está David?

—Está bien, puedes estar tranquila. Siéntate. No te robaré mucho tiempo, tengo que hacer la ronda por la clínica en diez minutos. Si he querido que vinieras es porque me preocupo por David. Lo que pasó ayer me dejó algo descolocado. Nos dijo que Jandro le levantó la voz.

—Eso no es cierto.

—No sé lo que pasó. Sé que los niños a veces exageran las cosas. No voy a inmiscuirme en temas de pareja, Melania. Es tu vida y tú la gestionas como quieras, pero cuando afecta a David, me preocupo. Porque como te dije un día, él es importante para mí y me siento en parte responsable.

—David, hasta ahora quizás haya estado más consentido de lo normal, es mi culpa, lo admito, pero tiene que darse cuenta de que no todo tiene que ser lo que él quiera.

—En eso estamos de acuerdo, Melania. Pero de la noche a la mañana, no todo puede volverse negro cuando era de color de rosa, no sé si me explico —argumentó Héctor. Si aquella conversación hubiera tenido lugar años atrás, seguramente no habría sido tan empático y comprensivo. Héctor siempre había dicho lo primero que se le pasaba por la cabeza, siendo fiel a sus sentimientos pero sin pensar. Su relación con Susana le había enseñado mucho y ahora era capaz de conversar tranquilamente y exponer sus ideas con claridad pero sin rudeza—. Si tú le has dejado hacer lo que ha querido siempre, ahora no puedes imponerle unas normas estrictas. Tendrás que ir poco a poco allanando el terreno. Eso tienes que entenderlo. Hacerle ver que lo de antes no era lo correcto y que tiene que hacerlo, pero no por las malas, porque lo único que consigues es que te odie. Ayer decía que no quería volver a verte, ni a ti ni a Jandro. No hablaba en serio, pero se sentía herido, rechazado. Los niños son muy sensibles y esas emociones les hacen sufrir.

Melania permaneció callada, sin decir nada. No se esperaba que su hijo dijera eso.

—Tienes un hijo maravilloso, que comprende las cosas casi sin que haya que explicárselas que, aunque a veces proteste, lo acepta casi todo, pero no le impongas las cosas porque sí, házselas ver, que las comprenda, que sepa que son las correctas. Solo así el sabrá que tienes razón. Piensa que todos los cambios son duros, y para un niño de casi diez años que además se ha criado solo con su madre, que ahora tenga una figura paterna y vaya a tener un hermanito así de golpe ya es un gran cambio, si le presionáis con cosas tan cotidianas como una cena... No sé, creo que debéis ir poco a poco. Es mi consejo, Melania. Como amigo. Pero tú tienes la última palabra, eres su

madre. Aunque no quiero que vuelva a escaparse y ande solo a las tantas de la noche, más que nada porque podría pasarle algo.

—Tienes razón, Héctor... Gracias.

Melania no dijo nada más, salió del despacho de Héctor y se marchó un poco molesta. En el fondo sabía que su amigo tenía razón y que estaba haciendo las cosas muy mal con su hijo, le estaba descuidando y no se había dado cuenta de ello hasta ese momento. Pero lo que más le había dolido era cuando Héctor le había dicho que su hijo no quería volver a verles. Entendía que quizás a Jandro no, pero a ella, a su madre...

Suspiró nerviosa y pasó el resto de la mañana deambulando por ahí hasta hacer tiempo para recoger a su hijo.

David cuando vio a su madre la abrazó con fuerza, ella no se esperaba ese arranque de cariño y se echó a llorar.

—Mamá, lo siento —le dijo al niño al verla.

—Cariño, la que lo siente soy yo. Perdóname.

—Sé que tengo que comer de todo, pero es que la verdura no me gusta.

—Lo sé, cielo. Bueno, poco a poco. Ahora vayamos a casa, ¿vale?

—Mamá, te quiero, pero es que Jandro ayer...

—Yo también te quiero, cielo. Tuvo un mal día, pero hablaré con él, no es excusa. Lo siento mucho.

—Gracias, mamá.

Madre e hijo se fueron a casa a comer, felices, habían hecho las paces eso era lo más importante ahora.

Capítulo 42

Parecía que las aguas habían vuelto a la normalidad en casa de Melania. El embarazo marchaba bien y David se llevaba mejor con Jandro, aunque de vez en cuando chocaban un poco, pero ambos se toleraban.

Los meses iban pasando, hasta que llegó el cumpleaños de David. Ya cumplía diez años. Todo estaba organizado en la casa de Héctor, él mismo se había encargado de preparar una fiesta para la familia, puesto que para los amigos del niño lo había hecho ya Melania en un lugar dedicado a eventos especiales.

—Héctor, ¿solo estamos tú y yo? —preguntó al ver que estaba todo muy apagado cuando estaban llegando a casa.

—Sí, Susana se ha ido con sus padres y los niños. Hoy es un día de chicos. ¿No te gusta?

—Supongo que sí, aunque pensé que sería un cumpleaños diferente.

—Es un cumpleaños de chicos. Podemos comer comida basura, jugar a la consola y pasearnos en calzoncillos todo el rato. Sin niños y sin mujeres. ¿No te parece un plan genial?

—Visto así está guay, sí —dijo David no muy convencido.

Héctor abrió la puerta y cuando encendió la luz, todo salieron gritando.

—¡Sorpresaaaaaaaaa!

A David se le iluminó la cara de alegría. Eso era mejor que lo que Héctor le proponía, que no es que fuera un mal plan, pero tener a todos allí —sus abuelos, Susana, los padres de Susana y Héctor, a los que también quería

mucho— era mejor que estar los dos solos.

—Vaya, creo que te gusta más este plan... —comentó Héctor aguantándose la risa.

—Tu plan estaba bien, pero sí, me gusta mucho más, lo siento.

—Me alegro, porque si hubieras dicho que el otro era genial tendríamos que haberlos echado a patadas —se carcajeó.

—¡Felicidades, cariño! —Susana se acercó a tirarle de las orejas y a achucharle.

—Gracias, Susi.

—¡Estás hecho un hombretón! cuando nos queramos dar cuenta serás todo un adolescente guapísimo. Tendré que espantar a la competencia, porque estoy segura de que ya no me verás tan guapa.

—Tú siempre serás la más guapa —dijo delante de Héctor.

—¡Eh! Chaval, que te he oído y sigue siendo mi mujer, un respeto, que aunque hoy es tu cumpleaños no voy a prestártela.

—Vaya, yo que iba a pedirlo de deseo en la tarta... —se burló David.

Susana sonrió y Héctor le desafió con una mirada felina. Después llegaron los padres de ambos para felicitarle, también Lara y Alberto, sus abuelos, con los que estuvo un buen rato y por último su madre y Jandro. A Melania ya comenzaba a notársele el embarazo.

—¡Cariño, felicidades otra vez! —Melania estaba sonriente y espléndida. Se notaba que las cosas se habían solucionado en casa, pues David se comportaba muy cariñosamente con ella—. Estás hecho todo un hombrecito, mi hombrecito. Madre mía, parece que fue ayer cuando naciste y mírate, diez años. Si cuando me quiera dar cuenta irás a la universidad y me harás vieja.

—Aún queda mucho para eso, mamá.

—No tanto, solo ocho años, y el tiempo pasa volando —contestó Piedad—. Me lo van a decir a mí, que cuando cogí a Deva en mis brazos parece que

estaba cogiendo a Susana de nuevo... y mírala —dijo observando a su hija que charlaba con su amiga Lara—. Ya es una mujer adulta y madre de dos niños. Se nos va la vida... —concluyó melancólica.

—Abuela Piedad —así llamaba a la madre de Susana—, es usted muy joven así que no se preocupe, además, es tan guapa como su hija.

—Y tú estás hecho un zalamero...

Melania y Piedad rieron por las ocurrencias del niño y continuaron la conversación mientras David se iba en busca de Héctor, que charlaba con Alberto y Jandro.

—Hola, tíos, yo me aburro. Podíamos ir a jugar a la consola, seguro que las chicas ni se enteran y los abuelos tampoco, están hablando de cosas de mayores, política o algo de eso.

Los tres hombres se miraron y sonrieron, el niño era la bomba, pero tenía razón, podían irse a jugar un rato a la consola. Aunque ellos eran adultos, unas partidas no le hacían mal a nadie de vez en cuando. Así que abandonaron el salón y se dirigieron al garaje, donde Héctor tenía montada una sala de juegos, pusieron uno de motos y comenzaron la partida.

En un primer momento nadie les echó en falta, pero al cabo de una hora, las chicas se percataron de que no estaban sus parejas y dedujeron dónde se encontraban. Las tres mujeres bajaron sin pensar al garaje.

—¡Muy bonito! —les regañó Susana—. Estamos celebrando un cumpleaños e íbamos a cortar la tarta y mira tú por donde, nos falta el cumpleañosero y también los chicos...

—Es que estábamos un poco aburridos —intervino David.

—Pues se anima la fiesta de otra forma, pero no yéndoos a jugar a la consola.

—Ha sido culpa mía —indicó Héctor. No quería que David cargara con las culpas el día de su cumpleaños—. Lo siento, chicas. Si tenéis que darme

unos azotes... —dijo la última frase con un tono lascivo.

—Ya hablaremos —contestó Susana—. ¡Ahora todos al salón! Es hora de la tarta y los regalos. Bueno, si los quieres, porque a lo mejor prefieres seguir jugando a la consola...

—¡No! —exclamó tajante.

—Pues sube rápido, antes de que nos arrepintamos.

David subió las escaleras de dos en dos. Todos se echaron a reír, parecía que se había montado en un cohete de lo rápido que iba. Los chicos subieron también bastante rápidos para que no les regañaran, aunque ninguno pudo evitar las miradas rabiosas de sus respectivas parejas. Sabían que esa noche tendrían más que palabras.

El momento de la tarta fue especial, Héctor se había encargado de prepararle una tarta con el escudo del Racing. Cuando David la vio se quedó sorprendido, casi sin palabras.

—Gracias, tío —le dijo con la voz en un susurro.

—Lo mejor para mi colega —respondió Héctor también emocionado—. Además, no todos los días se cumplen diez años.

Le pusieron las dos velas con los números de su cumpleaños y él sopló pidiendo un deseo ante la atenta mirada de Héctor, que le indicaba con los dos dedos de la mano que se la tenía jurada. David dibujó una sonrisa maliciosa y miró a Susana.

Después los dos sonrieron, el juego que se traían solo ellos lo entendían. Melania fue la encargada de servir la tarta y una vez la degustaron, pasaron a entregarle los regalos.

David estaba entusiasmado cada vez que abría alguno, aunque a veces no eran más que libros y ropa, pero a él le daba igual, todo le parecía bien y estaba encantado con lo que recibía. Era un niño muy agradecido.

Al llegar el turno de Héctor y Susana, ambos se cogieron de la mano. Era

algo muy especial para los dos y aunque luego tenían otros regalos, habían optado por darle primero ese. Sabían también que a sus abuelos les iba a hacer mucha ilusión cuando lo vieran.

—Ten, este es uno de nuestros regalos —dijo Susana.

David lo abrió nervioso y cuando lo vio su cara palideció de la impresión. Era una foto de su padre con Héctor y Susana. Estaban los tres juntos, cuando eran unos niños. Tenían catorce años.

—Mira, este era tu padre, este es Héctor y esta soy yo —le dijo Susana—. Queríamos que tuvieras esta foto nuestra de cuando éramos pequeños. Fue una etapa muy feliz de nuestra vida, y queremos que tú la tengas siempre contigo. Quizás no es un regalo muy bonito o no signifique mucho para ti, pero para nosotros es muy importante, y estoy seguro que para tu padre también lo sería.

David se emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Susana de inmediato lo estrechó entre sus brazos.

—Cariño, no queríamos que estuvieras triste, solo queríamos...

—No, es un regalo estupendo... El mejor... —dijo compungido—. Ahora veo que me parezco mucho a él.

—Muchísimo. Cuando recuperé esta foto de casa de mis padres, me di cuenta de ello. Eres tan parecido a él...

En esa ocasión fue Susana la que tuvo que contener todos los sentimientos que se agolpaban por salir. Héctor la conocía bien, se acercó a ella y la agarró de la cintura. Los padres de Toni no habían dicho nada, pero también estaban emocionados.

—Cielo —dijo Carolina, la madre de Toni—, me encantaría tener una copia de esa foto. Desconocía de su existencia, pero a mi hijo se le ve tan feliz...

—Tengo una para vosotros también. Luego iba a dárosla, pero quería que

esta fuera un regalo especial para David.

—Gracias cariño.

El niño aún estaba un poco afectado por la foto. Quería a Héctor y a Susana con locura. Una foto de ellos y de su padre juntos era un recuerdo muy bonito.

—Cielo, ahora el siguiente regalo. Este ha sido idea de Héctor, yo no tengo nada que ver.

Le entregaron el regalo y David lo abrió con sumo cuidado. Cuando lo sacó lo miró extrañado, no sabía lo que era.

—¿Qué es?

—Un estetoscopio.

—¿Para qué sirve?

—Vaya, vaya. Mi paciente favorito no recuerda que yo usé uno cuando vino por primera vez a verme... —dijo Susana.

—¡Ah! Es verdad. Sirve para escuchar el corazón.

—¡Exacto!

—¿Y para qué lo quiero yo?

—Bueno, un día me dijiste que de mayor querías ser médico, como yo. Pues para que vayas practicando... —le dijo Héctor—. Te dejo que escuches el corazón de Toni de momento. Deva aún es pequeña, pero más adelante también puedes practicar con ella.

—¡Genial!

—También puedes hacerlo con mayores.

—¡Estupendo! Pues lo probaré contigo.

David estaba entusiasmado con los regalos de Héctor y Susana. Casi más que con la consola que le habían regalado su madre y Jandro.

Comenzó a escuchar el sonido del corazón de su mejor amigo, al principio no escuchaba nada, pero después se quedó asombrado.

—¡Jope! ¡Esto es alucinante! Yo quiero ser cardiólogo como tú, Héctor.

—Me alegro, tendré un gran discípulo al que enseñarle todo lo que sé — comentó orgulloso.

—Tienes que terminar de abrir los regalos... —comentó su madre.

Pero David ya no atendía a razones estaba tan emocionado con el estetoscopio que le había regalado Héctor que ya no hacía caso a nadie, al final tuvieron que quitárselo un rato para que terminara de abrir los regalos de sus abuelos.

Una vez concluido, volvió a coger el aparato y continuó escuchando el corazón de todos los asistentes, dándoles su opinión sobre cómo latía.

—La que has liado con el regalo —le riñó Susana a Héctor.

—No pensé que le fuera a hacer tanta ilusión.

—Pues ya ves, creo que hoy dormirá con él.

—Me temo que sí. E imagino que, porque su madre no le dejará, pero sino lo llevaría a clase el lunes.

—No me cabe la menor duda. Espero que pronto se le quite esa fiebre.

—Me encantaría tenerle a mi lado. Sería un orgullo.

—Bueno, quién sabe... El tiempo lo dirá.

Capítulo 43

Varios meses después del cumpleaños de David, Melania y Jandro decidieron casarse para así formalizar la relación antes de que naciera su pequeña. Al final, para desilusión de su futuro hermano, iba a ser una niña.

—¡Vaya mierda! —había dicho el niño cuando se enteró de que iba a tener una hermanita en lugar de un hermano.

—Cariño, las niñas son también interesantes —le quiso hacer ver su madre.

—¿Interesantes? ¿Qué tienen de interesantes? Son pijas, chulas, se pintan las uñas, los labios y además les gusta el rosa. ¡Qué asco! ¿No podemos cambiar?

—No, cariño, no podemos cambiar —replicó su madre aguantando una risa cariñosa. Su hijo era un caso—. Aunque no estés muy contento, al menos nos gustaría que nos ayudaras a elegir el nombre de tu futura hermana, como dijimos hace meses.

—Me da igual cómo se llame el bicho ese.

—¡David, por favor! No llames bicho a tu hermana.

—¡*Futura* hermana! —enfático el niño enfadado.

—Vale, futura hermana, pero no la llames así, por favor...

—¡Está bien! Pero me da igual cómo se llame.

—Me haría ilusión que eligieras tú el nombre.

—Bicha.

—¡David!!

—¡Jo, mamá! Es que me da igual...

—A mí no, y si no me ayudas con el nombre, te vas a quedar sin consola una semana.

—¡Eso no es justo!

—La vida no es justa —dijo su madre. Solía repetir mucho esa coletilla, y aunque sabía que David era demasiado pequeño para entenderla, sabía que era una realidad que tarde o temprano su hijo tendría que aprender por experiencia.

David se fue a su cuarto y cerró dando un portazo. Otra vez su madre le imponía las cosas. A él le daba igual cómo se llamara la estúpida niñata de su hermana, nunca la iba a querer.

Cogió el teléfono fijo de casa y llamó a Héctor. Esperó varios tonos y cuando iba a colgar, Susana habló al otro lado.

—¿Dígame?

—Hola, soy David, ¿está Héctor?

—Hola, cielo. No, ha salido a correr. ¿Puedo ayudarte yo?

—Bueno... No sé... —Lo pensó durante unos segundos y al final derrotado decidió hablar con Susana—. Mi madre me ha castigado porque no quiero ayudarle a elegir el nombre de mi futura hermana.

—Vaya. ¿Por qué no quieres ayudar a tu madre?

—Porque yo no quiero tener una hermana, yo quería un niño.

—Lo sé, cielo. Pero sabes que eso no se puede elegir.

—Ya, sí. Es que a mí me da igual cómo se llame.

—David, cariño, será tu hermana, estoy segura que cuando la conozcas la vas a querer tanto o más que a Toni y a Deva. Acuérdate cuando nació Deva. Tampoco te caía bien y ahora la quieres un montón.

—Bueno, no tanto...

—No mientas...

—Está bien, pero es que Deva es muy guapa y además siempre me sonrío con esa carilla... es súper graciosa.

—Pues estoy segura de que con tu hermana pasará lo mismo.

—No lo creo.

—Eso no lo sabes... Así es que hazme un favor, baja y ayuda a tu madre. Ponle un nombre bonito a tu futura hermana y así cuando sea mayor le dirás: yo elegí tu nombre, hermanita. Y estará muy orgullosa de que su guapo hermano mayor le pusiera un nombre tan bonito.

David se quedó en silencio, pensativo durante unos segundos, Susana siempre conseguía ese efecto: dejarlo sin palabras. Dubitativo, pero a la vez convencido de que tenía que hacer lo que ella decía.

—Tienes razón, gracias Susi. Ayudaré a mamá, aunque no creo que quiera a mi hermana.

—Seguro que sí lo harás, tienes un gran corazón. ¿Quieres que le diga a Héctor que te llame cuando vuelva?

—¿No te importa?

—Pues claro que no, cielo.

—Gracias, Susi. Te quiero.

—Y yo a ti también, cariño.

Colgó el teléfono y bajó al salón. Seguía enfadado, pero decidió que Susana tenía razón: ayudaría a su madre.

—No voy a levantarte el castigo —le dijo su madre en tono hostil.

—Alma.

—¿Alma?

—Sí, que me gusta ese nombre.

—¡Mmm! Es muy bonito, cariño... Ven aquí —dijo su madre queriéndole estrechar entre sus brazos.

David se acercó despacio, aún estaba un poco enfadado con ella, pero en

realidad necesitaba ese abrazo, siempre le reconfortaba, por lo que cedió al deseo de su madre y la agarró por la cintura. Apoyó su cabeza en la barriga, ahora ya bastante abultada y dejó que su madre le acariciara el cabello.

—Cariño, gracias. Me encanta el nombre de tu hermana. ¿Ves como no era tan difícil?

David no contestó, siguió dejándose acariciar por su madre, hasta que sintió como algo se movía en la barriga de su madre y se asustó.

—¿Tú también lo has sentido? —le preguntó su madre—. Alma se ha movido por primera vez. Tu hermana te está dando las gracias por su precioso nombre.

David tenía una mezcla de sentimientos. Se había sentido extraño al notar el movimiento de la barriga de su madre, pero a la vez, que hubiera sido la primera vez que ella la sentía estando él encima, era embriagador.

—Mamá, ¿la vas a querer más a ella que a mí?

—Claro que no, cariño. Además, tu juegas con ventaja. ¿Sabes por qué? Porque me has tenido en exclusividad diez años y ella siempre va a tener que compartirme contigo.

David se quedó pensativo. Su madre tenía razón, él había sido afortunado. Siempre la había tenido para él solo, ahora tendría que compartirla, sí, pero Alma nunca sabría lo que era tener a su madre para ella sola. Estaba satisfecho.

—Es verdad. Mamá, te quiero.

—Y yo a ti cariño. Ahora voy a terminar de preparar la comida, los padres de Jandro vendrán de un momento a otro y estoy un poco nerviosa por conocerlos.

—Seguro que les caes genial.

—Gracias, cariño... —dijo Melania no muy convencida.

En realidad, era algo que la estaba sacando de quicio todo el día,

seguramente el comportamiento excesivo con su hijo exigiéndole el nombre para su futura hija se había debido a su nerviosismo, pero es que necesitaba caerles bien y no sabía por qué. Jandro estaba enamorado de ella y esperaba que eso no cambiara, pero no quería tener unos suegros mal avenidos. Daba gracias a que ellos vivieran en Galicia y que no estuvieran allí muy a menudo, así estaba segura de que, si su relación no era buena, tampoco tendrían que soportarse mucho.

Jandro había ido a buscarlos a la estación. Ella estaba preparándolo todo y David comenzó a ayudarla con los últimos preparativos. Entonces el teléfono sonó. Era Héctor. El niño se ausentó para hablar con él mientras Melania seguía organizando la mesa y preparando unos aperitivos sin percatarse de que la puerta se abría.

—Cariño, ya estamos en casa.

Se sobresaltó y casi tira una bandeja de canapés al suelo. Tenía unas pintas horribles y quería causarles buena impresión por lo que decidió ir rápidamente a la habitación a adecentarse un poco. Pasó como un rayo delante de ellos sin saludarles. Craso error, pues a la madre de Jandro no le pareció muy educado por su parte.

David terminó la conversación con Héctor pasados unos minutos y salió a saludar.

—Hola, yo soy David.

—Te presento a mi padre, Mateo, y ella es mi madre Pili.

—Un placer conocerles —dijo muy educado el niño.

—Eres un niño muy educado, no sé a quién te parecerás —expuso su madre.

—¡Mamá! —le recriminó Jandro—. Vuelvo en un minuto.

Jandro les dejó solos y fue a la habitación que compartía con Melania al ver que esta tardaba un poco.

—Mel, cariño, ¿qué haces?

—Estoy cambiándome de ropa, tenía unas pintas horribles.

—Tú siempre estás preciosa.

—No es verdad.

—Mis padres se están impacientando, sobre todo mi madre. Verte salir de la cocina sin saludar no le ha sentado muy bien...

Melania se tensó, la cosa ya había empezado mal. Terminó rápidamente sin maquillarse y besó a Jandro.

—¿Estoy bien?

—Cariño, te he dicho que estás preciosa.

—Ya...

—Lo estás, no te preocupes, somos gente normal, les caerás bien. Tú hijo les ha parecido un muchacho estupendo.

Jandro era un buen hombre, positivo y sereno. Siempre parecía ver el lado bueno de las cosas, algo que a Melania no solo la enamoraba, sino que le venía muy bien. Por su carácter y sus experiencias, ella tendía a la negatividad. Constantemente se sentía insegura. Tener al lado a alguien como Jandro la complementaba.

Al oír las alabanzas que habían dedicado a su hijo, sonrió, más animada.

—Mi hijo tiene un don. Siempre cae bien a todo el mundo, en cambio yo...

—Seguro que de alguien lo habrá heredado.

—Estoy segura que de su padre, de mí no.

—También ha heredado muchas cosas buenas de ti —dijo Jandro, besándola en la frente—. Ahora vayamos a conocer a mis padres.

—Gracias, cariño.

Se abrazó a él, pero estaba nerviosa y él pudo notarlo.

—Tranquilízate. Todo saldrá bien, son solo mis padres.

Salieron de la habitación y Melania dibujó una bonita sonrisa cuando llegó al salón, queriendo parecer serena.

—Mamá, papá. Está es Melania. Melania, estos son mis padres: Mateo y Pili.

—Un placer conocerlos —dijo acercándose a ellos—. Discúlpenme, pero llevaba todo el día en la cocina cuando han entrado. No les esperaba tan pronto y quería adecentarme un poco.

Mateo fue el primero en darle dos besos cordialmente y cuando le tocó el turno a su mujer, esta, un poco reacia, se los dio sin ni siquiera rozarla. Gesto que no le pasó desapercibido a Jandro, que bien sabía que su madre no hacía eso con nadie.

Se hizo un silencio incómodo que enseguida Jandro se encargó de disipar.

—¡Qué hambre tengo! ¿Qué nos has preparado, cariño?

—Bueno, espero que os guste todo lo que he preparado. La mesa ya está lista. Si queréis pasar a la cocina...

La madre de Jandro hizo un gesto de desagrado, pues le parecía un poco descortés que los invitados comieran en la cocina, pero su hijo la fulminó con la mirada e hizo que se quedara la última para hablar con ella.

—He olvidado comentarle una cosilla a mi madre.

La retuvo hasta que su padre, Melania y David entraron en la cocina.

—Madre, ¿qué es lo que te pasa?

—No me gusta esa chica para ti.

—Me da lo mismo, a mí sí me gusta, vamos a tener una hija juntos y vamos a casarnos dentro de unas semanas. Lo que a ti te guste o deje de gustarte la verdad es que me importa un pepino. Así que si realmente te importo haz el favor de comportarte como mi madre y no como una déspota. Comamos en paz, solo te pido eso.

—Hijo, de verdad, estas no son maneras de tratar a tu madre, un poco de respeto.

—Habéis venido a la casa de Melania, quizás ella ha obrado mal cuando hemos llegado, pero solo quería causaros buena impresión y por eso ha salido de la cocina despavorida, para que no vierais sus pintas de cocinar, nada más. Ya te lo ha explicado. ¿Quieres pasar página?

Su madre suspiró en señal de aceptación y asintió con la cabeza, no muy convencida.

—De acuerdo, pero sigue sin gustarme.

—Mamá, soy yo el que va a convivir con ella y la quiero. Nada ni nadie me hará cambiar de opinión, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Toda la conversación había tenido lugar entre susurros, y aunque Jandro no levantaba la voz, su tono era decidido y no admitía réplica. Así que su madre se resignó.

Finalmente, entraron en la cocina y al verla, Pili se asombró. Era espaciosa y con la parte del comedor separada de la parte donde se cocinaba. Ahora entendía por qué comían allí. Se sentó al lado de su marido, que conversaba con David sobre el Racing, el equipo favorito del niño. Jandro ayudó a Melania, la cual empezó a disponer la comida que había hecho en la mesa. Había canapés variados, carne guisada y pescado.

—Jandro no me dijo lo que les gustaba, por lo que decidí hacer unos entrantes y después, carne y pescado. Espero que esté todo a su gusto.

—Hija, tranquila, nosotros somos de buen comer, no tenemos preferencias —dijo Mateo amablemente—. Nos gusta todo.

—Gracias.

Pili no dijo nada. Comenzó probando los canapés, tenía que reconocer que estaban exquisitos.

—Cariño, estos canapés están buenísimos...

—Sí, mami, te han salido muy ricos.

—Melania, exquisitos, diría yo —expuso el padre de Jandro.

Melania sonrió tímidamente y dio las gracias por el cumplido.

Siguieron comiendo en silencio, Pili degustaba con deleite todo lo que Melania había cocinado, tenía que admitir que todo estaba muy bueno y que la muchacha era una gran cocinera, pero se negaba a hacerlo públicamente.

—Pili, no has abierto la boca en toda la comida. ¿Es que no te gusta la comida de la muchacha?

—No está mal...

—Para no estar mal te estás poniendo las botas, mujer. Anda, deja ya tu maldito orgullo y acepta que la futura mujer de tu hijo cocina de maravilla. Melania, eres una gran cocinera, te felicito, no todo el mundo consigue complacerme en la cocina, solo mi madre, que en paz descansa, conseguía dejarme sin palabras a la hora de comer. Y créeme, todo lo que hoy he comido, me ha dejado con esa sensación. ¡Enhorabuena!

Pili no sabía dónde meterse por las palabras de su marido, no solo la había dejado en ridículo diciendo que había comido más de la cuenta, sino que la futura mujer de su hijo cocinaba mejor que ella, casi igual que su difunta suegra, a la que, por cierto, ella no había podido ni ver.

—Gracias, Mateo. Pero no exageres, no creo que sea para tanto... Además, estoy segura de que Pili cocina de maravilla.

—Mi mujer no cocina mal, pero mi santa madre... —Mateo miró al cielo, poniendo las palmas hacia arriba con devoción—. Era una delicia. Y tú, hija, eres como ella. Hijo, te llevas un tesoro de mujer...

—Lo sé, papá...

Pili estaba que echaba chispas, si no decía algo estaba segura que explotaría como una olla exprés.

—Debo admitir que todo estaba muy bueno, pero respecto a tu *santa madre*, como tú la llamas... Cocinaría muy bien, pero era una bruja de mucho cuidado.

—¡No permito que te metas con mi madre! —replicó Mateo alzando la voz—. Ella era una santa...

—Bajada del cielo a pedradas —terminó Pili con dignidad.

La cosa se estaba poniendo muy tensa, el padre de Jandro se había levantado de la mesa y no hacía más que gritarle e increparle a su mujer. Melania y David estaban alucinados, nunca habían visto a una pareja tan enfadada y Jandro estaba casi más avergonzado que asombrado, por eso no sabía ni qué hacer. Cuando se trataba de su abuela paterna la cosa se calentaba y llegaban a palabras mayores... Al final se armó de valor al mirar a su futura esposa y reaccionó.

—¡Basta ya! ¿No os dais cuenta de que no estáis en vuestra casa?

En ese momento su padre se sentó y se serenó; su hijo tenía razón, se había dejado llevar por las circunstancias.

—Lo siento, Melania. Perdón por el espectáculo.

—Tranquilo, no pasa nada. Somos casi familia —le dijo ella intentando suavizarlo.

—Gracias, hija. Si es que se ve que eres una gran mujer. Mi hijo no podía haber encontrado a alguien mejor. Estoy muy orgulloso, Jandro.

—Yo también lo siento —admitió al final Pili—. No he estado muy acertada en el día de hoy. Melania, la comida ha sido estupenda.

—Gracias, Pili. Tranquila, yo tampoco empecé con buen pie. Ahora pasemos al salón, tomaremos allí el café y así estaremos más tranquilos.

Jandro les acompañó mientras Melania recogía y preparaba el café, quería hablar con sus padres. David se quedó ayudando a su madre.

—Qué raros son —dijo el niño.

—Todas las familias tienes sus cosas, cariño.

—Si tú lo dices, mamá...

—Claro, cielo, pero no tenemos que juzgar a la gente por la primera impresión, seguro que son estupendos. Ahora vamos a terminar de recoger y me ayudas a preparar el café.

Jandro había hablado con sus padres, les había recriminado su actitud y les había dicho que, si volvían a dejarle en ridículo, entonces no acudirían a la boda. Eso les entristeció mucho. Querían a su hijo y aunque sabían que su actitud no había estado acertada, tampoco la suya era la más apropiada en estos momentos. Pero la aceptaron.

Melania trajo el café y lo tomaron en silencio, hasta que David se acordó que aún no le habían dicho a Jandro cómo se iba a llamar su hija.

—Jandro, mamá y yo hemos pensado ya el nombre del bebé. ¿Quieres saberlo?

—Claro, ¿cómo no voy a querer saberlo? Estoy deseándolo.

—Alma —dijo David con orgullo—. ¿Te gusta?

—Me encanta. ¡Qué bonito, nombre! —dijo Pili.

—Muy bonito, David. Gracias. Estoy seguro de que lo has elegido tú solo —contestó Jandro.

—Sí, he sido yo solo. Pero no quería que mamá se sintiese excluida —susurró.

—Eres un niño encantador —afirmó Pili, y por primera vez, sonrió—. Creo que tu madre tiene que estar muy orgullosa de ti.

—A veces no soy tan bueno —señaló sincero.

Todos rieron por esa franqueza que le caracterizaba y su madre le abrazó.

—Te quiero, cariño, eres estupendo. A veces no eres tan bueno, eso sí es verdad, pero siempre te haces querer y por eso cuando te portas mal se compensa por las muchas veces que haces que los demás nos sintamos de

maravilla.

Pasaron el resto de la tarde más tranquila, exponiendo todos los detalles para los preparativos de la boda. Pili al final parecía más integrada y dispuesta a aceptar a Melania.

A las ocho de la noche, se despidieron de ellos. Jandro les llevaba de nuevo a la estación.

—Mamá, tenías razón, la primera impresión no es la que cuenta — reflexionó David—. Parecen gente muy guay. Al final lo hemos pasado bien.

—Claro que sí, cariño.

Capítulo 44

Llegó el día de la boda de Melania y Jandro. Fue una ceremonia civil, en familia y con los amigos más cercanos, como Héctor y Susana. Todos los invitados, después de asistir a la unión de la pareja, acudieron al restaurante donde se celebraba el convite. David estuvo todo el rato al lado de Héctor y Susana, ya que su madre y Jandro estaban situados en una mesa presidencial con sus padrinos, el padre de Toni y la madre de Jandro.

—Mamá está muy guapa, ¿a que sí? —preguntó David con voz triste.

—Claro que sí, tesoro —le dijo Susana.

—¿Estás bien? —inquirió Héctor.

—Sí.

—Colega, que nos conocemos...

—Es que ahora sí que sí, tengo un nuevo papá.

—Sabes que no es tu verdadero papá, además él te ha dicho que no tienes que llamarlo así y que se hayan casado no cambia nada.

—¿Tú crees?

—Claro que no. Además, ¿no estás contento? Pensé que te hacía ilusión estar estos días con Susana y conmigo mientras tu madre y Jandro se marchan de viaje.

—Me hace mucha ilusión estar con vosotros, de verdad —dijo David, pero su rostro seguía taciturno.

—Nadie lo diría...

—Es solo que tengo miedo.

—¿De qué, David?

—De que cuando nazca Alma, mamá ya no me quiera.

—Eso es imposible, todo el mundo te quiere, no pienses ni por un momento que tu madre vaya a dejar de quererte. Quizás te preste un poco menos de atención. Acuérdate cuando nació Toni. Susana tenía que dedicarle al principio todo su tiempo y tú pensaste que te había dejado de querer, pero después comprobaste que no es cierto.

—Tienes razón.

—Pues claro. Hazme caso, sé de lo que hablo. Ahora vamos a disfrutar de la boda, además te voy a dejar bailar con mi mujer, aprovéchate...

Eso hizo reír a David, que cambió el gesto y disfrutó de la comida hasta que llegó la hora del baile. Primero bailó con su madre y después lo hizo con Susana. También lo hizo con Lara e incluso con Pili. Estaba feliz, aunque tenía que reconocer que pese a que creía las palabras de Héctor seguía teniendo sus miedos con respecto a su nueva vida. Esperaba que no cambiara nada.

El día pasó y al final, David se despidió de su madre y Jandro para irse con Héctor y Susana a su casa. Esa noche, los niños no estaban en casa, se habían quedado con sus abuelos para asistir a la boda.

—Echo de menos a Toni y a Deva —dijo David. Héctor sonrió.

—Vaya, pensé que esos pequeñajos eran un rollo.

—A veces los son, pero les he cogido mucho cariño.

—Lo sé. Mañana iremos a buscarlos y pasaremos el día en Santoña, además así verás otro rato a tus abuelos. ¿Te parece bien?

—¡Genial! Gracias, Héctor. Voy a cambiarme. ¿Puedo dormir con vosotros?

—No, chaval. Tú duermes en tu cama. La de invitados.

—Pensé que hoy me dejaríais dormir con vosotros, como no están los

peques... —comentó meloso.

—Lo siento, colega. Pero tienes que dormir solo todos estos días.

—Vaaale —dijo resignado.

Se fue a la habitación y se puso el pijama, luego bajó a la cocina donde estaba Susana preparando unos vasos de leche.

—Héctor me ha dicho que no puedo dormir con vosotros, pero me gustaría tanto poder hacerlo, al menos esta noche... —Intentó convencer a Susana con su melosa voz, sabía que con ella era más fácil. En otras ocasiones ya se la había ganado así.

—Cielo, es que vas a estar una semana con nosotros, tienes que dormir solo. No es que no queramos que duermas a nuestro lado, pero tienes que hacerlo tú solo, si no, cuando vuelvas con tu madre y Jandro querrás dormir con ellos y se enfadarán con nosotros por haberte malcriado. Además, piensa que Toni podría despertarse y querer también dormir con nosotros. Sería la guerra cuatro en una cama...

—Pero hoy Toni no está en casa...

—Ya sé que hoy no está, me refiero al resto de días—dijo Susana para arreglar el desatino.

—¿Y si solo fuera hoy?

Susana no sabía que decirle, estaba consiguiendo convencerla, pero en ese momento bajó Héctor, ya cambiado.

—¿Preparado para dormir en una súper cama tú solito? —le preguntó.

—No mucho —contestó resignado.

—Vamos, colega. Tienes que dormir toda la semana solo. ¿En tu casa duermes alguna vez con tu madre y Jandro?

—No.

—¿Entonces por qué aquí siempre quieres dormir con nosotros?

—Pues porque me gusta mucho dormir con vosotros.

—Ya, colega, pero es que las camas están diseñadas para que duerman dos personas como máximo, no tres. Y cuando se duermen tres, al final alguno no descansa.

David miró a Susana para corroborar su postura ante las palabras de Héctor y ella asintió.

—Entonces cuando yo he dormido con vosotros, si yo he dormido bien, ¿alguno de los dos ha dormido mal?

—Eso es.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho hasta ahora?

—Porque no queríamos que te sintieras mal. Además, era una noche, no pasa nada por descansar mal una solo, pero ahora es una semana. Yo trabajo y Susana tiene que cuidar de los pequeños y también un poco de ti. Si no descansa no estará al cien por cien. Lo entiendes, ¿verdad? —Héctor no quería mentirle, pero pensaba que era una mentira piadosa, porque en parte era verdad. Las veces que había dormido con ellos, no había descansado de la misma manera que cuando lo hacía con Susana a su lado.

—Lo siento, chicos. No volveré a dormir con vosotros —dijo apenado.

—Pero no te enfades...

—No me enfado, estoy triste porque esas noches os he hecho dormir mal...

—Cariño, no es exactamente así, es que Héctor es un exagerado. Pero tienes que entender que es mejor que duermas en la cama de invitados, además ¿has visto que pedazo de cama tienes solo para ti?

—No me he fijado.

—Vamos a verla.

Susana le cogió de la mano y tiró de él para subir al piso de arriba casi corriendo. Llegaron a la habitación y ella se tumbó encima.

—Mira que cómoda es. Estoy pensando que quizás tú podías dormir con

Héctor y yo duermo aquí sola. ¡Madre mía, es comodísima!

David se tumbó en la cama y pudo comprobar que Susana tenía razón, la cama era muy cómoda, el colchón se hundía un poco adaptándose a su cuerpo. Se recostó y se quedó en silencio.

—Cielo, ¿te quieres dormir ya? Parece que en el fondo te gusta la cama.

—Sí, es muy cómoda. Buenas noches, Susi. ¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma?

—Claro, cariño.

Susana se quedó hasta que David se durmió. No fue mucho rato, pues el niño estaba muy cansado. Le pasó la mano por la mejilla y después le dio un dulce beso en la frente. Héctor les miraba desde la puerta. Realmente ambos querían al niño muchísimo, casi tanto como si fuera su hijo.

Susana salió de la habitación y casi se choca con él.

—Se ha quedado dormido profundamente. Estaba muy cansado — susurró.

—Lo sé... No quise mentirle, pero es que esta noche que no están los niños te quiero solo para mí.

—¡Mmm! Vaya... Eres un egoísta.

—Cuando se trata de ti, lo soy.

La cogió en brazos, la llevó hasta la habitación y la tumbó en la cama. Cerró a continuación la puerta y la desnudó despacio, felelitándose y haciendo que todo el cuerpo de Susana se encendiera con cada caricia.

Hicieron el amor lentamente hasta que sus cuerpos se fundieron en uno solo y extasiados, se quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, David se levantó temprano, fue a su habitación, les despertó y ambos tuvieron que esconderse al comprobar que estaban desnudos.

—Buenos días, chicos, he dormido de maravilla.

—Cielo, ahora bajamos, danos unos minutos... —dijo Susana un poco avergonzada.

—Vale, no tardéis. Quiero ir a ver a los peques.

David salió de la habitación y Héctor comenzó a reírse al ver lo azorada que estaba Susana.

—¡Serás idiota! No te rías —comentó dándole un manotazo en el hombro—. ¡Qué vergüenza! Ayer deberíamos habernos vestido. Si nos llega a ver desnudos me muero.

—Estábamos agotados, no nos dimos cuenta.

—Vamos a vestarnos rápido antes de que suba y nos vea.

Héctor fue el primero en hacerlo y bajó para entretenerlo. Susana terminó también y lo hizo al poco rato. Los dos chicos preparaban el desayuno entre juegos y risas. Se compenetraban estupendamente. Cualquiera diría que eran padre e hijo. Ella pensó que podían haberlo sido, pero el destino no había jugado a su favor, aunque las cosas hubieran cambiado mucho. Quizás su relación no sería tan buena de haber sido así, aunque nadie lo podía saber.

—Ya estoy aquí, ¿me habéis preparado el desayuno?

—Claro, un café como a ti te gusta —anunció David emocionado entregándoselo.

—Gracias, cielo, eres un amor. Estoy pensando que debería haberme casado contigo en lugar de con Héctor.

—Vaya, será porque yo no te preparo todos los días el desayuno.

—No, la verdad es que casi ninguno —dijo Susana con retintín. Y era cierto. Normalmente ella era la que siempre se levantaba antes para prepararle el desayuno a su marido.

—Ya te vale, tío —le recriminó David dándole un manotazo.

—Tienes razón... Tendré que aplicarme el cuento. Lo siento mi amor —

comentó acercándose a ella y besándola en los labios.

—¡Qué pelota! —exclamó David.

—Qué razón tienes, cielo. Pero bueno, en el fondo tendré que perdonarlo, porque le quiero.

—Vaya, y yo que pensé que esta era mi oportunidad...

Los tres rieron y comenzaron a desayunar, se vistieron y después se montaron en el coche camino a Santoña. David hizo muy ameno el camino charlando con Héctor y Susana. Estaba emocionado de pasar el día con sus abuelos paternos y descubrir algunas cosas más del lugar donde había crecido su padre.

Al llegar, Héctor dejó a David tras saludar a Santiago y a Carolina para dirigirse a casa de los padres de Susana.

—Cada vez que pienso en lo que Toni se ha perdido... —comentó Héctor con pesar.

—La verdad es que es una pena. La vida a veces nos juega una mala pasada. Si tan solo se hubieran conocido, estoy seguro de que ambos se hubieran gustado al momento, son tan parecidos...

—Es verdad. David tiene muchos gestos que me recuerdan a Toni. Es increíble, pero es cierto.

—Al menos nos quedan esas cosas, y su recuerdo que permanecerá para siempre en nuestros corazones —dijo Susana agarrando la mano a su marido.

—Pues sí. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti.

Estacionaron el coche al lado de la casa familiar y llamaron a la puerta. Piedad abrió con la pequeña Deva en brazos, que al ver a su madre enseguida abrió los suyos para que la cogiera.

—Mi vida, ¿tanto has echado de menos a mami? —le preguntó Susana cogiéndola—. Hola mamá —dijo a continuación besándola.

—Mira, se ve que sí. Se han portado los dos muy bien, pero ya ves, ha sido verte y ya no quiere saber nada de su abuela.

—Hola, Piedad —le saludo Héctor, también con dos besos.

—Hola, Héctor, hijo. ¿Cómo fue la boda?

—Todo bien, gracias. ¿Dónde anda Luis?

—Con Toni, jugando con los coches en el salón, que lo tienen todo tirado. No sé quién de los dos es más chiquillo.

Héctor sonrió por la expresión. El abuelo estaba jugando con su nieto muy concentrado y no les había oído llegar. Toni, al ver a su padre, dejó de jugar.

—¡Papi, papi!

—Hola tesoro —exclamó cogiéndolo en brazos—. ¿Quién es el niño más guapo del mundo?

—Yo —dijo el niño emocionado.

—¿Qué quieres que te haga ahora papá?

—*Vión, vión* —decía con su media lengua.

—Un avión va volando, hacia mamá y Deva.

—¡Sí! ¡Sí!

—El avión va a darles un beso grande...

Héctor acercó a Toni a la cara de su madre. El niño aún no sabía dar besos, pero acercaba su carita como si la besara. Su madre fue la que le besó.

—Cariño, gracias por este beso. —El niño sonrió—. Ahora a Deva.

Héctor le acercó a su hermana y Toni hizo lo mismo. Su hermana le agarró un poco del pelo y eso no le gustó.

—Tita... No *guta*. Mala...

—Deva cariño, no tires a tu hermano del pelo. Toni, Deva no es mala, es solo que es pequeña.

Toni frunció el ceño, pero se conformó con las palabras de su madre y se

abrazó a su padre, como buscando un poco de consuelo ante la actitud de su hermana. Héctor le acarició la espalda y le besó la frente. Eso le reconfortó.

Héctor y Susana pasaron el día con los padres de ambos y sus hijos. Por la tarde recogieron a David, tras tomar un café con Santiago y Carolina, y pusieron rumbo a Santander.

David había pasado un día excepcional con sus abuelos, ambos le habían prometido repetirlo con más frecuencia.

A la llegada a casa, todo fue un poco más caótico. Con tres niños, el baño se convirtió en una batalla campal y Héctor tuvo que poner orden porque David, en lugar de ayudar a Susana se había unido a Toni y se había convertido en un rebelde.

—¡Chicos, ya está bien! David, haz el favor de ayudar a Toni a vestirse mientras Susana viste a Deva.

—¡A sus órdenes! —dijo el niño con ironía.

—Nada de cachondeo, yo estoy preparando la cena.

Tras finalizar, dieron de cenar a los pequeños y cenaron ellos tres. David se acostó en la cama de invitados, esta vez sin protestar y ellos dos, exhaustos, esperaron a que los niños se durmieran para dar rienda suelta a su pasión.

Capítulo 45

Los días con David fueron muy intensos. Héctor y Susana estaban contentos de tenerlo con ellos, pero tenían que admitir que tres niños daban mucho trabajo. Si bien David tenía diez años y era independiente en muchos aspectos, daba que hacer en otros.

El día de su partida fue duro para todos, eso no pudieron negarlo. Habían convivido una semana y aunque David había echado de menos a su madre, había pasado unos días espectaculares al lado de Héctor y Susana.

—No quiero irme —dijo David en el momento de recoger sus cosas. Héctor iba a llevarlo a su casa.

—Cariño, tienes que ir a casa, tu madre y Jandro te están esperando. Seguro que tienen muchas ganas de verte.

—Os voy a echar mucho de menos. A todos...

—Claro, cielo y nosotros a ti. Pero ellos son tu familia.

—Y vosotros también, ¿no?

—Sí, bueno, nosotros somos también tu familia, pero tu madre es tu madre...

—Ya...

David se abrazó a Susana y ella tuvo que contener las lágrimas, no quería llorar porque sabía que el niño estaba a punto de hacerlo y si ella comenzaba entonces daría pie a que David lo hiciera también.

—Tenemos que irnos, colega.

—Te quiero, Susi.

—Y yo, pero no te vas para siempre. Te vuelves a casa y puedes venir a vernos cuando quieras. Ya lo sabes.

—Lo sé.

David soltó a Susana y cogió la maleta, miró de nuevo atrás y salió por la puerta suspirando. Estaba nervioso. Ahora empezaba una nueva vida, la vida con su madre y su marido, su padrastro. No pensaba llamarlo padre. Su padre era Toni y aunque no estuviera vivo, eso no iba a cambiar, ni ahora ni nunca.

Cuando Héctor aparcó en la puerta de su casa y bajaron del coche, David se abrazó a él.

—Colega, no me voy a un país extranjero. Como te ha dicho Su, puedes venir a casa cuando quieras...

—Lo sé, pero es que no sé si estoy preparado...

—¿Preparado? No te entiendo —expuso Héctor un poco confundido.

—Para la nueva vida, la de mi madre con Jandro, el bebé...

—David, todo va a salir bien, ya lo verás.

—¿Tú crees?

—Seguro que sí. Ten paciencia... Cuando estés un poco agobiado, siempre puedes venir a casa, ¿vale?

—Gracias, Héctor, te quiero.

—Y yo a ti, colega. Ahora entra en casa, tu madre seguro que tiene ganas de verte.

Llamaron y cuando su madre le vio le abrazó con fuerza. David también lo hizo, en verdad la había echado de menos. Después del abrazo, Héctor saludó a los recién casados y se despidió de ellos.

David les contó todo lo que había vivido con sus tíos y así puso al día a su madre y a su marido.

Habían pasado varios meses y llegó el día del nacimiento de Alma. El

parto fue rápido, la niña pesó dos kilos seiscientos gramos y estuvo un par de horas en observación, pero después la llevaron con su madre. Tras las visitas de familiares y amigos, David pudo ver a su hermana un rato.

Los días en el hospital pasaron y cuando les dieron el alta, David tuvo que enfrentarse a la llegada de su hermana a casa, con más familiares y amigos que solo iban a visitarla a ella y a él apenas le prestaban atención. Todos menos Héctor y Susana que sabían por lo que el niño estaba pasando y casi le hacían más caso a él que a la recién llegada.

—Hola, colega, ¿cómo estás?

—Bueno, todo esto es un poco agobiante. Todo el mundo viene a ver a la enana, además es bastante llorona. La noche pasada ha llorado tres o cuatro veces.

La niña padecía de cólicos casi desde que había nacido, de ahí los llantos, pero David no lo entendía y a él solo le parecía una niña ruidosa e insoportable.

—Cariño, Alma está malita, por eso llora tanto —le indicó Susana.

—¡Es una pesada!

—Tienes que tener un poco de paciencia. Los cólicos en los bebés son muy dolorosos, cielo. Estoy seguro de que también los papás estarán agobiados...

—Mamá también está muy agobiada, pero Jandro no parece que se agobie demasiado...

—Bueno, cada uno se toma las cosas de una manera —comentó Héctor queriendo quitar hierro al asunto—, pero seguro que también lo está. Ahora, ¿por qué no nos vamos tú y yo al parque con Toni y Deva mientras Su se queda un rato con tu madre y Alma?

—¡Guay! Voy a calzarme.

David subió a su cuarto y no tardó ni dos minutos en bajar con las

deportivas puestas. Ni siquiera se despidió de su madre y se marchó con Héctor.

—¿Cómo estás, Mel? —inquirió Susana.

Melania no tenía muy buen aspecto, se la veía cansada y preocupada.

—Bueno, un poco sobrepasada, la verdad. Alma duerme poco con los cólicos; David está muy rebelde, se queja por todo y Jandro, parece que esta guerra no va con él. No sé, desde que ha nacido la niña solo la mira, la sonrío, pero no la coge, le da miedo.

—¿Lo has hablado con él?

—Sí. Dice que no está preparado, que es muy pequeña y que teme que se le vaya a caer de las manos.

—Vaya, cariño. No sé en qué puedo ayudarte, pero es que lo de Jandro es lo más complicado. Porque David, poco a poco irá asimilándolo. Los cólicos de Alma irán cediendo, pero lo de tu marido... no sé qué decirte.

—Ni yo misma lo sé, Susi. Ni siquiera sé qué hacer, me encantaría darle una bofetada y decirle: «espabila, es tu hija, no se va a romper».

—¿Cuándo vendrán sus padres?

—Mañana. Espero que su madre le haga entrar en razón. Tiene mucho carácter, pero no sé...

—Seguro que sí, ya lo verás. Y con respecto a David, si quieres que nos lo llevemos unos días, solo tienes que decírnoslo.

—No, tranquila, quiero que se acostumbre a su hermana, a la vida con ella.

Alma se despertó llorando y las dos mujeres acudieron enseguida a la cuna. Susana le hizo un gesto para que la dejara cogerla. La niña se revolvía nerviosa, imaginaba que era por los cólicos.

—¿Qué puedo darle, Susi?

—Podemos darle unas gotitas de manzanilla, para probar.

—Creo que será lo mejor, no quería darle nada sin consultártelo, pero ya son varios días...

—Si la manzanilla no funciona, probaremos con homeopatía. No obstante, para descartar que sea intolerante a la leche de vaca, vas a dejar de tomar leche. Tenemos que empezar a descartar todas las opciones. Hay leche de soja, de arroz, de avena... Sé que no es lo mismo, pero tenemos que velar por el bienestar de tu hija.

Susana cogió a Alma y le frotó despacio la barriga, la niña se tranquilizó al instante. Melania se relajó al ver que parecía que se calmaba.

—Lo que tú me digas, yo solo quiero que Alma deje de tener cólicos. No es problema, yo tomaré otro tipo de leche.

—Verás como lo logramos. No te preocupes. Si no te importa, quiero ver cómo le das de mamar, a lo mejor la niña coge aire también.

—Claro.

Melania se sentó y la puso al pecho, Susana se sentó a su lado y observó cómo la niña mamaba.

—¿Todo bien?

—Sí, lo hace bien. No coge aire. No es ese el problema. Te dejaré que sigas...

—Tranquila, no me molestas, puedes quedarte.

Susana se quedó con ella hasta el final de la toma y también le explicó algunos trucos para la expulsión de los gases. Después prepararon una manzanilla y, tras dejarla enfriar, se la dieron con una cuchara. Alma puso una cara extraña al probar el sabor, pero lo tomó.

—Ya te contaré cómo pasa la noche.

—Claro, me vas diciendo. Le das la manzanilla después de cada toma.

—Gracias, Susi.

—Voy a avisar a Héctor, ya va siendo hora de irnos.

Héctor regresó con Toni, Deva y David. Después de un rato de despedidas, se marcharon a su casa dejando a Melania con sus dos hijos.

Al cabo de unos pocos días, parecía que las cosas habían comenzado a ir mejor. Tras la visita de los padres de Jandro, este había reaccionado. Su madre, como bien había vaticinado Melania, le había dado una gran reprimenda y había comenzado a actuar como el padre que debía ser. David también había recibido una parte de charla y empezaba a comportarse un poco menos caprichoso, aunque en algunos momentos seguía queriendo tener todo el protagonismo y se enfadaba. Entonces llamaba a Héctor. Su amigo, que era el que le hacía entrar en razón, le hacía ver que las cosas no eran cómo él quería que fueran.

—David, colega. No tienes razón, lo siento, amigo —le decía la última vez que le había llamado.

—Jo, Héctor, siempre estás igual, eres mi colega.

—Lo sé, pero es que no puedo darte la razón si no la tienes... Soy tu amigo, y por eso, colega, tengo que decirte que te equivocas. Tus padres tienen razón.

—Mi madre y Jandro... —dijo enfadado.

—Rectifico, tu madre y Jandro —aclaró Héctor porque sabía que a David no le gustaba nada que se refiriese a Jandro como a su padre.

—Bueno, vale, pues le diré a mi madre que lo siento.

—Harías lo correcto. Además, creo que va siendo hora de que empieces a madurar y que no les llesves la contraria cada cinco minutos.

—Si tú lo dices... —dijo con desdén.

—¿Quién es el adulto aquí?

—Tú.

—¿Y a quién llamas siempre para pedir consejo?

—A ti.

—Entonces, hazme caso por una vez, chaval.

—Vale... Está bien. Te haré caso. Y ahora cambiando de tema, ¿cuándo voy a poder ir al hospital a ver el quirófano?

—Te he dicho muchas veces que eres muy pequeño. Cuando seas más mayor.

—¡Jo, tío! ¡Eres un rollo! Así nunca podré ser un gran cirujano.

—Lo serás, tiempo al tiempo. Tengo que colgar, Su me dice que tengo que ayudarle con la cena. Pide perdón a tus padres...

—Jandro no es mi padre.

—Tú ya me entiendes... Te quiero, chaval.

—Y yo a ti.

Colgaron el teléfono y David hizo lo que la conciencia le dictó, pedir perdón solo a su madre. Jandro no era ni nunca sería su padre.

Héctor no entendía por qué David era tan reacio a terminar de aceptar a Jandro. Siempre le decía lo mismo, él solo tenía un padre, ese era Toni y nunca cambiaría.

—Ya era hora, guapo —le reprendió Susana.

—David había discutido con Melania y Jandro.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—Es el cuento de nunca acabar este chico.

—Ya sabes que es todo muy complicado para él. Un nuevo padre... bueno, él dice que no es su padre ni nunca lo será; una hermanita que le roba todo el protagonismo...

—Sí, es complicado, para qué negarlo. Y más con su edad y acostumbrado a que su madre le dedicara todo su cariño y atención a él. Y con los problemas que tiene Alma con los cólicos... Al menos parece que ahora van cesando.

—Claro, es que la peditra es muy buena.

—Eso será —dijo Susana con retintín—. Ahora, señor pelota, termine de bañar a los peques mientras yo voy haciendo la cena, hágame usted ese favor.

—¡A sus órdenes, preciosa!

Héctor terminó de bañar a los pequeños y les vistió mientras Susana preparaba la cena. Tras darles de cenar y después acostarles, les tocó el turno de cenar a ellos.

Después se acostaron y tuvieron una noche como siempre, larga, tórrida y llena de pasión. Cuando terminaron de prodigarse miles de besos y caricias, Héctor se quedó pensativo. Susana sabía que no estaba dormido, porque de vez en cuando suspiraba.

—¿En qué piensas, cariño?

—¿Sabes?, me encanta mi vida, me gusta, pero ahora solo quiero que pase un poco más rápido el tiempo. Me gustan los niños, estoy disfrutando mucho con los bebés, pero me agobio un poco por David. Lo está pasando mal.

—Lo sé, pero tiene que adaptarse, poco a poco lo conseguirá.

—Sí, sé que lo hará, pero hoy me ha dicho que quiere ir al quirófano. Lo está deseando y no sé... sin querer yo también estoy deseando que vaya.

—¡Héctor!

—Susana, tranquila, no voy a llevarlo tan pronto. Lo primero porque soy un profesional y lo segundo porque es un niño. Pero estoy deseando verlo a mi lado. Tengo tantas ganas de que sea cardiólogo, como yo...

—¿Y no quieres que Toni o Deva también lo sean?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Pero cuando David me dijo que quería serlo, fue el mejor regalo del mundo. Sabes lo mucho que adoro a ese muchacho. Es casi como un hijo para mí. Y decirme que quería ser cardiólogo fue el mejor regalo que me pudo hacer. Me encantaría que uno de

mis hijos fuera cardiólogo, no lo niego, pero si no lo son tampoco me voy a enfadar. Solo deseo que mis hijos sean lo que ellos prefieran. Yo elegí ser cardiólogo y mi padre es militar. Tú elegiste ser pediatra y el tuyo también es militar. Nunca en mi vida impondré a mis hijos nada que ellos no quieran ser. Su destino lo elegirán ellos solos, así es como debe ser.

—Héctor, eres el hombre más maravilloso del mundo. Te quiero, mi amor —dijo Susana con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero, Su. Ahora y siempre.

Sellaron sus palabras con un beso de amor y se acostaron para quedarse profundamente dormidos.

Epílogo 1

Quince años después

Era el primer día que David iba a pisar el Hospital de Valdecilla como cardiólogo. Tras haber estudiado la carrera de medicina se había decantado por esa especialidad porque así su mentor sería su jefe. Hacía ya diez años que Héctor había regresado como jefe a dicho hospital.

No podía negar que estaba nervioso. Tenía sentimientos encontrados. No quería hacerlo mal, no quería fallarle a Héctor ni fallarse a sí mismo, quería demostrarse que podía hacerlo, pero volver a un quirófano le hacía recordar su operación. No había vuelto entrar en uno pese a que le había insistido de pequeño a Héctor, pero en realidad tenía pánico.

Borró todo aquello de su cabeza y junto con sus compañeros esperó pacientemente donde les habían indicado hasta que Héctor llegó. El tiempo le había tratado bien. Pese a sus cincuenta años, tenía un cuerpo fibroso, con algunas canas en el pelo, pero no había perdido su forma física. Le guiñó un ojo cuando le vio.

—Buenos días. Soy el doctor Cayon, pero pueden llamarme por mi nombre de pila, Héctor. Como seguramente ya saben, soy el jefe de cardiología de este hospital. Durante unos días os estaré acompañando en visitas a pacientes y en alguna que otra intervención. Después se os asignará a los adjuntos del hospital. Cualquier duda o problema que tengáis, ruego me lo hagáis saber de inmediato. No obstante, siempre me gusta hablar en

privado con cada uno de vosotros, por lo que durante estos días os haré una entrevista personal para conocernos mejor; en alguna ocasión y sin que sirva de precedente, suelo llevar a algún alumno para que asista conmigo a intervenciones de más alto nivel. No estoy diciendo que este sea el caso, ni mucho menos, pero a veces suelo hacerlo. Es bueno que lo sepáis. Ahora, sin más dilaciones, si me acompañan les enseñaré el hospital y la zona de cardiología.

Los cinco alumnos — David, dos chicos y dos chicas más— le siguieron sin decir nada por el hospital. Todos estaban un poco acobardados, Héctor era bastante serio e imponía un poco con su voz gutural y el tono en el que les había hablado. David tampoco quería decirles que era una persona muy afable, pues no quería denotar que le conocía para que no pensaran que tendría un trato más cordial con él. Ya se lo había advertido a él, quería el mismo trato que al resto de compañeros y si hacía algo mal quería que se lo dijera.

Después de la visita, comenzaron la ronda por el ala de cardiología con varios doctores. Ese día no había programada ninguna intervención por lo que Héctor dio inicio a las entrevistas personales. El primero fue David.

—Hola, colega, ¿cómo estás? —le dijo Héctor con una sonrisa cuando estaban solos en su despacho.

—Héctor, por favor, que ya no soy un niño —le reprendió David.

—Vaya, menudo humor tienes hoy. ¿Un mal día?

—No, no es eso, pero es que ya puedes dejar de tratarme como tal.

—Nunca te ha importado hasta ahora —replicó—, pero si te molesta, tranquilo, dejaré de hacerlo. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿En serio? Pareces nervioso.

—Estoy bien, Héctor. Te recuerdo que no quiero trato preferencial...

—Lo sé, tranquilízate. No habrá trato preferencial, como tú lo llamas. Pero tienes que admitir que tienes un gran expediente académico. Unas notas inmejorables...

—Héctor...

—Solo digo que tus otros compañeros no tienen tu nivel. Tengo que evaluaros a la hora de estar en un quirófano, eso es cierto, pero estoy seguro casi al cien por cien de que, si tuviera que elegir, me quedaría contigo.

—No pongas la mano en el fuego aún sin conocerme.

Héctor le lanzó una mirada seria e inquisitiva. El muchacho se removió inquieto en el asiento.

—¿De qué tienes miedo, David?

—No tengo miedo —mintió—, pero no sabes si estoy capacitado o no.

—No lo dudo.

Pero David sí dudaba. Sabía que era lo que quería, lo que siempre había querido desde niño, ser cardiólogo. Pero ahora que había conseguido su objetivo, tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias.

Transcurrida la entrevista, que finalizó con alguna pregunta por guardar las composturas, salió y se fue con sus compañeros a tomar un café. Se encontró con Lara, a la que sí saludó. No tenía por qué ocultar que la conocía, pero ella sabía que no tenía que decir nada sobre Héctor. David se había encargado de advertir a todos que no debían dejar que se supiera que el jefe de cardiología y él eran amigos.

—Hola, guapo. ¿Qué tal?

—Hola, Lara. Bueno, pues aquí estoy en mi primer día —dijo dándole dos besos.

—Bueno, tranquilo, todos hemos pasado por ahí. Verás cuando lleves años...

—¿Qué tal la enana?

—Hecha una salvaje, pero qué te voy a contar. ¿Y Alma?

—Uf, ni te cuento, está en la edad del pavo. Deva y ella están todo el día con el móvil, wasapeándose. Son terroríficas.

—Vaya dos, menos mal que Mira es más pequeña, sino serían el trío calavera —comentó Lara con una carcajada.

El paso del tiempo parecía no hacer mella en Lara, que seguía siendo igual de mordaz, alegre y dinámica que siempre. Pese a su reticencia a tener familia, al final Alberto la había convencido. Ambos se casaron y tuvieron una hija que por entonces tenía ocho años.

—Seguro —respondió David con una sonrisa—. Bueno, regreso con mis compañeros.

—Ya nos veremos, guapo.

David se unió con el resto de estudiantes, tomaron café y después de un rato regresó la chica que estaba haciendo la entrevista.

—¡Madre mía! ¡Este hombre está cañón! —dijo la muy descarada haciendo que David se tensara y a punto estuviera de decirla cuatro cosas—. ¡Qué lástima que esté casado! Tiene el despacho lleno de fotos de una preciosa mujer y de dos niños. Está para hacerle un favor. Para ser un cincuentón, está para mojar pan.

—Carolina, guapa —le dijo la otra compañera—, todos sabemos que te van los maduritos, pero hija, no sé... el hombre es atractivo, no voy a negártelo, pero chica, búscate uno de tu edad.

—Yo también pienso lo mismo —intervino David—. Además, no sé, me parece un hombre serio. No creo que sea de los que se vayan liando con jovencitas. Pero vamos, Carol, tampoco te metas en rollos de familias... A mí no me gustaría que nadie se inmiscuyera en la mía —concluyó lanzándole una mirada destructiva.

—Solo he dicho que está cañón, no he dicho que vaya a tirármelo.

—Y nosotros te estamos diciendo que te busques a uno de tu edad — volvió a decir David en tono hostil.

—Ya he pillado la indirecta, nene. Pero vamos, que no saldría contigo ni harta a whisky.

—Tranquila, *nena* —recalcó la última palabra—, no eres mi tipo.

—Bueno, haya paz. Creo que es mi turno —dijo Jesús, al que todos llamaban Xuso—. Deseadme suerte.

Xuso era el más vividor de los cinco e iba un poco por libre. Aunque había aprobado la carrera, no había estudiado medicina por vocación, sino por obligación. Sus padres eran médicos, sus abuelos eran médicos y sus hermanos eran médicos. Todos en su familia eran médicos y él estaba un poco hasta las narices, porque en realidad lo que a él le gustaba era la música.

Cuando entró al despacho de Héctor se sentó alegremente frente a él, estrechándole la mano. Intercambiaron saludos y la entrevista comenzó.

—Bueno, Jesús, veo que tu expediente es un poco bajo en calificaciones.

—Llámeme Xuso, por favor. La verdad es que he aprobado por los pelos, pero bueno, es lo que hay...

—¿Es lo que hay? —le preguntó un poco confuso Héctor—. ¿Puedo preguntarte algo? —El susodicho asintió con la cabeza—. ¿Tú quieres ser médico?

—La verdad es que no.

—Ya me lo imaginaba. ¿Entonces, por qué estás aquí? ¿Presión familiar?

—Así es. Toda mi familia, doctor. Desde mis abuelos hasta mis hermanos, pasando por mis padres... Todos médicos.

—Ya lo entiendo. Y todos quieren que tú seas médico.

—¡Ahí le has dado!

—Vaya, qué lástima... ¿Sabes, Xuso? Tengo dos hijos. Bueno, casi tres... es una historia muy larga. Pero yo lo único que quiero es que mis hijos

sean lo que realmente deseen en la vida, sin importar a lo que mi mujer y yo nos dediquemos.

—¡Joder! Cómo me hubiera gustado que usted fuera mi padre —dijo el muchacho.

—Bueno, yo creo que todos los padres deberían pensar así —dijo Héctor—. Imagino que como a los tuyos no les dejaron elegir... Pero tampoco es justo contigo. Lo siento, muchacho. Yo lo único que puedo hacer por ti es ayudarte a ser un buen cardiólogo, si tú estás dispuesto, claro.

—Lo intentaré.

—Gracias, Xuso.

—Gracias a usted, porque al menos me llama como yo quiero.

Transcurridas las entrevistas, los chicos pudieron irse a casa. Las impresiones para Héctor fueron buenas, incluso la del último muchacho porque, aunque sabía que no era su vocación, parecía que le iba a poner interés.

Al día siguiente les tocó su primera intervención. Por el momento solo estaban mirando, y así sería durante las primeras semanas. En un primer momento David se tensó cuando le tocó entrar en el quirófano, pero al ver a Héctor, que era el que intervenía en aquella operación delicada, se relajó. Fue toda una experiencia verlo operar y sobre todo supo que no se había equivocado, quería ser como él, quería aprender de él y llegar algún día a ser, si no tan bueno como era Héctor, al menos tener el mismo prestigio que tenía él.

Al finalizar la operación, los cinco muchachos estaban impresionados: habían asistido a su primera reparación de una válvula mitral en un paciente.

Tras finalizar los días de prueba, los cinco chicos fueron asignados a varios cardiólogos. En un primer momento Héctor decidió asignar a David a uno de sus residentes, aunque tenía claro que más adelante estaría a su lado,

pero no quería que se sintiera incómodo de primeras, por lo que lo hizo igual que para el resto de sus compañeros. Más adelante, ya tendría tiempo de enseñarle todo lo que él sabía.

Pasados varios meses, David se había hecho por completo al funcionamiento del hospital y se encontraba en una intervención con el médico asignado como tutor. Parecía que todo estaba saliendo bien, pero en un instante todo se descontroló, el cardiólogo había metido la pata, el paciente entró en parada, la sangre salía a borbotones por una arteria y el pánico invadió por un momento el cuerpo de David, dejándolo bloqueado. El adjunto, que llevaba solo unos años en el hospital, se puso tan nervioso que en lugar de enmendar el error como cualquier médico habría hecho, abandonó el quirófano, dejando a David y al resto del equipo quirúrgico solos ante tal situación.

El muchacho, al verse en esa tesitura, reaccionó pensando en que tenía que hacer algo rápidamente. Tenía ante él la vida del paciente, por lo que recordó las lecciones de sus profesores y se puso a hacer las cosas como buenamente supo. Al cabo de un rato llegó Héctor alertado por una enfermera de quirófano, pero al ver que David estaba manejando la situación, dejó que continuara, siempre supervisando la operación para no perder al paciente. David no se percató de la presencia de Héctor hasta casi finalizar la intervención, cuando ya estaba todo reparado y había salvado al paciente.

—Lo has hecho estupendamente, colega —le dijo Héctor.

—Gracias, Héctor.

—De nada.

Los dos salieron del box. Tras tomar aire unos segundos, David se abrazó a él, nervioso. Toda la tensión acumulada le estaba pasando factura y

necesitaba sin duda ese abrazo.

—He pasado mucho miedo, Héctor, pensé que no lograría salvarlo.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sí.

—Cuando yo te operé, también pasé mucho miedo. Tenía una gran responsabilidad. Eras el hijo de mi mejor amigo. Así que tranquilo. A veces en el quirófano, se pasa miedo. Es normal. Pero lo has hecho estupendamente. Siéntete satisfecho. Eres y serás un magnífico cardiólogo.

—Gracias.

—¿Te apetece venir a casa a comer?

—Claro, me parece genial.

—Por cierto, ¿no tienes nada que contarme?

—No, creo que no.

—Vaya, vaya..., se rumorea, se cuenta, se dice... que tienes una novia en este hospital y no me lo has contado.

—¡Héctor!

—¿Acaso no es cierto? Te vi ayer con ella en la cafetería con mis propios ojos besándoos muy acaramelados —le acusó Héctor fulminándole con la mirada.

—Vale, está bien, pero no es nada serio. Solo nos hemos visto un par de veces. Sabes lo mucho que me cuesta hablar de chicas, incluso contigo.

—Vamos, David, no seas infantil. Vale que soy un carca, pero no sé, que soy tu tío Héctor. Después de todo lo que hemos pasado juntos...

—Lo siento. Es que tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Me gusta mucho, y si doy un paso en falso y la cago... ¡Joder! Es que estoy hecho un lío, sabes que siempre he sido yo el que la ha cagado con las chicas. Por eso no quería contarlo, por si lo vuelvo a hacer. Así no tengo nada

que contar a nadie.

—Vamos, David, que no eres un niño.

—Lo sé, pero creo que ella es especial. Me gusta demasiado, me hace sentir...

—¡Joder! ¡Te has enamorado! ¡Cuando se lo diga a Su va a flipar!

—¡No jodas! No se lo digas a Susi, que se lo dice a mi madre.

—Vale, de momento nada de chicas.

—¡Prométemelo!

—Que sí.

—¡¡Héctor!!

—Prometido —replicó Héctor riendo—. Pero cuéntame al menos quién es.

—Es la enfermera que trabaja en la planta con Lara.

—¡Ah, vale! Ya sé quién es. Muy guapa la chica, la verdad.

—¡Oye! ¡Que estás casado!

—Sí, y estoy locamente enamorado de mi esposa, pero la chica es muy guapa.

—Vale. Pues espero que Su no te oiga decir eso. Porque yo me enfadaría.

—Ella también tiene ojos para otros hombres. ¿O acaso no coqueteaba contigo cuando eras pequeño? ¿Ya no te acuerdas?

Ambos rieron y se fueron al vestuario a cambiarse para irse a comer a casa. Susana no había dejado el puesto de pediatra en la Clínica Mompía, por lo que seguían viviendo en la misma casa.

Toni y Deva iban ya al instituto. Héctor se encargó de recogerlos, mientras David se dirigía en su coche a casa de la familia. Cuando llegó estaba charlando amigablemente con Susana.

Deva en cuanto vio a David suspiró. Estaba locamente enamorada de él.

Sabía que era un amor imposible porque, aunque no eran familia, era muchísimo más mayor que ella, pero el amor no entendía de edades y si no que se lo dijeran a su madre. Ella le había contado que su actual lectura era la historia de una chica de diecinueve años enamorada de su vecino, catorce años mayor que ella. Deva, cada vez que hablaba con su mejor amiga Alma, la hermana de David, le decía que su amor era como el de esa novela, que no sabía dónde la escondía su madre pero que tenía que conseguirla para leérsela y así poder descubrir cómo acababa y aplicarlo a su vida. Pero su madre era muy lista y tenía el libro a buen recaudo.

—Hola, chicos —les saludó su madre y les besó a los dos, pues su padre estaba aparcando el coche.

—Hola, Toni, Deva —saludó David con el mismo énfasis cosa que molestó a Deva.

—Hola —contestó Deva queriéndose hacer la interesante.

—Hola, David. ¿Cómo va el hospital? —preguntó Toni un poco más amable.

—Bien, gracias. Poco a poco, me voy adaptando.

—¿Y papá es un buen jefe?

—Sí, tu padre es un buen jefe. El mejor que se puede tener. ¿Te animas a ser cardiólogo?

—Lo siento, pero no es lo mío. Yo quiero ser biólogo.

—Ya ves... —dijo Susana—. Ninguno quiere ser médico.

—Es que ser médico es un rollo —pinchó Deva con tono despectivo.

David quiso decirle que ser modelo sí que era un rollo, pero no quiso entrar en polémicas de adolescentes, al fin y al cabo, esperaba que tanto a su hermana como a ella se les fueran los pájaros de la cabeza dentro de unos años.

—No le hagas caso, cariño —comentó Susana agarrando el brazo de

David y llevándoselo a la cocina—. Estas chicas están en la edad del pavo. Madre mía, que niñas, a veces son insoportables. Tu hermana y ella, cuando se juntan... ¡uf, qué cuajo!

David rio por la expresión y ayudó sin que Susana se lo pidiera a poner la mesa. Héctor no tardó en aparecer y dispusieron todo para comer.

—Bueno, y dime, cielo, ¿alguna mujer en tu vida? —le preguntó Susana cuando estaban todos sentados en la mesa.

Deva fulminó a su madre con la mirada, aunque ella ni se percató. David miró un poco nervioso a Héctor que enarcó las cejas. No supo qué contestar.

—Algo hay, pero de momento nos estamos conociendo... —dijo al fin. Porque David nunca le había mentado a Susana, la quería mucho y siempre se habían contado muchas cosas, no podía ahora ocultarle una cosa así.

—Vaya, cariño, ¡qué buena noticia!

Deva frunció el ceño y ya no comió casi nada, por supuesto no dijo ni una palabra más en el resto de la velada y cuando concluyeron, subió escopetada a su habitación.

—¿A esta niña qué le pasa hoy? —preguntó su padre un poco confuso.

—Estará con el periodo, yo qué sé. Ya sabes cómo son las adolescentes a estas edades —dijo Susana.

—¿Qué haces el resto de la tarde?

—La verdad es que me iba a ir a mi piso, no tenía pensado hacer nada.

—Me vendría de lujo un par de manos extra. Tengo que hacer unas cosas en la bodega y después podías echar unas partidas a la consola, seguro que Toni se apunta.

—¡Héctor! No lées al chico.

—¡Me apunto!

—Vaya dos estáis hechos. Toni tiene que estudiar así que no os entretengáis mucho.

—¡Pero si es viernes, tiene todo el fin de semana!

—Prefiero que termine los ejercicios y las tareas hoy. Así tiene el fin de semana para que haga lo que quiera.

—Bueno, pues cuando termine que baje.

Héctor y David bajaron a la bodega, mientras Susana recogía y después se recostaba en el sofá a echarse la siesta.

Los chicos habían subido a hacer los deberes. Toni era muy responsable, estaba realizando sus tareas, en cambio Deva estaba con el móvil mandando wasap a Alma comentándole lo penosa que era su vida ahora que su amor verdadero estaba con otra. Su amiga tenía que aguantar a veces los desvaríos de Deva, que era bastante teatrera. Pero se querían mucho. Al final, Alma le dijo a su madre que se iba a hacer los deberes a casa de Deva. Cogió el autobús y en menos de media hora ya estaba allí.

Cuando el timbre sonó, Susana se despertó de su estado duermevela. Se levantó a abrir, ya que ninguno de sus hijos parecía por la labor de bajar.

Alma la saludó efusivamente y subió rápidamente a la habitación de su hija. Ella ladeó la cabeza de un lado para otro, sabiendo que era cosa de Deva.

La niña llamó a la puerta de su mejor amiga y sin recibir el permiso, entró.

—Vamos a ver, qué te pasa, Deva.

—¿Que qué me pasa? ¡Quiero morirme ahora mismo, tía! Tu hermano tiene novia.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? En casa no ha dicho nada.

—Bueno dijo «algo así» cuando mi madre le preguntó, jolines, pero yo quiero morirme, ahora sí que no tengo ninguna posibilidad.

—Vuelve a la realidad. Antes tampoco tenías ninguna posibilidad.

—¡Vaya mala amiga que eres! ¿Y tú eres mi mejor amiga? No sé ni por

qué me molesto en contártelo. Debería tirarme por la ventana. Pero estoy segura de que con la mala suerte que tengo ni siquiera me haría nada.

—No seas dramática, Deva. Y sí, soy tu mejor amiga, por eso estoy aquí, pero sabes como yo que mi hermano es diez años mayor que tú, es muy complicado. Tú tienes quince, él veinticinco.

—Pues Bethany, la protagonista del libro que se está leyendo mi madre, «Destino a tu corazón», tiene diecinueve años, y su vecino, James, tiene treinta y tres, no sé qué pasa porque no lo he leído, pero mi madre me dice que es una historia muy bonita y que ellos se enamoran y estoy segura de que viven felices para siempre.

—Pero tú lo has dicho, es un libro, una historia de ficción, no es real, Deva —replicó Alma con paciencia—. Las historias así solo pasan en los libros románticos o en las películas de amor... Yo sé que te gusta mi hermano y como sueño, es bonito. Pero tienes que volver a la vida real. Tienes a Nely y a Neco babeando por ti, no sé por qué no te fijas en ellos.

—Porque son unos niñatos.

—Son de nuestra edad, Deva. Tienes que darte cuenta de que somos unas adolescentes, quizás puedas fijarte en algún chico uno o dos años mayor, pero no diez.

Deva se recostó en su cama pensando en las palabras que su amiga le decía. En parte tenía razón, tenía a David idealizado desde hacía un año, no se le quitaba de la cabeza. Se había imaginado tantas veces que estaban juntos... pero como Alma decía, solo eran sueños. Ahora que tenía novia quizás era el momento de pasar página, muy a su pesar.

—Quizás tengas razón, pero es que tu hermano es tan guapo...

—Bueno no lo niego, es mi hermano... —dijo Alma con retintín—, pero no es para ti.

—Toni tampoco es para ti. —Alma la miró ceñuda—. ¿O acaso piensas

que no me he dado cuenta de cómo le miras? No me has dicho nunca nada, pero lo veo en tus ojos.

—No digas tonterías, Deva. Toni no es mi tipo.

—Ya, claro ¿y cuál es tu tipo, Alma? Porque siempre estamos hablando de mí, pero nunca me has dicho «me gusta tal chico o tal otro».

—Porque aún no me he decantado por ninguno.

—Eso será. —Deva chasqueó la lengua, mirando al techo—. No mientas, tía. Yo siempre te he abierto mi corazón y he sido sincera. Dime la verdad.

Alma respiró profundamente, le daba vergüenza admitirlo, pero era cierto. Y Deva siempre le había contado sus secretos.

—Tienes razón, me gusta Toni —susurró.

—¡Ja! ¡Qué fuerte! ¡Cada una enamorada del hermano de la otra! Solo que en tu caso tienes más oportunidades que yo... —concluyó un poco decepcionada Deva.

—Lo siento, pero yo no lo veo tan claro. Toni vive por y para sus estudios. Ni siquiera me mira, así que no des por sentado que algún día vaya a fijarse en mí.

—No seas tonta, Alma, estoy segura que se fijará en ti si no lo ha hecho ya, él es muy tímido. Eres una chica preciosa, solo hay que ver la cantidad de chicos que van detrás de ti en el instituto.

—Gracias, Deva —replicó emocionada Alma, que era muy sensible a los halagos—. Te quiero, amiga.

—Yo también te quiero.

Las dos niñas se abrazaron y durante toda la tarde, estuvieron haciendo de todo menos los deberes. Después de todo eran adolescentes. Ya tendrían tiempo el fin de semana.

—Chicas, es casi la hora de cenar. Alma, tu hermano está aquí y se va a quedar, le he dicho a tu madre que podría acercarte luego a casa, que te

quedabas también a cenar —les interrumpió Susana.

—Mamá, ¿Alma podría quedarse hoy a dormir, porfa?

—Por mí no hay problema, pero eso tienen que aprobarlo sus padres.

—Les llamo yo —dijo Alma.

—Perfecto. Voy abajo y vamos pidiendo las pizzas. ¿Alguna en particular?

—Ya sabes cómo me gustan. Alma, ¿y tú? —inquirió Deva.

—A mí me da igual —dijo retirándose un poco para hablar con su madre.

Susana bajó al salón donde la esperaban los chicos y Deva sonrió al saber que su amiga convencería casi con toda seguridad a sus padres, siempre lo hacía.

—¿Y bien? —preguntó Héctor.

—Tu hija como siempre, y a Alma le da igual.

Héctor se encargó de pedir las pizzas. Las dos muchachas bajaron entusiasmadas al saber que pasarían la noche juntas.

—Mi madre dice que sin problemas. Que puedo quedarme y mañana pasan ellos a recogerme. Hola, hermanito.

—Hola, preciosa. —David abrazó a su hermana y le dio un beso. Aunque de niño le había costado un poco adaptarse a tener una hermana, la diferencia de edad había jugado a su favor. En poco tiempo se convirtió en un hermano cariñoso y protector, y ambos se adoraban—. ¿Así que te quedas a dormir? Vaya, qué suerte.

—Tú también puedes quedarte si quieres, sabes que esta siempre ha sido tu casa —le dijo Héctor.

—No me lo digas dos veces, que seguro que luego me da pereza coger el coche y conducir después de la pizza y las cervezas.

—Pues en la habitación de Toni tienes una cama, así que puedes

quedarte si quieres.

—Vaya, ¿y yo no opino? No se respeta mi intimidad —dijo el susodicho un poco molesto.

—Vamos, hijo, no me digas que no vas a compartir un día la habitación con David. ¿Qué tienes en la habitación, un tesoro?

—Tranquilo, me voy a casa y listo. No quiero malos rollos.

—Toni, Héctor no seáis infantiles, por favor. En el despacho hay un mueble que se hace cama, así que puedes quedarte allí, David, cielo —comentó Susana—. Héctor te deja un pijama y listo.

—Que no pasa nada, me voy a casa...

—¡Que no, leñe! —exclamó Susana.

—Vale, pues me quedo... —dijo mirándola con cara de alucinado por la expresión.

Todos rieron de inmediato y en ese momento llegó el repartidor con las pizzas para zanjar el asunto.

Tras una larga velada, David decidió quedarse, Héctor y Susana se encargaron de organizar el despacho para que estuviera acogedor para pasar esa noche. Todos se fueron a acostar.

Las chicas fueron regañadas en un par de ocasiones por Susana, pero era normal, llevaban un tiempo sin estar juntas y era seguro que estarían despiertas hasta bien entrada la madrugada.

—¡Madre mía!, ¿quién nos lo iba a decir? —comentó Susana—. Con unos hijos adolescentes, David cardiólogo... Tu sueño de hace unos años hecho realidad.

—La verdad es que sí. No se puede ser más feliz, tengo unos hijos estupendos, una mujer maravillosa y un gran discípulo. Hoy ha salvado él solito una vida. El médico salió por patas cuando se le complicaron las cosas y dejó a David solo en el quirófano.

—¿Qué dices?

—Lo que te cuento, por supuesto está de patitas en la calle, pero el muchacho supo afrontar con agallas la situación y salvó al paciente. Estoy muy orgulloso de él.

—Me alegro. De verdad.

—Yo también, cariño. Estoy seguro de que Toni allá donde esté, está muy feliz por el hijo que tiene. Es un verdadero portento de la medicina.

—De eso no me cabe duda, pero seguro que algo de mérito es tuyo —añadió Susana con una sonrisa dulce.

—Bueno un poquito, para qué negarlo —dijo él un poco presuntuoso.

—Pero que no se te suba a la cabeza, mi querido esposo.

—No, no se me sube.

—Un poquito sí se te ha subido, que yo lo sé.

—No es para menos, Su. No es para menos.

—Lo sé, cariño.

—Ahora descansemos, tenemos una familia, ahora numerosa, porque entre la nuestra y la agregada... —Ambos rieron—. Disfrutemos por el resto de nuestra vida de ella.

—Esperemos que así sea, durante mucho tiempo.

Epílogo 2

Seis años más tarde

Los sueños de David se cumplían poco a poco: se había consolidado como uno de los mejores cardiólogos. Después de haber estado un año en Boston y dos en Nueva York con los mejores especialistas del mundo, había decidido volver al hospital de Valdecilla. Detrás de aquella decisión, incomprensible para algunos de sus compañeros, había razones de mucho peso para él. La primera, su familia. Quería estar cerca de su madre y de Jandro, y echaba mucho de menos a su hermana, a quien estaba muy unido. También añoraba a Susana y a David, y a sus hijos. Todos ellos eran como parte de su familia de sangre. Pero había algo más, quizá el motivo más importante: una preciosa mujer que no había podido olvidar. Sí, una mujer; parecía obra del destino, lo mismo que le había pasado a Héctor cuando se marchó a Nueva York.

Esa mujer se llamaba Lydia. La había conocido seis años atrás, habían tonteado y comenzaron una relación que había durado un año. Pero él se había negado a olvidarla. Se veían casi todos los días en el hospital, era inevitable. De vez en cuando seguían quedando, pero ella no quería más, decía que David vivía por y para su trabajo y que apenas tenía tiempo para ella.

Él había vuelto con una sola idea, volver a conquistarla. Aunque le costara la misma vida, lo lograría. Esta vez, no la perdería.

La vida de Héctor y Susana seguía siendo como siempre. Toni había finalizado su doctorado en Biología Molecular y trabajaba en un laboratorio mientras que Alma y Deva estaban cursando sus estudios de Magisterio en

Educación Infantil. Las dos habían elegido la misma carrera y estaban encantadas. Atrás dejaron la época en la que querían ser modelos. Deva también dejó su etapa de estar enamorada de David, de hecho, llevaba un par de años saliendo con Neco, uno de los chicos que la rondaba en el instituto. Les iba bien, aunque bueno, ya se sabía, los amores de instituto a veces salían bien y a veces no. El tiempo les daría la razón. Alma en cambio seguía locamente enamorada de Toni, aunque este no daba ningún paso ni señal de sentimientos hacia ella.

—Tía, lánzate tú, estoy harta de decírtelo —le reprendía una y otra vez Deva.

—No soy así —replicaba la tímida Alma—, además, tu hermano vive en un mundo paralelo, creo yo.

—Pues hazle ver que existes, joder.

—¡Shhhh! Como te oiga decir palabrotas tu madre te mata.

—Lo sé, pero es que me exasperas. ¿A cuántos chicos has besado esperando a mi hermano?

—A dos, ¿vale?

—Pues espabila, que ya vas teniendo una edad...

—No me estreses, Deva. ¡Jolín!

—Mira ahí viene mi hermano —insistió Deva, acribillándola a codazos—. Dile algo, lánzate, bésale, tropiézate o algo, ¡coña!

Deva, que estaba en el porche de la casa familiar con su amiga de manera instintiva y sin pensarlo mucho, la empujó y Alma a punto estuvo de caerse y darse de bruces contra el suelo de no ser por Toni, que la agarró fuertemente con sus fibrosos y trabajados brazos. Ambos se quedaron mirando fijamente a los ojos y entre los dos surgió algo. Por primera vez, Toni sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo, jamás antes lo había sentido. Alma notó cómo los preciosos ojos verdes de Toni la recorrían y tragó saliva. Estaba tan nerviosa

que no pudo ni articular palabra, solo imaginó que sus carnosos labios la devoraban y por inercia entreabrió los suyos. A él ese gesto le hizo arder la sangre. Nunca antes había sentido deseo por una mujer, el género femenino le había pasado desapercibido hasta ahora, pero Alma le había despertado de su letargo. Sintió la necesidad de besarla, pero un carraspeo les devolvió a ambos a la realidad.

—Vosotros dos, ¿estáis bien?

—Sí, claro —dijo Toni con su grave voz—. Alma, ten más cuidado la próxima vez. Por poco besas el suelo.

Ella suspiró enfadada. Había sido tan maravillosa la conexión que había surgido entre ambos... Y había tenido que romperla con sus estúpidas palabras.

Toni entró en la casa y Deva miró a su amiga fijamente, estaba muy colorada, casi podía notársele el enfado, estaba dudando si preguntar o callarse.

—Lo siento, Alma, pero algo tenía que hacer. Además, no me vas a negar que ha habido *feeling* entre los dos.

—¡Tu hermano es un gilipollas!

—¡Señorita, esa boquita! —inquirió Susana, que las estaba escuchando y había observado la escena desde la cocina.

La verdad es que no le parecía mal que la muchacha tuviera una relación con su hijo. Le gustaba, era una chica responsable y muy guapa. Además, que ella supiera Toni no había salido con nadie, bien se merecían intentarlo, aunque sabía a ciencia cierta que algo de ayuda tendrían que darles a los dos, pues a tímidos no les ganaba nadie. Pero ya se les ocurriría algo a sus madres y a Deva, que la muchacha era una experta ya en besos y algo más.

Susana volvió a sus quehaceres y las chicas continuaron hablando de Toni, un poco retiradas para que no pudieran escucharlas.

Ese día David acudió también a cenar a casa para saludar a la familia y a pedir consejo a Héctor para conquistar a Lydia. Toda ayuda era poca. Tiempo atrás, Héctor le había contado cómo había conseguido a Susana, por lo que no dudó en pedirle consejo.

Los dos hombres, con una cerveza en la mano, charlaban en la bodega cuando Toni entró un poco nervioso.

—Hola...

—Toni, ¿qué te pasa?

—Papá, es que hoy... nada es una bobada, mejor déjalo. —Se arrepintió después y se iba a marchar cuando su padre le agarró del brazo.

—¿Qué pasa, hijo?

—Es una mujer —dijo David—. Ven, únete al club —le dijo entregándole una cerveza.

Héctor le miró sorprendido, era la primera vez que su hijo le iba a hablar de una chica.

—Primero tú, Toni —comentó David.

—Me ha pasado algo con una chica... —Omitió que era Alma—. Nunca antes he sentido un hormigueo al tocar a una mujer. Se iba a caer y cuando la he sujetado he sentido una corriente. Los dos nos hemos quedado mirando y es como si el mundo se hubiera detenido. Sentí la necesidad de besarla, creo que ella también quería que la besara porque entreabrió los labios, pero...

—¿Qué pasó? —preguntó Héctor expectante.

—Su amiga nos interrumpió.

—¡Joder, qué amiga más inoportuna! —dijo su padre.

—Lo sé, el caso es que no sé... luego fui un poco capullo con ella. Me salió sin querer. Creo que fue un mecanismo de autodefensa por lo sucedido. No sé... Es que yo no suelo... a mí no suelen sucederme estas cosas... —Se puso nervioso.

—Lo sé, Toni, tranquilo. Es normal. ¿Qué quieres que te diga? Conectasteis. Yo me disculparía la próxima vez que la viera y quizás intentaría conocerla. Hijo, eres muy joven y tienes toda la vida por delante, las mujeres... —hizo una pausa y suspiró—. Las mujeres son nuestro talón de Aquiles, nuestra perdición, pero sin ellas estamos jodidos. Son el motor que mueve nuestro mundo, ¿a que sí, David?

—Te doy toda la razón, Héctor.

—Si tú lo dices, que eres el carca...

—¡Oye! Un respeto a tu padre, que sé que soy un cincuentón, pero no soy un carcamal.

—Bueno, bueno... pero ya vas contando más para llegar a los sesenta... —le dijo David para seguirle el juego a Toni.

—Vaya dos, lo que tengo que aguantar. En fin, ahora te toca el turno a ti, David.

David estuvo contándoles un poco sus sentimientos y que no podía olvidar a Lydia. Héctor se sintió identificado en muchos momentos de la historia y prometió ayudarle en todo lo que pudiera.

Susana les llamó para cenar y como en muchas otras ocasiones, todos cenaron como una verdadera familia.

Habían pasado varias semanas desde el regreso de David y al menos había conseguido que Lydia saliera a cenar con él. Esa noche estaba muy nervioso. Iba a pedirle retomar la relación, sabía que seguramente ella le diría que no, pero tenía una propuesta que hacerle y esperaba que ella aceptara.

Estaba en la puerta de su portal aguardando a que ella bajara. Le había dicho que tardaba cinco minutos y llevaba casi quince, pero era una mujer, qué podía esperar. Al menos el tiempo era agradable.

—Hola. Lo siento, una llamada de mi madre cuando ya bajaba. Le dije

que había quedado, pero es que se enrolla como las persianas —dijo ella dándole los dos besos de rigor.

—Hola. Tranquila, no pasa nada. ¿Nos vamos?

—Claro, de verdad que lo siento, David —insistió la chica apurada.

—Lydia, no pasa nada, en serio.

Se montaron en el coche de David y fueron hasta el restaurante que él había elegido para la cena. Estaba un poco inquieto por lo que el trayecto lo hicieron casi en silencio.

Tras llegar, el aparcacoches se encargó de abrirles la puerta y de llevar el coche al lugar de estacionamiento.

—¡Oh, vaya! Me encanta este sitio —dijo Lydia al ver el lugar.

—Me alegro —comentó el agarrándola del brazo para acompañarla dentro.

Les condujeron a su mesa, en un lugar reservado e íntimo y les tomaron nota de los platos elegidos.

—Bueno, David, ¿cómo es que has vuelto? —le preguntó Lydia directamente.

—Echaba de menos la familia, pero sobre todo te echaba de menos a ti —contestó con total sinceridad.

—¡Oh, vamos! David, los dos sabemos que eso no es cierto. Tú amas tu trabajo.

—Lydia, por favor. No seas condescendiente —replicó él con seriedad —. Sabes que te quiero. Que siempre te he querido mucho.

—No tanto como a tu trabajo.

—No eres justa conmigo. Quizás en un momento de mi vida te sacrificué por el trabajo, no lo niego, pero durante todo este tiempo me lo has hecho pagar con creces... Nunca he estado con otra mujer, jamás volveré a amar a nadie como te amo a ti, he vuelto por ti, ¿qué más pruebas necesitas?

Lydia tragó saliva, era una preciosa declaración de amor que no se esperaba y que derribó todas las barreras que intentaba interponer. Era cierto que ella había salido con otros hombres, nada serio, en cambio él nunca había salido con ninguna mujer, al menos que ella supiera.

—¿Y entonces por qué te fuiste? —dijo con lágrimas en los ojos.

—Me parece injusto que me hagas esa pregunta justo ahora, después de que nuestra relación terminara hace cinco años y de que solo yo intentara por todos los medios volver a unirla, pero te responderé igualmente: me fui porque no soportaba verte con otros hombres. Quise olvidarte, Lydia, pero ha sido imposible. Por eso he vuelto, por eso estoy aquí: para volver a intentarlo.

—¿Y cómo sé que si lo intentamos no volverás a hacerme lo mismo?

—Porque he madurado, porque te quiero más que a nada en este mundo, pero sobre todo, tendrás que confiar en mí. En eso se basa el amor en un matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿De qué estas hablando, David?

Él sacó del bolsillo una pequeña caja negra y la abrió con cuidado.

—Lydia, olvidemos el pasado. Creo que ha llegado el momento adecuado para iniciar una nueva vida juntos, eres la única persona capaz de hacerme feliz y creo que yo también soy esa persona para ti. Por una casualidad nos conocimos y desde entonces nuestros corazones se volvieron inseparables, aunque no lo hayamos querido ver hasta ahora. Eres mi felicidad y por eso te pido que seas mi esposa.

Lydia no sabía qué hacer o qué decir, no se esperaba para nada que la cita se convirtiera en una proposición. Había imaginado una velada como siempre, cena y una noche de pasión, pero que David le pidiera matrimonio, que se hubiera sincerado con sus sentimientos y se hubiera declarado era algo que no entraba dentro de sus planes y la verdad, estaba muy descolocada. Él por su parte estaba nervioso e impaciente, no esperaba que fuera a saltar a su

cuello con un «sí» efusivo pero su silencio estaba causando mella en su estado.

El camarero hizo su aparición con el primer plato y ambos se mantuvieron en silencio, ninguno dio cuenta de la comida, solo se miraban sin decir ni una palabra. Hasta que David ya no pudo esperar más.

—Quizás me haya precipitado un poco, pero al menos podías contestarme. ¿Es un sí o un no, Lydia? No es tan difícil —dijo enervado.

Ella se levantó de inmediato y salió directa al baño, estaba tan confundida, tan nerviosa que no podía aguantar las ganas que tenía de llorar y no quería hacerlo delante de él. Las palabras habían sido preciosas, el momento también, pero no sabía qué hacer, le quería muchísimo, quizás demasiado, pero tenía tanto miedo a volver a pasar por aquella soledad cuando estuvo a su lado... Ese miedo le impedía decir que sí.

Una anciana estaba en el baño y al verla compungida se apiadó de ella.

—Muchacha, ¿estás bien?

—Sí, gracias.

—Vaya, no lo parece. Una mujer tan hermosa llorando. ¿Le acaba de dejar su novio?

—No, no es eso.

—¿Algún problema familiar? —seguía indagando la anciana.

—No, tampoco. Me han pedido matrimonio.

La anciana abrió sus ojos tanto como pudo, asombrada, y la miró ceñuda.

—Señorita, pues no la entiendo. ¿Es que no quiere al hombre que le ha pedido en matrimonio?

—Más que a mi vida.

—Pues escuche el consejo de una anciana y no se lo piense dos veces, la vida está llena de oportunidades, pero a veces esas oportunidades solo se nos presentan una vez en la vida, así que no las desaproveche, Si está enamorada,

no lo piense mucho. El matrimonio es algo maravilloso y aunque es un camino tortuoso, es una gran recompensa recorrerlo. Créame, yo estuve casada con mi marido que en paz descansa durante casi cincuenta años y fueron los mejores años de mi vida. No los cambiaría por nada del mundo.

—Gracias por el consejo —dijo Lydia dándole un tierno beso a la anciana y saliendo del baño, ya más recompuesta.

David estaba en la mesa muy nervioso, no sabía qué hacer, dudaba si marcharse o no. Sabía que no era muy ético, pero estaba tan enfadado que le podía el orgullo. Cuando estaba a punto de levantarse, la vio. Lydia se acercaba a él con una sonrisa en la cara, le parecía que su sola presencia iluminaba toda la sala. Su corazón volvió a latir desenfrenado como la primera vez que la vio y como un acto reflejo le sonrió igual que aquella primera vez.

Ella ralentizó sus pasos y cuando llegó a su mesa, se sentó. Ninguno había separado la mirada del otro.

Durante unos minutos no se dijeron nada, solo se miraron, pero a los dos les bastó. Era como volverse a encontrar.

Esta vez, comenzó la conversación Lydia:

—David, me has dicho hoy muchas veces que me quieres y yo no te he dicho lo que siento por ti. Creo que no es justo. Yo te he querido mucho —Él tragó el nudo que tenía en la garganta al ver que ella hablaba en pasado—. Sin duda has sido el hombre de mi vida. Jamás he podido querer a nadie como te he querido a ti. Pero cuando hoy te has declarado, he sentido miedo. Miedo a que volvamos a estar juntos, a volver a enamorarme de ti otra vez y sentir ese vacío, esa soledad al volver a perderte. No podría soportarlo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas e hizo una pausa que a él le sonó a despedida—. Por eso he tenido miedo y me he marchado, porque no he sabido qué contestarte. Pero en el baño, una anciana, me ha dado un consejo, me ha

dicho que las oportunidades a veces solo pasan una vez. Que hay que aprovecharlas. Y después me ha dicho que el matrimonio es lo mejor que le había pasado. Voy a intentarlo... —En ese momento él soltó el aire que sin darse cuenta había contenido en sus pulmones—. Pero quiero que me prometas que nunca jamás vas a hacerme daño, y sobre todo que no antepondrás tu trabajo a mí....

—Lydia, esa es una promesa muy fuerte. Te prometo que voy a intentarlo con todas mis fuerzas y que no te haré daño a propósito. Pero lo que sí te prometo es que nunca antepondré mi trabajo, siempre serás tú primero.

—Con eso me vale. Te quiero, David.

—Yo también te quiero.

Ambos se fundieron en un tierno beso que sellaba su amor verdadero. Cuando sus labios consiguieron despegarse, ella sonrió.

—¡Ah! Sí, quiero casarme contigo.

FIN

Notas de la autora

Esta historia es muy especial porque va dedicada a una persona muy importante en mi vida, mi amiga Susana. Quiero aclarar que la historia es ficción, los personajes son totalmente inventados, solamente el nombre de la protagonista coincide con el nombre de mi amiga porque quise dedicárselo a ella y crearle una vida para ella. Espero que cuando lea esta historia disfrute y le guste cómo la he desarrollado (perdóname, Su, si alguna cosa no es de tu agrado, pero había que hacerlo, como por ejemplo matar al pobre Toni, que sé que era un amor de personaje, pero surgió en mi cabeza y era el nexo para unir a Héctor con Susana. Son daños colaterales, jajaja).

¿Por qué dos epílogos? Porque soy una loca, lo admito. Esta historia es seguramente de las historias que más tiempo he estado escribiendo, quizás también porque me ha pillado en un momento de mi vida en el que me han sucedido muchas cosas, como un mal estado de salud que me ha llevado durante un mes a estar de aquí para allá a Urgencias con las migrañas, y después a tener que dejar un tiempo la escritura. Después tampoco me encontraba con ganas, y bueno... que me voy por los cerros de Úbeda, los dos epílogos eran porque he sentido la necesidad de tener que escribir algo más sobre Alma y Toni, pero luego me he dado cuenta, cuando estaba escribiendo el segundo, de que bien se merecen una historia más completa y así dar un poco más de oportunidad a la historia de todos estos personajes, porque, lectores, han sido horas y horas con Héctor y Susana. Ellos ya son parte de mí, pero también lo es David al que creo que le he dado un final bien merecido (esa es mi opinión); aunque si al final me decido a hacer la historia

(que ya se está forjando en mi cabeza) de Alma y Toni —¿no os he dicho ya que estaba loca? porque creo que estoy loca de remate—, seguramente le daré algún capítulo más a la historia de David y Lydia, creo que promete.

Y nada más que aclarar, solo decirle a mi amiga Su que espero de corazón que esta historia, su historia, sea de su agrado, que sabe que todo lo que escribo intento hacerlo desde el corazón, pero con esta novela, sin duda he puesto un poquito más si cabe porque era para ella. Te quiero infinito, mi niña. ∞

Agradecimientos

Cada vez que termino una novela es más difícil escribir los agradecimientos y os preguntaré por qué. Son muchas las personas a las que tengo que agradecer siempre la ayuda que me brindan. Los primeros siempre son mi marido y mi hija, por supuesto, ellos son los que cada día me ayudan, me apoyan para que no caiga y me motivan para que siga escribiendo pese a que hay momentos en los que he pensado en tirar la toalla y en abandonar este mundo que a veces es un poco duro y bastante sacrificado.

Por supuesto no puedo olvidarme de todas aquellas personas que están ahí, mis amigas, que aunque yo tenga un mal día siempre me ayudan y me apoyan para no caer; siempre suelo nombrarlas en los agradecimientos, pero cada vez son más las que se unen en esta andadura así que por esta vez y sin que sirva de precedente no voy a citarlas. Ellas saben muy bien quiénes son. Gracias por hacer que mi vida de escritora nunca decaiga.

Esta novela, como he dicho antes, va dedicada a una persona muy especial en mi vida, mi amiga Susana, y esta historia nació de una de las muchas conversaciones que hemos tenido. Surgió de una forma muy tonta, la verdad, pero la idea se fue forjando en mi mente y le fui dando forma hasta que no pude parar. Gracias, Susana, por aguantarme siempre. Pese a nuestras diferencias siempre estás ahí, en lo bueno y en lo malo.

Gracias a Violeta, por su corrección y darle un aspecto único a esta historia, con su toque esta novela ha quedado estupenda y ha sabido transmitir todo

aquello que yo no sabía cómo plasmar.

Agradecer de nuevo la incansable y generosa ayuda de Mónica, sin sus opiniones y su lectura no hubiera podido quedar tan depurada, de nuevo mil gracias porque siempre me haces ver las cosas desde otro punto de vista y me ayudas muchísimo. Eres una maravillosa persona y gran amiga.

A María, que de nuevo ha querido poner también su granito de arena en esta historia siendo lectora 0.

A ti lect@r que te has decidido de nuevo por una de mis historias entre la multitud de historias que hay en el mercado. Espero que hayas disfrutado de la intensa historia de amor y pasión entre Susana y Héctor.

Millones de besos.

Rose B. Loren

Otras novelas de la autora

Algo más que Asia (Junio 2015)

Xenia Velázquez, veinticinco años, diseñadora gráfica en prácticas en la empresa Diseños Cantalapiedra; su vida es monótona lejos de sus raíces y sus amigos.

Mikel Sastre, veintisiete años, veterinario en la tienda de mascotas Happy Pet, con una vida libertina y sin ataduras.

Alexis Poveda, veintiocho años, director ejecutivo en Sweet Dreams. Pasa por una ruptura reciente y no cree en el amor.

El destino hace que Xenia y Mikel se conozcan y entablen amistad, pero un concurso de la radio hará que sus vidas se separen durante unos días y que Xenia conozca a Alexis.

Cinco destinos por descubrir en Asia donde, con unos comienzos más que difíciles, ambos descubrirán la pasión.

Un viaje que termina, una separación y un reencuentro harán que el corazón de Xenia tenga que decidirse entre Alexis o Mikel.



Todo por un beso (Enero 2016)

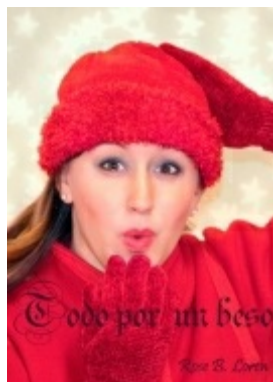
Zaira ha perdido la esperanza de encontrar el amor de su vida después de algún que otro desengaño amoroso, por lo que piensa que la mejor opción, por el momento, es tener una aventura con su jefe, aunque a veces se lo niegue a su mejor amiga e incluso a ella misma. Pero la fiesta de máscara que su empresa organiza por Navidad, le devolverá la esperanza.

Un beso y un misterioso hombre que con el solo roce de sus labios le provoca un sentimiento más allá de lo experimentado hasta ahora, le harán cambiar de opinión.

Tras pasar la noche buena junto a ese hombre, compartiendo algo más que una cena familiar, Zaira decidirá dar rienda suelta a lo que pueda a llegar a ser esta historia.

Unas vacaciones juntos, un viaje por compartir y un accidente que hará que su relación se vea afectada, ¿pero hasta qué punto?

*¿Te atreves a descubrir la historia de Zaira
y ese beso que lo cambia todo?*



Las mentiras de mi vida (Junio 2016)
Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

¿Y si descubrieras que tu vida está rodeada de mentiras?

Desde el abandono de su madre a los doce años, Claudia sabe lo que es trabajar duro. Marcada por la falta de cariño y desconfianza en el amor, trata de sobrellevar su vida con su hermano menor y su padre, aunque su relación sea difícil.

Un juego de seducción, le llevará a la habitación de un hotel para pasar una noche con un desconocido hasta ahora, Marco.

Todo cambia al día siguiente, pues él, resultará ser el futuro jefe de la empresa para la que trabaja Claudia.

Un chantaje, una entrega de dinero, una oportunidad, un engaño, unas fotos en una revista y un reencuentro.

Claudia descubrirá muchos secretos, tendrá que lidiar con muchas pruebas y algún que otro impedimento para conseguir salvar a su familia.

¿Conseguirán unir sus caminos Marco y Claudia?

¿Marco otra mentira más? ¿Te atreves a sentir?



Hasta que llegaste tú (Julio 2.016) Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

Si disfrutaste con “Las mentiras de mi vida” esta nueva entrega nos cuenta la visión de Marco desde que conoció a Claudia. Cómo comienza su historia de amor, sus sentimientos y vivencias, su pérdida y el ansiado reencuentro.

Marco y Claudia se enfrentarán a todos los problemas y mentiras en las que se basa su vida, afrontando todas las adversidades que el destino les presenta.

Disfrutarás de muchos momentos íntimos, un precioso viaje y la pérdida de un ser querido que hará que la tristeza aflore en la vida de Claudia, pero Marco la compensará queriéndola como solo él lo hace, con una bonita declaración de amor.

Descubrirás nuevos personajes y muchas más experiencias por vivir de esta pareja.

¿Conseguirá Marco que Claudia ceda a sus deseos de formar una familia? ¿Te atreves a sentir?



Me quiero enamorar (Noviembre 2.016)

Vera acaba de finalizar su carrera como una prestigiosa modelo, cotizada en las mejores pasarelas. Sus éxitos profesionales le han llevado a alcanzar una gran fama.

Dispuesta a emprender un nuevo proyecto empresarial lanzándose al diseño de bisutería para una reconocida marca mundial, empezará una nueva vida.

Ha conocido a algunos hombres en su vida, pero ninguno ha sido el indicado; aún no conoce el amor verdadero, pero se muere de ganas por encontrarlo.

Asesorada por su mejor amiga, se apuntará a una empresa de citas, pero el destino le tiene preparado algo diferente. Varios encuentros casuales harán que su corazón empiece a latir con fuerza por Aaron, un fotógrafo que lleva obsesionado con ella desde hace mucho tiempo.

Vera decide dar una oportunidad a esos sentimientos, pero un contratiempo hará que su relación penda de un hilo.

¿Conocerá Vera el amor verdadero?

¿Será Aaron quien atrape su corazón y consiga por fin enamorarla?



Destino, tu corazón (Enero 2.017)

Dicen que el primer amor siempre es verdadero, que deja huella...

Bethany acaba de terminar sus estudios de diseño y aún no sabe qué va a hacer con su vida, pues de momento, con tan solo diecinueve años, está intentando buscar un trabajo para costearse una carrera; pero lo que sí que tiene claro es que está enamorada de James, su vecino, catorce años mayor que ella. Un hombre independiente, liberal y que no cree en las relaciones de pareja.

Sabe que es un sueño inalcanzable, pero los sueños a veces se hacen realidad...

Tras comenzar a trabajar para Vera, una diseñadora de bisutería, la casualidad hace que James sea el mejor amigo de Aaron, el hombre del que su jefa está enamorada y, tras una cena los cuatro juntos, Bethany tendrá un encuentro con James.

Despierta sentimientos en él que nunca antes había experimentado, pero James se niega a dejarse llevar en un primer momento.

Muchos son los obstáculos que hay que vencer para que una noche de pasión pueda llevar al amor, pero el destino a veces es quien dicta las normas y, sin darse cuenta, comienzan a verse con asiduidad, siempre encuentros furtivos, hasta que los padres de Bethany los descubren y todo se complica.

¿Podrán luchar por su amor pese a la diferencia de edad? ¿Será James el primer y único amor de Bethany?

Todo esto y mucho más podrás descubrirlo en Destino, tu corazón.



Nuestro amor no fue casualidad (Abril 2.017)

Inma es una joven diseñadora madrileña cuyo único objetivo es alcanzar la fama en el mundo de la moda, por lo que se traslada a Nueva York en busca de un futuro más prometedor, dejando a sus padres desilusionados por su decisión.

Con su duro trabajo y tras años de dedicación casi en exclusiva, consigue que sus diseños desfilen por la pasarela de la moda de dicho país, pero un fatal accidente hará que tenga que dejarlo todo y regresar a España. Allí conocerá a Lucas, inspector jefe de policía y mano derecha de su padre.

Durante semanas ambos convivirán juntos, mientras el amor comienza a florecer sin que ellos se percaten más que de una fuerte atracción.

Sus vidas se complicarán, una trama se cierne detrás del accidente de sus padres, aunque siempre estará presente el amor que ambos se procesan y lucharan contra todos los acontecimientos que la vida les depara.

¿Conseguirán estar juntos y vivir la vida que se merecen?

Descubre la historia de Inma y Lucas en “*Nuestro amor no fue casualidad*”.



Mi vida en tus manos (Agosto 2.017)

Zoe es una joven doctorada en educación infantil, con un pasado que le ha marcado para siempre; su madre los abandonó a ella y a su padre cuando era tan solo una niña, y este falleció en un accidente aéreo siendo una adolescente. Procedente de una familia acomodada, sus abuelos fueron los responsables de procurarle una buena formación en los mejores colegios y universidades. Con un gran corazón, rechazó un puesto en la universidad para dedicar su tiempo a ser maestra en un orfanato de Cardiff.

Pero toda su vida se ve truncada justo cuando está a punto de recibir una suma importante de dinero proveniente de la herencia de sus abuelos.

Un cambio que la pondrá en una situación extrema y que necesitará de la ayuda de Owen, un subinspector de policía que le tenderá una mano cuando más lo necesita.

Situaciones al límite y decisiones desesperadas que harán que todo gire alrededor de una sola idea, recuperar la vida que le ha sido arrebatada.

¿Recuperará Zoe su verdadera vida? ¿Quién está detrás de toda esta trama?

Descúbrelo en *Mi vida en tus manos...*

